
Grupo Editorial
Portal
Virgen
CODICIADA
MAFIA BELLUCCI - LIBRO III
JESSICA MACEDO

Virgen CODICIADA

MAFIA BELLUCCI - LIBRO III

JÉSSICA MACEDO

Grupo Editorial Portal

Copyright ©2024 Jéssica Macedo

Todos los derechos reservados. Está prohibido almacenar o reproducir cualquier parte de esta obra — física o electrónica — sin autorización previa del autor. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley nº 9.610/98 y castigado en el artículo 184 del Código Penal.

Diseño gráfico de portada e interior:
Jéssica Macedo
Revisión:
Matías San Miguel

Esta es una obra de ficción. Se han utilizado nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o que existieron realmente en algún momento de la historia para ambientar la escena. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Sinopsis
Prólogo
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro
Capítulo treinta y cinco
Capítulo treinta y seis
Capítulo treinta y siete

Capítulo treinta y ocho
Capítulo treinta y nueve
Capítulo cuarenta
Capítulo cuarenta y uno
Capítulo cuarenta y dos
Capítulo cuarenta y tres
Capítulo cuarenta y cuatro
Capítulo cuarenta y cinco
Capítulo cuarenta y seis
Capítulo cuarenta y siete
Capítulo cuarenta y ocho
Capítulo cuarenta y nueve
Capítulo cincuenta
Epílogo
Sobre la autora
Otras obras de la autora

Sinopsis

Mateo, subjefe de la mafia italiana, es el menor de los tres hermanos Bellucci, conocido como el experto en tecnología. Vive la vida a su manera, pero es un mafioso y sabe actuar como tal. A pesar de su carisma y desenfreno, le gusta el control y es un gran manipulador, al fin y al cabo, sabe que no siempre hay que mancharse las manos de sangre para conseguir lo que uno quiere.

En medio del constante conflicto con los gitanos, Mateo fue enviado para ofrecer un trato. No tenía ningún interés en ese pueblo, solo intentaba cumplir su papel en la mafia, hasta que su camino se cruzó con ellos.

Luize nació entre los gitanos y fue prometida en matrimonio a un líder local. Su destino estaba sellado, o eso creía ella hasta que vio a Mateo Bellucci por primera vez. Su curiosidad por saber más sobre la familia que ostentaba el poder en Italia la lleva a acercarse a este peligroso hombre, y la atracción entre ambos es inevitable.

El subjefe tenía un problema que resolver, pero al codiciar a la princesa gitana que estaba a punto de casarse con otro, Mateo podía acabar empeorando aún más la complicada relación de la mafia con ellos.

ADVERTENCIA: Esta historia contiene escenas no aptas para menores de dieciocho años. Contiene desencadenantes, lenguaje adulto y comportamientos inapropiados de los personajes.

En este libro no se expresan las opiniones políticas ni religiosas de la autora.

La autora ni apoya ni está de acuerdo con el dudoso comportamiento de los personajes.

Esta es una obra de ficción y no retrata la realidad de la mafia italiana.

A pesar de la mafia de fondo, no se trata de un dark romance, así que si esperas escenas de abusos sexuales, este libro no estará a la altura de tus expectativas.

A mi lectora Luize, del grupo de WhatsApp "Lectores de Jéssica —
y a mi querida Rosimeire, madre de mi corazón y madre de mis mafiosos.

¡Suscríbase a mi lista de correo!

Haga clic aquí para recibir noticias.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO III

MATEO

Prólogo

— El fin justifica los medios. — Levanté mi vaso de whisky mientras miraba fijamente a mis hermanos. Estábamos sentados juntos en el despacho, después de que Theo hubiera regresado de su incursión en Estados Unidos para acabar de una vez por todas con nuestro tío. — Leonel ha muerto y nuestro padre ha sido vengado.

— ¡Lo dices porque no era tu mujer! — Theo intentó acercarse a mí, pero Marco lo detuvo.

— Yo no la obligué a nada. Además, todos nos sacrificamos cada día por el bien de la familia, de la que ahora ella también forma parte.

— ¿Sacrificarse? — Theo se rió a carcajadas. — Eres un maldito bromista. Vives detrás de esos ordenadores y no te ensucias las manos.

— Te equivocas. No es porque sea más inteligente que la media y tenga una cara bonita, que no hago lo necesario por el bien de todos. Eso es lo que he hecho, Theo. Te guste o no. Al final, estamos todos aquí, y con un enemigo menos.

Theo me miró con las fosas nasales abiertas y las cejas levantadas, resoplando como un toro y gruñéndome.

— Mateo tiene razón — dijo Marco, alternando su mirada entre los dos.

— No puedo creer que después de lo que pasó, puedas seguir del lado de él. — Theo levantó las manos enfadado. — Quisiera ver qué harías si fuera Laís.

— Si fuera mi mujer, estaría tan furioso como tú, pero nuestros sentimientos nos ciegan. Mateo actuó racionalmente en la situación, y nuestro objetivo se cumplió.

— Si ella hubiera muerto...

— Si tú hubieras nacido mujer, ni siquiera estaríamos teniendo esta conversación — me volví hacia él con mi típico aire de libertinaje. — Deja de pensar en las posibilidades y ocúpate de los hechos, hermano. Tatiane está viva, Leonel está muerto y no estamos en conflicto con los americanos.

— Mateo tiene razón.

— ¡Al infierno con los dos!

— No quiero que pelees con Mateo, Theo. Ya tenemos suficientes enemigos fuera de esta

casa. Somos hermanos, debemos permanecer juntos. — Marco alternó su mirada entre los dos.

— Yo no soy el problema. — Me encogí de hombros.

Theo me miró fijamente y no dijo nada, se limitó a darme la espalda y salir del despacho.

— No puedes seguir así. — Marco se cruzó de brazos y me miró con reproche.

— Es él quien está enfadado, no yo.

— No deberías haber enviado a su mujer a una misión tan arriesgada sin consultarle antes.

— ¿Crees que aceptaría si se lo pidiera amablemente?

Marco se me quedó mirando, pero no contestó; ambos sabíamos muy bien la respuesta.

— Tatiane sugirió el plan. Era la mejor tarjeta que teníamos, e hice todo lo necesario para asegurarme de que estuviera protegida.

— En algún momento, Theo se dará cuenta de eso.

— Eso espero. — Suspiré mientras miraba la puerta por la que había salido mi hermano.

No éramos enemigos y todos teníamos el mismo objetivo. Tarde o temprano, esperaba que se diera cuenta. Por mucho que intentara comprenderle, no quería que mi hermano se enfadara conmigo. Lo que Leonel le había hecho a nuestro padre era suficiente, no necesitábamos una enemistad entre nosotros.

— Cambiando de tema. — Marco volvió a sentarse detrás de la mesa y chasqueó los dedos antes de inclinar el cuerpo hacia mí. — Quiero que alguien un poco más diplomático se ocupe de los gitanos. Si envío a Theo ahora, puede que se lance a matar y manche de sangre toda Roma.

— ¿No crees que esto solo le enfadará más, que yo me ocupe de lo que es suyo?

— No necesitamos una masacre ahora.

— Dígame lo que tengo que hacer, jefe. — Esbocé una media sonrisa y me incliné sobre la mesa tras terminarme el whisky.

— Negociar con los gitanos y hacer que dejen de ser un problema. Una coexistencia un poco más pacífica con ellos puede ser beneficiosa para ambas partes.

— ¿Esperas que nos tomemos de la mano con ellos y bailemos juntos? — Me reí.

— Los conflictos innecesarios en Roma entorpecen nuestros negocios, y tú lo sabes muy bien. Podemos aceptar suministrarles bienes y respetar el territorio que ya ocupan, si no nos causan más problemas a nosotros y a nuestros *capi*.

— Sabes que no están organizados como nosotros. Hay líderes locales, pero nada a escala nacional. Podemos llegar a un acuerdo con unos y tener grandes problemas con otros.

— ¿No presumes de ser el más listo de nosotros, Mateo? Contrólate.

— Está bien. — Me levanté de la silla. — Pensaré qué hacer.

— Estupendo.

— ¿Necesitas algo más?

— No.

— Hasta luego.

Salí del despacho de mi hermano y caminé por el pasillo, pensativo. Los gitanos eran un problema constante y Marco tenía razón al intentar negociar con ellos, pero tendría que ser creativo.

Además, necesitaba acercarme al idiota de mi hermano, que me miraba por encima del hombro en cuanto tenía ocasión.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO III

LUIZE

Capítulo uno

Los cantos eran estridentes, y el sonido de campanas y panderetas resonaba en el fondo de mi mente. Ni siquiera había salido de la habitación y ya podía ver la enorme fiesta que me esperaba abajo.

— Estás preciosa — me dijo mi madre mientras me daba la vuelta en la silla y me dejaba mirarme en el espejo.

Mi pelo rubio, que había tomado de mi abuela materna alemana, estaba parcialmente recogido, adornado con ornamentos dorados que contenían montones de pequeñas piedras brillantes. Mi maquillaje tenía sombra de ojos roja, el color dominante de mi vestido, y resaltaba aún más mis ojos verdes.

— Tu prometido estará encantado de verte así.

— Sí.

Debería haberme emocionado con aquella boda. Me casaba con Ramón, uno de los principales líderes gitanos de Roma. Para mis padres, era una gran alianza con una familia aún más poderosa que la nuestra.

— Vas a ser una princesa preciosa — dijo mi madre.

Sí, una princesa gitana.

Sonreí lo mejor que pude y me levanté.

No era como si no supiera que ese momento iba a llegar, tarde o temprano, y no había manera de escapar de él.

— ¿Nos vamos? — llamó mi madre.

Asentí, pasándome las manos por el vestido, ajustándome la falda. A medida que mis pasos se acercaban a la puerta, el sonido de las canciones de mi gente se hacía más fuerte y enfático. Bajé las escaleras con las barandillas doradas y pisé la alfombra del salón, donde estaban sentadas algunas de las mujeres mayores de nuestra familia. Todos vivíamos juntos, incluidos mis abuelos, mis tíos y mis primos, en una gran casa adornada con muchos objetos de colores y metales brillantes, algunos de oro puro.

Mi padre era el heredero de la rama principal, el líder de nuestra familia. Mi hermano, todavía un muchacho de dieciséis años, se estaba formando para seguir sus pasos. Yo, en

cambio, había aprendido a ocuparme de la casa y de la familia. Bordaba, cocinaba y cantaba muy bien. Pero algo dentro de mí quería más que eso. Todo indicaba que yo sería una más para perpetuar la sangre gitana que no era bien aceptada por la gente de fuera de aquellas puertas.

En cuanto salí, vi a una mujer haciéndome fotos y diciéndome lo bella que estaba. Como no la reconocí, supuse que era de la familia de mi futuro marido.

Había una mesa muy larga, con espacio para muchas personas, donde se había dispuesto una comida variada, suficiente para alimentar a todos con abundancia. Los niños jugaban, correteaban, y un pequeño me empujó, casi haciéndome caer hacia atrás.

Pronto vi a mi padre, que estaba de pie junto a un hombre que al menos me doblaba la edad. Las canas y la espesa barba no resultaban muy atractivas en el hombre que pronto se convertiría en mi marido.

— ¡Luize! — me llamó mi padre, y la música se apagó.

Las panderetas, las campanas y los aplausos dieron paso a un silencio sepulcral mientras daba pasos tranquilos hacia quienes me esperaban.

Me detuve frente a ellos e hice una leve reverencia.

— Es mi joya más preciada — presumía mi padre.

— Muy hermosa. — Mi prometido sonrió mientras me observaba con ojos codiciosos.

Yo no aspiraba a ese matrimonio como ellos. Convertirme en princesa gitana en Roma no me parecía gran cosa comparado con lo que seguramente tendría que afrontar en mi futuro con aquel hombre.

Siempre quise más de lo que me ofrecían, y quizá eso contribuyó a mi frecuente frustración. Mi madre me decía que siguiera más sus consejos, que me ayudarían a sobrevivir en ese mundo.

— Este matrimonio traerá muchos beneficios a ambas familias — le dijo mi prometido a mi padre.

— Seguro que sí — aceptó.

Me quedé mirándolos a ambos. Mientras sonreía, mi mente se aceleraba al mismo tiempo. — Me han dicho que bailas muy bien. — Ramón se volvió de nuevo hacia mí.

— Intento hacerlo bien.

— No es el momento de ser modesto, niña. — Mi padre intervino.

— ¿Me concede el honor? — Mi futuro marido me ofreció su mano.

Sin más remedio, puse mis dedos sobre los suyos.

Caminamos hasta el centro de un gran círculo y él hizo un gesto para que empezaran a tocar y cantar de nuevo. Una niña se me acercó, me dio un pañuelo con monedas y me lo até a la cadera antes de alejarme unos pasos y darme la vuelta. La voluminosa falda formaba un círculo a mi alrededor, y las monedas en mi cintura se sumaban al sonido de la música mientras me movía.

Dejé de preocuparme por mi prometido y por lo que significaba la fiesta y simplemente me dejé llevar por la canción. Bailar era algo que me gustaba mucho. Me hacía sentir feliz, aunque solo fuera por unos minutos.

Estaba tan distraída que solo me di cuenta de que la música había parado unos segundos después, y me di cuenta de que todos los ojos estaban fijos en mí. *¿Había hecho algo mal?*

Tardé aún más en darme cuenta de que no me miraban a mí, sino a algo que había detrás de mí.

Giré rápidamente y las monedas sonaron en su sitio. Me encontré con un hombre alto, de pelo castaño oscuro y ojos verdes. Vestía un traje gris con marcas de tiza y le seguían al menos veinte secuaces.

Yo retrocedí unos pasos del susto y él me dedicó una sutil sonrisa.

— Puedes seguir bailando, señorita. — Se humedeció los labios.

No sabía quién era, pero por las miradas de alerta de varios de los hombres de mi familia y de mi prometido, sabía que era alguien a quien debía temer. Sin embargo, su expresión, sus ojos y su postura me producían una extraña curiosidad.

— ¿Qué haces aquí, Bellucci? — le preguntó mi padre al hombre.

Bellucci, había oído ese nombre antes. Pertenecía a la familia que había gobernado Italia durante décadas. Por muy ajena que fuera a los asuntos ilícitos en los que estaba involucrada mi familia, había oído a los gitanos hablar de ellos innumerables veces.

¿Así que el tipo que se coló en mi fiesta de compromiso era un Bellucci?

Mi prometido tiró de mí y me empujó detrás de él.

— He venido a hacer negocios — respondió Bellucci con firmeza.

— Estamos en medio de una fiesta. — Mi prometido apretó los dientes.

— Entonces el momento es perfecto.

— ¿No podemos hacerlo en otro momento? — interfirió mi padre.

— ¿Me está pidiendo que espere? — Bellucci enarcó una ceja.

— ¿Por qué no vamos todos a la oficina y averiguamos qué quiere el señor Bellucci de nosotros? — intervino mi tío Zafar, el hermano menor de mi padre.

Los hombres se miraron antes de que mi padre le hiciera un gesto para que le acompañara Bellucci, quien, seguido por los guardias de seguridad, fue tras él.

Pasó a mi lado y sentí un escalofrío cuando nuestras miradas se cruzaron una vez más. Su presencia era impactante e imposible de pasar por alto; quizá fuera por todo el poder que representaba. Más que el presidente del país o incluso que el pontífice en el Vaticano, los Bellucci decidían todo en Italia, incluso quién vivía o moría.

Seguí su espalda con la mirada hasta que desapareció en el interior del edificio, junto con otros hombres de posición importante en mi familia.

— ¡Luize! — Esmeralda me sujetó por los hombros y yo me volví hacia mi prima, mirándola a los ojos castaños. — ¿Te encuentras bien?

— Sí.

— ¿Por qué no vienes conmigo a tomar un vaso de agua?

Asentí y dejé que me llevara a una silla y me sirviera un vaso lleno.

— ¿Ha estado aquí alguna vez un Bellucci? — le pregunté, aunque mi prima probablemente sabía tan poco como yo.

— No que yo sepa. Normalmente no creen que seamos dignos de su presencia.

— ¿Quién es?

— Mateo Bellucci — respondió mi hermano. — Es el más joven de ellos. Normalmente es Theo quien trata con los gitanos.

— ¿Por qué ha venido esta vez?

— No lo sabré hasta que le pregunte a papá. — Se encogió de hombros. — Pero no deberías preocuparte por eso. Sea lo que sea, encontrarán la manera.

— Solo espero que no nos mate a todos. — Mi prima se persignó y empezó a murmurar una oración que solo ella entendía.

— No nos matarán a todos, ¿verdad? — Me volví hacia mi hermano.

— Si fuera Theo Bellucci, él no lo dudaría. He oído rumores de que...

— ¡León! — le riñó mamá cuando se acercó a nosotros. — No asustes a tu hermana. — Me agarró la mano y la estrechó entre las suyas con una cálida sonrisa. — Ahora solo tienes que preocuparte de tu boda.

A nadie más le importaba la fiesta. Mientras los hombres se reunían en el interior de la casa, las demás permanecíamos fuera, incapaces de dejar de pensar en lo que podría estar ocurriendo dentro.

Si Esmeralda tenía razón y los Bellucci nunca nos hicieron caso, algo muy grave podría haber pasado para que uno de ellos estuviera allí.

Aunque el hombre ya no estaba delante de mí, no podía quitármelo de la cabeza. Nunca había sentido tal sensación de... poder.

Tras horas juntos, Bellucci y sus hombres se marcharon y fueron directamente a los coches, que estaban aparcados fuera de nuestra propiedad. Nuestras miradas no volvieron a cruzarse, pero la mía le siguió hasta que se perdió de vista.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO III

MATEO

Capítulo dos

— Aquí tiene, señor. — Cristian me entregó una bandeja con un puño americano.

Parecía un simple trozo de metal con un diseño poco sofisticado, pero llevábamos unos meses trabajando en este juguetito. Esta era nuestra última prueba del prototipo, y lo esperaba con impaciencia.

Lo puse entre mis dedos y me alejé unos pasos de la pared donde estaba apoyado. Cerré el puño y golpeé la estructura. Utilicé toda mi fuerza y, cuando el impacto chocó contra la dura superficie, se levantó una nube de polvo con el sonido de un choque. La sensación me hizo vibrar.

En cuanto se asentó el polvo, me encontré con un enorme agujero, como si lo hubiera causado una pequeña bomba.

— Parece que funcionó. — Recurrí a mi hombre de confianza.

— El dispositivo aumenta la fuerza del usuario hasta veinte veces si se utiliza correctamente.

— Perfecto. — Esbocé una gran sonrisa. — Parece que mis hermanos no tienen juguetes tan geniales como este.

Cerré los dedos sobre el puntal, examinándolo más de cerca antes de devolverlo a la bandeja. Aunque quería seguir destruyendo cosas, no quería echar abajo mi edificio, que valía millones.

Desde pequeño, siempre he sido el más listo, el más inteligente y el que estaba más al día de los avances tecnológicos. Mientras mis hermanos, sobre todo Theo, solo sabían levantar la voz y disparar, yo encontraba mejores formas de resolver las cosas, lo que no significaba que fueran políticamente correctas.

Harcker, especialista en mercados financieros y fraudes por Internet, pude ganar mucho más dinero que los traficantes en la calle, aunque mi posición se despreciara.

Como tercero al mando, mis hermanos solo recurrían a mí cuando no podían solucionar las cosas por sí mismos, lo que a veces me enfadaba. Me menospreciaban, pero normalmente era yo, con mis *juguetes*, quien salvaba el día.

— Quiero que tengas muchos de estos producidos. Quiero que cada hombre tenga uno.

— Sí, señor.

— ¿En qué paso está el tejido de fibra de carbono antibalas?

— El prototipo de traje ha llegado esta mañana de la sastrería. El diseño fue creado por uno de los mejores estilistas de Italia.

— ¿Dónde está?

— En la habitación gris, con los demás.

— Vamos para allá. — Hice un gesto y Cristian me siguió.

Mientras caminaba por el pasillo del sótano de mi empresa, pensé en el encuentro que había tenido con los gitanos hacía dos días. Había sido una sorpresa entrar allí en plena fiesta, aunque el rumor era que siempre estaban de celebración.

Había algunos líderes locales de Roma en el acto, lo que me ahorró un poco de trabajo, ya que una de las mayores dificultades para contener a los gitanos era el hecho de que las familias y las comunidades estaban disgregadas y eran independientes. No había una gran familia que lo dirigiera todo, lo que dificultaba llegar a un consenso. A Miro Sinti le entusiasmó mi propuesta, una posible legitimación de las familias gitanas frente a los Bellucci y el resto de la mafia italiana. Ramón Bayo, en cambio, era partidario de los anarquistas y dijo que no se sometería a nosotros.

Sabía que sería un problema, alguien a quien tendría que esforzarme más para convencer. Creía que solo podríamos evitar los constantes conflictos con los gitanos unificándolos en un poder central. Parecía un trabajo difícil y muy arduo, que requeriría un Vía Crucis a través de Italia. O Marco confiaba realmente en mí para el trabajo o había encontrado una excusa para mantenerme fuera de la vista de Theo, mientras mi hermano seguía lloriqueándome por lo ocurrido en Estados Unidos.

¿Cuándo dejaría de mirar su propia desesperación y vería que yo había tomado la mejor decisión para todos nosotros?

Reconozco que, de los tres, yo era el que menos sospechaba de nuestro tío. Era joven cuando murió mi padre, y aún no estaba tan cerca de los asuntos de la mafia. Sin embargo, lo que siempre me habían enseñado era que la familia estaba por encima de todo, y nunca hubiera imaginado que nuestro tío rompería eso.

Hubo algo más que me hizo pensar en mi visita a los gitanos: la rubia que había visto con un vestido rojo, bailando y moviéndose al ritmo de la música. Era hermosa y difícil de pasar por

alto, o tal vez solo necesitaba acostarme con otra para quitármela de la cabeza. Ya era suficiente con que mis hermanos estuvieran preocupados por las mujeres, y yo necesitaba mantener la cabeza fuera del agua para pensar por el resto de nosotros.

— ¿Señor? — me llamó Cristian y yo parpadeé, dándome cuenta de que nos habíamos detenido delante de un maniquí que vestía un traje negro bien cortado. — ¿Hay algún problema?

Asentí con la cabeza.

— Estaba pensando en el tema de los gitanos que tengo que resolver.

— Podemos pensar en algún tipo de convocatoria y traer a todos los líderes a Roma.

— Quizá lo más prudente sería una reunión personal con cada uno de ellos. Pensaré en la mejor manera. — Saqué mi pistola de la funda, oculta en el interior de mi chaqueta, y disparé contra el muñeco. Efectué cinco disparos, uno de ellos a bocajarro, pero todas las balas cayeron al suelo sin que ninguna atravesara la tela.

— Muy bien.

— Es el trabajo de años finalmente realizado.

— Haz algunas pruebas más y asegúrate de que es 100% seguro. Luego de eso, haz que me hagan modelos.

— Sí, señor.

Me acerqué a la americana y eché un buen vistazo a los lugares donde la había tirado, no había señales de agujeros ni daños en la prenda. Sería estupendo tener esos juguetes a mi favor si necesitaba enfrentarme a gitanos más hostiles.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO III

LUIZE

Capítulo tres

Desde la noche del compromiso, incluso con la inesperada interrupción, no se había hablado en casa de otra cosa que no fuera mi boda. Las mujeres más mayores de la familia, mi abuela y mis tías abuelas, solo pensaban en los preparativos del banquete. Aparte de mi vestido de novia, claro.

Mi mente, en cambio, estaba completamente en otro tema. Asomada a la ventana, observando a los niños que corrían y jugaban alrededor de la fuente, pensé en Bellucci y en su imponente presencia.

— ¿Cómo está la futura princesa de los gitanos? — Esmeralda entró en mi habitación tarareando. Mi prima era otra que estaba mucho más ilusionada que yo con la boda.

— Estoy bien.

— ¿Simplemente bien? — Frunció el ceño.

— ¡Sí! — Me subí la falda larga y bajé del sillón donde estaba arrodillada mirando hacia fuera.

Los gitanos respetábamos mucho las tradiciones. Uno de los preceptos era la vestimenta: las mujeres siempre llevaban faldas largas y blusas sin escote. Cuando preguntaba por llevar faldas más cortas o vaqueros, mamá me decía que no debíamos exponer el cuerpo, porque todo lo que era demasiado fácil acababa devaluándose.

Me senté en el diván a los pies de la cama y mi prima vino a sentarse a mi lado.

Aunque mi padre no tenía tanto poder e influencia como Ramón, me habían educado como a una princesa, empezando por mi dormitorio rosa y mi cama con dosel.

— Yo también sigo pensando en cuándo me voy a casar.

— Si quieres ir en mi lugar, no me importa.

Esmeralda se rió como si hubiera contado un chiste.

— No pareces estar entusiasmada con esta boda.

— Puede que no. — Me encogí de hombros.

— Luize, ¿no quieres convertirte en la princesa gitana?

— Tal vez quiero más para mi vida que eso.

— ¿Como qué? ¿Ser la princesa de Italia? — se burló.

No contesté, pero su insinuación hizo que mi mente viajara.

— ¿Está casado?

— ¿Quién? — Frunció el ceño.

— ¿Mateo Bellucci?

— ¿Cuál sería tu interés en esto?

— Solo por curiosidad.

— Bueno, sé tanto de la familia Bellucci como tú. Nada más que la fama y el poder que tienen en toda Italia. Pero no vi un anillo de bodas en su mano, así que a menos que lo haya olvidado en casa, no debe estar casado.

— Hmm... — Apoyé los codos en los muslos y la cara en las palmas de las manos, pensativa.

— ¿En qué estás pensando, Luize?

— Nada. — Intenté disimularlo. — ¿Cómo es su vida? ¿Cómo tratan a sus esposas?

— ¿Por qué tanta curiosidad?

— ¿No puedo querer saber más?

— Te vas a casar pronto y deberías centrarte en eso.

Asentí, pero mi prima me dio un codazo. Por suerte, o no, me conocía lo suficiente como para darse cuenta de cuándo estaba pensando algo.

— ¿Por qué ser una princesa gitana cuando puedo ser una princesa de Italia?

— Esta es la idea más estúpida que has tenido, y mira que has tenido algunas bastante malas. Tú solo eres una gitana y él es el todopoderoso de Italia. Además de ser un deseo bastante imposible, no puedes olvidar que estás prometida a otro hombre, y que pronto te casarás con él.

— Tienes razón. — No insistí en discutirlo con mi prima.

En el fondo, tenía razón, pensar en esa posibilidad era un sueño demasiado elevado. Sin embargo, por muy feliz que debiera estar con el futuro que me esperaba, no podía dejar de pensar en la posibilidad de elegir algo diferente.

Si alguien tenía el poder de sacarme de las manos de Ramón Bayo y ofrecerme un futuro mucho mejor, ése era Mateo Bellucci. Aunque solo le había visto una vez, no podía quitármelo de la cabeza.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO III

MATEO

Capítulo cuatro

Bajé de mi auto deportivo, me metí la llave en el bolsillo y me dirigí a la entrada de la casa. En cuanto entré en el salón, vi a mi madre dando el pecho al hijo de Marco, mientras Laís hablaba por teléfono. Oí unas palabras que me hicieron pensar que se trataba de la ONG.

Mis ojos se cruzaron con los de Tatiane, pero no me detuve en ellos mucho tiempo. Pero en cuanto subí el primer peldaño de la escalera de mi habitación, oí su voz.

— ¡Mateo!

— Dime.

— Espera. — Me agarró del brazo y me obligó a girarme para mirarla más de cerca.

— ¿Cómo está el bebé? — señalé con la cabeza hacia su vientre.

— Bien. — Se tocó la barriga y sonrió.

— Espero que sea una niña. — Me reía de pensar que mi hermano fuera padre de una mujer en el mundo en que vivíamos.

— Me alegraré si es niño o niña.

— ¡Qué bien! — Subí unos pasos más por las escaleras.

— ¡Mateo, espera!

— ¿Qué pasa, Tatiane?

— ¿Cómo están Theo y tú?

— No es culpa mía que tu marido sea idiota. — Bajé los hombros. Ya estaba harto de utilizar mis argumentos para convencerle de que no había tomado la peor decisión posible.

— No quiero que sigan peleando.

— Yo tampoco.

— Volveré a hablar con él.

— ¿Antes o después de tener sexo? — Me reí y ella se puso roja.

— Yo... es... — Estaba demasiado avergonzada como para responder.

— No te preocupes, cuñada. Mi hermano necesita tiempo para asimilar lo que ha pasado y que no todo está bajo su control.

— Espero que no tarde mucho.

— Yo tampoco. — Terminé de subir las escaleras y la dejé allí, mirándome.

Sabía que sus intenciones eran buenas, pero había problemas que solo el tiempo podría resolver. Theo, desde luego, necesitaba más días.

Me metí las manos en los bolsillos mientras caminaba por el pasillo, pero me detuvieron de nuevo.

— ¿Mateo?

— Hola, Marco.

Mi hermano asintió y le seguí hasta su despacho.

— ¿Qué te pasa? — le pregunté mientras cerraba la puerta tras de mí.

— ¿Cómo van las cosas con los gitanos?

— Me he reunido con la mayoría de los líderes locales. Están dispuestos a aceptar nuestras condiciones, salvo dos. De ellos, el que más me preocupa es Ramón Bayo. Hace tiempo que disputa el territorio de Monte Verde con nuestro *capo*. Dice que solo aceptará nuestras condiciones si le entregamos el lugar.

— No vamos a entregar uno de los distritos de Roma en manos de un gitano. — resopló Marco, golpeando con fuerza la mesa con la mano.

— Eso es lo que le dije, pero el hombre no estaba muy contento con la respuesta.

— ¿Qué piensa hacer?

— Estaba en una fiesta con Miro Sinti. Creo que son íntimos. Voy a reunirme de nuevo con Miro y hablarle de la importancia de esta alianza. Podemos respetar a los gitanos, pero tendrán que colaborar.

— Bien.

— ¿Dónde está Theo?

— Fue a recoger un envío.

— Drogas y persecuciones policiales, todo lo que más le gusta.

— Creo que nuestro hermano necesita un poco de eso.

— Luego vuelve a casa hecho polvo, como si su mujer no se preocupara también por él. En resumen, hipocresía...

Marco se rió.

— Hablando de esposas, tú eres el siguiente.

— Necesitas aprender a lidiar con tus problemas sin poner al matrimonio en el medio, hermano. Tus fichas están acabadas.

— Sigues aquí, delante de mí, y soltero. — Era fácil ver el tono de burla en su voz.

— Cuando me case, si es que alguna vez ocurre, déjame elegir a la novia. — Le di una palmadita en el pecho. — Mientras tanto, me ocuparé del asunto de los gitanos.

— Esa es nuestra prioridad.

— Déjamelo a mí. — Lo saludé antes de salir del despacho.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO III

LUIZE

Capítulo cinco

Estaba recogiendo algunos platos dejados en la mesa del almuerzo y llevándolos a la cocina, cuando vi a los niños salir corriendo y dirigirse a las ventanas de nuestro enorme comedor.

La curiosidad me pudo y dejé la vajilla, siguiéndole la corriente y asomándome a la ventanilla a tiempo para verle salir del coche. El sol brillaba y Mateo Bellucci llevaba gafas de sol y estaba impecable con un traje azul marino.

— ¿Estás curioseando?

Me sobresalté cuando me di cuenta de que mi hermano estaba detrás de mí.

— ¿Qué haces aquí, Leon?

— Debe de tener algún asunto que arreglar con nuestro padre. — Se encogió de hombros.

— ¿No sabes cuáles son esos temas?

— Tienes demasiada curiosidad por asuntos que no te incumben.

Me crucé de brazos y le chasqueé la lengua, molesta porque me trataba como si no mereciera saber de algo que me interesaba.

— También merezco saber lo que pasa en esta casa.

— No es algo que te interese.

— ¿Por qué no me lo cuentas y me dejas decirte si es interesante o no?

— Los Bellucci solo quieren que nos convirtamos en sus cachorros a cambio de unas galletas.

— Sin metáforas, León.

— Nos ofrecen un trato que tu prometido no cree que sea favorable para nosotros, y yo tampoco. No creo que merezca la pena. Aunque papá está dispuesto a aceptar.

— Si papá encuentra algo interesante, es porque puede haberlo.

— ¿Desde cuándo estás del lado de Bellucci?

— No, solo quiero entenderlo. — Fruncí el ceño.

— Te dije que no te preocuparas.

Fruncí el ceño hacia mi hermano, pero no insistí. Volví a mirar fuera en busca de Bellucci, pero ya no estaba en el coche, solo había dos hombres custodiando los vehículos. En

cuanto me di la vuelta, lo vi entrar en casa, acompañado de mi padre.

Nuestros ojos volvieron a encontrarse y, aunque solo duró unos segundos, me pareció una eternidad. Se quitó las gafas y permitió que nos miráramos directamente. Era alto, guapo, fuerte y debía rondar los treinta años.

— ¿Sr. Bellucci? — Mi padre lo llamó.

— ¿Sí? — Mateo se dio la vuelta y dejó de mirarme.

Siguió a mi padre y desapareció por un pasillo donde estaba la oficina donde hacían negocios.

— Ya está aquí otra vez. — Esmeralda apareció a mi lado y me sobresalté.

— ¿Él? — Sacudí la cabeza, saliendo de mi trance, como si no hubiera entendido a quién se refería.

— Bellucci.

— Sí.

— Dos visitas en una semana. Debe de ser nuestro día de suerte. — Se rió.

— Por supuesto — dije pensativa, mientras mi mente era absorbida por mil posibilidades.

— ¡Luize!

— ¿Por qué no me ayudas a maquillarme? — Le ofrecí la mano. — Creo que mi cara necesita un poco de color.

— ¿Maquillarte? Pero hoy no hay nada importante.

— Solo quiero sentirme bonita. ¿Necesito un día especial para eso?

— No lo creo.

— Ya está, vayan a encargarse de las cosas de las chicas. — León hizo un gesto para que nos alejáramos y yo le saqué la lengua antes de subir las escaleras con mi prima.

Podría haber sido prometida a un hombre, pero mi destino aún no estaba sellado.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO III

MATEO

Capítulo seis

— Escuche, Sr. Martínez, sé que quiere un poco de respeto. Incluso creo que lo merece, y estoy aquí para llegar a un consenso.

— Quizá Ramón tenga razón y solo quieras ofrecernos migajas.

Descrucé los brazos y proyecté el cuerpo hacia delante en una postura algo más amenazadora.

— Mejor migajas que tu sangre en los zapatos de mi hermano, como ha ocurrido en los últimos años.

— Se creen los dueños del suelo que pisamos.

— No creemos, lo somos. — Mantuve mi expresión seria. — Queremos evitar más problemas contigo, y tú deberías estar contento con nuestra benevolencia.

— ¿Benevolencia?

— ¿Qué crees que podría pasarte si te conviertes en persona no grata en Italia? ¿Quién cree que ganaría una posible guerra? Confieso que nuestra preocupación es el peso que un conflicto así podría acarrear no solo a Roma, sino a toda Italia. Pero no espere que actuemos de forma diferente a quienes tienen el poder real de expulsarlos, o de hacer algo mucho peor.

El hombre tragó saliva y me miró con los ojos muy abiertos.

— Yo tampoco quiero una guerra, Sr. Bellucci.

— Me alegro de que estemos de acuerdo en ese punto. ¿Así que está de acuerdo con nuestras condiciones?

— Yo sí, pero no puedo garantizar lo mismo para otras familias.

— Solo necesito que te ocupes de Ramón Bayo. El resto de los gitanos son mi problema.

— Hablaré con él. Se va a casar con mi hija, pero no puedo garantizar nada.

— Así que, por tu bien y el de tu familia, será mejor que me consigas algo más que un simple tal vez.

— Señor...

Le miré con una expresión aún más seria y el hombre desistió de protestar. Ambos sabían que los Bellucci no eran enemigos a tener.

— Espero que nos hayamos entendido.

— Sí.

— Bien, ojalá que mi próxima visita sea más amistosa.

— En cuanto al polvo que nos prometieron, ¿cómo lo conseguimos?

— Uno de nuestros distribuidores se pondrá en contacto con usted. Te quedarás con el diez por ciento del precio de venta y tendrás una semana para pagarnos.

— El diez por ciento es demasiado poco. Quince como mínimo.

— ¿Crees que puedes negociar conmigo? — Toqué la pistola en mi funda y miré a los hombres que estaban allí para protegerme.

— No.

— Eso es todo.

Dos de mis soldados me abrieron paso y los demás me siguieron mientras avanzaba por el largo pasillo de vuelta al coche.

Uno de ellos me abrió la puerta trasera para que me acomodara y otro tomó el volante mientras los demás se distribuían en los vehículos que nos habían traído.

Esperaba que mi conversación un tanto amenazadora con el cabeza de familia repercutiera en los demás. Admito que no era mi ejercicio favorito ir de rama en rama explicando cómo funcionaban las cosas y quién dictaba las normas, pero lo haría si tenía que hacerlo. La familia Bellucci se hizo un nombre incluso antes que mi padre y, por lo que a mí respecta, eso no cambiaría.

— Señor, hay alguien siguiéndonos. — me informó el conductor, sacándome de mis pensamientos y mirando hacia atrás.

— ¿Quién?

— Una mujer en una Vespa rosa nos sigue desde que salimos de la casa de los gitanos.

— ¿No había un vehículo más discreto que ése? — Me reí.

— ¿Qué quiere que hagamos?

— Llévame a la empresa, déjala venir.

— Bien.

Seguí mirando hacia atrás. Afortunadamente, la película oscura de la ventanilla del coche impedía que los curiosos vieran el interior. Mi hombre tenía razón. A un coche de distancia de nosotros había una pequeña moto conducida por una mujer con falda larga y un casco que le daba aspecto de mariquita.

Recordé a la mujer que había visto bailar en mi primera visita a Martínez y luego asomada a la ventana en compañía de varios niños. No debía de ser mucho mayor que los pequeños, tal vez veinte años.

Entramos en el edificio unos minutos después y el coche bajó por la rampa del aparcamiento hasta las plantas subterráneas, donde solíamos aparcar. Abrí la puerta sin esperar que lo hicieran por mí.

— ¿Dónde está la chica?

— Probablemente fue detenida por los guardias de seguridad.

— Ustedes dos — señalé a mis hombres— salgan afuera, busquenla y llévenla a mi despacho.

— Pero, señor, no sabemos si es peligrosa.

— Solo es una gitana.

Asintieron y atravesaron el aparcamiento para subir la rampa que les llevaría a la calle.

Me dirigí al ascensor y pulsé el botón de la planta de mi despacho. Me alisé la corbata delante de mi imagen en el espejo y esperé a que la caja metálica me llevara hasta allí. Cuando llegué a mi planta, recorrí un pasillo donde se encontraban los despachos de dirección hasta llegar al mío, que era la última puerta. Para el ojo inexperto, se trataba de una empresa tecnológica como tantas otras en todo el mundo, y también negociábamos acciones en bolsa. Podía mover una enorme cantidad de dinero sin levantar sospechas, siempre y cuando pagara la parte que le correspondía al gobierno.

Abrí el salón de mi casa y me acomodé en el sillón de cuero, observando el cielo vespertino de Roma. Era uno de los edificios más altos de la ciudad, un rascacielos tecnológico en medio de muchos edificios de más de mil años de antigüedad.

— ¡Suéltame!

Me di la vuelta justo a tiempo para verla entrar, acompañada de mis hombres, que la sujetaban por los brazos como si fuera una gran amenaza.

— Suéltenla.

Les hice un gesto para que la soltaran, y la chica se tambaleó hacia delante, casi chocando con una mesita.

— O eres muy lista y tienes un plan increíble, o eres la persona más estúpida que se ha puesto delante de mí.

— Por lo visto, no eres muy caballero. — Se frotó los brazos, que debían de estar doloridos.

— ¡Fuera! — Señalé la puerta para mis hombres.

— Señor... — Dudaron.

— Puedo manejarlo yo mismo.

Finalmente, asintieron y salieron de la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

— Te pido disculpas por la descortesía de mis hombres. — La miré fijamente. — No suelen ser muy amables con la gente que me sigue ni muestran hostilidad.

— Lo siento.

— Solo si me dices por qué has venido.

— Es un buen lugar para un mafioso. — Miró a su alrededor, esquivando mi pregunta. — Pensé que encontraría algo más.

— ¿Algo más? — Fruncí el ceño. — ¿Qué cosa?

— No sé. No salgo mucho, no trato con gente que no sea gitana... Esto es muy monocromático. ¿Has pensado en añadir un poco más de color? Una cortina roja podría quedar bien ahí. — Señaló la enorme cristalera que había detrás de mí.

— ¿Vienes aquí sin invitación y empiezas a sugerir una nueva decoración para mi oficina?

— Lo siento. — Se encogió de hombros. — Solo pensé que un hombre con tanto poder y recursos como tú tendría un poco más de oro y brillantes en su salón.

Me levanté de la silla y caminé hacia ella. La chica retrocedió unos pasos temerosa y acabó mirando hacia la puerta cerrada. Era claramente curiosa, pero quizá un poco menos valiente de lo que yo había imaginado.

— No tienes ni idea de quién soy en realidad, ¿verdad? — Le toqué la barbilla con la mano, sintiendo la suave piel de su cara, y sus ojos se abrieron de par en par antes de apartarse de mi contacto.

— Tengo algunas suposiciones. — Dio un paso a un lado.

— ¿Algunas?

No solía gustarme perder el tiempo, pero aquella joven despertó mi curiosidad.

— Mi familia te tiene mucho miedo. Imagino que habrás matado a muchos de nosotros.

— Es cierto, pero ¿no te asusta?

— Sí, me asusta un poco.

— Aun así, su curiosidad fue lo suficientemente grande como para hacerla venir tras de mí. ¿Alguna vez pensaste que podría matarte?

— ¿Por qué? No soy una amenaza.

— ¿No?

Movió la cabeza negativamente.

— No llevo armas encima.

— ¿Crees que eso es suficiente para que te encuentre digna de confianza? He visto a gente sin armas matar a otras personas.

— Apenas sé usar las tijeras, así que no entro en ese grupo.

Me reí.

— Puedes ser más divertida de lo que pensaba, gitana.

— ¡Luize! Me llamo Luize.

— Bien, Luize. ¿Saben tus padres que estás aquí?

Dijo que no.

— Me escabullí.

— ¿Venir a la guarida del león sin decírselo a nadie? Es la peor idea que has tenido.

— ¿Por qué me haría daño si no soy una amenaza?

— ¿Quizá por diversión? — Acabé con la distancia que nos separaba y apreté su cuerpo contra la puerta cerrada.

Sentí que la presión de sus pechos sobre los míos se hacía más intensa a medida que su respiración se ralentizaba. Apoyé una de mis manos en la madera y ella abrió mucho los ojos, con las pupilas dilatadas.

— ¿Y disfrutas torturando mujeres?

Recordé la vez que Tatiane había oído a Marco acostándose con Laís y pensó que estaban torturando a su pobre mujer embarazada. Tuve que contener la risa, pero creo que mi mueca me delató.

— ¿Qué pasa? — El desconcierto y la vergüenza en el rostro de la joven se hicieron aún mayores.

— Creo que acabarías disfrutando del tipo de tortura que pasó por mi mente. — Me reí.

— No entiendo muy bien cómo es tu vida. Lo único que sé es lo poco que he vivido con

otras personas con culturas diferentes a la gitana, pero no se me ocurre ningún tipo de tortura que me gustaría sufrir.

Bajé la cabeza y nuestros ojos se encontraron. La gitana era hermosa, y las imágenes de ella se habían hecho frecuentes en mi mente desde que nos vimos en la fiesta. La actitud que tomé a continuación pudo ser atrevida por mi parte, pero yo siempre fui de los que se arriesgan.

— Y si empieza así. — Le acerqué la barbilla y acerqué sus labios a los míos.

Su boca era suave y tuve la impresión de ser el primero en besarla. Por reflejo, subió las manos y me agarró por los hombros. Por un momento pensé que iba a apartarme, pero se limitó a apretarme cuando introduje mi lengua entre sus labios y la hundí en su boca. Dejé que mis manos cayeran hasta su cintura, apretando su cuerpo contra el mío.

Presioné mi erección contra ella y estaba a punto de bajar un poco más la mano para alcanzar su culo cuando Luize hizo por fin un esfuerzo para que me apartara.

— ¡Alto!

— ¿Tan grave es la tortura? — Sonreí al separarme, pasándome los dedos por los labios.

— Esto no es tortura. — Estaba visiblemente afectada, su pecho subía y bajaba rápidamente. Lamenté que su blusa no tuviera un escote lo bastante generoso para dejarme ver mejor el volumen de sus pechos en movimiento.

— ¿No? Ni te imaginas cuánto puedo hacerte gritar si vamos más allá.

— Fue una mala idea venir aquí. — Giró la manija y se marchó furiosa por el pasillo.

— Voy a tener que discrepar.

Se tambaleó y se movió más deprisa al acercarse al ascensor. La vi apretar el botón para bajar y mi mirada acabó cruzándose con la de uno de mis hombres que estaba de pie en el pasillo.

— Asegúrate de que la señorita salga de aquí y llegue a su casa a salvo.

Asintió con la cabeza. Vi a Luize entrar en el ascensor, y mi soldado fue tras ella. Me quedé unos segundos en la puerta de mi habitación, absorto en mis pensamientos y con su imagen aún viva en mi mente.

Yo no era el más impulsivo de los tres, pero no me arrepentía de lo que había hecho. Si la gitana volvía a cruzarse en mi camino, era posible que lo hiciera de nuevo.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO III

LUIZE

Capítulo siete

El corazón me latía con fuerza en el pecho cuando detuve mi Vespa cerca de los otros vehículos familiares. Me quité el casco, lo colgué del manillar y apoyé ambas manos en el asiento, respirando hondo unas cuantas veces.

— ¡Luize! — Mi prima Esmeralda apareció a mi lado y di un brinco del susto al verla.

— Hola. — Intenté disimular mi vergüenza.

— ¿Dónde estabas?

— ¿Yo? — Me pasé la mano por el pelo, inquieta.

— ¡Sí, tú!

— Fui a comprar tela para hacer algunos vestidos y faldas nuevos para mi ajuar de boda.

— ¿Por qué no me llamaste para ir contigo? ¿O a tu mamá?

— No lo sé. — Me rasqué la cabeza.

— ¿Dónde están las telas?

— ¿Qué telas?

— Las que fuiste a comprar.

— Ah, no encontré ninguna interesante.

— Luego podemos ir juntas y buscar algo mejor.

— Sí. — Moví la cabeza en señal de afirmación mientras caminaba junto a mi prima hacia hacia el interior de la casa.

— ¿Estás bien, Luize?

— ¿Por qué?

— Parece que te haya atropellado un camión. — Ella se rió de la comparación. — Solo que no estás herida.

Atropellada puede que no sea la mejor definición de lo que había sucedido durante mi encuentro con Mateo Bellucci. Sin embargo, después de ser presionado y besado por un hombre fuerte de más de un metro ochenta de altura, la sensación era de atropello y desorden.

— Estoy bien. — Sonreí a mi prima.

No me pareció prudente contarle lo que había pasado, sobre todo porque estaba comprometida con otro hombre. En el mejor de los casos, mi padre me echaría una bronca que

me dejaría los oídos doloridos, en el peor de los casos... No quería ni pensarlo.

Reconozco que no tenía ni idea de lo que pasaría cuando me quedara a solas con Bellucci. Al principio, estaba encantada con el hombre. Sin embargo, Mateo tenía razón, no le conocía. Ramón llevaba tiempo viniendo a mi casa, era amigo de mi padre y debía ofrecerme cierta seguridad, además de respetar las costumbres y la cultura en la que me había criado.

— ¡Vamos! — Esmeralda tiró de mi brazo, casi haciéndome caer. — Tengo que recoger la basura y, si me ayudas, acabaré mucho antes y podremos peinarnos la una a la otra. Incluso podríamos probar algunos peinados para el gran día.

— ¿Gran día?

— Tu boda. ¡Vamos, Luize! ¿Estás aquí o con la cabeza en las nubes?

— Un poco en las nubes.

— Me doy cuenta. Debe ser la ansiedad, con la fecha acercándose.

— Probablemente.

— Vamos. — Me arrastró a la casa. — En cuanto terminemos, podemos hablar de tus expectativas. Las ancianas deberían empezar a hacer tu vestido pronto. ¡Ya puedo verlo lleno de flores! Seguro que serás la novia más hermosa.

— Lo seré.

Mientras recogíamos las bolsas de basura del lavabo, dejé fluir mis pensamientos. Tenía miedo de lo que había pasado, miedo de Bellucci, pero sobre todo miedo de lo que había sentido y quería seguir sintiendo.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO III

MATEO

Capítulo ocho

Ajusté mi traje nuevo al entrar a mi casa. Los gitanos solían ser sinónimo de problemas, piedras constantes en nuestros zapatos, pero no había imaginado que los problemas pudieran venir en forma de una joven rubia de sonrisa cautivadora y mirada curiosa.

Tenía muchas cosas de las que preocuparme y no necesitaba incluirla en mi lista interminable.

— ¡Mateo!

— Hola mamá.

— Llegaste tarde hoy. — Me observó en busca de algo que pudiera preocuparla aún más. Una mancha de sangre, un corte o un agujero en mi ropa, pero el traje estaba impecable.

— Solo resolviendo problemas.

— Siempre.

— Conoces muy bien el mundo en el que hemos nacido.

— Desgraciadamente, sí. — Ella suspiró. — Pero mi corazón de madre no puede evitar preocuparse y necesita verte volver a casa sano y salvo todos los días.

— Nosotros también queremos volver a casa todos los días, mamá. No te preocupes.

Ella movió la cabeza negativamente y yo me incliné para besarla en la frente.

— Te quiero, Mateo. — Me tomó de las manos y me hizo mantener los ojos mirándola. — Los quiero a los tres.

— Nosotros también, mamá. — Le sonreí y terminé de subir los escalones del segundo piso.

Me dirigí al despacho de mi hermano y abrí la puerta. Me encontré a Marco y Theo hablando, pero dejaron de hacerlo al verme en la puerta.

— ¿El asunto llegó?

Theo se limitó a resoplar, moviendo la cabeza negativamente.

— Hablábamos de cómo mejorar y hacer más eficaz el sistema de distribución de drogas en todo el país.

— ¿Han pensado en los drones?

— ¿Por qué no te dejas de ideas estúpidas? — Theo giró sobre sus talones y me fulminó

con la mirada. Era como si, después de lo ocurrido, todo lo que salía de mi boca avivara su ira.

— Theo... — Marco trató de contenerlo.

— Mateo cree que estamos bromeando. No ve el peligro real y acaba poniendo en peligro a quien no debe.

— ¿Se trata de la mafia o de Tatiane otra vez?

— ¡Se trata de la puta familia! — rugió Theo. — Tatiane es familia, mi familia.

— ¿Crees que no me importa?

— No. — Tocó la pistola en su funda.

— Theo. — Marco sostuvo el hombro de nuestro hermano mediano.

— Eso es lo que quieres, ¿no? ¡Así que vamos, dispárame!

— Mateo, cállate. — Marco intentaba hacer su papel, ser el político de siempre.

— Deja que Theo dispare. Quizá deje de hacer berrinches y vea las cosas como son realmente, que todos tenemos que hacer sacrificios.

— Basta, somos hermanos. — Marco levantó las manos.

— Creo que Theo lo olvidó.

— ¡Mateo! — El hombre mayor también se estaba enfadando conmigo.

— Ambos siguen diciendo que hacen todo por el bien de esta familia y la mafia. Eso es exactamente lo que hice. Me aseguré de que estuviera bajo supervisión, planeé tu vuelo y me aseguré de que llegaras a tiempo para salvarla. Ahora me gruñes como si Tatiane estuviera muerta. Sí, ella corrió riesgos, pero todos lo hacemos, todos los días.

— ¿Has pensado en lo que podría haberle pasado? — Mi hermano resoplaba como un perro rabioso.

— ¿No te parece?

— Creo que no.

— ¡Entonces dispara, carajo! ¿No es así como se hace, disparar primero y preguntar después? Demuestra que eres el macho alfa. — Di un paso adelante, viendo el cañón de la pistola de mi hermano apuntándome.

— Theo, baja la puta pistola. — Marco intervino, pero antes de que pudiera desarmar a nuestro hermano, oímos el sonido de un disparo, que resonó en el despacho y en otras habitaciones de la casa.

— ¡Mateo! — Marco saltó la mesa y corrió hacia mí mientras yo daba un paso atrás

tambaleándome.

— Me dolió más de lo que pensaba. — Saqué la bala arrugada de mi chaqueta y la tiré al suelo.

— Maldita sea, ¿estás bien? — Marco me sacudió los hombros. Creo que solo había visto esa desesperación en sus ojos cuando Laís había sido sometida por Donatella.

— Mateo... — murmuró Theo y me encontré con su mirada.

Mi hermano dejó caer la pistola al suelo. Tenía los ojos muy abiertos y parecía conmocionado por lo que acababa de hacer.

— Podría haberte matado — murmuró. — ¡Te has vuelto loco! ¿Por qué me has provocado así? — Movió la cabeza negativamente.

— Si me hubieras disparado en la cabeza, sí, pero los riesgos estaban calculados. No olvides que soy el más listo de los tres — alardeé.

— Imbécil. — Vino hacia mí, intentó darme un puñetazo, que esquivé fácilmente, y luego me abrazó.

Me sorprendió su reacción, pero le devolví el abrazo a mi hermano. Por un momento, había creído que era incapaz de perdonarme para que un intercambio de afecto como aquel pudiera repetirse. Le devolví el abrazo y me di cuenta, aunque Theo no lo había dicho en voz alta, de que la sensación de poder matarme con su furia había sido suficiente para que me perdonara.

— Si vuelves a poner en peligro a mi mujer, la próxima vez te pego un tiro en la cabeza.

— Hasta entonces, he desarrollado un casco que no oculta mi cara bonita. — Le di una palmada en la espalda.

— ¡Mateo, detente! — Marco intervino. — Tú no eres Batman.

— ¿Qué ha pasado aquí? — Mi madre y las dos mujeres aparecieron en la puerta del despacho.

— Solo hermanos haciendo las paces. — Me encogí de hombros.

— Oí un disparo. — Mi madre estaba con los ojos muy abiertos.

— Theo probó mi traje antibalas. Aprobado.

— ¡Mateo! — me gritó Rosimeire.

— También tengo modelos para los dos, así estarán más seguros.

— ¿Dónde puedo conseguir el mío? — Theo me puso la mano en el hombro.

— Pásate mañana por la empresa y te tomarán las medidas.

— ¿Te encuentras bien? — Tatiane alternaba la mirada entre mi hermano y yo.

Theo se limitó a mover la cabeza afirmativamente.

— ¡Qué alegría! — Su mujer saltó a sus brazos.

— Si hubieras muerto, te recogería en el infierno solo para matarte otra vez — amenazó Marco en voz baja antes de pasar a mi lado y poner la mano en la cintura de su mujer. — ¿Cómo está Dante?

— Durmiendo.

Los dos se fueron por el pasillo y yo me fui a mi habitación.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO III

LUIZE

Capítulo nueve

— Cuando sea mi boda, quiero estar llena de oro. — Esmeralda se revolvió en mi cama y, con los ojos brillantes, miró al techo.

— Entonces necesitas un prometido muy rico.

— Consigueme uno como el tuyo y yo también seré una princesa.

— Me apoyé en el tocador mientras miraba el cielo con pocas estrellas y una luna menguante más allá de mi ventana.

— ¿Sigues pensando en Bellucci?

— ¿Cómo? No, no. Pensaba en otra cosa. — Intenté escabullirme, pero mentía mucho peor de lo que pensaba.

— ¿Volverá aquí otra vez?

— No lo sé.

— Los hombres se sienten muy amenazados por su presencia. Dicen que los Bellucci son malvados, que torturan y destrozan a la gente.

— Los confundes con nuestro primo Boris.

— A veces él aprendía de ellos.

— ¡No exageres, Esmeralda!

— Todo el mundo les tiene miedo. No deberían ser buenos.

— La gente que no conoce a los gitanos también nos tiene miedo. Seguro que al menos caminan por la calle sin que la gente les mire y cuchichee.

— Son los Bellucci. Sus esposas deben tener mucho oro.

— No vi nada de oro… — respondí sin pensar mientras las imágenes del despacho de Mateo Bellucci inundaban mi mente.

— ¿No lo has visto? ¿Dónde no has visto?

— ¡En él! — Me apresuré a cambiar de tema. — No le he visto nada de oro las veces que ha venido. Mi padre tiene más anillos que él.

— A lo mejor tu padre es más rico. — Esmeralda se echó a reír.

— Improbable. Esmeralda...

— ¿Qué?

— ¿Alguna vez has besado a alguien que te ha dejado sin aliento y al mismo tiempo has deseado que el beso continuara?

— No. Besé a Boris unas cuantas veces, pero nunca me dejaron sin aliento. De hecho, fueron muy húmedos. ¿A quién has estado besando?

— A nadie. — me apresuré a decir. — Solo algunos pensamientos que me han estado rondando por la cabeza. Debe ser algo que vi en una película.

— ¡Luize! — Mi madre llamó a la puerta antes de entrar.

— Hola.

— Péinate y ponte algo de ropa. Tu prometido te espera abajo, ha venido a verte.

— ¿Está aquí?

— Sí, quiere verte. Dijo que había traído un regalo.

— ¡Un regalo! — Esmeralda saltó de la cama, celebrando. — ¿A quién no le gustan los regalos?

— Sí. — Mi sonrisa era forzada y ni de lejos tan emocionada como la de mi prima.

Mi prometido no era mala persona. Sabía que mi padre se había esforzado por conseguirme el mejor pretendiente posible, el que me diera las mejores condiciones de vida, pero eso no bastaba para que me sintiera atraída por él y motivada por ese matrimonio.

— Prepárate, Luize.

— Lo haré, mamá. — Fui a mi armario y busqué un vestido muy llamativo.

— Tu prometido te encontrará aún más guapa — dijo Esmeralda cuando me cambié.

— Eso espero — susurré mientras me pasaba un cepillo por el pelo.

— Solo mejora esa sonrisa. Vas a ver a tu prometido, no vayas con cara de velatorio. ¡Vamos!

— ¿Así está mejor? — Mostré mis dientes.

— Mucho mejor. — Mi prima cogió perfume de mi tocador y me lo dio. — Para el toque final.

Me eché una nube al cuello y cogí un clip con una flor roja, me lo puse en el pelo antes de ponerme mínimamente presentable y bajar las escaleras.

Tenía un escalofrío en el estómago y una sensación de inquietud. No porque estuviera viendo a Ramón, sino porque sabía que horas antes había estado en el despacho de Mateo Bellucci siendo besada por él. Por mucho que me pareciera mal, no podía negar que lo había

disfrutado.

Bajé las escaleras y pronto encontré a mi prometido sentado junto a mi padre en uno de los sofás más ornamentados, con estampados florales que mezclaban colores vibrantes con hilos metálicos.

— Aquí está mi tesoro. — Papá me señaló con expresión de orgullo.

— Hola. — Crucé los brazos delante de mí, un poco cabizbaja.

— Toma asiento. — Mi padre señaló el sillón que tenían delante y fui a sentarme.

Miré fijamente a mi prometido, buscando en él la misma inquietud y excitación que Bellucci provocaba en mí. Sin embargo, lo mejor que pude encontrar fue una sonrisa comprensiva de alguien que se esforzaba por complacerme.

— Te he traído un regalo.

— Ah, gracias por ser tan amable. — Me esforcé por esbozar otra sonrisa.

— Aquí está. — Tomó una caja de terciopelo de la mesa y me la entregó.

Lo abrí con cuidado y vi unos pendientes grandes y un collar formado por pequeñas flores doradas con una piedra en el centro.

— Es muy bonito, ¡gracias!

— Me alegro de que te haya gustado.

— Me ha encantado.

— Son rubíes de verdad.

— Maravilloso.

— Quiero que lo lleves en nuestra boda.

— Hice todo lo que pude para no tragar saliva.

Ramón intentaba ser un buen hombre conmigo y yo no podía negarlo. Debería estar agradecida por tener un futuro marido mínimamente educado que se preocupaba por complacerme. Sin embargo, Mateo...

No había manera, siempre acababa pensando en él, y aquel beso solo había servido para perturbar aún más mis pensamientos. Solo entonces me di cuenta de a qué tipo de tortura se refería, la de hacerme pensar y desear algo que no podía tener.

— Podemos reunirnos durante el día a lo largo de la semana que viene para decidir los detalles de la boda. Sé que suele ser la familia de la mujer quien lo hace, pero me encantaría una buena fiesta y me gustaría poder opinar sobre parte de la ceremonia.

— ¿Pero ya?

— Dos meses pasan muy deprisa.

— Tienes razón. — Me pasé la mano por el pelo y me recogí un mechón detrás de la oreja para ocultar mi vergüenza.

— Miro, ella es encantadora. — Ramón se volvió hacia mi padre.

— Te lo dije.

— Preciosa. — Extendió su mano, esperando la mía.

No tuve más remedio que sostenerla y dejar que me besara la parte de atrás.

— Ahora vamos al grano. — Mi padre se levantó y Ramón me soltó los dedos, haciéndome respirar aliviado. — Bellucci estaba aquí de nuevo con un montón de amenazas y algunos argumentos plausibles.

Los dos entraron en el despacho, charlando, y yo me quedé en el sillón esperando a que se marcharan.

Pronto me casaría con aquel hombre y tendría una vida parecida a la de mi madre y otras mujeres de la familia. Era un buen destino, pero al mismo tiempo no podía evitar pensar en lo mucho que quería otro tipo de vida, en lo mucho que deseaba a otra persona.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO III

MATEO

Capítulo diez

Su perfume era delicado, olía a flores, su pelo era suave y sus labios aún más...

— ¡Mateo! — gritó Marco, recordándome que estaba delante de mi hermano mayor. — ¿Has oído mi pregunta?

Dije que no. Estaba inmerso en mis pensamientos. Para ser más honesto, de cierta mujer a la que no debería desear. Era guapa, pero yo había estado con muchas mujeres más guapas a lo largo de mi vida.

— ¿Qué ocurre?

— Estás distraido. ¿Algo va mal en la *baticueva*?

— ¿Quién es el bromista ahora? — Me reí de la referencia de mi hermano al lugar donde pasaba el rato con mis chicos haciendo lo que más me gustaba, espiar, cometer fraudes en Internet y desarrollar tecnología.

— Pensé que te gustaría el término.

— ¿Vas a decir que no te pareció increíble el traje antibalas?

— Yo no he dicho eso. Es bueno saber que gastas millones en cosas útiles.

— Si te enseño todo lo que he desarrollado en los últimos años, te volverás loco.

— Hablaremos de ello más tarde. Hay algo muy importante en lo que te he pedido que te concentres.

— Ah, estoy muy concentrado.

¿Cómo le quedaría un vestido ajustado con un escote provocativo? Mi mente viajó y sentí que se me salivaba la boca.

— ¿En serio?

— Busco a los principales líderes de Roma. Planeo reunirme con los jefes de los pueblos de los alrededores en el transcurso de la semana. Quiero asegurarme de que los gitanos de aquí están bajo nuestro control antes de ampliar el enfoque — aseguré.

— ¿Por qué aún no lo están?

— Ramón Bayo es nuestro principal problema. No le interesa la alianza, y su influencia es lo bastante fuerte como para disuadir a otros líderes.

— Encárgate de él.

— ¿Matarlo?

— Si eso es lo que se necesita. Es hora de ensuciarse las manos, hermano.

— Puede que acabe gustándome.

— Manténme informado de los progresos.

— Bien. ¿Han causado los sicilianos algún problema últimamente? Sabemos que con una *capo* mujer podemos enfrentar inestabilidad.

— Ángela ha demostrado ser muy capaz y, por increíble que parezca, todo el mundo la respeta. Además, su mando se ha visto reforzado por el matrimonio de su cuñada con nuestro hermano. Si su hijo puede ser la mitad de bueno que su mujer, no tendremos problemas.

— Estupendo. — Me levanté de la silla. — Voy a reunirme con los gitanos al norte de Roma y luego me dirigiré a mi despacho. Si necesitas algo más de mí, llámame.

— Muy bien, Mateo. Ten cuidado.

Salí del despacho de mi hermano mayor y acabé tropezándome con mi cuñada en el pasillo. Laís tenía a su hijo en brazos y el pequeño se reía mucho, y no sabía de qué.

— Este muchacho va a ser tan divertido como yo. — Le hice una mueca y Dante se rió aún más.

— Así será. — Laís acunó a su hijo en brazos.

Me despedí de ellos y continué hasta el garaje.

Luigi era el jefe de mi seguridad y me acompañó hasta el coche cuando me vio entrar en su campo de visión. Él y otros dos soldados subieron al vehículo conmigo, mientras otros me seguían en un segundo coche.

Reconozco que era el menos aficionado a los guardaespaldas entre mis hermanos, pero sabía que eran necesarios, sobre todo si no quería que mi madre llorara al final del día. Era muy consciente de que había muchas formas de ganar dinero y ser eficaz en la manipulación que no implicaban disparar y apalear a la gente. Sin embargo, la mafia era muy tradicional, había muchas reglas centenarias que se mantenían, incluida la forma de tratar los asuntos. Por mucho que me gustaran los cambios, comprendía la necesidad de coherencia para que no se tambalease toda la estructura.

Saqué unos auriculares inalámbricos del bolsillo, pulsé un botón lateral y me los puse en la oreja.

— ¿Señor? — Oí la voz de Cristian al otro lado de la línea.

— Quiero que encuentres la forma de ponerte en contacto con la gitana, Luize. Haz que vuelva a la empresa.

— ¿Con qué fin?

— Dile que aún tenemos algo de qué hablar, que me encantaría continuar la tortura.

— ¿Tortura, señor? — Su tono era de sorpresa al otro lado de la línea.

— Ella lo entenderá.

— ¿Podría ser un mensaje de móvil? Su número fue triangulado cuando entró en el edificio.

— Perfecto. Tengo asuntos de la mafia que tratar, volveré al edificio en unas horas.

— De acuerdo. Hasta luego, señor.

Desconectó la llamada y me quité los auriculares.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO III

LUIZE

Capítulo once

Recogí los platos del desayuno con la ayuda de mi madre y los llevé a la cocina, donde mi abuela estaba lavando la vajilla. En mi casa vivía una media de casi cincuenta personas, y las mujeres se repartían entre hacer las tareas domésticas, enseñar a los niños nuestras costumbres y las materias escolares básicas, así como cuidar de todos. Los hombres aportaban los recursos, sobre todo el dinero. No siempre de la forma más legal.

Había visto drogas y armas en la casa y sabía que algunos miembros de la familia vendían drogas en la calle, sobre todo cerca de la zona donde vivíamos, pero mis preguntas no solían ser muy bien recibidas cuando quería saber más al respecto.

Sabía que fuera de nuestras costumbres existía una sociedad en la que las mujeres podían llevar pantalones, expresarse y ocuparse de los asuntos de los hombres, pero no podía dar la espalda a mi familia sin tener adónde ir.

— Estos son los últimos, abuela. — Puse los platos a su lado.

— ¿Tu padre comió bien?

— Creo que sí, no me di cuenta.

— Ha comido bien — respondió mi madre por mí.

— Lo encuentro tan delgado y demacrado estos días.

— Me aseguro de que mi marido esté bien alimentado.

Intenté fingir que no me daba cuenta de las púas que se intercambiaban las dos.

— Probablemente sea por los chicos Bellucci. — Me metí para suavizar las cosas. — Lo que sea que estén buscando, está agitando a todos los hombres de la casa.

— Solo quieren darnos órdenes. — Resopló mi abuela. — Como siempre.

— No es tan sencillo, señora Amelia. — Mi madre puso su mano en su cintura, balanceando su falda. — Nuestras vidas podrían ser mucho más fáciles con su ayuda.

— Solo nos tiran migajas.

— Necesitamos respeto, y nadie lo tiene más en Italia que los Bellucci.

— ¿Qué es lo peor que nos puede pasar si papá les dice que sí? — pregunté, tratando de comprender mejor.

Ambos guardaron silencio y me di cuenta de que no había respuesta directa. Ya

estábamos marginados y excluidos. Lo que ofrecían los Bellucci podía no ser mucho, pero era el primer paso para que nos respetaran como merecíamos.

— ¿Me necesitas para algo más?

Ambas se miraron hasta que mi madre negó con la cabeza.

— Entonces me voy a mi habitación.

Salí de la cocina y me dirigí por el pasillo hacia la escalera que llevaba al piso superior de la casa. A diferencia del despacho de Mateo, había muchos colores, adornos y vivacidad, que era una parte de mi cultura que me gustaba mucho.

Entré en el dormitorio y encendí la radio. Puse música alegre y di vueltas por la habitación hasta llegar al tocador donde había dejado el móvil. Pensé en navegar en internet para satisfacer mi simple curiosidad, pero acabé sorprendiéndome con un mensaje de texto. Imaginé que era de la operadora de telefonía, ya que eran los únicos que recibía, pero la sorpresa fue aún mayor cuando me topé con el nombre del remitente.

Luize, te espero en mi despacho más tarde.
Me encantaría continuar con la tortura.
Mateo Bellucci.

Mis mejillas se sonrojaron con solo leer el mensaje. De hecho, había sido una tortura porque, por mucho que no debiera, no podía dejar de pensar en el beso que me había dado el día anterior.

Mateo Bellucci era un hombre que asustaba a toda mi familia, les infundía miedo, pero al mismo tiempo me atraía como un imán gigante. Ni siquiera debería haber estado pensando en aquella invitación irracional, pero algo se agitó en mi interior ante la idea de volver a estar cerca de él. Sentía mariposas en el estómago y al mismo tiempo una ansiedad que me inquietaba.

— Estás prometida, Luize. — Me di unas palmaditas en la cara mientras paseaba de un lado a otro de mi habitación.

Si mi prometido pensaba que estaba teniendo uno o más encuentros con otro hombre a escondidas, dudaba que actuara tan amablemente como la noche anterior. Tenía que cumplir aquel compromiso, pero ¿cómo iba a hacerlo si no había sido mi elección?

Me apoyé en el cabecero de la cama e inspiré varias veces, esperando que fuera suficiente

para contener el impulso que me llevaba a ir a ver al mafioso. Tal vez fuera simple curiosidad, o simplemente un deseo insano de correr un riesgo. Yo era el eslabón débil y no importaba por dónde se rompiera la cuerda, no tenía ninguna duda de que sería el mayor perdedor.

Un Bellucci aprovechándose de mí y un prometido furioso, eso es todo lo que conseguiría. Quizás también un poco de desgracia y vergüenza para mi familia.

Me pasé horas intentando convencerme de que no fuera, pero tomé una bolsa, metí el móvil dentro, busqué la llave de mi Vespa, una pequeña libertad que me había ganado tras mucha insistencia de mi padre, y salí de mi habitación.

— Luize, ¡te encontré! — Esmeralda me detuvo en el pasillo y pensé que era una señal para que no tomara una decisión muy estúpida. — ¿Nos pintamos las uñas?

— ¿Ahora?

— Sí, mi madre me ha regalado unos nuevos colores de esmalte de uñas que te encantarán.

— Ahora no puedo.

¡Luize! Luché mentalmente conmigo misma mientras pensaba que aceptar la invitación de mi prima era mucho más seguro para mi futuro que la de Mateo Bellucci.

— ¿Por qué no?

— Voy al Parque Rosa — dije lo primero que me vino a la cabeza y pronto me di cuenta de que había cometido un gran error. El parque tenía fama de ser el más romántico de Roma.

— Espérame e iré contigo.

— No — respondí demasiado rápido.

— ¿Por qué? Quedaste con él, ¿verdad?

— ¿Él?

— Sí, tu prometido. ¿Quién más podría ser?

— Por supuesto que estaba pensando en mi prometido. — Le dediqué una sonrisa fingida, pero seguía un poco desconcertada.

— ¿Pasó algo ayer?

— No. Bueno… me acaba de regalar unas joyas muy bonitas.

— Todas las mujeres hablaban de eso esta mañana. Tienes mucha suerte, Luize.

— Así es. — Ensanché aún más mi sonrisa, que estoy segura de que debía de parecer más bien una mueca.

— ¿Así que te reunirás con él en el jardín?

— ¡No! Solo quiero estar sola un rato. Voy a pensar en la boda y en lo que quiero para el gran día. Estoy segura de que me inspiraré.

— Yo también. Bueno, si no quieres mi ayuda, podemos pintarte las uñas más tarde.

— Me encantaría. — Le di un beso en la mejilla y subí las escaleras hasta el garaje. Mi ansiedad, mi angustia y mi miedo no hicieron más que aumentar cuando arranqué el coche. No solía mentir a Esmeralda, pero no me parecía seguro decirle la verdad. Sentía que me hundía en arenas movedizas y, lo peor de todo, parecía que me zambullía de cabeza sin siquiera oponer resistencia.

Maniobré la moto y salí por las puertas de mi casa. Mientras recorría la calle que llevaba al edificio donde había seguido a Mateo el día anterior, pensé en mil razones para no hacerlo, y todas eran muy fuertes y buenas, pero ninguna de ellas era suficiente para hacerme dar la espalda y volver a casa.

Lo que más me animaba era el hecho de que estaba eligiendo esta aventura completamente prohibida. Estaba jugando con el peligro y las posibilidades de quemarme eran gigantescas.

Detuve mi Vespa frente al portón del aparcamiento y esperé a que se abriera, pero en su lugar aparecieron detrás de mí dos hombres musculosos con una postura muy amenazadora.

— No tienes que arrastrarme, fue tu jefe quien me llamó.

— Lo sabemos, señorita.

— Ah, ¿sabes? — Esbocé una sonrisa tímida.

— Dame la llave. — Uno de ellos me tendió la mano. — Guardaré tu moto.

— Gracias. — Me quité el casco y accedí a su petición, que era más bien una imposición.

— Ven conmigo. — llamó al otro, indicándome con la cabeza que le siguiera.

Seguí al truculento soldado hasta la entrada del edificio. Era grande y estaba muy iluminado. Echaba de menos los colores, pero tenía cierto aire de sofisticación, como un hotel de lujo. Pasamos por un puesto de control, que él despejó escaneando mi huella dactilar, y nos dirigimos a los ascensores.

— Tienes una forma muy diferente de tratar con la mafia, ¿no?

— La mafia está en todas partes, señorita. Controla todo y a todos.

De todos... Las dos últimas palabras resonaron en mi cabeza y pensé que ése podría ser el

miedo de mi padre. Éramos libres a nuestra manera, pero ¿sería más fácil si respetáramos a la mafia? La caja metálica se abrió y me flaquearon las piernas. Había una sensación de peligro en el aire y, por muy seguro que fuera correr, di un paso hacia el pasillo.

— La está esperando en su salón.

— Gracias. — Agarré con fuerza el asa de mi bolso entre los dedos y caminé despacio hacia la puerta de madera clara que había al final del pasillo.

La abrí sin llamar y la manilla giró sin dificultad. Empujé y pareció que tardaba una eternidad en abrirse. Sin embargo, mis ojos no tardaron en encontrarlo de pie junto al gran ventanal, observando el horizonte.

Su traje negro estaba impecable, al igual que su pelo bien cortado y su afeitado apurado, que le hacían parecer unos años más joven de lo que realmente era. Ante aquella imagen, llegué a olvidar que estaba con uno de los mafiosos más poderosos del país.

— Has venido.

— No debería haberlo hecho. — Aferré aún más fuerte la correa de mi bolso. — Toda mi familia está alborotada por tu visita y lo que dicen de ti... — Tragué saliva, incapaz de terminar la frase.

— ¿Qué dicen de nosotros?

— Torturan, arrancan uñas y dientes, y matan sin piedad.

Mateo me miró antes de empezar a reír como si hubiera contado un chiste genial.

— Eres divertida.

— No entiendo qué tiene tanta gracia.

— Particularmente prefiero otros tipos de tortura. — Me guiñó un ojo y me ardieron las mejillas.

— Será mejor que me vaya. — Me di la vuelta, pero me sorprendió su mano sujetando la puerta para que no saliera corriendo.

— Si de verdad pensaras eso, no habrías venido — dijo con voz firme que captó mi mirada.

— Eres un hombre malo.

— Lo soy.

— Matas a la gente.

— He matado algunas veces, pero no es mi forma favorita de manejarme. A mi hermano

Theo, en cambio, le encanta un poco de derramamiento de sangre. Creo que por eso Marco me envió a negociar con los gitanos y no a él. Sin embargo, que yo sepa, los gitanos tampoco se andan con chiquitas.

— No me dicen mucho.

— Eso fastidia.

— Mi padre se volverá loco si se entera de que estoy aquí.

— Es posible. — Acercó su mano a mi cara y enrolló un mechón de mi pelo alrededor de su dedo. — Pero eso no impidió que se acercara.

— Despiertas mi curiosidad.

— Puedo decir lo mismo. — Me soltó el mechón de pelo y su dedo se deslizó por un lado de mi cara, provocando que un calor inusitado irradiara desde donde me tocaba, e incendiara todo mi cuerpo. Nunca había sentido nada parecido, ni había estado tan cerca de un hombre como para experimentar esos efectos. — Pero no sé si es bueno para ti.

— Tengo que suponer que no.

— Eres lista. Eso me gusta. — Puso una mano en la puerta, mientras la otra me rodeaba la cintura.

Apenas tuve tiempo de reaccionar antes de que su boca estuviera sobre la mía. Sería una mentira si dijera que no esperaba que esto sucediera; para ser sincera, sí lo esperaba, lo que hizo que mi conciencia pesara un poco más. Separé los labios, permitiendo que su lengua entrara, y fui pensando en lo mal que lo había hecho en otro momento.

El beso fue aún más intenso que la primera vez. Era como si estuviera decidido a cumplir aquella *tortura.* Su cuerpo me apretó contra la puerta y pensé que me derretiría. Solté la correa de mi bolso y mis manos se dirigieron a sus anchos hombros, palpándolos bajo la gruesa chaqueta de su traje.

Mateo me mordisqueó el labio inferior, tirando de él con los dientes hasta que se resquebrajó y su boca abandonó la mía, deslizándose por mi cuello y bañándome en un torrente de sensaciones. Mi piel se sentía fría y caliente al mismo tiempo. Su aliento me producía escalofríos.

Su boca no fue la única parte de su cuerpo que se movió. Su mano, que había estado en la puerta, impidiéndome salir corriendo, se acercó a mi cuerpo, yendo a mi pecho sin ninguna ceremonia, apretándolo por encima de mi blusa. Gemí en una mezcla de placer y protesta, pero él

no se detuvo, moviendo su mano desde mi cintura hasta mi otro pecho. Con él apretando ambos, mientras me besaba y me apretaba contra la madera, una intensa oleada me recorrió, deteniéndose entre mis piernas y haciéndolas palpitar.

¿Qué era eso? Me sorprendió la necesidad de atención que me pedía mi cuerpo.

Me mordió el cuello, siguiendo con una secuencia de chupadas hasta la base de la garganta, donde empezaba mi blusa. Sus manos bajaron de mis pechos a mi cintura, para meterse dentro de la tela. Sin embargo, mientras una subía, la otra se deslizaba hacia abajo, hacia la zona de mi cuerpo que palpitaba con más ansiedad.

No solo estaba dejando que otro hombre que no era mi prometido me besara, sino que dejaba que me tocara sin ningún pudor.

— No puedo hacer esto. — Usé toda la fuerza que tenía para empujarlo y me agaché a un lado, tambaleándome unos pasos lejos de él.

Mateo se desplomó hacia delante y apoyó ambas manos en la puerta.

— ¿Cómo que no? — Sacudió la cabeza y me miró confuso. — Has venido hasta aquí, sabes muy bien lo que quiero. No eres tan ingenua.

Me callé. Tal vez fue...

— Yo... Tengo un prometido.

— ¿Prometido? — Enarcó una de sus oscuras cejas.

— Sí, me caso en menos de dos meses.

— Es una buena forma de esperar a la boda. — Se rió con picardía.

— Quiero irme. — Miré la puerta que sostenía y me di cuenta del peligro que podía correr.

— ¿Quieres hacerlo? ¿De verdad quieres? — Su mirada firme y su expresión depredadora me hicieron retroceder.

En el fondo, o quizá más en la superficie de lo que me hubiera gustado, había una gran parte de mí que no quería irse. Mi respiración seguía agitada y mi corazón acelerado. Mi cuerpo quería averiguar cuál era el límite de lo que habíamos empezado, pero afortunadamente había una pizca de sensatez dentro de mí, aunque era el peor momento para tenerla, ya que había llegado hasta aquí.

— Quiero irme.

— Es una lástima. — Abrió la puerta y me mostró el pasillo.

Tomé mi bolso y salí corriendo antes de que un nuevo impulso me hiciera volver atrás. Podía llevar una vida tranquila dentro de nuestras costumbres, como mi madre. Involucrarme con Mateo Bellucci me causaría problemas cuyo alcance desconocía, por muy tentador que fuera.

¿Qué sería de mi destino, estaría preparada? Mientras corría hacia el ascensor y era escoltada por uno de sus hombres hasta mi moto, reflexioné.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO III

MATEO

Capítulo doce

Recargué la munición de la pistola mientras me escondía detrás de una pared. El corazón se me aceleraba y el sudor me corría por la sien, deslizándose por el cuello hasta desaparecer entre la ropa.

Moví mi cuerpo rápidamente hacia un lado antes de oír el disparo que impactó en la pared donde me protegía. En pocos segundos, logré contener a un hombre detrás de un viejo tambor y a otros dos detrás de un muro bajo.

Observé detenidamente los alrededores: era un gran terreno, formado por restos de edificios y chatarra. La mafia solía celebrar muchas reuniones en lugares como éste, ya que estaban alejados y solían llamar poco la atención.

Había un poste un poco más allá donde podía esconderme e intentar darle al hombre que estaba detrás del tambor, pero sería difícil llegar hasta allí sin exponerme demasiado. Mentalmente hice cuentas, calculé ángulos y calculé cuánto tiempo tendría que moverme antes de que me alcanzara una bala. Cinco segundos o menos. Tal vez si tuviera una granada de humo, podría ganar más tiempo, pero no solo dificultaría su visión, sino también la mía.

Aparté el cuerpo, disparé en dirección al tambor, haciendo ruido para distraer a mi adversario, y corrí hacia el poste. Dos disparos de los otros hombres se dirigieron hacia mí, pero afortunadamente ninguno me alcanzó. Desde detrás del poste, apunté al hombre que estaba detrás del tambor y le disparé en el cuello.

Disparé a los otros dos y tuve que recargar antes de salir de detrás del poste. Corrí hacia el cañón, me volví a poner en posición de tiro, pero los otros dos estaban muy bien escondidos. Lo único que conseguí fue darle en la mano a uno de ellos cuando intentó dispararme.

Empujé el tambor con la fuerza de mi hombro e hice que avanzara, protegiéndome como un escudo mientras buscaba el mejor ángulo para disparar a los otros dos enemigos.

Uno se expuso para dispararme y acabé dándole en el pecho.

— Señor Bellucci. — Oí una voz que me llamaba como si estuviera en el fondo de mi mente.

Fui a por el hombre que quedaba y él me disparó, dándome en el brazo. Sentí pulsar el dolor en la zona e irradiar hacia fuera, antes de alcanzar con mi disparo al último hombre en la

cabeza.

— Señor Bellucci.

— Finalizar simulación — murmuré al sistema. Delante de mí, el entorno holográfico de la chatarrería dio paso a una enorme sala blanca y el dolor de mi brazo cesó.

Me quité las gafas de realidad aumentada y ajusté los auriculares a través de los cuales resonaba la voz de mi hombre.

— ¿Qué pasa, Cristian? Estaba entrenando.

— Fue alcanzado y tardó quince segundos más que la última vez en abatir a los tres hombres.

— ¿Me has llamado para criticar mi actuación? — refunfuñé, malhumorado. La verdad era que tenía razón, no estaba prestando atención como la última vez. Mi mente estaba en lo que había pasado al final de la tarde en mi despacho.

Solo necesitaba tener sexo para dejar de pensar en la gitana. Me imaginaba que pasaría. Las mujeres no solían quedar conmigo para huir en el último momento, ni siquiera las que sabían que yo era, más que el director general de una gran empresa tecnológica, el subjefe de la mafia italiana.

— No, señor — dijo Cristian, y salí del vacío de mi mente cuando dijo —: tus hermanos están aquí.

Pensé que vendrían a informarse sobre el traje. Si yo no fuera uno de los responsables de su desarrollo, también me entusiasmaría saber más.

Reconozco que detrás de mis juguetes había algo más que mi inteligencia. Me gustaba reclutar para trabajar para mí a las mejores mentes de Italia y de todo el mundo, algunas de las cuales sabían que trataban directamente con la mafia, otras que ocupaban pisos preestablecidos y vivían con la ilusión de un trabajo legal.

Dejé la pistola y las gafas en un cajón de la pared lateral de la habitación y salí vestido con un ajustado traje negro lleno de electrodos que se conectaban a la realidad creada por el ordenador, haciéndome sentir todo lo que ocurría.

Recorrí el largo pasillo y encontré a mis hermanos y a Cristian esperando delante del ascensor.

— ¿Qué estabas haciendo? — Marco me buscó con la mirada cuando me detuve frente a ellos.

— Formación.

— ¿Ballet? — se burló Theo.

— Quizás preferiría que estuvieras enfadado conmigo.

Marco me miró con severidad. A mi hermano mayor no le gustaba la forma en que había alimentado mi relación con Theo. La familia lo era todo para nosotros, pero no vi otra alternativa que dejarle descargar su ira.

— Al bromista no le gusta que jueguen con él. — Theo me empujó el hombro.

— Quiero ver si puedes sobrevivir a mi simulación en dificultad máxima.

— Sobrevivo a la vida real, hermanito.

— Podemos dejarlo para otro día. — Marco nos interrumpió. — Hemos venido por los trajes, imagino que cuanto antes estén listos, mejor para nosotros.

— Hemos desarrollado un tejido fino con el doble de poder de absorción de impactos que los chalecos antibalas tradicionales.

— Vamos a practicar. — Theo chasqueó los dedos.

Miré a Cristian y él se adelantó por el largo pasillo hasta que entramos en una sala frente a la que yo entrenaba. En el maniquí había uno de los trajes hechos para mí.

— ¿Me permites? — Theo tomó su propia pistola.

— Siéntete como en tu casa.

Disparó al muñeco varias veces, en el pecho, los brazos y las piernas, pero la estatua solo se movió un poco con el impacto. Nos acercamos para ver. Algunas de las balas habían caído al suelo, planas, y las otras se habían pegado a la tela, pero se desprendieron con nuestro tacto, sin dejar agujeros.

— ¡Maldito! — Theo me empujó el hombro. — Me dejaste creer que podría haberte dañado.

— ¿Dañado? No. — Lo corregí. — Matado.

— Somos una familia y tenemos que mantenernos unidos o pasarán cosas. Leonel ya nos ha dado esa lección — dijo Marco.

— Tienes razón. — Theo asintió y yo también.

Creía que había hecho lo correcto para que Leonel pagara por lo que le había hecho a nuestro padre, pero no quería que mi hermano estuviera enojado conmigo para siempre. Afortunadamente, ya había pasado.

— ¿Cuánto falta para que nuestros modelos estén listos? — Marco volvió al motivo por el que estaban allí.

— Dentro de dos días. — Cristian tomó algunas notas en la tableta que llevaba en las manos.

— Esa no es razón para que vayas por ahí creyéndote Superman. — Me volví hacia Theo.

Mantuvo los ojos cerrados, no le gustaba que le regañara.

— Mateo tiene razón. Es un elemento más para nuestra protección, pero no debemos actuar sin precaución. Recuerda, Theo, pronto vas a ser padre y necesitas volver a casa.

— Mamá me odiará si cree que ha sido culpa mía — añadí. — Yo puedo contigo, pero ella...

Theo acabó riéndose de mi comparación.

— Tómales las medidas y envíaselas al sastre — le dije a Cristian.

— No necesitábamos haber venido hasta aquí, ¿verdad? — Marco se volvió hacia mí.

— Lo más divertido es verlo en acción. — Me encogí de hombros.

Marco movió la cabeza negativamente.

Cristian se acercó a ellos y les pasó un escáner portátil, que tomaba las medidas de sus hombros, altura y otras especificaciones necesarias para la confección de las prendas. Después, llevé a mis hermanos a una breve visita por la empresa para presentarles lo que se estaba desarrollando.

El tiempo con ellos me hizo dejar de pensar en la gitana y en lo que podría o no haber pasado en mi salón.

Novia...

Iba a casarse con otro hombre, pero yo no veía eso como un problema. Quizá me pasaba lo mismo que al resto de mis hermanos. Actuábamos un poco imprudentemente, porque desde que nacimos habíamos oído que toda Italia nos pertenecía.

¿Incluía a las mujeres?

No debería haber estado pensando en ello, porque conocía muy bien las reglas. Marco siempre se las recitaba a Theo cuando salía por clubes y discotecas.

No codiciar a la mujer de uno de los nuestros encabezaba la lista de prohibiciones para mantener la estructura laica, pero Luize estaba prometida a un gitano y no a otro miembro de la mafia. Ante esto, ¿podía hacer la vista gorda para tenerla?



MAFIA BELLUCCI - LIBRO III

LUIZE

Capítulo trece

Cuando llegué a casa después de mi inoportuno encuentro con Mateo Bellucci, fui directamente a mi habitación para darme una larga e interminable ducha. Me lavé el pelo y esperé a que el agua caliente calmara mi corazón acelerado y estabilizara mis piernas tambaleantes.

Aunque sabía que había cometido un grave error al ir allí, tampoco podía dejar de pensar en las ganas que tenía de volver a verle.

Lo correcto era tener ese deseo hacia mi prometido, pero del hombre que pronto tendría mi mano y con el que viviría el resto de mi vida, todo lo que conseguía de mí era considerarlo amable.

Salí del baño, me envolví el pelo mojado en una toalla y me senté en la cama. Había pasado tanto tiempo bajo el agua que había sido suficiente para ahuyentar algunas de las sensaciones que se apoderaban de mí. Si el pecado existía de verdad, era de carne y hueso y se llamaba Mateo Bellucci.

No era el tipo de chica irresponsable que se sentía atraída por el peligro. A los veinte años, vivía la vida como las demás mujeres de la familia, cumpliendo con mis obligaciones y con lo que se esperaba de mí. Sin embargo, ver a Mateo fue como si hubiera visto más allá de las paredes de mi casa por primera vez.

Quería más de lo que el destino me tenía reservado, eso era un hecho, pero no me daba cuenta de lo arriesgado que podía ser. Me estaba aventurando en terreno desconocido, con un hombre que alimentaba las pesadillas de los que me rodeaban pero que, a cambio, calentaba mis muslos.

— ¡Luize! — Oí que Esmerada me llamaba y casi salté de la cama del susto.

— ¿Dime?

— ¿Puedo pasar?

— Sí. — Me eché hacia atrás cuando mi prima abrió la puerta.

La toalla que llevaba en la cabeza se deshizo y la tela húmeda cayó abierta sobre la cama, junto con mi pelo.

— ¿Qué tal tu visita al parque?

— ¿Parque?

— Sí, las rosas. ¡Vaya, Luize! — Se sentó en el borde de la cama. — Nunca te había visto tan distante y olvidadiza. Este matrimonio realmente te está afectando.

— Pues sí.

— Me entristece pensar que pronto ya no estarás en esta casa. ¿Con quién hablaré cada día?

— Yo también te echaré de menos, Esmeralda.

— ¿Puedo ver?

— ¿Ver qué? — Me tumbé de lado en la cama para verla mejor.

— El regalo que te hizo tu prometido.

— ¡Ah, sí! Está en el primer cajón de la cómoda. — Señalé con la mano, pero no me levanté. — Ve a buscarlo.

Esmeralda no esperó una segunda instrucción. Abrió mi armario, sacó la caja de terciopelo y la examinó con mucho cuidado.

— Dijo que eran rubíes de verdad — alardeé, esperando entusiasmarme con la boda tanto como ella.

— Espero que cuando me case, mi prometido sea igual de amable y me regale joyas tan bonitas como ésta. — Pasó los dedos por encima de la pieza. — ¿Puedo probármela?

— Sí.

Cerré los ojos y los flashes de mi encuentro con Mateo pasaron por mi mente como partes de una película. ¿Dejaría de pensar en él cuando me casara? ¿Las sensaciones con mi marido serían tan buenas como las que tenía con él?

— ¿Luize?

— ¿Hmm?

— La abuela dijo que deberían empezar a hacer tu vestido mañana. He visto el encaje, estoy encantada.

— Es precioso. — Me di la vuelta en la cama, tumbada boca abajo, y el pelo mojado me cayó por la espalda. — Quizá sea hora de que el tío Ernesto también te encuentre un buen marido.

— Cuando te cases, quizá encuentren a alguien para mí, pero no quiero hacerte sombra.

— Gracias. — Esbocé una sonrisa falsa y cerré los ojos.

De nuevo, las manos, la boca y el tacto de Mateo volvieron con todo. Tuve que encogerme para que las sensaciones no se irradiaran por todo mi cuerpo.

— ¿Está lista la cena? Tengo hambre y quiero comer pronto, porque hoy nos toca recoger las ollas y lavarlas.

— Cuando entré en la cocina, nuestras madres estaban terminando el asado.

— Entonces vamos. — Me levanté de la cama y me sequé el pelo con la toalla.

— Pásame un peine. — Tomó uno y me lo pasó. — Si tu prometido vuelve a aparecer, querrás estar presentable.

Ver a mi prometido otra vez.

Si había un hombre al que quería volver a ver, definitivamente no era él.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO III

MATEO

Capítulo catorce

Habían pasado dos días desde la última vez que la vi. Imaginé que volvería a aparecer por mi despacho, que las ganas de verme serían tan grandes como las que yo sentía.

Había tenido muchas aventuras fugaces con empleadas de la empresa y mujeres de la mafia, pero nunca había deseado tanto a una en particular. Luize era gitana, pertenecía a un pueblo con el que chocábamos constantemente y al que normalmente subestimábamos. No era alguien con quien imaginara involucrarme.

Tenía un problema que resolver con su gente, pero solo parecía estar atrayendo uno para mí.

Yo no era el primer hijo, no tenía todo el peso de la mafia sobre mis hombros, ni tampoco el segundo, cuyas responsabilidades seguían siendo muchas. Aunque conocía mi papel y lo desempeñaba lo mejor que podía, no tenía la presión de los que me precedieron. Marco y Theo habían llevado su deber con la mafia a nuestra casa y a sus camas, pero yo no tenía la misma obligación. Ni siquiera perdí el tiempo pensando en la mujer que elegiría para casarme, sobre todo porque no necesitaba tener un heredero. Dante ya estaba allí para ser la próxima generación de nuestra familia, y no me cabía duda de que Marco y Laís pronto tendrían más hijos, además del embarazo de Tatiane, que pronto daría a Theo su primer hijo.

No es que estuviera pensando en casarme con una gitana. Estaba seguro de que la imagen constante de ella en mi mente era pura excitación, pero cuanto más luchaba por alejarla, más aparecía.

— ¿Mateo? ¿Hijo?

Parpadeé y me di cuenta de que mi madre me estaba llamando.

— ¿Qué ocurre?

— Se te va a enfriar el café. — Señaló la taza que tenía delante, junto a un plato de pan y huevos.

Mis hermanos ya ni siquiera estaban en la mesa y solo me quedaba la compañía de las mujeres.

— ¿Te pasa algo?

— No, nada. — Mentí. — Solo pensaba en un nuevo proyecto.

— ¿Va todo bien en la empresa? — Intentó sonsacarme la verdad, y Rosimeire solía ser muy buena en eso, pero no iba a confesarle que mi disgusto tenía nombre y forma de mujer. Ese nunca había sido mi perfil.

— Sí.

Mi abuelo siempre nos decía, cuando citaba las reglas, que nunca debíamos tener más de una esposa. Aparte de que el engaño era inaceptable, tener dos mujeres era muy peligroso. *Una amante o una esposa*, decía, porque en un momento de resentimiento o de ira, a una de ellas se le podía escapar algo que pusiera en peligro a toda la familia y a nuestro negocio. No me preocupé por eso, porque no había elegido ninguna. Rara vez me acostaba dos o más veces con la misma mujer. La peligrosa relación de mi hermano con Donatella Rossi ya nos había dado una lección a todos.

Por el momento, la parte racional de mí podía ver que involucrarme con una mujer gitana, aunque estuviera comprometida con otro hombre, podía ser un problema, aunque solo tuviera sexo con ella una vez. La cuestión era que mis impulsos no respetaban el orden lógico de mis pensamientos.

— ¿Mateo? — Mi mamá me llamó de nuevo.

— Hum. — Cogí un poco del huevo revuelto con el tenedor y me lo llevé a la boca.

— ¿Quieres que llame a tus hermanos?

— Mamá, solo estoy pensando. ¿Puedo?

— Lo siento mucho. Es solo que me preocupo por ti. Me da mala espina cuando pienso que algo está pasando.

— Siempre pasa algo, mamá. — Extendí la mano y se la toqué. — Estamos acostumbrados.

— Habría sido mucho más fácil si no hubieras nacido en medio de todo esto.

— Lo más fácil no es necesariamente lo más divertido.

Movió la cabeza negativamente y yo me reí.

Tomé unos sorbos de café y me dirigí a la puerta.

— ¿No vas a terminar de comer?

— Tengo cosas que resolver, mamá. Se me hace tarde.

Entré en el garaje y Luigi, que estaba hablando con Rómulo, la mano derecha de mi hermano, se me acercó.

— ¿Vamos a la empresa, señor?

— No. Tengo una reunión con el gitano de Roma en Delle Torri. Manule Pagano debe estar esperándome.

Asintió y fuimos al coche. Subí al asiento trasero y otros hombres se nos unieron antes de salir del garaje de nuestra mansión.

Saqué el móvil del bolsillo y vi su número. Me planteé enviarle un mensaje o llamarla, pero decidí no hacerlo. Tenía que concentrarme en la reunión. Podía dejar mis distracciones para más tarde.

Continuamos hacia el distrito de Roma.

El coche en el que viajaba se detuvo frente a las puertas de hierro de una casa enorme, pero que no parecía muy diferente de las muchas otras que había visitado desde que mi hermano me había dado el trabajo.

Dejé que mis soldados bajaran primero y fui directamente hacia atrás. Comprobé que mi pistola estaba en la funda. Por muy amenazador y mortífero que pareciera, llevando el nombre manchado de sangre de mi familia, tenía que estar preparado para cualquier cosa.

— Señor Bellucci, bienvenido. — Un hombre mayor abrió la puerta y nos ofreció paso.

— Gracias, señor.

Mis hombres se dirigieron a la entrada de la casa. Eran ocho, cuatro delante de mí y el resto detrás, para asegurarse de que nadie me hiciera daño. En cuanto entramos en el salón de colores vivos, con cortinas rojas y adornos dorados en los muebles y las paredes, me acordé de Luize en mi despacho, quejándose del tono monocromo, y me dio risa.

— ¿Va todo bien, señor? — Luigi ladeó la cabeza en mi dirección.

— Sí. Acabo de notar algo, pero es irrelevante para nuestra misión aquí.

Se limitó a asentir y seguimos caminando hacia el centro de la sala, donde el hombre con el que iba a reunirme estaba sentado en un sillón ornamentado que más bien parecía un trono. Debía de tener unos cincuenta años, llevaba el pelo corto y vestía una camisa estampada, muchos anillos en los dedos y un collar de oro. La mafia tenía mucho dinero, nosotros ganábamos miles de millones, pero dudaba mucho que fuéramos tan ostentosos como los gitanos.

— He estado esperando tu llegada, Bellucci.

— Eso es bueno, nos ahorra las presentaciones.

— Ramón Bayo ya me ha avisado de que están llamando a la puerta de todos los gitanos,

ofreciéndonos migajas.

— ¿Te ha avisado? — Alcé las cejas, aunque no me sorprendió.

No solían estar unidos, apenas se comunicaban entre ellos, pero parecía que lo habían contactado solo para dificultarme el trabajo.

— Si no te interesa, no perderé el tiempo aquí. — Le di la espalda. Theo era muy bueno disparando y amenazando, pero yo sabía que, al tratar con personas, a veces era mucho más fácil jugar con ellas a un juego psicológico que limitarse a amenazar.

— ¡Espera! — gritó antes de que pudiera alejarme un paso-. — ¿De verdad estás dispuesto a reconocernos y aceptarnos?

— ¿No eras tú el que decía que solo eran migajas? — Me crucé de brazos y le miré con seriedad.

— Llevamos demasiado tiempo marginados.

— Aún lo están, pero la gente respeta a la mafia, respeta a los Bellucci. Usted sabe que nuestra ley es mayor que la definida en las asambleas políticas.

— Sí, ya lo sabemos.

— Podrán conservar el territorio que ya ocupan, tendrán el respeto y la confianza de la mafia, y obtendrán de nosotros la mercancía para venderla en la calle. Mucho mejor que esa basura que cultivan en su patio trasero. Y lo más importante, podrán contar con nuestra protección.

— Lo pensaremos.

— No vine aquí a negociar, Manule. Es nuestra Roma, nuestros términos. No confundas el hecho de que no haya matado a algunos de ustedes, como seguramente haría mi hermano, con benevolencia. Queremos el fin de los conflictos, pero hay otras formas de hacerlo que un simple acuerdo de paz.

Los ojos del hombre se abrieron de par en par y tragó saliva.

Puede que yo fuera el más pacífico de los tres, pero eso no me convertía en un hombre afable.

— Necesito hablar con los mayores. Entender que es una decisión importante que no puedo tomar solo.

— Tiene veinticuatro horas para darme una respuesta, y espero que sea positiva.

El hombre asintió mientras se daba la vuelta en su sillón, haciendo evidente lo incómoda

que le resultaba mi presencia y mi imposición.

— Que tengas un buen día, Manule.

— Gracias, señor Bellucci.

Miré a Luigi y él se dirigió a la puerta para que yo le siguiera.

Me encantaba sentirme el más listo de la familia, pero había algo común en la sangre Bellucci que me gustaba más: el poder.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO III

LUIZE

Capítulo quince

— ¡Estas flores serán maravillosas! — Esmeralda se detuvo ante un arreglo de pequeñas flores de campo.

— ¿No crees que son demasiado pequeñas? — Me puse las manos en la cintura mientras examinaba los pequeños capullos.

— Pueden combinar con tu ramo de novia. — Mi madre me puso la mano en el hombro y sonrió.

Moví la cabeza en señal de afirmación mientras mis ojos recorrían la floristería en la que nos encontrábamos. Era como si mi boda fuera a celebrarse mañana, a pesar de que faltaba poco más de un mes. Era el tema más constante entre las mujeres de la casa, mientras los hombres aún estaban asimilando la imposición de la familia Bellucci, algo que, incluso en contra del consejo de mi prometido, mi padre había decidido aceptar.

Con el vestido de novia hecho, las flores elegidas y el lugar de la recepción, mi unión con el líder de otra familia gitana parecía cada vez más inevitable. Quería tener un tercio de la emoción de mi prima, para que mis sonrisas fueran un poco menos falsas.

Todos los días me esforzaba por enumerar las posibles cualidades de mi futuro marido para convencerme de que este matrimonio podía funcionar. Al menos, mamá estaba contenta la mayor parte del tiempo. Ramón era un hombre amable que respetaba la cultura y se esforzaba por complacerme con regalos y gestos educados, pero...

Sacudí la cabeza mientras mi mente vagaba hacia pensamientos equivocados.

Atravesé la enorme floristería y me alejé de mi madre y mi prima. Había un pequeño invernadero de rosas al fondo de la tienda. Me acerqué a una roja y la toqué con la punta de los dedos. Los pétalos eran tan suaves y aterciopelados como la seda más fina. Me reí pensando en cómo sería un vestido hecho de pétalos, lo cual no era posible, pero mi imaginación viajaba.

Moví la mano hacia la siguiente flor y me sorprendió una figura masculina, tocándola en el mismo momento que yo. Levanté la cabeza en un rápido acto reflejo y mis ojos se encontraron con los devastadores ojos verdes de Mateo Bellucci.

— ¿Qué haces aquí? — Di un paso atrás tambaleante y me llevé la mano al pecho, que subía y bajaba con frenesí.

— Quería verte, ya que no volviste a venir.

— ¿Cómo me has encontrado?

— Tengo ojos por toda la ciudad.

— No... No es prudente.

— ¿Es inapropiado o no quieres? — Me agarró de la muñeca y la oleada de calor y frío que provocó su firme e inesperado contacto me desequilibró aún más.

— Mi madre y mi prima están aquí. Además de los hombres de la familia para llevarnos a casa.

— Deshazte de ellas y ven conmigo. — La voz firme era peligrosamente tentadora.

— No puedo.

— Pero quieres, ¿verdad?

¿Por qué era tan difícil resistirse a esa mirada? Debería haber dicho que no, pero cuando la vi, mi cabeza ya se movía afirmativamente.

— ¡Ven conmigo!

— No puedo, Mateo. ¿Qué voy a decirles?

— Eres inteligente, Luize. Seguro que se te ocurre algo.

— No debería...

— Ven. — Me agarró la barbilla y giró la cabeza hacia mí, rozando sus labios con los míos. Mi corazón, que ya estaba acelerado, se aceleró al máximo. Las ganas de lanzarme a los brazos de aquel hombre, aunque fuera el peligro mismo, eran incontrolables. — Te espero a la vuelta de la esquina — me susurró al oído antes de alejarse.

— Luize, ¿dónde estás?

Me di la vuelta sobresaltada y vi que se acercaba mi prima. Entró en la habitación donde yo estaba y se acercó a mí. — Tu madre y yo estábamos hablando contigo, pero de repente desapareciste.

— Yo... — Me di la vuelta para mirar el espacio que antes ocupaba Mateo y me sorprendió que ya no estuviera allí. Tuve la sensación de que no era más que una imagen proyectada de mi mente, una ilusión o un espejismo.

— ¿Está todo bien?

Moví la cabeza afirmativamente.

— Estás pálida como si hubiera visto un fantasma.

— En realidad, creo que no me encuentro muy bien. ¿Por qué no se quedan tú y mi madre a elegir las flores de la boda mientras yo me voy a casa?

— Pero es tu boda. Tienes que decidir.

— ¿Quizás continuemos otro día? Aún tenemos tiempo, ¿no?

— Hay tantos detalles que decidir.

— Me alegro de tenerte para ayudarme. — Acaricié el brazo de mi prima antes de pasar junto a ella y salir a la calle.

Afortunadamente, la floristería estaba a solo unas manzanas de mi casa. No era absurdo que quisiera caminar, el problema era que no iba a casa. Sabía que me metería en problemas. Para ser honesta, me metí en problemas cuando seguí a Mateo Bellucci por primera vez.

— Quédense con ellas, yo me voy a casa. — Dije a mis primos afuera de la floristería y no les di oportunidad de interrogarme.

Me apresuré a doblar la esquina y me sorprendí cuando una mano firme tiró de mi brazo y me apretó contra la pared exterior del edificio.

Su pecho presionaba con fuerza contra el mío, pero eso no impedía que mi corazón latiera frenéticamente. Respirar era difícil y pensar aún más.

— Nos verán — logré decir.

— Entonces vamos al coche. — Me tomó de la mano y me llevó a un coche con ventanas oscuras.

El hombre del asiento del conductor arrancó el vehículo y nos sacó de allí antes de pronunciar alguna palabra.

— Va a ser difícil explicar mi huida. — Miré hacia fuera cuando pasamos por la calle donde mi madre estaba reunida con mis primos y Esmeralda conversaba con ellos.

— No es el momento de pensar en ello. — Mateo besó mi barbilla, el lateral de mi cara y continuó por mi cuello, poniendo fin a todos mis argumentos lógicos y necesarios.

— ¿Me llevarás a tu empresa?

— No. Un lugar más íntimo.

— ¿Más íntimo? — Tragué saliva y mil posibilidades pasaron por mi mente.

Lo correcto era no haber subido nunca a ese coche. Estaba mintiendo a mi prima y al resto de mi familia, pero lo peor de todo es que me estaba engañando a mí misma al imaginar que no me metería en enormes problemas por salir a escondidas con uno de los mayores

mafiosos del país.

Debería estar agradecida si todo el asunto solo me valiera una reprimenda de mi padre.

— Sí... — Mateo se inclinó hacia mí y acercó su boca a mi oreja, mostrándome que tenía terminaciones nerviosas donde no podía ni imaginar. — Mucho más íntimo.

— Yo... yo... estoy comprometida con otro hombre.

— Un gitano. Me alegro de que no sea miembro de la mafia.

— ¿Por qué? — Fruncí el ceño.

— Sería un problema para los dos, ya que una de las reglas de la mafia es no codiciar a la mujer de uno de los miembros, pero como él es solo un gitano...

— ¿Solo un gitano? — Apreté los dientes, irritada al darme cuenta de su tono despectivo cuando se refería a mi pueblo.

Puede que incluso hubiera cosas que no me gustaran, sobre todo mi falta de libertad para actuar y vestir, pero eso no le daba derecho a hablar así.

— ¡Yo soy solo una gitana! — Hinché el pecho.

— No, tu no eres solo una gitana. — Mateo negó con la cabeza, dejándome confundida.

— ¿No?

— Tú eres LA gitana. — Me acarició la mejilla y me hizo mirarle a la cara.

Mientras su pulgar se deslizaba por mi mejilla y yo me sumergía en la inmensidad de la hierba verde de sus ojos, acabé olvidando por completo que su discurso me había enfadado.

¿Cómo puede un hombre ser tan peligrosamente guapo?

Mateo estaba a punto de unir sus labios a los míos y yo lo estaba deseando, pero sentimos que el coche se detenía y la puerta se abría.

— Hemos llegado, jefe — dijo el hombre que abrió la puerta. Tenía una expresión desconcertada, pero no me miró directamente.

Bellucci me ofreció su mano, guiándome hacia la salida. Me di cuenta de que estábamos en un aparcamiento subterráneo. No era como el de su empresa, parecía un poco más pequeño.

— ¿Dónde estamos?

— En mi piso.

Caminamos solos hasta el ascensor.

— ¿Es aquí donde vives?

— Vengo aquí cuando quiero estar solo o acompañado. Mi madre es de las que nos tiene

a todos bajo su tutela, aunque ya somos mayores para cuidarnos solos.

— A mi familia le gusta estar unida.

— Demasiada gente en el mismo espacio para mí. — Hizo una mueca y yo me reí.

Ya estaba relajándome de nuevo en su presencia cuando se abrió la puerta del ascensor y mi corazón volvió a acelerarse.

Había aceptado ir allí, pero por mucho que de vez en cuando tuviera destellos de cordura, sabía que no estaba pensando con claridad.

Seguimos por un amplio pasillo que contenía una única puerta, que se abrió cuando llegamos frente a ella, sin que Mateo utilizara ninguna llave, lo que me dejó estupefacta. Era como si las cosas funcionaran como por arte de magia delante de él.

Entramos en una gran sala, pero a pesar del vasto espacio, había pocos elementos, como sofás rectangulares planos y mesas de metal y cristal. El típico tono monocromo que había encontrado en su despacho también estaba allí.

— Es bonito, pero le falta un poco de color.

— ¿Vas a quejarte también de la decoración de mi piso? — Frunció el ceño.

Le dediqué una sonrisa nerviosa, pero no dije nada. Mis ojos siguieron recorriendo la habitación. En lugar de cortinas, había persianas de color crema.

— ¿Quieres tomar algo?

Dije que no. Me envolvía una mezcla de vergüenza y curiosidad total que no me permitía sentir hambre ni sed.

Me tomé la libertad de acercarme a la ventana y contemplar el paisaje. A lo lejos se veían las murallas del Vaticano, lo que me hizo saber que no estábamos lejos del centro de Roma. Había muchos edificios antiguos e históricos, pero todos eran mucho más bajos que aquél en el que me encontraba.

— ¿Qué ves ahí? — Mateo se acercó a mí y acercó su boca a mi oído. Me tomó completamente por sorpresa y mi corazón se aceleró.

— Estoy... Estoy mirando el paisaje.

— Es hermoso.

— Muy hermoso.

— Tú también lo eres. — Me apartó el pelo, colocándolo sobre mi hombro izquierdo y me besó la nuca, haciendo que me encogiera, estremeciéndome entera.

— Yo no...

— No me digas que no deberías estar aquí. — Apretó mi cuerpo contra la ventana. — Lo sabes tan bien como yo que no fue suficiente para evitar que vinieras.

— ¿Por qué me haces esto? — Me agarré al marco de la ventana, temiendo que me fallaran las piernas, mientras él empezaba a deslizar sus dedos por mi brazo hasta el hombro, sensibilizando aún más mi piel.

— Porque te deseo. — Bajó las manos hasta mi cintura y me dio la vuelta, de modo que quedé frente a él, con las manos apoyadas en sus hombros. — Siempre consigo lo que quiero.

No tuve tiempo de protestar, aunque las palabras contra lo que ocurriría a continuación eran imposibles de salir de mis labios. Podía enumerar fácilmente todas las razones lógicas por las que no debía estar allí, pero ninguna era lo bastante fuerte como para que me planteara siquiera apartarle.

Había una energía en Mateo que me atraía hacia él, casi como si él fuera un enorme imán y yo una ligera y frágil limadura de hierro.

Cuando bajó sus labios y los unió a los míos, no había nada que deseara más que eso. Quería algo diferente para mi vida, y no podía negar que liarme con él era toda una aventura.

El beso se hizo más intenso, su lengua se hundió en mi boca, haciendo la mía cada vez más cautiva de la frenética danza. Sus manos, que antes solo me sujetaban firmemente la cintura, se deslizaron hacia la espalda y me tantearon las nalgas. Solté un pequeño gemido, pero no le aparté, sino que me agarré al cuello de su americana y seguí besándole.

Mateo Bellucci era todo pecado y tentación, y simplemente no pude resistirme.

Tengo un prometido... Fue la última vez que mi mente pudo pensar en ello mientras sus labios se deslizaban por mi cuello, incendiando mi piel y demostrándome que las caricias podían ser pura combustión.

Me mordió la base del cuello e incliné la cabeza hacia atrás, dejando escapar un profundo suspiro cuando la avalancha de efectos provocados por su tacto se hizo aún más intensa.

Sus manos eran pesadas y parecían capaces de moldear mi cuerpo como si yo fuera de arcilla. Redibujaron las curvas de mis nalgas, haciéndome jadear aún más contra sus labios. En el momento en que volvieron a mi cintura y empezaron a subirme la blusa, un nuevo soplo de racionalidad me recordó lo que quería de mí.

— Mateo. — Quité mis manos de las solapas de su chaqueta y las llevé a sus hombros,

empujándole.

No contestó, solo me mordisqueó el labio inferior en un mordisco lento y terriblemente seductor. Mi sexo palpitaba cada vez más y cuando Mateo puso su rodilla entre mis muslos, acabé levantando los brazos y dejando que me quitara la blusa.

En cuanto la prenda cayó al suelo, su boca descendió también. Su lengua, sus dientes y sus labios dejaron un peligroso rastro húmedo desde mi cuello hasta el valle entre mis pechos. Sus manos recorrieron el costado de mi cuerpo y rodearon los pezones protegidos por el sujetador. Deslizó los dedos índice por debajo de los tirantes y tiró de ellos, haciéndolos crujir contra mi piel, antes de deslizar las manos por el centro de mi espalda para desabrochar la cremallera.

Sorprendida cuando por fin me di cuenta de que me estaba desnudando, mantuve la prenda abierta delante de mis pechos antes de que Mateo pudiera verlos completamente.

— Suelta — me ordenó con la boca en la oreja, y un escalofrío me recorrió. Mis brazos cedieron y mi sujetador cayó al suelo.

Mateo mordió uno de mis pechos y, por instinto, incliné mi cuerpo hacia atrás, introduciendo aún más mis pechos en su boca. El movimiento me hizo apoyarme en la ventana, y ni siquiera la posibilidad de que alguien pudiera vernos me hizo querer parar. A medida que su lengua jugaba con mi pezón, el placer y las sensaciones enérgicas se hacían cada vez más intensas. Nunca había experimentado nada igual, pero ya quería zambullirme por completo.

Mateo me levantó y me besó de nuevo. Su lengua fue un gran anestésico para mis sentidos. Solo me di cuenta de que habíamos entrado en un dormitorio cuando mi espalda aterrizó en un colchón blando.

Miró mis pechos completamente expuestos y sonrió. Intenté esconderlos, pero antes de que mis brazos pudieran cerrarse sobre mi pecho, me agarró de las muñecas, apoyándolas en la cama. Su boca volvió a ellos, chupándolos, lamiéndolos, mordisqueándolos y volviéndome loca hasta el punto de olvidar por completo lo que era el pudor.

Dejó de jugar con mis pechos y besó el valle entre ellos hasta que empezó a bajar por mi vientre, hasta la zona donde estaba la cinturilla de mi falda. Mateo la bajó, llevándose mi ropa interior con ella, y las piezas terminaron en el suelo.

Una parte muy remota de mi mente sabía que no debía estar desnuda delante de él. Pero si ya me había costado resistirme antes, cuando Mateo puso su cabeza entre mis piernas y

descubrí lo que su lengua podía hacer, estaba segura de que era demasiado tarde. Arqueé la espalda y deslicé los dedos en la colcha.

Los espasmos que provenían de esa zona adquirieron un significado totalmente nuevo cuando Mateo la tocó directamente con la boca. Apreté aún más el colchón y cerré los ojos. Privarme de la vista hacía que las sensaciones fueran aún más intensas. Su lengua deslizándose por mis labios, acariciando mi sexo, me llevó a una parte de mí que ni siquiera sabía que existía. Una tensión alucinante se acumulaba donde Mateo me tocaba y, cuando estalló, ondas vibraron por todo mi cuerpo. El placer que sentí fue indescriptible y me hizo gemir en voz alta. Mientras duró la sensación, seguí soltando el ruido enfático que denunciaba todo mi placer.

Tumbada en la cama, completamente aturdida por lo que había vivido, vi cómo Mateo se desnudaba. Primero se quitó la chaqueta y la corbata, dejándolas sobre la mesilla de noche. Luego, la camisa y los pantalones también abandonaron su cuerpo. Le examiné en ropa interior. Sus hombros eran anchos, su piel estaba ligeramente bronceada y los músculos de su abdomen estaban bien definidos.

Mateo se pasó la mano por el pelo, apartando el moño, antes de inclinarse de nuevo sobre mí. Sus calzoncillos blancos fueron la última prenda que se quitó antes de acomodarse entre mis muslos y tumbarse encima de mí, colocando sus manos a ambos lados de mi cuerpo.

Me pasó la lengua por el cuello, hasta la oreja, y cualquier tensión que amenazara con surgir en mí se disolvió.

— Sujétame los hombros — susurró.

Sin discutir, seguí su ejemplo y los rodeé con los brazos. Sus manos pesadas y cálidas se deslizaron por mis muslos, contorneándolos, hasta que me agarró el culo en el momento en que sentí una sacudida. Mateo entró en mí sin previo aviso, y yo clavé mis uñas en sus hombros mientras irradiaba la sensación de ser desgarrada.

— ¡Ay! — Intenté quitármelo de encima, pero en lugar de irse, Mateo me agarró de la cara y tiró de mí hacia la suya.

Su lengua volvió a sumergirse en mi boca y el intenso beso alivió mi dolor. Permaneció quieto dentro de mí, acariciándome, mientras sus manos recorrían todo mi cuerpo. Me acostumbré a su presencia y el dolor fue remitiendo poco a poco.

Deslicé las manos por su ancha espalda y las agarré justo por encima de su cintura cuando Mateo amenazó con moverse.

— Intenta relajarte. — Me besó la oreja y el cuello antes de volver a los labios.

— Duele.

— Bésame y mantén la calma. — Volvió a meterme la lengua en la boca y empezaron de nuevo los movimientos.

Poco a poco me acostumbré al lento vaivén dentro de mí, respondiendo a él hasta que mis piernas se envolvieron alrededor de su cintura. Mateo aumentó la velocidad y el ritmo un poco más. La fricción se convirtió en placentera y yo lo quería allí de nuevo.

Le agarré la nuca y le pasé los dedos por el pelo, enterrándolos en las hebras. Empezó a gemir y besarle se hizo más difícil, pero no nos detuvimos. Hasta que sentí que sus músculos se ponían rígidos y se agarraba a la colcha con la misma presión que yo mientras me besaba íntimamente. Poco después llegó una presión que precedió a un líquido caliente que fluyó dentro de mí.

Jadeando, Mateo apoyó su frente contra la mía.

Minutos después, me sacó, pero en lugar de levantarse, tocó mi sexo y encontró el punto que aumentaba mi placer. Me despatarré en la cama mientras él empezaba a estimularme, hasta que la placentera sensación del clímax volvió a envolverme.

Busqué su cara mientras me retorcía en la cama e intercambiamos unos cuantos besos más, hasta que Mateo se levantó y fue al baño, regresando con una toalla húmeda y deslizándola entre mis piernas.

La pequeña mancha de sangre en la tela me dio un golpe de realidad y me hizo despertar de mi estupor y sentarme en la cama.

— No debería haberte hecho eso. — Aparté la colcha en un tonto intento de ocultar mi cuerpo, que él ya había visto en su totalidad.

— Es demasiado tarde para arrepentirse, Luize — dijo con la sonrisa en los labios de alguien que no tenía nada que temer. De hecho, no lo tenía, era el jefe de Italia y no le costó convencerme, mientras que mi situación era mucho más complicada. Me había entregado a un hombre mientras se suponía que debía permanecer intocable para otro.

— Quiero irme a casa.

— No tienes que irte ahora. Podemos pasar aquí toda la noche. — Se sentó en el borde de la cama, desnudo, y me miró fijamente.

— Mi familia debe estar muy preocupada por mí.

— Eso no es importante ahora.

— ¡Claro que sí!

Parecía obvio que, para él, las cosas siempre sucedían según su voluntad, pero no era así para mí, y podría haberme metido en un problema gigantesco que no tenía ni idea de que podía manejar.

— ¿De verdad quieres irte?

Moví la cabeza afirmativamente.

— Entonces vístete.

No se dio la vuelta para que saliera de la cama y tomara mi ropa. Solo algunas de ellas estaban en el dormitorio. Me recogí la falda y la ropa íntima y miré hacia la puerta del dormitorio, temerosa de salir desnuda y encontrarme con alguien, por mucho que imaginara que estábamos solos. Cabía la posibilidad de que sus hombres hubieran subido.

— ¿Qué te pasa? — Mateo me puso la mano en el hombro y me hizo volverme hacia él.

— Mi ropa. — Me sonrojé.

— Ve a limpiarte, yo te lo traeré.

— Gracias.

Sin ningún pudor, salió de la habitación y yo fui al baño. Me senté en el retrete y palpé mi sexo dolorido, prueba de lo que acabábamos de hacer. Abrí la ducha y me di un baño rápido, tratando de deshacerme de las señales de él, que seguían goteando por mis muslos a pesar de que él me había limpiado.

Mateo llamó a la puerta antes de abrirla y colocar mi sujetador y mi blusa sobre el fregadero, para luego volver a cerrarla. Estaba completamente desconcertada por lo que acababa de ocurrir, pero al mismo tiempo, cuando cerraba los ojos, me venían a la memoria las deliciosas sensaciones que había experimentado.

Me sequé en una toalla blanca que colgaba de un perchero y me puse la ropa.

— ¿Preparada? — preguntó Mateo cuando salí del baño. Ya estaba vestido con su impecable traje.

— Sí.

Me hizo un gesto para que me adelantara y volvimos por el mismo camino por el que habíamos subido.

El corazón se me aceleró y sentí mariposas en el estómago. Si no hubiera estado tan cerca

de él, probablemente no me habría creído lo que acababa de pasar. Tarde o temprano resultaría ser solo un sueño, pero uno que había dejado marcas reales en mi cuerpo.

Mateo y sus hombres no me dejaron en la puerta de mi casa, habría sido difícil explicar a mi familia lo que estaba haciendo con Bellucci.

Caminé dos manzanas. Ya estaba oscuro. Aunque no había mirado la hora, sabía que era tarde porque tenía frío y había poco movimiento en la calle.

— ¡Luize! — gritó uno de mis primos cuando atravesé la puerta de entrada. Se acercó corriendo y me agarró del brazo.

— ¡Ay! Suéltame, me haces daño — refunfuñé, mientras me arrastraba hacia el interior de la casa.

— Todos te estábamos buscando.

— Solo fui a caminar un poco.

— ¿A caminar a estas horas?

— No es asunto tuyo. — Resoplé.

Entré en el salón y me sorprendió ver a todo el mundo de pie. Había más gente que un día de partido de fútbol en Italia. Mi padre estaba hablando con mi novio y ambos se giraron al verme entrar.

— Por fin la encontré. — Mi primo me soltó el brazo y yo me tambaleé hacia delante, casi tropezando con mis propios pies.

— Cuidado. — Ramón me agarró de la mano y evitó que me cayera.

El gesto cortés y amable de mi prometido me hizo sentir aún más culpable por lo que había dejado que pasara. Se suponía que debía permanecer pura hasta mi boda, pero había dejado que Mateo Bellucci me quitara la virginidad.

— ¿Qué haces tú aquí? — Acomodé mi postura y le sonreí.

— Todo el mundo estaba preocupado por tu desaparición.

— ¿Mi desaparición? — Arqueé las cejas. — Yo no desaparecí.

— ¿Cómo que no? — Mi padre me gritó y me hizo retroceder unos pasos. — Le dije a tu primo que volvieras a casa, cosa que no hiciste. Intentamos localizarte en tu móvil, pero no contestabas a las llamadas. Ya estábamos organizando búsquedas por el barrio por miedo a que te hubiera pasado algo.

— Estoy bien, papá. Solo estaba caminando por ahí.

— ¡¿Caminando por ahí?! — Gruñó como un perro rabioso. — ¿Desde cuándo se te permite pasear por ahí? Deberías haberte quedado en la floristería e irte a casa con tu madre.

— Salí a pasear, pensando en la boda y preparándome para ella. — Me abracé a mí misma en un intento de protegerme de las palabras de mi padre, aunque sabía que era inútil.

— ¡No puedes decidir caminar sola! — Explotó y tuve miedo de lo que podría hacer delante de toda esa gente. Si se enfadaba así sin saber siquiera lo que realmente había hecho, no podía imaginarme si se enteraba.

— Lo siento. — Bajé la cabeza.

— ¿Te encuentras bien? — me preguntó mi prometido.

— Sí.

— Vete a tu habitación, Luize. — Mi padre señaló las escaleras.

Ni siquiera discutí su orden. Para ser honesta, estaba agradecida de tener una razón para huir de donde todo el mundo me miraba. Estaba muerta de miedo de que en algún momento se me escapara algo que significara mi perdición.

Entré en mi habitación jadeando y cerré la puerta tras de mí con toda la fuerza del mundo, la cerré con llave y me puse la mano en el pecho.

Mi padre y mi prometido no podrían ni siquiera imaginar que ya no era virgen.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO III

MATEO

Capítulo dieciséis

El coche en el que iba entró en el aparcamiento de la mansión al mismo tiempo que llegaba Theo. Salimos de los coches y nos quedamos mirándonos unos segundos hasta que él dijo algo.

— Sueles llegar pronto.

— Estaba ocupado. — Caminamos codo con codo hasta la entrada.

— ¿Resolviendo el asunto con los gitanos? Ya le he dicho a Marco que me deje este asunto a mí. Eres demasiado blando para tratar con esta gente.

— Yo que tú revisaría ese discurso — le dije pronto y le dediqué una pequeña sonrisa. Mi hermano frunció el ceño. No debería haberle estado atizando por lo ocurrido con Tatiane, sobre todo después de que acabara de perdonarme, pero era más fuerte que yo cuando se atrevía a subestimarme y a decir que no era capaz de tomar las decisiones necesarias. — No todo se soluciona volándole los sesos a alguien.

— Solo me recuerdas las razones por las que quise volarte tus sesos. — Se encogió de hombros.

— No estaba con los gitanos... Bueno, en realidad solo con una gitana en particular.

— Creía que solo te importaban tus juguetes.

— Ustedes dos no son los únicos que se toman el tiempo para torturar a alguien. — Le guiñé un ojo en cuanto entramos en la habitación.

Theo se rió y yo me uní a él. Ésa sería siempre nuestra broma, aunque a Marco no le gustara.

— Tú también deberías casarte.

Miré a mi hermano e hice una mueca.

— Ese no es tu discurso.

— Ahora podría serlo. Estoy deseando que nazca pronto mi hijo.

— Va a ser una niña. — Me reí y Theo frunció la cara. — Estoy fuera de esos planes. ¿Por qué atarme a una sola si puedo desvirgar sin comprometerme?

— ¿Era virgen? — Ensanchó sus ojos verdes. Antes de la boda, mi hermano estaba acostumbrado, como yo, a divertirse con prostitutas.

Las vírgenes mafiosas eran intocables, hechas para el matrimonio, y deberíamos respetar eso. Al menos en teoría.

— ¿Secuestraste a la pobre gitana?

— Ella sola vino a mi red.

— Cuidado, Mateo. Puedes meterte en muchos más problemas cuando te involucras con una mujer que cuando estás disparando.

— Solo llevas casado poco más de un año y ¿crees que puedes darme consejos? — Me crucé de brazos, poco receptivo. Sabía lo que hacía, al menos eso creía.

— No olvides que Marco te pidió que resolvieras el problema con los gitanos y no que crearas otro.

— Es solo una mujer, Theo.

— ¿No eres tú el más listo de nosotros? — preguntó en tono burlón, dándome unas palmaditas en el pecho que me desconcertaron y enfurecieron. — Entonces no olvides que muchas guerras han empezado por una sola mujer.

— ¡Theo! — Tatiane apareció al final de la escalera y sonrió ampliamente al ver a mi hermano.

— ¿Cómo te sientes?

— Mejor. — Bajó los escalones y se unió a nosotros. — Las náuseas se me fueron.

— Eso es bueno. — Theo se inclinó para besarla.

— Buenas noches — me despedí de ellos y subí el primer escalón.

— ¿Va todo bien, Mateo? — preguntó Tatiane.

— Todo va bien. — Le sonreí.

Entré en mi habitación y cerré la puerta. Por muy sencillo que fuera el discurso de Theo, me dejó pensando. De hecho, al igual que mis hermanos, no veía ningún peligro en los gitanos, pero me había involucrado con una de ellos mucho más de lo que debía.

Me quité la ropa y me metí en la ducha. Ya me había duchado en mi piso, pero aproveché el agua que corría por mi cuerpo para reflexionar.

Tenía una misión que cumplir con los gitanos, y creía estar haciendo buenos progresos. A excepción de Ramón Bayo, que quería mucho más de lo que estábamos dispuestos a ofrecer, todas las demás familias de Roma y de la región habían aceptado mi propuesta. Pronto viajaría por Italia para ofrecer la misma propuesta a las familias gitanas de norte a sur, en un intento de

unificarlas bajo mi mando. En cuanto a Ramón, si seguía siendo un grano en el culo, me encargaría de él al estilo de Theo.

Luize, por otro lado, era hermosa, pero solo una distracción.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO III

LUIZE

Capítulo diecisiete

Di vueltas en la cama toda la noche, pero no podía cerrar los ojos. Pensé en la regañina que me había echado mi padre por andar *por ahí, en la* imagen de mi prometido de pie en el salón después de lo que había hecho y, sobre todo, en Mateo Bellucci. Sabía que era un criminal, un príncipe, pero mi prometido hacía cosas parecidas para acumular su riqueza.

Me sentí atraída por Mateo por la posibilidad de ver más allá de mi cultura, de conocer un mundo del que solo había oído hablar, pero podría haber cometido un gran error. ¿Qué sería de mí cuando mi prometido descubriera en nuestra noche de bodas que me había entregado a otro hombre? ¿Seguiría siendo tan amable? Me parecía poco probable.

Lo peor de todo es que, aunque sabía que estaba mal, no me arrepentía. ¿Cómo podía estarlo cuando, al cerrar los ojos, mi cuerpo se estremecía y pedía más? Si aquel hombre ya me intrigaba antes de que nos enredáramos así, después...

Lo peor era que no me daba cuenta del peligroso y tortuoso camino que estaba tomando. Solo había ocurrido una vez, ¿volvería a ocurrir? Desde luego, no podía seguir involucrándome con un hombre al que mi padre temía y mi prometido repugnaba. Por muy seductor que fuera Mateo Bellucci, podía ser la sentencia de mi peor destino.

Me metí en la cama y me tapé la cara con la almohada. Solo quería dormirme, pero me parecía imposible.

Mateo Bellucci me hacía tener sueños despierta y pesadillas dormida. La gama de sentimientos cuando pensaba en él eran una locura.

¿Qué significaba nuestro involucramiento para él?

Me levanté de la cama. Ni siquiera me molesté en comprobar qué hora era. Me limité a correr la cortina y dejar que los primeros rayos de sol invadieran mi habitación. Abrí un cajón de mi adornada cómoda y saqué una bolsa de terciopelo. Volví a la cama y saqué la baraja gitana, junto con un forro dorado que extendí sobre la sábana.

Empecé a barajar las cartas mientras pensaba en Mateo, mi prometido y en toda la confusión que me había atraído al ir detrás del hombre equivocado.

Rompí el montón y saqué cinco cartas al azar, colocándolas frente a mí.

Primero el anillo, luego el ataúd, la carta del hombre, la llave y finalmente la cruz.

La carta del ataúd me aterrorizaba, aunque no significaba necesariamente la muerte, sino el fin de los ciclos. El fin de mi compromiso, probablemente, ya que salió justo después de la carta del anillo. Este gitano podría representar a Mateo o a Ramón frente a una difícil elección con la llave y finalmente la cruz, mi calvario o una victoria.

— ¡Luize! — Esmeralda entró en mi habitación y me apresuré a esconder las cartas antes de que las viera, pero no fui lo bastante rápida.

— ¿Leyendo el futuro? — Se tumbó en mi cama antes de ponerse de lado para mirarme mejor.

— ¿Quién no siente curiosidad a veces?

— Siempre lo hago. — Se estiró, dando a entender que acababa de despertarse. — ¿Qué mostró tu juego? ¿Serán felices Ramón y tú y tendrán muchos hijos?

— Sí. — Sonreí lo mejor que pude. — Vamos a ser muy felices.

Dudaba que la carta en el ataúd estuviera de acuerdo conmigo, pero no necesitaba que Esmeralda lo supiera. Ya tenía bastantes problemas añadiendo a mi prima chismorreando sobre cosas que la gente no podía saber.

— ¡Oh, él estaba tan preocupado por ti ayer! Me pareció muy romántico.

— ¿Ah, sí? — Intenté parecer interesada.

— Sí. Vino a verte y empezó a ayudar a tu padre a pensar dónde podrías estar.

— ¿Hizo eso?

— ¡Sí! Tu padre quería despellejarte. Menos mal que, cuando llegó Ramón, ya había mejorado su humor. Espero tener un prometido así.

— Espero que tengas mucha suerte.

Abrázame. Bésame..., la voz de Mateo resonó en mi mente y me estremecí, mientras mis mejillas se sonrojaban por completo.

— ¿Adónde fuiste ayer cuando nadie podía encontrarte?

— Solo estaba dando vueltas.

Esmeralda siguió mirándome fijamente y me di cuenta de que necesitaba una respuesta mejor, pero que no incluyera la verdad ni ninguna referencia al tercero de los Bellucci.

— Mira, Esmeralda, no puedo dejar de pensar en la boda y en cómo va a cambiar toda mi vida. No está siendo nada fácil para mí.

— Todos nos casaremos algún día, ¿no? Al menos tendrás un buen marido y serás una

buena esposa para él.

— Eso es todo lo que espero...

Tenía todas mis dudas sobre la última parte del discurso de mi prima, porque mientras estaba a punto de casarme con un hombre, no podía dejar de pensar en otro.

— ¿Te gustaría volver hoy a la floristería cuando hayamos terminado nuestras tareas?

Cerré los ojos y recordé ver a Mateo cubriendo mi mano con la suya mientras tocaba las rosas, y un escalofrío me recorrió mientras mi boca salivaba, echando de menos la suya.

— No lo creo.

— ¿Estás segura? ¡Todavía queda mucho por decidir!

— ¿Qué te parece si pasamos este día sin pensar en mi boda? Necesito asimilarlo un poco. — Además de pensar en la manera de que mi prometido no se enterara de que me había entregado a otra persona, completé en mis pensamientos.

— No pasa nada. Hoy te toca recoger la basura. — Saltó de la cama.

— Te ayudé la última vez.

— Si quieres ayudarme a limpiar los baños del primer piso, yo te ayudo con tu tarea.

— Voy a recoger la basura. — Le dediqué una sonrisa falsa y Esmeralda se echó a reír. Si había algo que odiábamos mutuamente era el día en que teníamos que lavar los retretes.

Era aún peor después de días de fiesta, ya que los hombres bebían y prácticamente todos perdían la habilidad de apuntar al inodoro.

Volví a guardar la baraja en mi escritorio antes de acompañar a mi prima fuera de la habitación. Tomamos café con el resto de la familia y, afortunadamente, nadie habló de lo que había sucedido la noche anterior, luego cada uno fue a hacer la tarea que le había asignado de antemano mi madre, la actual señora de la casa, para disgusto de mi abuela. Por eso vivían en conflictos de los que yo me omitía.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO III

MATEO

Capítulo dieciocho

— Buenos días, familia. — Bajé a desayunar y entré en el comedor, dándole un beso en la mejilla a mi madre antes de sentarme junto a mis hermanos.

— ¿A qué se debe tu buen humor? — Marco dejó su taza de café y me miró.

— Ayer se acostó con una gitana. — Theo se rió mientras lo contaba. Por suerte, o no, tenía razón, la noche con Luize me había puesto de muy buen humor.

— ¡Theo! — Mi madre levantó la voz para reprochárselo. — Respeta a tu mujer y a tu cuñada en la mesa, por favor. Y a mí también.

— Lo siento, mamá. — Theo se echó un trozo de pan a la boca para disimular la risa, pero parecía una mueca.

— ¿Quién es ella? — Laís se inclinó hacia mí para mirarme más de cerca. La mujer del jefe resultó ser más curiosa de lo que había imaginado.

— Nadie importante. — Desvié la conversación mientras me servía.

— No olvides, Mateo, que te envié a los gitanos para que resolvieras nuestro problema y no para que te metieras en la falda de una de ellas. — Marco adoptó su habitual postura seria.

— De vez en cuando puedes encontrar diversión en el trabajo.

— No puedes divertirte todo el tiempo, hermano.

— ¿Puedes comer y ocuparte de tus asuntos más tarde? — ordenó mi madre con su mejor tono amable.

Los tres nos pusimos de acuerdo y la mesa quedó en silencio hasta que el grito de Dante resonó en toda la casa y Laís se levantó. Marco la miró con una mezcla de preocupación y complicidad, haciendo sonreír a su mujer. Sin duda, el matrimonio era mucho más que sexo.

— Probablemente tenga hambre — respondió ella al cabo de unos segundos.

Marco asintió y Laís salió del comedor para ir a ver a su hijo.

— ¿Vienes hoy conmigo a la ecografía? — preguntó Tatiane a su marido.

— No te dejaría ir sola. — Le tomó la mano por encima de la mesa y sonrió a su mujer.

Reconozco que a veces ver a mis hermanos con sus esposas me hacía sentir extraño. Tal vez fuera porque, sencillamente, desconocía esa relación. Podían tener razón y yo prefería rodearme de tecnología. El matrimonio nunca había sido una ambición para mí, principalmente

porque siempre demostró ser el punto más débil de todos nosotros: el amor.

Terminé de comer y me dirigía al garaje cuando oí la voz de mi madre y me giré para verla caminando hacia mí.

— ¿Vas a tu empresa?

— Sí. — Me metí las manos en los bolsillos del pantalón de vestir. — Tengo algunas cosas que arreglar allí antes de viajar a Lombardía.

— ¿Qué vas a hacer?

— Negocios, mamá.

— No me gusta cuando están afuera mucho tiempo.

— Son las responsabilidades de quien dirige todo el país, doña Rosi. — Le tomé el hombro y se lo acaricié.

— ¿Quién es la gitana?

Respiré hondo cuando hizo la pregunta que realmente quería hacer.

— Te lo dije, no es nadie importante, mamá. Nunca te han importado las mujeres con las que me acuesto.

— Es lo suficientemente importante como para que la mencionaras.

— No fui yo quien la mencionó, fue Theo.

— Pero hablaste con él.

— Hablo con mi hermano todo el tiempo, mamá.

— Pero no sobre mujeres.

— Fue la primera vez que la nombré.

— ¿Seguro que no tiene nada de especial? — Mi madre me analizó enérgicamente.

— Deja de buscarle el pelo, Rosimeire Bellucci. Tengo que irme ya. — La besé en la frente antes de darle la espalda y salir de la mansión.

Mi madre no husmeaba demasiado en nuestros asuntos, pero cuando se trataba de su vida personal, lo olfateaba todo a kilómetros de distancia y no se contenía, pero no había nada que necesitara saber.

Me dirigí con mis hombres al cuartel general de mi compañía y fui directamente bajo tierra a la sala donde estaban los hombres encargados de los asuntos de la mafia.

En cuanto entré, se fijaron en mí, pero algunos ni se movieron, concentrados en las pantallas de sus ordenadores. En aquella sala realizamos miles de pequeñas y grandes

transacciones ilegales que consiguieron que el dinero no solo se multiplicara, sino que se convirtiera en legal, con inversiones en bolsa y otros fondos flotantes.

— Señor, buenos días. — Cristian se me acercó.

— Buenos dias. ¿Tienes lo que te pedí?

— Sí. — Me dio una tableta y miré el mapa de Italia. — Todos los puntos de colores son familias gitanas.

Les gusta mucho el color. El pensamiento al azar me hizo reír y me recordó a Luize siempre cuestionando el tono monocromático de mis habitaciones.

— ¿Se encuentra bien, señor? — Cristian se dio cuenta de que estaba divagando.

— Sí. — Moví la cabeza afirmativamente mientras giraba el mapa en la superficie electrónica y ampliaba algunas zonas para obtener más información. — ¿Qué significan los colores?

— He intentado separarlos por afinidad. Los lugares con el mismo color simbolizan algún tipo de alianza local e indican que si puedes someter a uno de ellos, probablemente podrás someter al resto. Los que tienen colores muy diferentes representan familias que tienen algún tipo de enemistad.

— Ni siquiera pueden llevarse bien entre ellos. — Risas.

— La mafia también tiene sus conflictos de vez en cuando.

— Pero ya lo haremos. — Me encogí de hombros. — Mañana tengo previsto viajar y quiero que te encargues de todo aquí. Voy a reunirme con los gitanos en Lombardía.

— ¿Piensa pasar mucho tiempo allí?

— No más de una semana, pero algo se me puede ir de las manos, no obstante, les avisaré de cualquier cambio.

Cristian asintió.

— ¿Necesita que haga algo o que planifique una acción concreta?

— No dejes que nada se descontrole aquí, mantente alerta ante cualquier amenaza potencial. Si algo te llama la atención, no dejes de avisarnos a mis hermanos y a mí. Después de la incursión en territorio americano, es bueno vigilarlos de cerca, aunque no creo que sean una amenaza todavía.

— Sí, señor.

— Voy al gimnasio a hacer un poco de ejercicio y vuelvo en una hora.

Cristian asintió y pasé junto a él, dirigiéndome por el largo pasillo hacia el ascensor.

Salgo al gimnasio y me dirijo a los vestuarios. Me quité el traje y los zapatos de vestir y los sustituí por unos pantalones cortos holgados y unas zapatillas deportivas. Aún no había encontrado otra forma de mantener mi cuerpo en forma que no fuera el ejercicio.

Me tumbé en la máquina de levantamiento de pesas y coloqué las manos sobre la barra, liberándola del soporte para que mis brazos pudieran subir y bajar con ellas. Inspiré y espiré profundamente, sintiendo cómo mis músculos se tensaban con el esfuerzo.

En medio de la actividad mecánica, mi mente empezó a divagar hasta que el rostro de Luize tomó forma, mostrando sus facciones y la mirada curiosa que me lanzaba cada vez que nos veíamos.

Solo una gitana... Eso me decía a mí mismo, a mis hermanos y a mi madre, pero era innegable que se estaba apoderando de mis pensamientos. Marco me había enviado a resolver el problema con los gitanos, pero al contrario de lo que creía mi hermano mayor, no había nada malo en encontrar placer en el trabajo. Al menos no para mí.

Marco siempre tuvo el peso de todo el tradicionalismo sobre sus hombros, era el heredero de nuestro imperio, y Theo se encargaba de ser su mano derecha, la base, pero yo conseguí equilibrar un poco las cosas, aportando muchos beneficios a la mafia actuando a mi manera. Modernicé varios puntos y, por mucho que ellos fueran incapaces de ceder, mi papel y el de mis hombres, que solo estaban detrás de los ordenadores, resultó fundamental en muchos momentos.

Respiré hondo mientras me sentaba. Con el sudor corriéndome por la frente y alrededor de la cara, cogí dos mancuernas y empecé una nueva secuencia de ejercicios para los brazos. Por último, pasé a las máquinas para trabajar las piernas e hice algunas secuencias de abdominales y flexiones para terminar.

Al final de la serie, volví al vestuario y me di una ducha.

Durante el resto del día, revisé las áreas legales de la empresa y dejé todo organizado para mi ausencia. En cuanto entré en mi despacho a última hora de la tarde, me planteé enviar una invitación para que Luize se reuniera conmigo, pero antes de que pudiera hacerlo me llamó Cristian, que había identificado la entrada de un ruso en Palermo, y acabé quedándome hasta tarde al teléfono con Ángela Mancini para que ella y sus hombres mantuvieran los ojos abiertos ante una posible amenaza.

Volví a casa muy tarde, cené solo y me fui a mi habitación a organizar las cosas para el

viaje del día siguiente.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO III

LUIZE

Capítulo diecinueve

Deslicé los dedos sobre el encaje que formaba la falda exterior de mi hermoso vestido de novia. El dobladillo era rojo, de raso y bordado con arabescos en hilos plateados que parecían de metal. Encima estaba el encaje con pequeñas flores rojas que salpicaban la falda, decorada con muchas piedrecitas plateadas brillantes. En la cintura había un fajín rojo y encima, en el busto, un modesto escote que dejaba ver apenas un poco de mi cuerpo exterior por debajo del cuello.

— Es precioso. — Me volví hacia mi abuela después de mirarme durante interminables minutos frente al espejo.

— Va a ser la novia más hermosa de la historia. — Esmeralda suspiró, apenas parpadeando mientras me miraba.

— Aún tengo que hacer algunos ajustes. — La abuela empezó a caminar a mi alrededor y a tirar de la tela mientras la sujetaba con grapas.

— Va a ser perfecto. — Deslicé los dedos sobre las piedras de mi busto.

— Sí — empezó a tararear Esmeralda.

— ¿Ansiosa, niña? — preguntó mi abuela mientras abría los botones de la espalda de mi vestido para quitármelo.

— Sí.

— ¿Quién no lo estaría? — Esmeralda no paraba de vibrar.

— Pronto será tu turno. — Nuestra abuela se volvió hacia mi prima.

— Estoy impaciente.

Me quité el vestido y fui a buscar mi ropa.

Mentiría si dijera que no me encantaron los detalles de la boda. Cada detalle estaba pensado para hacerme sentir como una princesa. Desde el vestido hasta la decoración, todo haría que mi día fuera especial, pero no conseguía conectar del todo con el momento, mi mente estaba en otra parte, en otro hombre.

Habían pasado días desde que perdí mi virginidad con Mateo Bellucci. Por muchas razones que hubiera para arrepentirme sin más, no podía dejar de pensar en él y anhelar otro momento entre sus brazos. Esperaba que al casarme, si me perdonaban aquella transgresión, se acabaran las tentaciones y pudiera tener una vida feliz con Ramón.

— Pronto serás la señora de la casa y tendrás que aprender a dar órdenes — me dijo la abuela mientras me doblaba el vestido.

— Se le da muy bien dar órdenes. — Esmeralda se echó a reír.

— Espero que la madre de él me ayude.

— No cuentes con ello. — advirtió mi abuela, haciéndome reír al pensar en su propia relación con mi madre.

— Gracias por tus consejos. — Seguí sonriendo.

Los días pasaban muy deprisa y faltaba menos de un mes para la boda. Quería decir que me moría de ganas de que llegara pronto, pero no podía dejar de desear que se pospusiera o que ni siquiera llegara a celebrarse. No quería meter a mi familia en mi propio lío mientras aprendía a lidiar con todo lo que sentía.

Mateo...

— Prepárate para cenar — ordenó la abuela, sacándome de mis pensamientos. — Miro dice que tu prometido viene de visita.

— ¿Hoy? — Tragué saliva e intenté no ponerme pálida, aunque estaba segura de que había fracasado estrepitosamente.

— Sí, ¿no es genial?

— ¡Sí! — Mentí.

— Es señal de que él te aprecia mucho.

Sacudí la cabeza y me esforcé por mantener la sonrisa. Era mucho más difícil estar delante de él después de lo que había hecho.

— Anda, ponte muy hermosa. — Me besó la mejilla antes de salir de mi habitación, llevando el vestido que ella y las otras costureras iban a terminar.

— Ponte el de las rosas rojas. — sugirió Esmeralda. — Estás muy guapa con él. Seguro que a tu novio le gustará.

— Gracias por la sugerencia. — Me acerqué a la puerta y la abrí, esperando a que saliera mi prima antes de cerrarla.

Di unos pasos tambaleantes hacia mi cama y me arrojé sobre ella, dejando que mi peso se hundiera en el colchón. ¿Por qué no era todo más fácil y no estaba simplemente en las nubes con este matrimonio, como todas las mujeres de aquella casa? Rodé de un lado a otro de la cama, resoplé y me tiré del pelo. Tomé el móvil de la mesilla y me puse a mirar los mensajes, pero

ninguno era de Mateo. Solo estaba el mensaje que me invitaba a ser torturada en su salón. De hecho, todo lo que me estaba haciendo era tortura. Lo peor era que yo sola había aceptado y me había lanzado a esa enorme trampa.

Me duché, me puse el vestido que me sugirió mi prima y me peiné el pelo ondulado. Lo sujeté con una horquilla. Tenía una enorme rosa roja de plástico que, según mamá, resaltaba mis ojos.

Seguía muy confundida con todo, pero sentía que evitar a mi prometido solo me llevaría a más confusión.

Bajé al salón y esquivé a unos niños que correteaban.

— Se van a hacer daño. — Los fulminé con la mirada, pero me ignoraron y siguieron corriendo. Tendría que aprender a mejorar mis habilidades si algún día quería controlar a mis propios hijos.

— Los Bellucci creen que pueden meternos en un terrario y gobernarnos, como si no fuéramos más que hormigas, y no lo voy a consentir. — Oí la voz firme de mi prometido y me hizo dar un paso atrás.

Él, mi padre y varios hombres más de sus familias estaban sentados en el salón y discutían sobre un tema que parecía interminable: la sumisión del pueblo gitano a los jefes de la mafia.

— Estoy de acuerdo con tu punto de vista, Ramón, pero siguen siendo los Bellucci. Estuve de acuerdo con ellos, pensando en lo mejor para mi familia.

— ¿Y si mañana deciden que ya no quieren este trato y nos matan a todos? — preguntó mi prometido, cruzándose de brazos.

— Es una posibilidad. — Mi padre bajó la cabeza con pesar. — Solo que sigo pensando que tener su palabra es mejor que no tener nada.

Ramón movió la cabeza negativamente, pero al final se dio la vuelta y sus ojos se encontraron con los míos. Hice todo lo posible por mostrar la misma sonrisa, pero me temo que fracasé estrepitosamente.

— ¡Luize!

— Ramón.

— Estás hermosa.

— Muchas gracias. — Me agarré el dobladillo de la falda e incliné el cuerpo brevemente.

— No necesitas hacer eso. — Agitó la mano antes de hacerme un gesto para que me acercara. — Ven aquí.

Caminé hacia el centro de la sala con pasos tranquilos e intenté ignorar el hecho de que todos los hombres parecían estar mirándome.

— ¿Qué tal?

— Genial, ¿y tú?

Ramón señaló un lugar a su lado y mis ojos se encontraron con los de mi padre, que me animó a acceder a la petición de mi futuro marido.

— Estoy bien. — Me tomó de la mano y me la acarició suavemente. — Tenía muchas ganas de verte.

No sentí asco, ni desprecio, ni nada. Aunque no era un hombre guapo, Ramón tenía un semblante amable y un aire simpático, pero ni remotamente provocaba en mí las sensaciones peligrosas, desesperadas y calientes que despertaba Mateo.

— Me alegro de que hayas venido a verme. — Me esforcé por ser agradable. Ya no andaba con rodeos, no necesitaba aún más razones para que mi prometido sospechara de mí.

— Tu presencia me hace feliz, mi dulce Luize. — Me tocó la cara y me mantuve firme para no rehuirlo.

— La tuya también.

— Te he traído algo. — Retiró la mano de mi cara y respiré aliviada.

— ¿Más regalos? No hace falta que te molestes.

— Te lo mereces. — Hizo un gesto a uno de los hombres que había a la entrada de la sala y parecía estar hablando con alguien de fuera hasta que la persona entró llevando un ramo de rosas rojas. Se lo entregó a Ramón, que a su vez me lo dio a mí. — Hacen juego con la flor de tu pelo.

— Eres un caballero. — Aspiré el aroma de las flores, y el peso de mis actitudes tras nuestra fiesta de compromiso se hizo aún más intenso.

Debería respetarlo, pero no era solo mi mente la que no podía olvidar a otro hombre.

— Vamos a comer. — Mi padre se levantó del sofá que teníamos delante. Agradecí la oportunidad de escabullirme de la presencia extrañamente sofocante de mi prometido.

— Buscaré un jarrón bonito para poner estas flores en mi habitación. — Me levanté con una sonrisa que pronto se desvaneció al empezar a subir las escaleras.

Tardé todo lo posible en volver a bajar. Necesitaba tiempo para respirar, quería dejar de pensar en Mateo, en la imagen de él desnudo y, sobre todo, en su cuerpo conectando con el mío, pero parecía que cuanto más intentaba apartarlo, con más fuerza volvía su imagen.

— ¿Está todo bien? — me sorprendió mi madre cuando entró en la habitación y me vio inclinada sobre la cama, mirando al mismo tiempo el jarrón con las flores y ningún otro sitio.

Moví la cabeza afirmativamente y me pasé una mano por el pelo para disimular mi vergüenza por el susto que me había dado.

— No te preocupes.

— No estoy preocupada. — Esperaba haber aprendido a mentir mejor después de todas las mentiras que le había dicho a mi familia en los últimos días.

— Todas estamos nerviosas antes de la boda y unos días después. — Entró en la habitación y me rodeó los hombros con el brazo. — No te culpes por estar un poco alterada, es normal.

— Gracias, mamá. — Apoyé la cabeza en su hombro y agradecí el afecto y la comprensión, aunque ella no supiera la razón principal por la que me sentía así.

— Eres y siempre has sido muy valiente y valerosa, Luize. Estoy segura de que sabrás afrontar este y todos los demás retos que se te presenten.

— Gracias, mamá. — Respiré hondo.

Nos abrazamos un momento más hasta que le pedí que bajara. No iba a resolver nada huyendo de mis problemas.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO III

MATEO

Capítulo veinte

Intercambié miradas con mis soldados antes de acomodarme en el sofá rojo de marco dorado frente a Benito Ortega, el jefe de una familia gitana de la ciudad de Pavía. Nero Valente, el *capo de* la ciudad, estaba conmigo y se había empeñado en acompañarme en la redada. Creía que los gitanos eran demasiado hostiles y que yo necesitaba protección en una reunión así. No lo cuestioné, tan seguro como estaba de que mis hombres y yo podíamos manejar cualquier situación.

— No son bienvenidos aquí.

— Más vale que lo seamos, gitano. — Mantuve mi postura inquebrantable y mis ojos severos se encontraron con los del hombre, haciéndole estremecerse.

— Cuando dijeron que venían, me imaginaba al otro Bellucci. — Se cruzó de brazos temiendo mi presencia.

— Quizá sea tu día de suerte, o quizá no...

— Dicen que no hay que ensuciarse las manos.

— Ah, hay muchas formas de conseguir lo que quiero sin derramar sangre. — Saqué la pistola de la funda y me la puse en el muslo. — Eso no significa que no esté dispuesto a hacer lo que sea necesario.

Luigi y mis hombres adoptaron una postura más ofensiva cuando los gitanos tocaron sus armas.

— Al menos no has venido a matarme. — Benito trató de relajarse frente a mi pistola.

— Espero que no. — Guardé el revólver y el gitano me dedicó una sutil sonrisa. — Vengo a hacerte una oferta y cuanto antes la aceptes, mejor para todos.

— Ya he oído hablar de esta propuesta. — Resopló. — No nos interesa convertirnos en títeres de los Bellucci.

— Te dije que venir aquí era una gran pérdida de tiempo — refunfuñó el *capo*.

Giré brevemente la cabeza en su dirección y le dirigí una mirada feroz que le hizo retroceder un paso. Mi mirada bastó para que se diera cuenta de que quería que se callara. Si se interponía en mis planes, podría enfrentarse a un castigo tan severo como el de los propios gitanos.

— Su pueblo está oprimido, marginado y mal visto en toda Italia. Les ofrecemos respeto.

— Era lo menos que podríamos tener. — Apretó los dientes.

— Nada es gratis. — Curvé mi cuerpo hacia él, de forma aún más amenazadora. Sabía que a veces era necesario adoptar una postura parecida a la de Theo. — Tienes que estar de acuerdo conmigo en que estamos ofreciendo demasiado. Queremos poner fin a las disputas por el territorio y eso es bueno para ambas partes.

— ¡No! Solo es bueno para ti, porque no tendrás que preocuparte más por nosotros.

— Las matanzas ocurren y la cuerda siempre se rompe por el lado más débil. No es algo que tenga que enseñarte, ¿verdad? Vi niños hermosos cuando entré en esta casa y odiaría ver su sangre manchar el suelo.

— Así que es una imposición, no un acuerdo.

— A ver qué le parece. Tu seguridad es importante para nosotros. Si no lo fuera, no estaría aquí.

— ¿Cómo puedes garantizarlo si estás en Roma?

— A diferencia de los gitanos, la mafia respeta la jerarquía. ¿Verdad, Nero?

— Sí, señor. — El *capo* asintió a regañadientes.

— Necesito pensar...

— No tengo tiempo para eso. — Interrumpí a Benito antes de que pudiera continuar. — Quiero un sí, ahora.

— Pero...

Alcé las cejas y mantuve una expresión seria. El líder gitano que tenía delante tragó saliva y siguió mirándome fijamente hasta que por fin dijo lo que yo quería.

— Será un placer contar con esta alianza, señor Bellucci — dijo con una sonrisa forzada, que mostraba su desconcierto ante mi intimidación, pero yo no había venido allí para ser benevolente.

— Estupendo. — Extendí la mano para estrechársela y Benito tardó un rato en responder al gesto, ya que le sorprendió.

— Almuerce hoy con nosotros.

— Quizá en otra ocasión. Todavía tengo otras familias que visitar por la ciudad y cosas que hacer con Nero.

— Es una pena.

Me despedí con un movimiento de cabeza, me levanté del sofá y el capo, junto con dos hombres, caminó delante de mí mientras los demás me seguían por detrás de vuelta al coche.

— ¿Crees que cumplirá el acuerdo?

— Tienen miedo y eso es una semilla muy poderosa. Es más fácil cultivarla con palabras que con la fuerza.

— Una vez me dijeron que eras el más manipulador de los tres, y no creí que fuera cierto. Sin embargo, lo que he visto hoy me hace discrepar de mi propia opinión.

— Todos utilizamos las herramientas que tenemos para conseguir lo que queremos — dije sin mirarle a la cara.

Luigi abrió la puerta trasera del coche y yo me acomodé en el asiento antes de que los otros hombres subieran y nos dirigiéramos a nuestro próximo destino.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO III

LUIZE

Capítulo veintiuno

Me sorprendí cuando mi padre me dio dinero para comprarle algo a mi novio. Me di cuenta de que su necesidad de complacer a Ramón era mucho mayor de lo que había imaginado.

Fui con Esmeralda y dos primos a la estación de Termini. Además de tener trenes que llegaban y salían de toda Italia, era un enorme centro comercial con una gran variedad de tiendas. Había productos para todos los estilos y gustos.

— ¿Qué quieres comprarle? — Mi prima me miró fijamente mientras se llevaba las manos a la cintura cuando nos detuvimos delante de un enorme escaparate de golosinas.

— No lo sé. — Respiré hondo mientras miraba una estantería de donas que me hacían la boca agua con solo mirarlos. — ¿Podemos comer dulces antes?

— ¡Luize!

— ¡Quizá nos inspire! — Lancé una mirada penetrante a mi prima, esperando que le resulte imposible decirme que no.

— ¡Está bien! — Levantó las manos en señal de rendición.

Entramos en la panadería y pedimos una dona para cada una y para nuestros primos, que habían venido como guardaespaldas. Era un pequeño soborno para que no denunciaran nuestro momento de distracción.

Nos sentamos alrededor de una mesa redonda y abrimos la caja. En cuanto di el primer mordisco, el chocolate se deshizo en mi boca y gemí de placer.

— Vaya, ¡está muy buena! — Esmeralda suspiró.

— ¿Lo ves? — solté una pequeña carcajada ante la expresión de éxtasis de mi prima. — Te dije que no te arrepentirías.

— ¿Podemos comer más?

— No, el dinero es para el regalo. Si no, acabaremos gastándolo todo en dulces.

— ¿Por qué no le llevas donas a tu prometido? Si no le gustan, nos los comeremos todos.

— No creo que sea el tipo de regalo que mi padre espera que compre.

— He visto un escaparate con relojes preciosos ahí detrás. ¿Por qué no volvemos y echamos un vistazo más de cerca?

— Me parece una gran idea. Primero voy al baño. — Señalé la puerta de los baños, que

estaba al otro lado del pasillo con gran afluencia de gente.

— ¿Quieres que vaya contigo?

— No, solo sostenme el bolso. — Le quité la correa y se lo di. — Pueden quedarse aquí, yo solo voy a ir al baño, rápido. — les dije a mis primos antes de cruzar el pasillo y entrar en los aseos.

Me acerqué a una de las cabinas y la cerré antes de subirme la falda, bajarme las bragas y me incliné. Eso era por haber tomado demasiado zumo a la hora de comer. Siempre me excedía cuando se trataba de una de mis frutas favoritas.

Me alisé la falda, salí de la cabina y me acerqué al lavabo. Tomé un poco de jabón y me froté las manos antes de abrir el grifo para enjuagármelas.

Sentí un escalofrío, seguido de un escalofrío, antes de que sus labios se acercaran a mi oreja.

— Hola, Luize.

Me di la vuelta rápidamente y vi a Mateo de pie detrás de mí, como si fuera una vez más el producto de mis más profundos delirios.

— ¿Qué haces aquí? — Mi corazón se aceleró. Era prácticamente imposible permanecer estable frente a él. — No pensé que volverías a verme, ha pasado más de una semana desde que...

— ... estuvimos juntos. — Puso las manos sobre el lavabo y me rodeó con los brazos.

Mi respiración se volvió aún más jadeante y la estabilidad de mis piernas también estaba en juego.

Moví la cabeza afirmativamente, pero mi mirada pronto fue capturada por la suya.

— Estaba ocupado. Tuve que viajar y pasé unos días por allí. Hoy estoy de vuelta.

— ¿Cómo me has encontrado aquí?

— Te lo dije, tengo ojos por toda la ciudad. — Inclinó su cuerpo hacia mí y yo aparté la cara antes de que pudiera besarme en la boca, por mucho que quisiera dejarle hacerlo.

— ¡No puedes hacer eso! — Empujé su pecho y esquivé la maraña de sus brazos.

— Si puedo... — Dio un paso hacia mí y yo di dos hacia atrás. — Hemos hecho esto varias veces. Vas a decirme que no te gusta.

— No se trata de eso.

— Pues sí. — Extendió la mano para tocarme la cara, y el calor que sus dedos

provocaron en mí fue casi irresistible. Me costó mucho esfuerzo no cerrar los ojos y dejar que me envolviera.

— Estoy comprometida.

— Eso ya lo sé.

— Me caso en menos de un mes.

— Ya me lo has dicho.

— Esto ya no puede pasar... No puede ocurrir nunca más. — Era difícil inhibir los fuegos dentro de mí con las imágenes de su cuerpo sobre el mío.

— ¿No puedes o no quieres?

— ¿Por qué juegas conmigo? — Empujé su pecho con todas mis fuerzas y Mateo dio un paso atrás.

— Pensé que lo estaba disfrutando. — Esbozó una leve sonrisa que me enfureció aún más.

Estaba harto de que todo el mundo dirigiera mi vida y decidiera sobre mí, y pareció extenderse a mi momento de rebeldía en brazos de Bellucci.

— Esto solo hará mi vida aún más complicada. ¡Fuera de aquí!

— No me necesito ir.

— Sí, es verdad. Me voy a casar y tienes que dejar de atormentarme.

— ¿Y quieres casarte?

— Eso no cambia nada. — resoplé, molesta.

— Responde a mi pregunta, Luize. Si pudieras elegir, ¿te casarías con él?

— No — dejé escapar la verdad que ya conocía demasiado bien. — Pero no puedo elegir.

Miré a Mateo una vez más de pie en el baño de señoras y me tragué las lágrimas antes de darle la espalda y salir corriendo.

— Vámonos. — Me agarré del brazo de mi prima, que estaba de pie a unos metros de la entrada de los baños en compañía de mis primos.

— Echemos un vistazo a esos relojes.

— Quiero ir a otro sitio. No creo que encontremos nada interesante aquí.

— Acabamos de llegar, aún no hemos empezado a mirar nada. ¡Caramba! Parece que hayas visto un fantasma.

— Vámonos. — Tiré de su brazo.

— ¿Adónde quieres ir? — preguntó uno de mis primos.

— Todavía no lo sé. Lo decidiremos en el coche.

— ¡Luize!

— Ya nos vamos, Esmeralda. — Me fui, arrastrando a mi prima hasta la salida de la estación.

Los dos que nos seguían estaban tan confundidos por mi reacción como ella, pero no hicieron demasiadas preguntas. Debían de pensar que era solo el ataque de una chica que no sabía lo que quería. Mientras pensaran eso, me parecía bien.

Incluso en el coche, miraba hacia atrás y seguía teniendo la sensación de que Mateo podía aparecer en cualquier momento. Aunque recalcaba que tenía ojos en toda la ciudad, era como si tuviera una especie de omnipresencia.

Tuve que alejarme, porque era prácticamente imposible resistir el magnetismo que tiraba de mí hacia él.

Se acercaba mi boda y Ramón era el hombre con el que pasaría el resto de mi vida. No podía olvidarlo por más tiempo, o las consecuencias para mí podrían ser mucho mayores que el simple hecho de no ser virgen en mi noche de bodas.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO III

MATEO

Capítulo veintidós

No puedo elegir...

La voz de Luize resonó en mi mente mientras el coche entraba en el garaje de la mansión. Tardé un rato en salir, ya que mi mente estaba completamente fuera de órbita y miraba fijamente a un punto fijo fuera del vehículo.

Seguramente su matrimonio fue una imposición, como los de mis hermanos mayores. Una alianza forjada en matrimonio, la forma medieval de sellar acuerdos que se sigue utilizando hoy en día.

Oí un golpe en la ventanilla del coche que me sacó de mis pensamientos y me hizo sobresaltarme.

— ¿Vas a quedarte ahí para siempre? — Me sorprendió ver a Theo mirándome desde fuera.

— Estoy pensando.

— ¿Eso es todo lo que sabes hacer?

— No tienes ni idea de lo que puedo hacer.

— ¿Ah, sí? — Chasqueó los dedos.

— Me subestimas, Theo. — Abrí la puerta del coche y salí.

— ¿Quieres despejarte un poco recibiendo una paliza?

— ¿Me estás llamando a pelear? — fulminé con la mirada a mi hermano mientras me reía.

— Hoy ha sido un día de recaudación tranquilo. Todo el mundo ha pagado como es debido y yo no me he divertido. Así que admito que estoy aburrido.

— Pensé que había mejores formas de librarse del aburrimiento. — Mantenía las manos en los bolsillos.

— Más tarde, hermano. No quiero que estés celoso mientras hago gemir a mi mujer.

— Hablas como si yo fuera un monje. No estoy casado, pero también tengo mis distracciones, hermano.

— ¿La gitana?

— ¿Adónde vamos para que recibas una paliza?

— ¿Qué ha pasado? — Theo me miró más de cerca al darse cuenta del cambio en mi postura.

— Nada.

— Mentiroso.

— No es asunto tuyo. ¿Vamos o no?

Theo me hizo un gesto para que lo siguiera. Caminamos hasta el viejo cobertizo arcaico, que debía de estar en la parte trasera de la mansión desde los tiempos de nuestro abuelo.

— Creo que los hombres que protegen la casa podrían tener un lugar mucho más interesante para entrenarse que este museo.

— Cállate. — Theo lanzó un puñetazo en mi dirección, pero lo esquivé con facilidad.

Me desabroché la chaqueta y me la quité, dejándola caer al suelo.

— ¿Estás perdiendo tu talento, hermano?

— Solo estamos calentando. — También se quitó la chaqueta y chasqueó los dedos.

— No me había dado cuenta de que nuestros enemigos de fuera eran lo bastante cordiales como para dejarte entrar en calor antes de empezar a intentar matarte.

— Menos mal que no eres un enemigo. — Lanzó otro puñetazo en mi dirección y yo me agaché hacia la izquierda sin moverme, limitándome a esquivar el golpe.

— Te ves mejor de lo que recuerdo.

— Tú, en cambio, pareces más lento. — Le solté un cross hacia la oreja y mi hermano se agachó, de modo que mi puñetazo solo golpeó el aire donde estaba su cabeza.

Theo intentó darme un puñetazo en la cara y yo eché el cuerpo hacia atrás. Antes de que Theo se diera cuenta de que no me había pegado, dejé caer la mano contra su abdomen, pero mi hermano dio un paso atrás y no pude tocarlo.

Mientras luchábamos, lanzándonos golpes y burlándonos el uno del otro como si aún fuéramos adolescentes, mi mente volvía a Luize. Admito que no esperaba su rechazo cuando nos encontramos en la estación. No sabía que le importara tanto la boda. Nos estábamos divirtiendo, ¿por qué parar?

No tenía elección, igual que Tatiane y Laís cuando se casaron con mis hermanos. Sin embargo, ¿sería capaz de encontrar la felicidad en este matrimonio concertado como ellas? Admito que no era lo que yo quería.

Recibí un fuerte puñetazo en la cara, que me hizo tambalear hacia atrás y levantar la

mano para protegerme. Ni siquiera vi de dónde venía el golpe y, cuando miré a mi hermano, me di cuenta de que se estaba riendo con cara de libertino.

— Tu mente no parece estar aquí.

— Puede que no.

— ¿Quieres hablar de eso?

Moví la cabeza negativamente, masajeando la zona afectada.

— Así que despierta o serás mi saco de boxeo.

Mi puñetazo cortó el aire donde unos segundos antes había estado la cabeza de mi hermano. Theo giró sobre sí mismo y se colocó detrás de mí, pero antes de que pudiera darme un golpe en la espalda, conseguí moverme con rapidez.

Lancé una patada derecha dirigida a la cintura de Theo y mi hermano se defendió con facilidad.

— Antes eras mejor. No podrás hacer nada sin un ordenador cerca.

— Cállate. — Conseguí darle un puñetazo en la boca del estómago, pero no fue suficiente para que mi hermano borrara la sonrisa de su cara.

Aguanté un puñetazo y devolví otro, luego me moví a un lado para esquivar uno. Marco y yo teníamos buenas habilidades de lucha, nos esforzábamos por el bien de nuestras propias vidas, pero Theo siempre iba más allá. Eso le gustaba más que a ninguno de nosotros y era prácticamente desleal luchar contra él, pero yo no estaba en mi mejor momento.

Sentí otro golpe, esta vez en pleno plexo solar, que me golpeó el diafragma, dejándome sin aliento. Me tambaleé unos pasos hacia atrás, pero Theo no me dejó recuperarme antes de golpearme en la cara. Podríamos habernos acercado más, pero estaba claro que seguía descargando su ira contra mí por haber enviado a Tatiane a Estados Unidos.

Estaba a punto de recibir otro puñetazo cuando oímos un grito que resonó en todo el cobertizo.

— ¡Paren ya mismo!

Me volví hacia la puerta y, aunque tenía la vista borrosa y enrojecida, eso no me impidió ver a mi madre de pie, con las manos en la cadera y una expresión severa que rozaba la desesperación.

— Solo estamos haciendo ejercicio. — Theo se encogió de hombros y se metió las manos en los bolsillos.

— ¡¿Haciendo ejercicio?! Son adultos, tienen que parar de hacer esto. — Vino pisando fuerte hacia nosotros y miró fijamente a Theo antes de encararse conmigo. — Mira, le has hecho daño a tu hermano.

— Él me lo pidió, estaba demasiado distraído.

Mi madre negó con la cabeza mientras tomaba un pañuelo de la mano de Theo y se acercaba a mí, ordenándome que bajara la cara para que ella pudiera limpiarme el hilo de sangre que me había corrido desde la ceja hasta el ojo.

— Los enemigos que tienen fuera de estos muros son suficientes, no tienen que luchar entre ustedes en casa.

— Theo tiene razón, mamá. Estábamos haciendo ejercicio y me distraje.

— Siempre estás tan concentrado, Mateo.

— No estoy en mi mejor día, mamá. — Le tendí la mano para que soltara el pañuelo y lo tomé.

— ¿Qué ha pasado?

— Nada. — Pasé junto a ellos y entré en la casa. Solo quería entrar en mi habitación, darme una ducha y dormir un poco.

Rosimeire tenía razón, siempre he sido centrado y no podía dejar que eso cambiara por culpa de una gitana que no quería salir de mi cabeza.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO III

LUIZE

Capítulo veintitrés

— Algo tiene que ir mal. — Hablaba conmigo mismo mientras paseaba de un lado a otro de mi habitación.

Por mucho que viviera según las reglas de la cultura gitana, siempre fui muy curiosa y buscaba aprender en los libros y en internet, especialmente sobre las cosas que las mujeres parecían avergonzarse de contarme sobre mi propio cuerpo. La menstruación siempre ha sido una de mis mayores dudas, desde que tuve mi primera regla a los trece años. Después de eso, me informé y descubrí por qué y para qué servía. Tenía una aplicación en el móvil que utilizaba para seguir mi ciclo. Según la aplicación, tenía que haber empezado hace dos días, pero hasta ahora no lo había hecho. Esto empezó a ponerme nerviosa. Se suponía que era un simple retraso, aunque nunca había sucedido.

En mi gran curiosidad, llegué incluso a plantearme preguntar a Esmeralda, a mi madre o a las demás mujeres de la casa si sus menstruaciones se retrasaban de vez en cuando. Imaginé que era porque estaba ansiosa por la boda, que se acercaba en dos días. Era una buena razón para que mi cuerpo se desbocara y hasta quise creerlo, pero mi mente seguía corriendo con otra más obvia.

Por milésima vez, me senté en la cama y saqué el móvil. Escribí en el buscador las razones por las que se retrasa la menstruación y el embarazo encabezaba la lista, a pesar de que no sentía ningún otro síntoma.

Fue solo una vez.

No debería estar embarazada, no...

Esperaba encontrar alguna otra justificación más plausible. Solo una vez no fue suficiente, ¿verdad?

Esta complicación ni siquiera se me había pasado por la cabeza hasta que me pareció demasiado tarde. No podía pensar en ello sin estar segura. Tomé un abrigo y salí de mi habitación, caminando hacia el garaje donde estaba aparcada mi Vespa.

— ¿Adónde vas? — Uno de mis primos se me acercó al subirme a la moto.

— Voy a la farmacia. Me duele la cabeza, probablemente se deba a la ansiedad por la boda.

— Voy contigo.

— No — dije demasiado rápido. — No tienes por qué hacerlo. — Intenté convencerlo para no llamar su atención.

— Tu padre no quiere que andes por ahí sola.

— Solo voy a la farmacia, te prometo que no tardaré ni diez minutos.

— Entonces iré contigo.

— Por favor. — Fruncí los labios y entorné los ojos en una expresión llorosa. — Necesito estar sola. Mi boda es dentro de dos días y estoy muy nerviosa. Ya se te pasará cuando te toque.

— Tienes diez minutos para volver, si no se lo diré a tu padre e iré a por ti.

— Gracias. — sonreí ampliamente mientras me subía a la moto y la ponía en marcha.

Iría a una farmacia más alejada, donde la gente no me conociera y no me hiciera preguntas sobre la prueba de embarazo. Para ello, necesitaba moverme lo más rápido posible. Afortunadamente, mi Vespa era pequeña pero muy ágil.

Luché contra la vergüenza de comprar la prueba de embarazo, pero no podía mirar directamente a los ojos de la mujer de la caja. Agradecí que fuera discreta y no me hiciera preguntas.

Volví a casa, me limité a sacudir la cabeza a mi primo mientras me bajaba de la moto y corría a mi habitación.

— Luize, te estaba buscando. — Esmeralda me detuvo en el pasillo y yo apreté más fuerte la bolsa de papel entre las manos.

— ¡Hola!

— ¿Será que...

— En otra ocasión, Esmeralda — interrumpí.

— Pero, Luize...

— Hablaremos más tarde. — Pasé junto a ella y entré en mi habitación, cerrando la puerta antes de que mi prima me llenara de preguntas.

Esmeralda era una buena persona, me caía bien, pero tenía miedo de que le contara a todo el mundo lo que había pasado entre Mateo y yo antes de pensar en cómo iba a afrontar toda la situación. Si perder mi virginidad con otro hombre antes del matrimonio ya era complicado, estar embarazada me ponía en un problema inimaginable.

Abrí la prueba y leí las instrucciones. Podía hacérmela en cualquier momento después del

primer día de la menstruación. Tenía que ir al baño a recoger la orina en un botecito. Tomé solo lo que necesitaba y guardé el resto del paquete debajo del colchón antes de acercarme a la puerta.

Esperaba que Esmeralda ya no estuviera en el pasillo. Respiré hondo antes de dirigirme al baño con pasos rápidos.

Me senté en el inodoro y preparé la prueba. Puse la tira de papel en el recipiente y esperé. Se me revolvía el estómago, pero cuando apareció la segunda tira rosa en el dial, respiré hondo e intenté no gritar.

Estaba embarazada. Una parte de mí ya lo sabía, la prueba solo fue una confirmación.

Iba a casarme con un hombre dentro de unos días, pero él no era el padre del bebé que crecía dentro de mí y no tenía ni idea de que me había acostado con uno de los príncipes de Italia.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO III

MATEO

Capítulo veinticuatro

— ¿Han empezado a distribuir la droga entre los gitanos que aceptaron nuestro acuerdo? — Miré a Marco y me removí en la silla frente a él.

— Sí. Ayer se entregó el primer envío al norte, a aquellos que visitaste durante tu estancia en Lombardía.

— ¡Estupendo!

— Pero aún queda mucho trabajo por hacer. — Se cruzó de brazos sobre la mesa del despacho. — No has conseguido firmar un acuerdo con todas las familias de Roma, y aún tienes que expandirte a todas las regiones de Italia.

— Ramón Bayo es una molestia — resoplé. Para colmo, aquel hombre era el prometido de Luize, así que parecía destinado a estorbarme. Me reí al recordar que yo la había desvirgado.

— Déjame ir a hablar con él. — Theo se quedó con los brazos cruzados, apoyado en la pared.

— No quiero una masacre. Será aún más difícil convencer a los gitanos de que confíen en nosotros si los matamos al primer desacuerdo.

— No siempre podemos ser políticos con todo el mundo, Marco. Especialmente cuando se trata de gitanos.

— Mateo lo solucionará.

Me limité a mover la cabeza afirmativamente, pero mi mente estaba completamente fuera de órbita. Estuve a punto de pedirle a Marco que dejara que Theo resolviera la situación a su manera. No me importaría que se derramara la sangre de Ramón Bayo, aparte del beneficio de acabar con el compromiso de Luize.

En ese momento me di cuenta de la regla sobre no desear a la mujer de otro miembro de la mafia. Esto podría hacernos ciegos a las consecuencias de nuestros actos y acabar provocando una guerra interna.

Afortunadamente, Luize no formaba parte de la mafia y Ramón no era uno de nuestros amigos.

— Cuando me necesites, aquí estaré. — Theo se encogió de hombros.

— Tengo otra cita para ti. Quiero que viajes a Sicilia con Tatiane para reunirte con los

capo de la región. No porque Ángela tenga buen liderazgo en Palermo nuestra presencia en la isla debe dejar de ser rotunda.

— A Tatiane le encantará volver a ver a su familia.

— ¡Estupendo!

— Más tarde me reuniré con el cardenal Celestino Gambetti para hablar de los actos que la Iglesia organizará a finales de año. La afluencia de turistas a Roma es muy importante para nosotros, así como los fondos para las obras, por supuesto.

— Ah, los curas... — Theo soltó una risita, pero yo no dije nada.

La mafia estaba arraigada en todos los centros de poder del país, y con algunos clérigos no sería diferente. Si algo había aprendido bien a lo largo de los años era que todo el mundo podía corromperse con el estímulo adecuado.

— Hasta luego. — Marco se levantó y salió del despacho.

Theo se marchó poco después y yo me quedé mirando la ventana durante unos minutos, mientras pensaba en los gitanos y en una gitana en particular.

Cerré la puerta del despacho de mi hermano y me fui a la compañía. Por la tarde me reuní con mis hombres para que me dieran un informe detallado de todas nuestras operaciones.

Estuve pensando en cómo resolver el problema con Ramón Bayo sin matarlo, y acabé enterándome de que al día siguiente se celebraba su boda con Luize. Tal vez con esa hermosa mujer en sus brazos, se convertiría en un hombre más fácil de negociar.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO III

LUIZE

Capítulo veinticinco

Embarazada...

Acaricié mi vientre plano, sin rastro de mi crimen. No había dormido en los últimos dos días. No dejaba de pensar qué hacer, cómo actuar. En unas horas sería la esposa de uno de los líderes gitanos, pero en mi vientre crecía el hijo de otro hombre.

No había vuelto a ver a Mateo desde el día de la estación, y tampoco había salido de casa para no darle la oportunidad de encontrarme. Sin embargo, en el fondo, había una parte de mí que estaba ansiosa por verle, por contarle el desenlace de nuestra transgresión, aunque hubiera una esperanza romántica en ello. Por supuesto, la racionalidad me llamó en algún momento.

Mateo Bellucci era el inalcanzable tercer hijo de la familia más poderosa de Italia y yo una gitana que tenía que quedarse con los míos. No me parecía justo lo que estaba a punto de hacerle a Ramón, sobre todo porque mi prometido se había esforzado mucho por ser amable conmigo desde que se anunció nuestra boda, pero ¿qué otra opción tenía? ¿Decirle que estaba embarazada de un Bellucci, ser rechazada por él y por toda mi familia, o simplemente hacerle creer que seguía sin tocarme hasta nuestra noche de bodas?

Podría parecer un acto de cobardía, pero tampoco veía la valentía en optar por el peor destino.

— ¡Luize! — Esmeralda llamó a mi puerta y me quité la mano del estómago. — ¿Estás despierta?

— Sí. — Me levanté para abrir la puerta y dejarla entrar.

— ¿Aún no te has duchado?

Moví la cabeza negativamente.

— Ya casi es la hora.

— ¿De qué?

— Están empezando a prepararte para la boda. Me imagino lo nerviosa que debes estar. Ni siquiera soy yo quien se casa, pero ya siento un enorme escalofrío en el estómago.

— Lo estoy deseando. — Forcé una sonrisa.

— ¿Ya has desayunado?

Moví la cabeza negativamente.

— ¿Quieres bajar o te traigo algo de comer? Creo que han desempaquetado la mesa de café y están preparándolo todo para la fiesta de bodas.

— ¿No sería en el salón que visitamos con Ramón?

— Sí, pero las mujeres llevarán la comida allí. Tu madre ya ha ido a asegurarse de que todo está preparado según las instrucciones.

— ¡Ah!

— Del cero al diez, ¿cómo de ansiosa estás?

— Veinte... — Tardé un momento en contestar, porque esa no era la sensación que describía mi estado de ánimo, pero si la escala era para el nerviosismo, veinte era un buen número.

Sentía un miedo enorme y aún no se me había ocurrido cómo disimular que ya no era virgen, porque decírselo a Ramón todavía no me parecía una buena opción.

— Te traeré algo de comer.

— Gracias.

Esmeralda salió de la habitación y yo respiré aliviada, pero mi momento de tranquilidad no duró mucho, pues pronto entraron en la habitación mis tías y otras mujeres de la familia acompañadas de mi abuela. Una me empujó al baño cuando dije que no me había duchado y pronto me estaban apretando y resfregando bajo el agua.

Mi madre no tardó en aparecer, uniéndose al equipo que me preparaba para la boda. Intenté mantener la calma mientras me cuidaban como si fuera una muñeca, y no les importaba que fuera de carne y hueso y sufriera. Estaba muy tensa, aunque ninguno de ellos sabía nada de mi relación con Bellucci, y mucho menos de mi embarazo.

— Vas a ser una novia preciosa — comentó una de mis tías.

— La más hermosa — dijo otra mientras me peinaba.

— Es un hombre muy afortunado por tener esta rara joya — presumió la abuela.

Si algo creía que Ramón no tenía era suerte. Puede que fuera una novia preciosa, lo creía mientras me ponían el vestido, pero no estaba comprometida en absoluto con aquella boda.

¿Te casarías si pudieras elegir? Recordé la pregunta de Mateo y la agitación en mi interior se hizo aún mayor.

Por supuesto que no me casaría, sobre todo en la situación en la que me encontraba, pero no tenía elección. Había vivido toda mi vida rodeada de mucha gente y aprendiendo a asumir las

responsabilidades que se me asignaban, y no podía huir, por mucho que lo deseara.

— Gracias de nuevo por el vestido, abuela. Es precioso. — Intenté concentrarme en otras cosas y sonreír para no asustarme.

— Hice mi mejor trabajo. — Se acomodó un mechón de sus canas detrás de la oreja y me miró orgullosa.

— Saldrá perfecto en las fotos.

— No olvidemos las joyas que le regaló el novio. — Esmeralda abrió un cajón de mi tocador y sacó la caja de terciopelo que contenía el conjunto.

— Sí, no debemos olvidarlo. — Mi madre terminó de alisarme el pelo antes de ponerme las piezas. — Ya está listo.

Me miré en el espejo. El maquillaje rojizo combinaba muy bien con los detalles del vestido. Estaba muy linda, con el pelo recogido en un moño del que colgaban algunos mechones rizados. Intenté conformarme con eso por el momento, ya que era todo lo que podía hacer.

— Ve a ver si ha llegado el carruaje — ordenó mi madre a Esmeralda, que salió de la habitación sin preguntar nada.

Mi primo no fue el único que abandonó la habitación, quedándonos solos mi madre y yo.

— Hoy mi niña no volverá a esta casa.

— Tengo miedo, mamá — admití al menos uno de mis mayores temores.

— Todas sentimos un escalofrío en el estómago el día de nuestra boda, pero que sepas, hija, que te digan lo que te digan, tú eres la única responsable de tu felicidad. Recuerda siempre convertir la situación en lo mejor para ti.

— Gracias, mamá.

— Ah, no dejes que la mamá de Ramón te mande.

— No hay problema. — Me reí, intentando olvidarme de mis preocupaciones.

Las dos nos reímos juntas y cuando mi madre dejó de reírse, se estiró y me dio un suave beso en la frente.

— Seguiré aquí para lo que me necesites.

La abracé con fuerza y sentí el impulso de contarle todo lo que estaba sufriendo, pero sabía que tenía que guardármelo para mí.

— Llegó el carruaje. — Esmeralda apareció en la puerta de la habitación y mi madre y yo salimos.

— Bajará enseguida — dijo mi madre, y yo me limité a hacer un gesto afirmativo con la cabeza.

Esmeralda y mi madre me revisaron el vestido, el peinado y el maquillaje antes de llevarme al altar.

Me dirigí a la entrada de la casa, donde había un precioso carruaje circular que me recordó a los que había visto en las películas de Cenicienta. Era de metal, estaba pintado de blanco y adornado con montones de rosas blancas y rojas, además de estar tirado por dos hermosos caballos blancos, todo un vehículo para una princesa.

No reconocí al cochero, pero se bajó del taburete que había delante del carruaje y me abrió la puerta para que subiera.

Miré a mi madre y a mi primo una vez más antes de tomarlo de la mano y dejar que me llevara dentro. Me acomodé en el asiento, me ajusté el vestido y nos pusimos en marcha.

Aún no era mediodía y el sol estaba tranquilo en el cielo, tocando mis hombros desnudos en un cálido abrazo. Me froté las manos e intenté pensar que todo iría bien. Ramón era un hombre amable, sería un buen marido y un buen padre para el bebé que llevaba en mi vientre.

Me asomé a la calle, había mucha gente de pie en la acera solo para verme pasar. Me saludaban y yo les devolvía el saludo. Algunos niños intentaban verme más de cerca, sin sentirse amenazados por mis dos primos en moto delante del coche, como una especie de agentes de seguridad.

Mamá tenía razón, no volvería a mi casa. Me iría de la iglesia a los brazos y a la vida de otra familia.

El carruaje dobló una esquina y oí el rugido de un motor que me hizo abrir mucho los ojos. Un coche negro salió prácticamente de la nada y se cruzó delante de nosotros. El chirrido de los neumáticos asustó a los caballos y los hizo levantarse en sus dos patas traseras mientras relinchaban.

El corazón se me aceleró y el susto del coche me dejó tan conmocionada como los animales, pero la sorpresa fue aún mayor cuando, casi a cámara lenta, la puerta del conductor se abrió y Mateo Bellucci salió de ella. Se acercó al carruaje y se detuvo a un lado, abriendo la puerta donde yo me encontraba.

— ¿Qué estás haciendo? — pregunté al mismo tiempo que el cochero bajaba para enfrentarse al loco ese.

— Impidiendo que te cases. — Me ofreció su mano y me quedé paralizada.

Admito que este hombre ya me había sorprendido mucho, pero ésta era sin duda la jugada menos probable de todas.

— Señor, por favor, mueva su coche y déjenos pasar — pidió el cochero.

— ¡Vamos, Luize! — Mateo agitó la mano, ignorando por completo la presencia del hombre.

— No puedo.

— Sí que puedes. ¿Quieres quedarte con tu prometido o conmigo?

Esa era una pregunta que Mateo no debía hacer, porque era demasiado peligrosa y sus implicaciones para mi vida podían ser desastrosas. No creía que pudiera escapar de aquel matrimonio, pero la posibilidad estaba ahí, haciéndome señas en forma de un hombre alto, guapo y extremadamente seductor.

Yo quería ir con él, estaba embarazada de él, pero seguía teniendo un miedo terrible a tomar esa decisión.

Mis primos se bajaron de la moto y caminaron hacia nosotros, pero antes de que pudieran hacer nada, Mateo sacó una pistola y les apuntó.

— Quédense ahí. — Amenazó.

Miré a mis primos, al cochero y a los que me observaban desde lejos. La elección que tenía que hacer parecía la más sencilla posible, quedarme en el vehículo, pero le tendí la mano a Mateo y me sacó del carruaje.

Me agarré al dobladillo del vestido mientras corríamos juntos hacia su coche, cruzado en medio de la carretera. Mateo me abrió la puerta del coche y cuando se dirigió a la del conductor, mis primos le dispararon. Sentí pánico y me quedé completamente en shock cuando Mateo cerró la puerta y arrancó el coche. Me estremecí, jurando que vi cómo le alcanzaban una o dos balas.

— ¿Te han disparado? — Le toqué el muslo, preocupada, mientras mis ojos le buscaban alguna herida.

— No, no. — Quitó una de sus manos del volante y la puso sobre la mía.

— Oí los disparos. — Ni siquiera podía respirar bien de la conmoción.

— Me golpearon, pero no me hicieron daño. Es como ser disparado por una pistola *de airsoft*, duele, pero no duele.

— No lo entiendo. — Sacudí la cabeza confundido.

— Mi traje es a prueba de balas. — Miró por el retrovisor y algo pareció alarmarle. — Te lo explicaré más tarde.

Mateo pisó el acelerador y el coche se movió más rápido. Los neumáticos empezaron a rodar de nuevo al girar bruscamente en una curva.

También tuve la curiosidad de mirar por el retrovisor y vi que nos seguían mis primos en moto. Pude oír unos crujidos contra la carrocería del coche y no tuve ninguna duda de que eran disparos.

— ¿Están locos? Acabarán matándome a mí también.

— Ninguno de nosotros va a morir — dijo Mateo con seguridad, mientras detenía el coche, haciéndome temblar dentro del vehículo.

Giré la cara lo bastante rápido para ver cómo uno de mis primos golpeaba el maletero del coche y se caía de la moto. El otro fue un poco más listo y rodeó el coche, golpeando la ventanilla delantera, que cedió, formando marcas pero sin hacerse añicos.

— Agárrate fuerte. — Mateo jugueteó con la palanca de cambios y volvió a acelerar, obligando a mi primo a apartarse para evitar ser atropellado.

Doblamos una esquina, luego otra. Mateo zigzagueó entre los coches de la calle, pero no fue suficiente para quitarnos a mi primo de encima. Al ir en moto, tenía mucha más movilidad que nosotros en coche.

— Este es insistente. — Mateo giró su coche hacia una autopista y se saltó el semáforo justo cuando se ponía en rojo.

Mi primo también hizo caso omiso de las señales y continuó siguiéndonos. De vez en cuando sujetaba la moto con una mano mientras utilizaba la otra para disparar, intentando dar al coche.

Entramos en una calle ancha y recta y mi primo emparejó la moto a un lado del vehículo, acercándose a la ventanilla del lado de Mateo. Estaba a punto de disparar cuando Bellucci giró el volante y lanzó el coche contra él, derribándolo.

— ¿Le has matado? — Me agaché para mirar atrás y vi a mi primo tendido en el suelo.

— No lo creo, pero no puedo garantizar nada. — Mateo se encogió de hombros, pero no redujo la velocidad del coche al entrar en otra calle, ni respetó las señales.

— ¿Adónde me llevas? — pregunté, recordando la locura que estaba ocurriendo.

— A mi casa.

— ¿Al departamento donde hemos estado?

— No, a la mansión Bellucci.

Su respuesta me sorprendió tanto como el rescate. Se suponía que me dirigía a la iglesia, no a una casa donde ningún gitano se había atrevido a poner el pie.

Los minutos que tardamos en llegar no fueron suficientes para que recuperara el aliento y me diera cuenta de lo que acababa de ocurrir.

Me llevé otro susto cuando se abrieron las puertas y entramos en un garaje. Cuando Mateo por fin detuvo el coche, dejé salir el aire del fondo de mis pulmones.

— ¿Está todo bien? — Mateo se volvió para analizarme e inclinó su cuerpo hacia mí.

— ¡No! ¿Qué acaba de pasar?

— Evité que te casaras con un hombre que no querías.

— ¿Y qué pasará ahora?

— Te vas a quedar aquí hasta que se nos ocurra algo mejor que hacer. — Estaba a punto de abrir la puerta y marcharse cuando le tomé de la mano.

— ¿Qué ocurre?

— Hay algo que debes saber.

— Habla. — Frunció el ceño.

— Yo... — Tragué saliva y me armé de valor.

— Tú... — me animó a confesar.

— Estoy embarazada.

— ¿Es mío? — Ensanchó los ojos y arqueó las cejas.

Apreté los dientes y levanté la mano sin pensar. Solo me di cuenta de lo que había hecho cuando mi mano rozó el lateral de su cara.

— ¿Cómo te atreves a hacer eso? — Tocó la zona afectada de su cara.

— ¿Cómo te atreves tú? — gruñí.

— Lo siento, estoy sorprendido.

— Cómo crees que... — No pude terminar la frase porque Mateo tiró de mi cara y silenció mis labios con los suyos.

Una vez más me sorprendió, pero fue una buena sorpresa, y simplemente no pude resistir la presión de su boca y el calor de sus labios. Una de sus manos acabó en mi mejilla y la otra en mi nuca, acercándome más y haciendo el beso aún más intenso, llenándome de sensaciones que

me recordaban por qué lo deseaba tanto.

— ¡Mateo! — Oímos un grito desde fuera que nos separó como una corriente eléctrica. — ¿Qué le pasó al coche?

— Solo un imprevisto, mamá. — Abrió la puerta y bajó las escaleras.

— ¿Imprevisto? — Vi a la señora que se acercó al vehículo cruzar los brazos y adoptar una postura ofensiva. — Ya es suficiente con que Theo me mate el corazón casi todos los días, y ahora vienes tú también. Creía que eras el más sensato.

Mateo la ignoró y rodeó el coche, abrió la puerta a mi lado y me tendió la mano para que bajara. Esta vez no lo pensé demasiado, simplemente entrelacé mis dedos con los suyos. Había llegado demasiado lejos como para echarme atrás en ese momento.

— ¿Quién es? — La señora entrecerró los ojos y me observó atentamente.

— Mamá, ella es Luize. — Nos presentó brevemente.

— ¿Por qué lleva un vestido de novia?

— Me iba a casar. — Esbocé una sonrisa nerviosa.

— ¿Qué? — Se llevó la mano al pecho como si la hubieran golpeado.

— Mamá, te lo explicaré más tarde. Entremos. — Siguió tomándome de la mano y le hizo un gesto para que le guiara.

La casa era tan grande como en la que vivía con mi familia, solo que no sabía si había tanta gente. La decoración en sí era muy diferente, mucho más cercana al tono del departamento de Mateo.

Entramos en el salón y vi a una mujer sentada en el sofá con un bebé en brazos, que abrió mucho los ojos al verme.

— ¿Mateo? — Una voz gruesa resonó en la sala e hizo que todos nos volviéramos en su dirección.

Vi al hombre de pie al final de la escalera. Aunque no nos conocíamos, supe quién era por su postura y el impacto que su voz causó en Mateo: Marco Bellucci, el jefe.

— Cuida de ella. — Mateo se volvió hacia su madre antes de soltarme la mano y seguir a su hermano.

La señora y yo intercambiamos miradas antes de que sus hijos desaparecieran.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO III

MATEO

Capítulo veintiséis

— Dime que esa mujer no es gitana. — Marco llamó a la puerta de su despacho y nos encerró.

— ¿Preferirías que fuera la prometida de uno de nuestros capi?

— ¡Maldición Mateo! — gritó Marco y su voz resonó por toda la habitación, e imagino que se podría haber oído desde cualquier otro rincón de la casa. — Solo tenías una misión, solucionar el problema con los gitanos, pero mira lo que has hecho...

— Nos tienen miedo, no complicará ninguna situación. Además, su prometido era Ramón Bayo, razón de más para dejar que Theo se ocupara de él.

Marco negó con la cabeza y empezó a pasearse por la habitación, masajeándose las sienes.

— ¿Tienes idea de lo furioso que estaba cuando Laís me abandonó en el altar?

— Yo estaba allí. Casi matas a todos.

— ¿Cómo crees que reaccionará su prometido?

— Es solo un gitano.

— Las hormigas pueden ser muy destructivas si se juntan.

— Está embarazada — revelé la noticia que aún intentaba asimilar. No había pensado mucho en cuándo me convertiría en padre, pero he de confesar que ver a mis hermanos llegar a esa etapa de sus vidas despertó mi curiosidad, por no decir otra cosa.

— ¿De ti? — Los ojos azules de mi hermano se abrieron de par en par. — ¿Te has acostado con la mujer de otro hombre?

— Solo era su novia.

— ¿En qué mierda estabas pensando...? No hace falta que respondas.

— ¿Qué ha pasado? — Theo abrió la puerta del despacho y entró. — Oigo gritar a Marco desde fuera.

— Mateo trajo a casa a una gitana, prometida y embarazada.

— Fui directamente a la luna de miel. — Intenté aligerar el ambiente con mis bromas habituales.

— Mateo, ¡no es el momento de hacer bromas, maldita sea! — Marco estaba muy

enfadado. Yo le entendía, aunque no creía que fuera necesario.

— ¿Vas a casarte con ella? — Theo se volvió hacia mí.

Tras enterarse del embarazo, no hubo dudas sobre lo que había que hacer.

— Me casaré.

— Tendremos más problemas con los gitanos que antes.

— O no. — Theo intervino.

— ¿Tengo que recordarte lo que hizo nuestro hermano? — Marco resopló mientras se metía las manos en los bolsillos. Era como si se contuviera para no ahogarme.

— Theo tiene razón. — Respiré hondo y volví a pensar racionalmente. — Ustedes dos se casaron por alianzas. Los gitanos podrían ver con buenos ojos que una mujer de su pueblo se convirtiera en una Bellucci.

— Tendría sentido si no le hubieras robado la mujer a otro hombre.

— ¿Qué quieres que haga? ¿Devolverla con mi hijo en el vientre? — Apreté los dientes y mis preguntas hicieron retroceder a mi hermano.

— Para empezar, no deberías haberle quitado la virginidad.

— Y tú no deberías haberte tirado a Donatella, que es lo que pasó. — Le pisé los talones a mi hermano para que dejara de gruñir como si fuera el portador de toda la razón.

— Tenemos que estar preparados contra los gitanos.

— Siempre lo estamos — dijo Theo, chasqueando los dedos.

— Pronto te casarás con ella.

— Está bien. — Asentí con la cabeza.

— El embarazo queda entre nosotros hasta que se celebre la boda. Dile a la gitana que se guarde esta noticia hasta que sea oficialmente tu esposa. No queremos que nadie cuestione la paternidad de este niño, sobre todo teniendo en cuenta que estaba prometida con otro hombre. No necesitamos más problemas de los que ya tenemos.

— Hablaré con ella. ¿Eso es todo?

— Por el momento, sí. Hazle saber lo de la boda.

Asentí y me di la vuelta.

Tengo que admitir que no me sentía muy inteligente con toda la situación. No me había dado cuenta de que impedir el matrimonio de Luize con Ramón Bayo significaría el mío propio. Tampoco me había planteado que pudiera estar embarazada, al fin y al cabo, solo había sido una

vez. Sin embargo, eso no era lo que más me escandalizaba en ese momento, sino el hecho de querer casarme con aquella gitana.

No la encontré en el salón, donde la había dejado con mi madre. Volví arriba. Caminé por el pasillo buscándola.

— ¿Luize?

— Estamos aquí — llamó mi madre desde la habitación de invitados, que había pertenecido a las otras dos esposas Bellucci.

Me acerqué a la puerta y la abrí. Vi a mi madre sentada en la cama frente a Luize, que ya no llevaba su vestido de novia, sino uno largo y floreado que, si no me equivocaba, pertenecía a Tatiane, que también estaba en la habitación.

— Tengo que hablar con ella. — Asentí, esperando a que mi madre y mi cuñada salieran de la habitación.

Mi madre me miró con seriedad y luego volvió la cara hacia Luize, que asintió. Rosimeire, con todo su tradicionalismo, no parecía dispuesta a dejarnos solos.

— Te espero en el comedor, imagino que no habrás almorzado.

— Nos iremos pronto, mamá.

Tatiane fue la primera en levantarse y dirigirse al pasillo. Rosimeire nos miró por última vez antes de seguir a su nuera escaleras abajo.

— Tu madre es amable. — Luize empezó a hablar cuando me vio cerrar la puerta tras de mí y encerrarnos solos en la habitación.

— Sí, lo es.

— Tu cuñada me prestó un vestido, la mayoría eran cortos, pero este me quedaba bien.

— Te queda precioso.

— Gracias. — Sus mejillas se sonrojaron.

— ¿Les has dicho que estás embarazada?

Luize abrió los ojos y movió la cabeza negativamente.

— No he dicho nada.

— Bien, no lo digas.

— En algún momento se enterarán, a menos que estés pensando... — Los ojos de Luize se abrieron de par en par.

— Lo sabrán, pero cuando llegue el momento, después de nuestra boda. Marco prefiere

que no sepan que te quité la virginidad antes de casarnos.

— ¿Nuestra boda? — Se quedó aún más confusa. — ¿Estás considerando casarte conmigo?

— No lo estoy considerando, es lo que vamos a hacer. Estás embarazada y este niño nacerá como mío, como debe ser.

— ¡Un momento! — Luize movió la cabeza negativamente como si no pudiera procesar bien mi frase. — Iba a casarme con otro hombre hace menos de una hora y ¿ahora vienes a decirme que nos vamos a casar?

— Sí. — Me crucé de brazos.

— Es mucho para mí.

— A mí me parece bastante sencillo.

— ¿Y mi familia?

— Te convertirás en una Bellucci, esta será tu familia.

— Mis padres necesitan saber dónde estoy, qué ha pasado.

— ¿Piensas decirles que te acostaste conmigo y que te dejé embarazada?

Luize tragó saliva y movió la cabeza negativamente.

— Este es el trato: ni ellos ni nadie sabrá que el embarazo se produjo antes de la boda. Una gitana se convertirá en una Bellucci, una princesa de Italia, y serán estúpidos si no lo ven con buenos ojos.

Luize siguió mirándome fijamente mientras parecía pensar durante unos minutos. Abrió la boca varias veces, pero no emitió ningún sonido. Hasta que por fin se decidió a hablar de nuevo, haciendo una pregunta que me desconcertó.

— ¿Es eso lo que quieres?

— ¿Qué quieres decir? — Me metí las manos en los bolsillos pero seguí mirándola.

— Casarte conmigo, ¿es eso lo que quieres?

— Eso es lo que esperan de mí.

— No has respondido a mi pregunta.

— ¿Qué quieres que te diga, entonces?

— Si realmente quieres casarte conmigo, o si solo lo haces porque te obligan.

— ¿Si quiero casarme contigo? — Di un paso hacia ella y Luize asintió, sin apartar los ojos de los míos. Le agarré la nuca y ella levantó la cara. Bajé la mía hacia ella y nuestros labios

estuvieron a milímetros de tocarse.

Ella movió la cabeza afirmativamente y abrió la boca.

— Sí, quiero casarme contigo, Luize. — La besé, hundiendo mi lengua en busca de la suya. Ella me sujetó los hombros, apretándolos con sus delicadas manos, mientras yo rodeaba su cintura con los brazos y la apretaba contra mi cuerpo.

Me había sentido frustrado y ansioso desde nuestro último encuentro, y me di cuenta de que una parte de mí no podía esperar a que volviéramos a estar así. Deslicé mi boca por su cuello y Luize se estremeció, dejando escapar un pequeño gemido cuando mis manos bajaron y agarraron sus nalgas.

— ¡Mateo! — La voz de mi hermano resonó en la habitación al abrir la puerta de repente. — Quítale las manos de encima.

No me aparté, solo giré la cabeza y le gruñí, como un animal que ve amenazado su plato de comida.

— Sabes muy bien que no deberías estar haciendo esto.

— ¿Por qué no? Va a ser mi esposa.

— Lo será… pero aún no lo es. — Se cruzó de brazos y me miró con expresión de pocos amigos, como si él mismo fuera el guardián de la moral y las buenas costumbres. — Así que, hasta tu noche de bodas, mantén tus manos lejos de ella.

— No hay necesidad de eso, hermano.

— Sí hay necesidad y lo sabes. Ve a buscar a mi madre, Luize. — Marco señaló el pasillo y ella se fue tan rápido como pudo, totalmente avergonzada.

— Solo nos estábamos besando. — Me encogí de hombros.

— Querías mucho más que eso.

— ¿Y cuál es el problema? Somos dos adultos, y sabes que ya me comí el pastel antes de la fiesta.

— Entonces, finge que es una novedad y respeta las tradiciones.

— ¡Marco!

— Sigue las reglas, Mateo. Sabes que son importantes si queremos mantener nuestro respeto y toda la estructura de la mafia. Espera a la boda, entonces podrás revolcarte todo lo que quieras.

Le miré un poco contrariado, pero acabé aceptando.

— Ahora tienes que ir a ver a los gitanos para darles explicaciones y contarles lo de la boda.

— ¿Por qué tengo que dar explicaciones a los gitanos? Son...

Mi hermano me miró seriamente antes de continuar la conversación.

— Has robado a la hija y futura esposa de alguien, tendrás que responder ante esos hombres y enfrentarte a ellos. Después de todo, no queremos una guerra a nuestras puertas.

— ¿Cómo sugiere que lo haga?

— Arregla el lío en el que te has metido. — Marco se dio la vuelta, pero se detuvo junto a la puerta. — Y no te acerques al pastel hasta la boda.

Me miró una vez más antes de desaparecer por el pasillo. Poco después, salí para enfrentarme a los gitanos y lidiar con mis decisiones.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO III

LUIZE

Capítulo veintisiete

Crucé los cubiertos sobre el plato y sonreí suavemente a la señora Bellucci, que me observaba con atención.

— Gracias, la comida estaba deliciosa.

— ¿Quieres más jugo?

— No es necesario, muchas gracias.

— Siéntete como en casa. Come más.

— Estoy bien.

Se sentó a mi lado y me observó más de cerca. Esto me hizo encogerme inmediatamente en la silla.

— Discúlpame.

— No pasa nada. — Intenté recomponerme.

— Si me perdonas la intromisión, ¿cómo se conocieron tú y mi hijo?

Me lo pensé un momento, no sabía qué decir enseguida, pero pensé que la verdad era conveniente. Mateo solo me había dicho que no le dijera a su familia que estaba embarazada. Por la reacción de su hermano mayor, tampoco era prudente que supieran lo del sexo. Aparte de estos detalles a omitir, imaginé que el resto podía decirse.

— En mi compromiso. Él apareció para hablar con mi padre.

— Un líder gitano, supongo.

— Sí.

— ¿Te casabas hoy?

— Sí.

— ¿Querías casarte?

Moví la cabeza negativamente. Era una verdad indiscutible. Por muy amable y considerado que Ramón intentara ser conmigo, yo no quería ese matrimonio.

— Voy a casarme con Mateo.

— ¿Y eso es lo que quieres?

— Sí.

— Mis hijos tienen la extraña habilidad de venir a casa con novias y darme un susto de

muerte. — Me dedicó una sonrisa amable. — Incluso con Marco, que estaba planeado desde hacía tiempo, las cosas no salieron como esperábamos, pero quiero que seas bienvenida a nuestra casa.

— Gracias señora Bellucci.

— No hay problema, cariño, pero por favor llámame Rosi. Me alegro que seas la primera en llegar sin estar muerta de miedo.

— ¿Quién dice que no estoy muerta de miedo?

Los dos nos reímos a la vez.

— Pero parece que se eligieron el uno al otro, y eso es un gran comienzo.

Sus palabras me hicieron pensar. Unos minutos después me di cuenta de que tenía razón. Había ido tras Mateo la primera vez, por curiosidad o no, y si no lo hubiera hecho, quizá no estaría sentada en aquella mesa hablando con Rosimeire.

— No tengas reparo en pedirme lo que necesites. Te presentaré la casa, pero con el tiempo irás conociendo cómo funciona todo.

— Muchas gracias. ¿Cuáles serán mis tareas?

— ¿Tus tareas?

— Sí, en mi casa, me turnaba con las demás mujeres para lavar los cacharros, recoger la basura, limpiar las habitaciones...

— No te preocupes por eso. Tenemos empleados aquí.

— Pero, ¿qué hacen durante el día?

— ¿Te gusta leer?

— Me gusta.

— Entonces ven conmigo. Te presentaré mi biblioteca.

Rosimeire me hizo un gesto para que la siguiera. Al principio, no me apetecía dejar el plato sucio sobre la mesa, pero intenté no pensar demasiado en ello. Sabía que su cultura era diferente de la mía.

Casarme con Mateo Bellucci me abriría otro mundo y estaba impaciente por conocerlo.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO III

MATEO

Capítulo veintiocho

Mis hombres bajaron del coche antes que yo. Era la primera vez que salía en compañía de tantos soldados. Además de ellos, Theo también estaba conmigo, para asegurarse de disparar primero si la situación se descontrolaba. Era como si estuviéramos listos para ir a la guerra, no simplemente para ir a hablar con el padre de la mujer con la que me iba a casar.

Los gitanos nos miraban fijamente, siguiendo nuestra mirada mientras caminábamos hacia la entrada de la casa. No llegamos a entrar porque Miro Sinti y Ramón Bayo me esperaban en la entrada.

— ¿Dónde está mi novia? — Ramón gruñó como un perro feroz, dio un paso hacia mí, pero desistió al darse cuenta de que mi hermano se había movido para detenerle.

Si algo precedía a Theo era su fama. Todos sabían que nadie podía tirar más rápido que él y no se arriesgaban a desafiarle.

— Está segura.

— ¿Por qué la secuestraste? ¡Estás loco! ¿Esperan que acepte que nos controlen?

— Para empezar, lo más prudente es que aceptes mis condiciones, pero no he venido aquí para hablar del trato. Yo no secuestré a Luize, ella vino conmigo porque quiso.

— La coaccionaste — gruñó Ramón.

— Piensa lo que quieras, pero no te vas a casar con ella — le dije.

— ¿Quién eres tú para decidir eso?

— Un Bellucci. — Me enfrenté a él con mirada firme.

Yo era quien era. Un miembro de la familia que dictaba las normas en Italia, le gustara o no a Ramón. Mi nombre hacía referencia a todo el poder que poseíamos.

— Devuélveme a mi hija, por favor — dijo Miro, tratando de apelar a un mínimo de bondad que quizá yo no tenía.

— Puedes ir a verla si quieres, pero a solas. — Volví la mirada hacia Miro.

— ¿Por qué haces esto? — insistió. — Luize es solo una niña, debe estar asustada.

— Ella está bien, te lo puedo asegurar. Además, deberías estar contento.

— ¿Contento? — Arqueó las cejas.

— Sí, tu hija se va a convertir en una Bellucci — le dije.

Los ojos de Miro se abrieron de par en par, asombrados.

— Voy a casarme con ella.

— ¿Por qué?

— Vi algo especial en ella y la quiero para mí.

— Encuentra a alguien más. Luize es mía. — Ramón hinchó el pecho, como si quisiera amenazarme, pero lo único que consiguió fue hacer reír a Theo.

— Creo que será mejor que te busques a otra. — Le dirigí una mirada amenazadora.

— Creía que eran honorables y que tenían normas para no acercarse a mujeres comprometidas. — Ramón creía que conocía nuestras normas.

— No debes mirar a las mujeres de tus amigos. — Theo citó la regla que constituía nuestro mayor código de conducta.

— La cuestión es, Ramón, que tú no eres miembro de la mafia y, desde luego, no eres mi amigo — le recordé.

— ¡Esto es absurdo!

— Que así sea. No he venido a pedirte permiso, solo a informar a los Sinti de que Luize está bajo la protección de los Bellucci y se convertirá en mi esposa dentro de unos días. Por supuesto que serán invitados a la boda. Si no te importa, me gustaría que prepararas una maleta con sus cosas. Yo se la llevaré.

— Ya estaba todo preparado para ir a casa de los Bayo, mandaré a buscarlo.

— No puedo creer que estés de acuerdo con esto, Miro. — La expresión de rebeldía de Ramón se hizo aún más intensa con cada minuto de nuestro diálogo.

— Mi hija se va a convertir en una Bellucci. Eso es...

— ¡Una traición! — dijo Ramón, cortando el paso a Miro.

— No, una bendición.

— ¡Envía sus cosas! — Pedí.

Miro hizo un gesto a los demás hombres, que se apartaron y entraron en la casa.

— ¿Está bien mi hija? — Una mujer se me acercó con aire temeroso, pero al mismo tiempo tuvo el valor de hacerme la pregunta. Pude ver un poco de Luize en ella, tal vez en su mirada.

— Sí, está bien ella. Le pediré que te llame.

— Gracias, señor.

Los gitanos se acercaron con las pertenencias de Luize e hice un gesto a mis hombres para que abrieran el maletero del coche y las metieran dentro.

— ¿Cuándo será la boda? — me preguntó Miro.

— Dentro de unos días.

— ¿No cree que sería más prudente que mi hija se quedara aquí en lugar de... dónde la tiene?

— Seguro, pero no debes preocuparte, Luize permanecerá intacta hasta la boda. — En parte era cierto, ya que Marco no estaba dispuesto a dejar que me acercara demasiado.

El gitano asintió.

— Así que eso es todo. — Les eché un último vistazo. — Te haré saber la fecha de la boda, pero es probable que sea el próximo fin de semana.

Volví al coche y Theo se sentó a mi lado.

— No la toques. — Se rió.

— Guarda silencio.

Movió la cabeza negativamente, pero siguió riendo.

— Probablemente tendremos problemas con el gitano.

— ¿Ramón Bayo?

— Así es.

— Sé que puedes resolver este problema sin demasiada dificultad.

— Si Marco dice que sí. — Theo tocó la pistola bajo su chaqueta. — ¿Vale tu mujer mis balas?

— ¿No creías que había llegado mi hora de casarme?

— Pero es gitana.

— Mejor que la hermana del hombre que mató a nuestro padre.

— Pensando en eso. — Theo se encogió de hombros. — Espero que seas feliz, hermano.

— Empecé mejor que tú.

— Tienes razón. Ahora puedes compartir conmigo la ansiedad de esperar a que nazca mi hija.

— ¿Hija? ¿Va a ser una niña? — Ni siquiera me molesté en contener la risa.

Theo cerró la cara durante unos minutos, pero luego volvió a sonreír.

— Estoy deseando verla.

— Imagino que sí.

Incliné la cabeza hacia un lado y dejé que mi mente divagara. No esperaba casarme tan pronto ni tener una familia en un abrir y cerrar de ojos, pero no podía decir que maldijera la situación. Luize podía ser gitana, pero me llamaba más la atención que cualquier otra mujer con la que me hubiera relacionado. Es más, podría utilizar mi unión con ella para estrechar lazos con su pueblo y asegurar la alianza que Marco tanto deseaba.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO III

LUIZE

Capítulo veintinueve

Los Bellucci me recibieron mejor de lo que imaginaba. La madre de Mateo hizo todo lo posible para que me sintiera cómoda, me enseñó los alrededores y me presentó al personal, las personas que se encargarían de las tareas de aquella enorme casa.

También conocí a Laís y al pequeño Dante. Un bebé adorable con una mirada muy curiosa.

Por mucho que me hubieran acogido bien en la casa, no podía negar que las circunstancias en las que había llegado allí eran, cuando menos, inusuales. Tampoco podía dejar de pensar en cómo había reaccionado toda mi familia ante mi desaparición.

Mateo se había marchado después de charlar con los hermanos, y yo ni siquiera había tenido ocasión de hablar con él después de que Marco nos sorprendiera en medio de un beso desconcertante. El jefe parecía decidido a mantener a su hermano alejado de mis piernas, aunque yo ya había cedido ante él una vez.

Rosimeire me dejó elegir un libro de su biblioteca y volví con el a la habitación donde me habían alojado. Según Tati, era la habitación de la novia, ya que ella y Laís también habían estado allí antes de la boda.

Estaba distraída, leyendo una escena que describía la belleza del río Sena en París al atardecer, cuando oí que llamaban a la puerta.

— ¿Puedo pasar? — La voz ronca de Mateo me hizo estremecer.

Reconozco que estaba desesperada por dejar de ser virgen y quedarme embarazada de él, pero saber que me iba a casar con Mateo y no con Ramón me hizo sentir aliviada.

— Cerré el libro y lo dejé sobre la cama.

Mateo abrió la puerta y entró en la habitación, seguido de dos hombres, que pusieron dos maletas y algunas cajas en el suelo. Me sorprendí al darme cuenta de que eran mis cosas, que yo misma había empaquetado el día anterior.

— ¿Cómo te las arreglaste para tomar mis maletas? — Me levanté para comprobar si eran lo que realmente creía que eran.

— Tu padre me lo dio.

— ¿Fuiste a verlos? — Me quedé aún más sorprendida.

— Exacto.

— ¿Cómo está mi padre?

— Se calmó cuando le dije que me iba a casar contigo. No todos los días un gitano se convierte en suegro de un Bellucci.

— Eso está bien, ¿no? — Me froté las manos. Era imposible ocultar mi nerviosismo.

— Sí.

— ¿Y Ramón?

— Tu ex prometido no es muy feliz, pero no le juzgo. Si yo fuera él, estaría aún más enfadado. Lo importante es que en algún momento lo aceptará.

— Sí.

— Le prometí a tu madre que la llamarías. Si tu móvil no funciona, puedes usar el mío. Te traeré uno más tarde.

— Muchas gracias. — Sonreí al darme cuenta de que no me estaba obligando a cortar por completo los lazos con mi familia.

Mateo se sentó en la cama y yo volví junto a él, pero no me senté demasiado cerca porque los hombres seguían de pie en la puerta mirándonos.

— No quiero que seas prisionera aquí ni que dejes de lado todo lo que te hace feliz.

— Estoy muy agradecida por ello.

— Todo se organizará para que nuestra boda se celebre en una semana.

— ¿Crees que habrá tiempo?

— Nada que el dinero no pueda solucionar. Imagino que entiendes mis prisas y compartes el mismo sentimiento.

Moví la cabeza afirmativamente. Aunque no estaba segura de si se refería a poder tocarme como él quería o al hecho de que ya estaba embarazada.

Mateo extendió la mano y me tocó la cara, acariciándome la mejilla con las yemas de los dedos de una manera que me hizo cerrar los ojos y simplemente disfrutar del momento.

Probablemente algunos pensarían que debería tenerle miedo, por las cosas que hacía y los negocios que llevaba a cabo, pero mi familia tampoco tenía siempre buena fe en sus actos. Ramón también era un hombre peligroso, pero yo prefería estar con quien me atraía, quien despertaba mi curiosidad y aceleraba mi corazón.

— Te dejaré descansar. — Mateo apartó su mano de mí y yo dejé escapar un suspiro de

protesta. La verdad es que me gustaría que siguiera tocándome. — Mañana vendrá alguien a tomarte las medidas para hacerte el vestido.

— ¿Puede tener detalles en rojo?

— Te encanta el rojo, ¿verdad? — Se rió.

— Sí, me gusta. — Me encogí de hombros.

— Está bien si quieres un vestido de gitana.

— ¿De verdad? — Se me iluminaron los ojos.

— Sí. Pero no me pidas que lleve un traje de colores.

— Me gusta tu negro básico. — Nos miramos hasta que nuestras miradas se congelaron y nos quedamos mirando.

— ¡Ah, maldita sea! — refunfuñó Mateo mientras me agarraba de la barbilla y acercaba mi cara a la suya. Apenas tuve tiempo de reaccionar, aunque no quería impedir que me besara. Simplemente abrí la boca y dejé que su lengua se encontrara con la mía, iniciando una danza que me calentó por todas partes.

Su mano tocó la mía e imaginé que iría a mi cintura, pero antes de que pudiera atraerme hacia él, Mateo se apartó.

— Me voy a mi habitación. — Se levantó.

— Está bien.

— Nos veremos en la cena. ¿Quieres que te lleve mañana a comprar el anillo o prefieres que elija yo?

— Me encantaría ir.

— De acuerdo. — Caminó hacia la puerta, pero se detuvo, mirándome. — Hasta luego, Luize.

— Hasta luego, prometido. — Saludé con la mano y Mateo cerró la puerta, dejándome de nuevo sola en la habitación.

Me levanté de la cama y fui a comprobar mis cosas. Estaba todo, incluido el móvil. Tenía poca batería, pero me bastaría para llamar a mi madre. Marqué su número y esperé a que sonara.

— ¡Luize! Hija, ¿cómo estás?

— Estoy bien, mamá.

— ¿Dónde estás?

— En la mansión Bellucci.

— ¿Te hicieron algo, te lastimaron?

— No, mamá, estoy bien. De hecho, todo el mundo ha sido muy amable conmigo. Rosimeire Bellucci es mucho más agradable de lo que imaginaba.

— ¿Qué ha pasado? Deberías haberte casado con Ramón Bayo.

— Pensé que iba a hacerlo, pero cuando Mateo apareció... — Me detuve a mitad de frase porque no sabía cómo o qué decirle a mi madre.

— ¿Tuvieron algo?

— Intercambio de miradas — mentí. Si no era prudente decirle a la familia de Mateo que estaba embarazada, tampoco lo era decírselo a la mía.

— ¡Ah, Luize! Tu padre casi se vuelve loco.

— Imagino que sí, pero voy a convertirme en una Bellucci.

— Todavía no sé qué es más demencial, si que dejaras al pobre Ramón en el altar o que te comprometieras con uno de los mayores mafiosos de Italia.

— Pensé que estarías contenta.

— Solo estoy preocupada — confesó con un suspiro.

— Estoy bien, mamá.

— Eso espero.

— ¡Déjame hablar con ella, tía! — oí la voz de Esmeralda al otro lado del teléfono. — ¡Hola, Luize! ¿Dónde está Bellucci? ¿Cómo te involucraste con él y ni siquiera me lo dijiste? ¿Desde cuándo estás preparando todo esto?

— Para mí también fue una sorpresa.

— ¡No me lo puedo creer!

— Esmeralda…

— Vaya, si antes pensaba que tenías suerte, imagínate ahora.

— No te dejes llevar por tu imaginación. — Me río. — Tengo que irme. Luego hablamos.

— Responde a mis mensajes.

— Muy bien, adiós. Hasta luego.

Colgué la llamada y me tumbé sobre la suave colcha.

Luize Bellucci... Llamarse así sonaba genial. Mateo, sí, era el hombre con el que quería casarme. Siempre pensé que estaba destinada a más, y las circunstancias me dieron la razón.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO III

MATEO

Capítulo treinta

Varias veces durante la noche, me planteé irrumpir en la habitación donde dormía Luize. Era mía, llevaba a mi hijo en su vientre, ¿por qué no podía seguir tocándola? Marco y su tradicionalismo idiota. Por mucho que las leyes y las costumbres mantuvieran toda la estructura, seguía molestándome la forma arcaica que tenía la mafia de dirigirlo todo. Cuando mi hermano se comportaba como *el capo*, pensaba que tenía mil años.

Durante unos minutos, me culpé por no haberme llevado a Luize a mi piso. Allí no habría tenido a mis hermanos entrometiéndose en cómo trataba o dejaba de tratar con ella, pero recordé que ahora ya no era solo una gitana. Sus orígenes y la forma en que veíamos a su pueblo ya no importaban. Era la prometida y futura esposa de un Bellucci, y debía ser tratada como tal.

Me acomodé en la cama e intenté conciliar el sueño. Un día a la vez. En una semana, volvería a tenerla en mis brazos.

Me reí de mí mismo cuando me di cuenta de lo mucho que la deseaba. Esto quedó patente cuando me subí al coche y decidí impedir que se casara, alegando que no quería a su prometido. Sin embargo, la verdad era que la quería para mí.

A la mañana siguiente, me levanté temprano y llamé a Cristian para saber cómo iba todo en la empresa. Le dije que llegaría tarde porque tenía cosas importantes que resolver. Me cambié y salí de la habitación. Me detuve frente a la habitación donde dormía Luize y llamé a la puerta.

Tardó unos minutos en abrir la puerta y una amplia sonrisa iluminó su rostro cuando me vio.

— ¡Buenos días!

— ¿Dormiste bien?

Ella movió la cabeza afirmativamente.

— Ponte algo bonito. Te llevaré a una joyería.

— Me encantan las joyas.

— Me lo imagino. — La tomé por la barbilla y le levanté la cara, uniendo brevemente mis labios con los suyos.

Puede que Marco no me quisiera entre las piernas de Luize, pero no iba a impedir que la besara.

Escuché una tos y nos volvimos justo a tiempo para verlo de pie en el pasillo.

— Buenos días.

— Hola. — Luize cruzó los brazos delante del cuerpo, avergonzada.

— Señorita Sinti, vamos a tomar un café. — Señaló el pasillo para que mi prometida le siguiera.

— ¡Maldito! — resoplé. — Interrumpiré tus placeres cada vez que pueda.

— Mantén los pantalones en su sitio durante una semana, hermano. No es tan difícil.

Luize se encogió aún más y me di cuenta de que estaba completamente desconcertada por la regañina de mi hermano. No insistí en el tema para que no se avergonzara más, ya hablaría en otro momento con Marco de lo fastidioso que era.

Pasamos al comedor, donde mi madre ya estaba guiando a la criada durante la comida. Pronto se nos unieron Laís, Theo y Tatiane.

— Estábamos planeando un acto benéfico en la ONG para esta semana, pero Laís y yo estuvimos hablando y pensamos que sería mejor posponerlo debido a la boda de Mateo — Tatiane sacó el tema.

— Es lo más prudente — coincidió Marco con su cuñada.

— Tenemos que abrir las clínicas para ayudar a los más pobres, pero eso podría ser a finales de mes. — Laís se acomodó en su silla.

— Estamos ultimando la apertura de empresas pantalla para ofrecer suministros médicos, que recibirán las donaciones anónimas de la mafia — dijo mi hermano mayor, continuando su discurso con su esposa, ajeno a la presencia del nuevo miembro de la familia.

La ONG que dirigían Laís y Tatiane no era más que una de las muchas formas que encontramos de blanquear el dinero de nuestras transacciones, pero también las mantenía ocupadas y les permitía hacer algo lejos de las paredes de aquella mansión.

— Me gustan las fiestas, puedo ayudar a organizarlas. Soy muy buena con las tareas domésticas. — Me sorprendió ver a Luize ofreciéndose tan fácilmente.

— Gracias por tu ayuda, es muy bienvenida. — Laís le sonrió.

— Primero, concentrémonos en los preparativos de la boda. — Mi madre nos hizo volver al acontecimiento más importante.

No me preocupaba demasiado cómo pasaría, solo quería que pasara pronto para poder tener a Luize en mis brazos sin que mi hermano me estuviera vigilando todo el rato, además de

poder decirles que iba a ser padre.

— Llama a los ceremonialistas habituales, mamá. Pídeles que sean rápidos, porque todo tiene que estar listo para el fin de semana.

— Intentaron convencerme de que propusiera otra fecha, pues la sala del *Palazzo* ya estaba reservada, pero les recordé que somos la familia Bellucci.

— Bien hecho, mamá. No merezco menos.

— Es verdad. Todo estará listo como debe ser.

— Estupendo.

— Voy a cambiarme para que podamos salir. — Luize apartó la silla y se levantó.

— Nos veremos pronto.

Luize sacudió la cabeza y se dirigió al pasillo, desapareciendo segundos después.

Me encontré con la mirada de Marco y me miró con una expresión seria y llena de recriminaciones. Parecía que yo fuera un coyote merodeando por un gallinero y no un hombre a punto de casarse.

Me incliné sobre la mesa y miré a mi cuñada.

— Laís, ¿ha estado Dante ocupando demasiado de tu tiempo?

— Me gusta pasar tiempo con mi hijo — respondió, sin entender muy bien a dónde quería llegar con esa pregunta.

— Imagino que sí, pero ¿cuánto hace que no le das placer a mi hermano?

— ¡Mateo! — Gritó mi madre, su voz resonó por toda la habitación.

— Porque lo necesita.

— Déjate de juegos y respeta a mi mujer — rugió Marco como un león, tratando de recordar quién daba las órdenes.

— Fue un comentario muy pertinente. — Me puse de pie. — Ese es el dato. — Guiñé un ojo a Laís y oí a mi hermano resoplar.

Mi madre se acercó por detrás y me sujetó el hombro.

— Mateo, por favor, no enfades a tu hermano por nada. Lo que pasó entre tú y Theo es suficiente.

— Theo tenía un poco de razón, pero Marco se lo merece de vez en cuando.

Mi madre negó con la cabeza.

— Te vas a casar pronto, deberíamos celebrarlo, no armar problemas.

— Estoy muy feliz, mamá.

— ¿Sí? — Ella abrió los ojos.

— Sí. Luize es más que un acuerdo, y eso me diferencia del casamiento de mis hermanos.

— ¿Te gusta?

— Creo que puedo afirmarlo.

— Es una gran noticia, hijo.

— Ahora voy a llevarla a comprar un anillo antes de que Marco venga a molestarme.

— ¡Mateo!

— ¿Qué te pasa? — Me encogí de hombros. — Es el grano en el culo.

— No tienes que pelearte con otro de tus hermanos, por favor.

— Theo y yo nos hemos arreglado.

— Eso me hace muy feliz.

— ¿Puedo irme ya?

Mi madre asintió y le di un beso en la mejilla antes de pasar junto a ella al salón. Solo quería ver si defendería tanto a Marco si supiera que le había hecho ocultar que iba a ser abuela una vez más.

Intenté no estresarme por ello, porque sabía que contra Marco y su tradicionalismo era casi imposible luchar.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO III

LUIZE

Capítulo treinta y uno

Me alisé el pelo una vez más y revisé mi atuendo, una falda larga blanca estampada con pequeñas flores y una blusa rosa claro. Esperaba estar guapa y encajar en el lugar al que me llevaría Mateo. Nunca había salido a programas así. Aunque mi padre, e incluso mi ex prometido, me habían regalado joyas, nunca me habían dado el derecho a elegir la que más me gustaba.

Seguía siendo una locura pensar que en pocas horas todo mi destino iba a cambiar, de princesa de los gitanos a princesa de toda Italia. Sabía que mi vida sería diferente y que probablemente tendría que adaptarme a nuevas costumbres, pero lo estaba deseando y me sentía feliz.

Bajé las manos y me toqué el vientre. Saber que allí crecía un bebé ya no me aterraba, porque cuando naciera, estaría casada con su verdadero padre y no habría nada que temer.

Salí de la habitación cuando me di cuenta de que estaba tardando demasiado y bajé al salón. Mateo estaba sentado en el sofá jugueteando con el móvil, parecía distraído, pero levantó la cabeza para mirarme cuando oyó mis pasos.

— ¿Preparada? — Se levantó y se puso delante de mí.

— No sé si estoy lo bastante presentable. — Me eché hacia atrás, avergonzada.

— Estás preciosa. — Me levantó el mentón para que pudiera mirarle y fue imposible no sonreír.

— Gracias. Tú también. — Alargué la mano y le toqué la cara, sintiendo los pelos de su barba que empezaban a crecer pinchándome la piel.

— ¿Vamos? — Me besó los dedos.

— Sí.

Dejé que Mateo me guiara delante de él y nos dirigimos al garaje, donde había un coche negro diferente al que me había rescatado de mi boda. Junto al coche había dos hombres fuertes y de aspecto muy rudo, que imaginé que serían nuestros guardias de seguridad. Uno de ellos abrió la puerta trasera y me senté, esperando a que mi actual prometido se acomodara a mi lado.

Movió la cabeza hacia mí y su boca se detuvo justo al lado de mi oreja, lo suficiente para provocarme escalofríos.

— ¿Siempre llevas faldas largas como ésta?

— Sí, ¿por qué?

— Son más difíciles de subir — susurró, y mis mejillas enrojecieron al instante.

— Tu hermano...

— Solo será una molestia hasta que se celebre la boda, después de eso, eres totalmente mía.

— Es la tradición, no debemos exponer demasiado nuestros cuerpos. — Me abracé a mí misma, sintiéndome excitada y avergonzada, ambas cosas por igual. Mateo todavía tenía la extraña habilidad de desconcertarme.

— No me importa en absoluto que enseñes las espinillas. — Se rió.

— Mis costumbres...

— Luize, está bien que sigas todas las tradiciones gitanas al pie de la letra, empezando por los colores cursis y la ropa hortera. Sin embargo, eres libre de actuar de otra manera si quieres. Como llevar pantalones o vestidos más cortos.

— Me lo pensaré.

— Bien.

— Gracias.

Bajé la ventanilla del coche y vi el momento en que pasábamos por un viaducto de camino al lugar donde íbamos a comprar el anillo. Estaba feliz y muy ilusionada por todo. Pensar en el matrimonio de antemano era solo algo que tendría que hacer por el bien de mi familia, pero Mateo me dio otra opción y posibilidad, aunque mi estómago todavía se revolvía de miedo por todo lo que cambiaría en mi vida.

Sentí que mi futura suegra y las demás esposas me ayudarían a aprender todo lo necesario para adaptarme a la nueva realidad.

El coche se detuvo en el aparcamiento de una enorme galería y los hombres salieron primero, antes de que Mateo les siguiera y diera la vuelta al vehículo, abriendo la puerta y ofreciéndome la mano. No me lo pensé dos veces antes de tomarla y dejar que me guiara hasta la entrada.

— ¿Vienes mucho por aquí? — pregunté con curiosidad.

— No soy de los que compran joyas.

— Es una pena.

— Entonces te llevaré a ver lo que realmente me gusta.

— Parece interesante.

— Mucho.

— ¿En ese enorme edificio?

— Sí.

Caminamos codo con codo por el ancho pasillo de la galería, mientras los dos hombres que habían venido con nosotros nos seguían de cerca, pero a una distancia lo bastante cómoda como para que pudiéramos hablar íntimamente.

— Por lo que veo, tu color favorito debe de ser el rojo. Siempre lo llevas o cuestionas la falta de él.

— Muy inteligente por tu parte.

— Aún no has visto nada. — Hinchó el pecho y me hizo reír. — Me encantan las piezas rojas.

— ¿De verdad?

— Sí, sobre todo si es tu lencería — volvió a acercar su boca a mi oído para decir.

— ¡Mateo! — Me sentí avergonzada de nuevo.

— No me importa que haya muchas de ese color.

— Es inapropiado decirlo así.

— Nadie nos escucha. — Me agarró de la cintura y tuve la impresión de que iba a lanzarme contra la pared en ese mismo momento, pero afortunadamente, Mateo tuvo en cuenta el hecho de que estábamos delante de mucha gente.

— Compórtate.

— No soy un buen chico, Luize.

— Lo he aprendido.

— Entonces... — Volvió a acercarse a mi oreja, pero lo esquivé antes de que empezara a besarme delante de todos.

— ¿Dónde está la joyería? — Intenté recomponerme y le recordé por qué estábamos allí.

— Adelante. — Señaló y yo di unos pasos delante de él.

Me detuve frente a la tienda y Mateo se paró a mi lado unos momentos después, apoyando su mano en mi espalda de una manera que me produjo un escalofrío.

— Hola. — Miró a las vendedoras.

— Señor Bellucci. — Una abrió mucho los ojos al reconocerle. Las otras dos parecieron sorprendidas, pero corrigieron sus posturas en cuanto resonó el nombre del Señor Bellucci. — ¿En qué puedo ayudarles? — Se detuvo delante de nosotros y nos hizo un gesto para que entráramos en la tienda.

— Vine a comprar un anillo de compromiso.

— Tu hermano estuvo aquí con el mismo propósito hace un tiempo.

— Sí, me recomendó la joyería.

— ¿Cómo está su matrimonio?

La mujer me pareció un poco atrevida, pero mientras la conversación mantuviera un tono social, no creí necesario intervenir, aunque me daba cuenta de que cualquier mujer que se acercara a Mateo me daba un poco de celos, o quizá un poco de miedo de que cambiara de opinión y renunciara a casarse conmigo.

— Mi hermano pronto será padre de una niña.

— Me imagino la felicidad.

— Sí. — Mateo se cruzó de brazos y me di cuenta de que tenía un poco de miedo de seguir charlando. Tengo que reconocer que me alegré. — ¿Por qué no me enseñas los modelos que tienes?

— Sí, señor. Siéntese, por favor. — La vendedora señaló las sillas frente a la enorme vitrina de cristal con montones de artículos, sobre todo pendientes y collares.

Fui la primera en acercarme y cuando Mateo llegó a mi lado, me senté. No dejaba de mirar las piezas expuestas. Eran todas muy bonitas, con variedad de modelos, formas y piedras preciosas de los colores más diversos.

La vendedora tomó un amplio expositor y lo colocó frente a mí. Los anillos iban de los más llamativos a los más delicados, mostrando formas circulares, de gota e incluso de corazón.

Acerqué la mano, pero me detuve a medio camino, un poco temerosa de tocarla.

— ¿Me permite? — Miré a la vendedora y luego a Mateo, que asintió ante ella. Recordé que él se encargaba de todo y eso me hizo sonreír.

Parte de todo ese poder también me pertenecería después de la boda, y no podía negar que me excitaba.

Elegí una pieza con un precioso rubí brillante. Mateo y yo nos miramos y él se rió. Otra vez el rojo. ¿Qué podía hacer si ese color parecía arraigado en mí?

— Rojo, como la sangre que corre por mis venas. — Me pongo el anillo en el dedo para examinarlo mejor.

— Rojos, como tus labios. — Mateo me dirigió esa mirada depredadora que me desconcertó la primera vez que nos vimos, y pronto me di cuenta de que mis mejillas también estaban rojas.

Nos miramos fijamente durante unos minutos hasta que me di cuenta de que todos me miraban y volví la cara.

— ¿Te ha gustado éste?

— Sí. — Volví a examinar la pieza que tenía en la mano. Era un rubí tallado en forma cuadrada y flanqueado por pequeñas piedras transparentes, que imaginé que eran diamantes.

— ¿Tiene otras opciones de anillos con rubíes? — Mateo se volvió hacia la vendedora y yo lamenté por dentro que sus ojos ya no estuvieran puestos en mí, aunque solo fuera por unos segundos.

— Me los llevo todos.

— Hazlo. — Mateo volvió a inclinarse hacia mí y mi corazón se aceleró un poco. — Así que siempre que te haga un regalo, ¿es mejor elegir el rojo?

— A mí también me gusta el oro. — Me acomodé un mechón de pelo detrás de la oreja y aparté la mirada cuando me di cuenta de las ganas que tenía de besarle. — Ese conjunto es precioso. — Señalé algunas piezas de la vitrina.

— ¿Te gusta?

Dije que sí.

— Toma este juego — ordenó Mateo a otro dependiente.

— Sí, señor. — La vendedora se agachó detrás del escaparate, lo abrió con una llave que llevaba en el bolsillo y sacó las joyas que me habían interesado.

Mateo le quitó el collar de las manos y dejó los pendientes sobre la encimera antes de levantarse, rodear la silla en la que yo estaba y detenerse detrás de mí.

Sentí cómo sus dedos se deslizaban por mi piel mientras tiraba de mi pelo y lo apartaba. Siguieron miles de pequeños escalofríos hasta que me recogió el pelo y me lo entregó. El contraste entre su mano cálida y el collar helado me hizo soltar un gemido.

Yo estaba completamente avergonzada como los ojos de todos estaban en mí, pero Mateo solo se apartó después de abrocharse el collar.

— Te queda espléndido.

— Es precioso. — Toqué la pieza mientras examinaba mi reflejo en el espejo de la encimera.

Una de las vendedoras se dio cuenta y me entregó un espejo de mano. El collar estaba formado por varias capas de piedras brillantes y transparentes incrustadas en oro. El oro era tan brillante que parecía tener un poco de sol.

— Aquí están los anillos con rubíes — me dijo la primera dependienta, mientras me tendía seis modelos diferentes al que tenía en la mano.

Los miré, me los probé todos y vi cómo quedaban en mi dedo.

— Creo que prefiero el primero. — Me volví hacia Mateo, que esperaba pacientemente mi decisión.

— Entonces nos lo quedamos.

— ¿Ese collar también? — Me toqué la pieza alrededor del cuello.

— El conjunto.

Seguí examinando el collar que llevaba al cuello mientras Mateo hablaba con las dependientas sobre el pago. Una sacó una máquina de tarjetas y él sacó el reloj que llevaba en la muñeca. Esto despertó mi curiosidad y me hizo fijarme aún más, pero de momento no hice ninguna pregunta.

— ¿Quiere que guarde las piezas en una caja? — me preguntó la vendedora después de guardar la máquina.

— Solo los pendientes. Me quedaré con el collar y mi anillo de compromiso.

Asintió y no cuestionó mi petición. Metió los pendientes en una caja de terciopelo, la cerró y la metió en una bolsa, junto con la caja de otras piezas, y me la entregó.

— ¿Cómo pagaste solo enseñando el reloj? — le pregunté a Mateo con curiosidad mientras salíamos de la tienda.

— Mi reloj es un dispositivo electrónico que está conectado a mi teléfono móvil y a mis cuentas bancarias. Ni siquiera lo hemos inventado yo o mi equipo, ya es una pieza de tecnología muy común.

— Me pareció interesante.

— Puedo darte una.

— ¿Dorado y con un diseño femenino?

— Por supuesto.

— Me encantaría.

— Imagino que sí.

— Quedaste en llevarme a la empresa para mostrarme las cosas por allá.

— Si la llevo allí, el único sitio donde la quiero es en mi despacho. Mi sofá es muy cómodo.

— ¡Mateo!

— Será mejor que vayas de visita después de nuestra boda. — Me sujetó la barbilla y me puse de puntillas para que mis labios se unieran a los suyos, sin preocuparme de que estuviéramos en medio de la galería.

— Es lo más apropiado, pero hay muchas cosas que podemos hacer además de eso.

— Ah, lo sé, pero estoy deseando demostrarte que la segunda vez puede ser mucho mejor.

Un escalofrío recorrió la base de mi columna vertebral y se extendió por todo mi cuerpo. Su frase resonó en mi cabeza y la curiosidad casi pudo con mi sentido común.

— Después de la boda. — Le empujé y le di unas palmaditas en el pecho.

Pronto me di cuenta de que era inapropiado que habláramos de ello delante de tanta gente, sobre todo si querían que transmitiera la imagen de una virgen hasta el matrimonio.

— Así que vámonos. Te dejaré en casa para que arregles la ceremonia con la ayuda de mi madre y luego iré a la empresa.

— No hay problema.

Miré el anillo de mi mano una vez más antes de tomar su mano, y volvimos juntos al coche.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO III

MATEO

Capítulo treinta y dos

Subimos al coche para volver a la mansión.

Me gustó ver el anillo de compromiso en su mano, y pensar que muy pronto sería mía de una forma que ni siquiera Marco y todo su tradicionalismo podrían cuestionar.

Aunque me había acercado a Luize por atracción y curiosidad por su valor, no me arrepentía de cómo habían salido las cosas. Aunque no lo admitiera, empezaba a creer que mi hermano mayor tenía razón y que realmente hubo un tiempo en que todos debíamos casarnos. Tener una esposa y formar una familia parecía el curso natural de la vida para todos, incluido un mafioso.

— Recuérdale a mi madre lo de los detalles rojos del vestido o ella y el estilista seguirán con el tradicionalismo de toda la vida.

— ¿Y no te preocupas por las tradiciones? — Mi prometida me analizó detenidamente.

— Digamos que soy un poco rebelde.

— Eso me gusta.

— Entonces, sé un poco tú también. — Le toqué la cara, apartando los mechones de pelo rubio que intentaban ocultarlo.

— ¿Significa eso que hoy me llevarás a tu empresa? — Me dedicó una sonrisita pícara, que me dio aún más ganas de besarla.

Estaba a punto de traerla hacia mí cuando la voz de Luigi me alertó.

— Señor, nos están siguiendo.

— ¿Quiénes son? — Adopté una postura más defensiva.

— Van en un coche y dos motos.

— ¿Nos están siguiendo? — Luize miró a un lado y a otro antes de retroceder.

— Cálmate. — Le acaricié el hombro, pero mi atención se había desviado por completo hacia mis hombres y la posible amenaza. — Dobla en la siguiente esquina, toma una ruta alternativa a la mansión e intenta perderlos. Si no se nos quitan de encima, tomaremos medidas más contundentes.

— Sí, señor.

— ¿Quién crees que son? — Luize se dio la vuelta y levantó el cuerpo para mirar por la

ventanilla trasera, pero antes de que se expusiera demasiado, tiré de ella hacia el asiento.

— Quédate quieta.

— Lo siento.

— No te expongas, Luize. El cristal es a prueba de balas, pero es mejor que no lo pruebes.

— ¿Tienes idea de quiénes pueden ser?

— Tenemos muchos enemigos. — Estiré el cuerpo hacia delante e intenté ver por el retrovisor, pero no obtuve ninguna imagen satisfactoria o que me ayudara a encontrar una respuesta.

Doblamos una esquina, luego otra. Luigi aceleró y el coche empezó a moverse aún más rápido, zigzagueando entre el tráfico.

Luize se abrazó a mi brazo y se pegó más a mí, parecía asustada por lo que estaba ocurriendo. Quise decirle que no debía preocuparse, que estaríamos bien, pero preferí no decir ninguna mentira porque no sabía a quién nos enfrentábamos.

Los neumáticos chirriaron y ella clavó las uñas en mi brazo, agachando la cabeza hasta apoyarla en mi pecho.

Tanteé mi pistola, preparándome para lo peor; también estaba angustiado porque no sabía realmente qué estaba pasando.

— ¿Dónde están?

— Hemos perdido el coche, pero las motos siguen detrás de nosotros — apenas contestó Luigi antes de que viera a un motociclista vestido todo de negro acercarse a mi ventanilla y disparar, pero por suerte el cristal blindado aguantó todos los disparos.

Ella soltó un gritito y yo tiré de ella para acercarla mientras Luigi lanzaba el coche contra el motorista y lo derribaba del vehículo.

Ni siquiera pudimos respirar aliviados, porque pronto más disparos alcanzaron otra ventana.

— Voy a dispararle — dijo el soldado que acompañaba a Luigi.

— ¡No! — gruñí. — Si abres la ventana será más fácil que nos den.

— Perderé al motociclista — nos aseguró Luigi, acelerando al entrar en una amplia avenida con pocos coches.

Oí disparos a un lado del coche, y pronto el conductor de la moto se emparejó con la

ventanilla donde estábamos Luize y yo. Luigi lanzó el coche contra él, pero esta vez el hombre consiguió burlarle y esquivar el golpe.

Entramos en un túnel largo y oscuro. Había otros coches y a Luigi le costaba más acelerar. Más disparos impactaron contra el cristal, el blindaje no aguantaría para siempre.

— No te levantes. — Empujé a Luize contra el banco y saqué mi pistola.

Incliné el cuerpo hacia la ventanilla y la abrí lo suficiente para introducir el cañón de la pistola, aunque sabía que así el escudo sería mucho más frágil. Disparé al conductor de la moto. No tenía mala puntería, pero no era rival para Theo, y tardé dos disparos en acertar al motorista en movimiento.

Cayó hacia atrás, pero no sin antes disparar y romper el cristal donde yo estaba escondido.

— ¡Mateo! — Luize me abrazó.

— Estoy bien.

— ¿Adónde vamos, señor?

— Llévanos a casa, Luize estará más segura allí.

Mi hombre asintió y siguió conduciendo los kilómetros que nos separaban de la mansión Bellucci.

No me esperaba esta persecución, y pensar de quién podría tratarse me alarmó aún más.

Tardamos menos de media hora en llegar. Los hombres fueron los primeros en salir del coche y yo me bajé, trayendo a Luize conmigo. Ella temblaba, e imaginé que nunca había estado en una situación tan peligrosa.

— Bienvenida a la mafia. — Intenté relajarla, pero ella me acarició el pecho antes de abrazarme entre sollozos.

— ¿Te encuentras bien?

— Sí. — Le acaricié el pelo. — El cristal se acaba de romper. Entremos. — Tiré de ella por la cintura y la llevé hasta la entrada de la casa.

— ¿Qué ha pasado? — Mi madre corrió hacia nosotros cuando vio a Luize completamente agitada.

— Alguien intentó matarnos.

— ¡Dios mío! — Se llevó la mano al pelo recogido en un moño. — ¿Quién era?

— Es algo que quiero averiguar — dije en tono serio y pensativo. — Cuida de ella por

mí. — Aparté los brazos de mi prometida y se la entregué a mi madre.

— ¿Te encuentras bien? — Mi madre buscó mi cuerpo con la mirada.

— No es la primera ni será la última vez que disparan contra mí. Solo necesito recordar, quienquiera que sea, que no debe provocar a un Bellucci.

— Ten cuidado.

— Lo haré. — Deposité un beso en la coronilla de mi madre y otro en la de mi prometida antes de darles la espalda.

Volví al garaje, donde Luigi estaba reunido con los otros hombres que velaban por mi seguridad.

— ¿Vamos a la empresa, señor?

— Sí. — Saqué el auricular de mi bolsillo y me lo puse. — ¿Cristian?

— ¿Señor? — La voz del hombre resonó.

— Quiero que triangules la posición de mi móvil durante los últimos treinta minutos, y que accedas a todas las cámaras y dispositivos electrónicos que puedan darnos alguna información sobre quién nos perseguía. Había dos motos y un coche.

— Lo haré, señor.

— ¡Genial! Nos vemos en unos minutos. — Me quité los auriculares y subí a otro coche, cuya puerta ya me había abierto Luigi.

Por mucho que tuviera mis sospechas sobre quién podría ser, al menos el autor intelectual de lo que acababa de ocurrirme, tendría que tener imágenes que lo demostraran.

Luigi fue conmigo, junto con otros tres hombres, a la empresa. Esperábamos otro encontronazo, que no se produjo. En cuanto el coche se detuvo en el aparcamiento, salí de él lo más rápido posible y me dirigí al ascensor, sin esperar a que todos los hombres me siguieran.

Seguí el ancho pasillo y me detuve ante la puerta que ocultaba los secretos de la mafia, abriéndola con mi huella dactilar y un escáner de retina.

— ¿Cristian? — Lo llamé.

— Hemos identificado los tres vehículos, señor.

— Bien. ¿Eran de los gitanos?

— Fueron robados ayer en distintos puntos de la ciudad y entraron en el sistema de Roma esta mañana.

— ¿Me estás diciendo que podría haber sido cualquiera? — resoplé, irritado, mientras le

quitaba la tableta de las manos y comprobaba la información yo mismo.

— Desgraciadamente, sí.

— ¿Viste alguna de sus caras? — Devolví el aparato cuando me di cuenta de que Cristian tenía razón.

— Los hombres de las motos llevaban casco y los dos del coche, gorra.

Bajé la cabeza y me masajeé las sienes. Si había algo que odiaba era sentirme en un callejón sin salida, por mucha tecnología que tuviera a mi alcance. A veces parecía que un poco de astucia bastaba para eludir una gran inteligencia. Quienquiera que nos hubiera atacado había sido lo bastante listo como para no dejar ninguna migaja que pudiera llevarme hasta él.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO III

LUIZE

Capítulo treinta y tres

— ¿Quieres un tranquilizante, cariño? — Rosimeire me tomó de las manos mientras me analizaba detenidamente.

Le dije que no. No creía que tuviera que llegar a ese extremo, y tampoco sabía si ese tipo de medicamento podía perjudicar a mi bebé. Preferí esperar a que mi cuerpo se normalizara.

— Estoy bien.

— ¿Segura?

— Sí. — Intenté sonreír y tranquilizarla, ya que su preocupación solo podía ponernos aún más nerviosas a las dos.

— ¿Qué ha pasado? — oí una voz que me hizo girarme a tiempo para ver a Tatiane entrar en la habitación y acercarse a nosotros. — Los soldados parecen agitados ahí abajo. ¿Tenemos que avisar a Theo?

— Mateo lo solucionará — respondí, confiada y al mismo tiempo temerosa de que toda mi fe en mi prometido no fuera suficiente.

Tatiane se acercó, se sentó a mi lado, me puso la mano en el muslo y me dedicó una sonrisa amistosa.

— Si quieres hablar de lo que pasó...

— Volvíamos de la joyería cuando unos hombres nos persiguieron. Mateo y los soldados se ocuparon de ellos.

— Eso está bien.

Moví la cabeza afirmativamente.

— ¿Puedo ver tu anillo? — Tatiane me tendió la mano y yo le di la mía para que pudiera examinar la joya. — Es muy bonito.

— Gracias.

— Señora, ha llegado la ceremonialista. ¿Puedo hacerla pasar? — Una doncella se acercó para hablar con Rosimeire.

— No creo que sea un buen momento. Tal vez pueda volver más tarde.

— No, está bien. — Tomé la mano de mi futura suegra. — ¿Mateo va a estar bien?

— Claro que sí.

— Entonces podremos hablar de la boda. — Sonreí a la mujer mayor, que me devolvió la sonrisa. — ¿Podría traerme un vaso de agua, por favor? — le pregunté a la empleada.

— Sí, señorita.

— Gracias.

Nos quedamos en la habitación hasta que entró la ceremonialista para discutir los detalles de la boda. Estaba en compañía de la diseñadora que confeccionaría mi vestido en un tiempo récord. Durante la conversación, le dije que quería elementos de mi cultura y que nadie se opusiera.

Mientras Mateo averiguaba qué nos había pasado, yo intentaba no preocuparme demasiado, aunque parecía imposible.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO III

MATEO

Capítulo treinta y cuatro

— ¿Cómo puedes no saber quiénes son? — Theo resopló mientras descruzaba los brazos y empezaba a caminar por mi salón.

— Te lo dije, no lo sé.

— Pero siempre sabes todo lo que pasa en Italia.

— Mis programas no tienen visión de rayos X para ver debajo de cascos y máscaras. — Ya estaba muy molesto por no haber obtenido ninguna respuesta, no necesitaba que mi hermano me hablara así.

— Theo, dispararon a nuestro hermano y a su futura esposa. No es el momento de cuestionar las herramientas de Mateo. Él es el principal interesado en averiguar quién lo hizo.

— Dame un nombre y haré que se arrepienta de haber disparado a un Bellucci antes de mandarlo al infierno.

— Apuesto a que fueron los gitanos. — Evitaba hacer suposiciones, me gustaba tratar con hechos, pero eran los últimos a los que había cabreado. — Ramón Bayo debía de estar muy descontento con mi matrimonio con Luize.

— Con todas las mujeres disponibles en Roma, ¿por qué tuviste que elegir precisamente una comprometida? — Marco comenzó su sermón.

— Su mujer huyó y le dejó en el altar. La mujer de Theo es la hermana del asesino de nuestro padre, y ni siquiera pudo mirarle a la cara. ¿Creías que ser una futura Bellucci sería fácil?

— ¿Tú también odias cuando él tiene razón? — Theo miró a Marco, que no contestó.

— Yo mismo les daré una lección a los gitanos — dije con convicción. Ramón aprendería a no amenazarme ni a mí ni a Luize.

— No harás nada con los gitanos hasta que no tengas pruebas de que fueron ellos — insistió Marco. — Todavía estamos intentando establecer una alianza, por si lo has olvidado. Matarlos sin justificación solo atraerá más odio hacia nosotros.

— No puedo quedarme sin hacer nada. — Golpeé la mesa con la mano, molesto.

— Sé que no es lo mejor que puedes oír, Mateo, pero siempre tenemos que pensar en la mafia. Cuando Donatella puso una bomba en nuestro coche que casi mata a nuestra madre y a Laís, quise matarla con mis propias manos.

— ¿Y esperas que deje que se acerque lo suficiente como para hacerme daño a mí o a Luize? — Puse los ojos en blanco, mostrando a mi hermano mi irritación.

— Estate atento. Ten pruebas.

Sacudí la cabeza. Estaba muy enfadada, y el hecho de que Marco me cortara las ganas de vengarme no hacía más que empeorarlo.

— Ten más cuidado. Aumenta tu seguridad.

— ¿Y servir de cebo? — sugirió Theo con desenfreno.

— Eres listo, ya se te ocurrirá una buena alternativa. Mientras tanto, centrémonos en los preparativos de la boda.

— Independientemente de quién haya atacado, creo que es importante aumentar la seguridad. Podríamos invitar a más *capi*. Será una forma de tener más hombres a nuestra disposición sin llamar demasiado la atención.

— Es una buena alternativa — Marco se mostró de acuerdo con Theo.

Volví a pasar los dedos por la tableta, con la esperanza de ver algo que no hubiera encontrado en las miles de veces que había revisado las imágenes con mi equipo.

— Vamos a casa, hermano. — Marco me dio una palmada en el hombro, animándome a soltar el aparato e irme con él y Theo. — Luize debe de necesitarte después del susto.

— ¿Me dejarás acostarme con ella?

— Después de la boda.

Resoplé y Theo se rió.

Entregué la tableta a Cristian y seguí a mis hermanos fuera de la empresa.

Conduje hasta nuestra casa en completo silencio. Yo iba en el coche con mis hombres y mis hermanos me seguían en el suyo. Normalmente nos separamos por razones de seguridad, pero los vehículos se detuvieron uno al lado del otro en sus plazas de aparcamiento y salimos casi juntos.

El sol ya se había puesto y hacía frío, pero no perdí el tiempo mirando el cielo y entré directamente en casa. No vi a Luize ni a mi madre en el salón. Pensé en ir al dormitorio, pero oí la voz de mi prometida que venía del pasillo y fui allí. La encontré con mi madre y mis cuñadas alrededor de la mesa del comedor.

No dije nada a nadie. Fui directamente hacia ella y le di la vuelta a la silla para que estuviera frente a mí.

— ¿Te encuentras bien?

— Sí. Solo estoy preocupada por ti.

— Lo único que me duele es mi ego. — Esbocé una sonrisa falsa.

— No es que te hayan derrotado.

— En cierto modo lo estuve, porque no podía identificar a los responsables de lo ocurrido. Todos llevaban la cara tapada y los vehículos eran robados.

— Lo hiciste lo mejor que pudiste. — Alargó la mano para tocarme la cara.

Suspiré y Luize sonrió.

— Mi vestido tendrá rosas rojas.

— Estoy seguro de que estarás preciosa. — Tomé su mano y besé sus dedos.

— Mateo, ve a lavarte las manos y llama a tus hermanos para cenar — ordenó mi madre y yo acaté sin rechistar.

Había sido un día ajetreado, pero no podía negar que tenía hambre.

Mientras masticaba un trozo de carne, no podía dejar de pensar en mi boda y en lo que podrían hacer los gitanos para perturbarla. Marco tenía razón sobre no subestimar a nuestros enemigos.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO III

LUIZE

Capítulo treinta y cinco

Era la segunda vez que me veía vestida de novia frente al espejo en poco más de una semana, y no podía decir que mi ansiedad fuera menor. Aunque realmente quería casarme con Mateo Bellucci, el escalofrío en mi estómago no desaparecía.

Mi vestido era aún más hermoso que los de las mujeres de mi familia. La falda, enorme y arremolinada, era de raso, seda y encaje, bordada con hilos de plata que parecían de metal. También había pequeñas perlas y abalorios esparcidos por la tela, junto con diminutas rosas rojas del mismo color que la ancha cinta que rodeaba mi cuerpo, separando mi cintura de mi busto. Llevaba el pelo parcialmente recogido en un moño que sostenía una corona de rubíes, a juego con el collar y los pendientes en forma de gota. Puede que los Bellucci no fueran tan extravagantes como los gitanos, pero vestida así, me sentía como alguien que se convertiría realmente en una princesa.

Esperaba que este matrimonio se materializara, a pesar de la evidente preocupación de los Bellucci en los últimos días. Desde que Mateo y yo fuimos perseguidos por desconocidos el día que salimos juntos, todo el mundo había estado en alerta. Querían asegurarse de que nada saliera mal en aquella cita tan especial.

El último príncipe de Italia se casaba ese día, y yo era la afortunada. Una gitana nunca había soñado tan grande y consiguió cumplir su deseo. Aunque no podía decir que fuera mi principal objetivo, el bebé que crecía en mi vientre era una señal de que estábamos destinados, porque bastaba una vez para que conectáramos para siempre.

Me acaricié el vientre, que aún no mostraba signos de embarazo. Pronto tomaría forma como la de Tatiane, y tendría un bebé en brazos igual que Laís.

— ¿Te lo imaginas? — Rosimeire apareció en el reflejo del espejo frente a mí y aparté las manos del estómago conmocionada.

— ¡Ah, sí! — Estaba desconcertada.

— Espero que Mateo y tú tengan hijos pronto.

— Yo también. — Le dediqué una sonrisa forzada. La madre de mi futuro marido siempre había sido muy amable conmigo desde mi primer día en aquella casa, y me dolía pensar que omitía la información de que ya estaba embarazada, pero también comprendía la necesidad

de guardar aquel secreto por mi propio bien. — Tendremos muchos hijos.

— Estoy seguro de que será así. — Me acarició los hombros. — Estás muy hermosa. El diseñador supo usar muy bien el rojo en tu vestido.

— ¡Me encanta!

— Una hermosa novia gitana.

Sacudí la cabeza alegremente.

— ¿Está lista la novia? — Theo llamó a la puerta, llamando nuestra atención.

— Hola.

— Te acompañaré a la iglesia.

— Gracias.

— Mamá, irás con Tatiane, Marco y Laís. Rómulo y los hombres de mi hermano los escoltarán.

— De acuerdo. — Rosimeire inclinó la cabeza y me besó en la mejilla. — Bienvenida a la familia, querida.

— Gracias.

— Nos vemos en un rato.

Asentí y salió de la habitación. Theo y yo nos miramos durante unos segundos. Por mucho que aquel hombre fuera a convertirse en mi cuñado dentro de unas horas, no pude contener la dosis de miedo que se apoderó brevemente de mí. La fama le precedía. Mi pueblo lo describía como sanguinario, y muchos habían perecido a sus manos, pero conmigo sería diferente.

— ¿Vamos? — Me ofreció su brazo, que no tardé en aceptar. — Estás preciosa, gitana.

— Gracias.

— Espero que tú y mi hermano sean muy felices.

— Eso es todo lo que quiero.

— Si no te complicas, ya es un buen comienzo. Teniendo en cuenta que ya estás embarazada, la relación suele ser mucho más sencilla.

— ¿Por qué? — Fruncí el ceño y lo miré con curiosidad. No sabía exactamente de qué estaba hablando. La única razón por la que Mateo y yo no habíamos tenido un contacto más íntimo era porque Marco se había opuesto vehementemente.

— La relación entre marido y mujer no siempre es fácil.

— ¿Estás hablando de mí y Mateo o de ti y Tatiane? — Solo aparté la mirada de él para bajar las escaleras.

— No hay de qué preocuparse. Solo sé una buena esposa. Eso es todo lo que mi hermano necesita de ti.

— Lo seré.

— Estupendo.

Theo no dijo ni una palabra más hasta que me llevó a una limusina, que estaba entre los muchos coches del garaje de los Bellucci. Nos metimos en la parte de atrás y otros dos hombres, cuyos nombres desconocía, subieron con nosotros.

Aparte de ellos, cuando salimos del garaje, me di cuenta de que había otros hombres en dos vehículos para escoltarnos. Eran muy cuidadosos. Imaginé que toda aquella seguridad era para evitar que mi antiguo prometido hiciera lo mismo que mi prometido actual, robarme de camino a la boda.

Miré a la calle y a Theo, que estaba a mi lado, varias veces. Se enderezó la chaqueta y pude ver las pistolas que llevaba debajo de la prenda, metidas en la funda. Era plenamente consciente de la familia de la que iba a formar parte, pero eso no me impedía sentir un poco de escalofrío o miedo de vez en cuando. Sin embargo, Mateo había sido amable conmigo hasta ese momento, Tatiane y Laís parecían felices en sus matrimonios, y esperaba que yo también lo fuera.

La limusina se detuvo delante de la iglesia. Los hombres fueron los primeros en bajar, seguidos de Theo, que me tendió la mano para que le siguiera. Fuera de la enorme iglesia católica, bellamente decorada, estaba la mujer con la que había ultimado los detalles de la boda. Me entregó un hermoso ramo de rosas rojas y blancas y flores del campo, antes de ajustarme el velo para cubrirme la cara.

— ¿Hija?

Oí la voz de mi padre y me volví. Aunque parecía verosímil, fue una sorpresa verle, junto con los demás hombres de mi familia, esperándome fuera de la iglesia. Llevaba un traje negro con una camisa granate debajo y una corbata oscura.

— ¡Hola, papá! — Le sonreí.

Miró a Theo, que asintió y le permitió acercarse.

— ¿Qué tal? — Me tomó de una mano mientras yo sostenía el ramo en la otra.

— Bien. Estoy muy ansioso.

— Eso me hace feliz.

— Voy a ser una Bellucci, papá.

— Los gitanos ni siquiera creen en ello todavía — dijo en voz baja, intentando restringir la conversación entre él y yo, sin incluir a Theo.

— Será bueno para todos nosotros.

— Eso espero. Tu vestido es muy bonito. — Sonrió al cambiar de tema cuando se dio cuenta de que Theo había vuelto a prestarnos atención.

— Es hora de entrar — dijo la ceremonialista llamando la atención de todos.

Theo hizo un gesto para que nos moviéramos y yo le di el brazo a mi padre, permitiéndole que me condujera al interior de la iglesia. Cuando se abrieron las puertas, vi a Mateo de pie ante el altar, justo delante del cura. Sonreí al ver que en su traje blanco y negro había una flor roja que hacía juego con las de mi vestido.

En cuanto nuestras miradas se cruzaron, una sonrisa iluminó también su rostro. No era la única que deseaba esa boda.

Del brazo de mi padre, me acerqué lentamente al hombre que me esperaba en el altar. Oí unos murmullos y me volví. Ocupando los bancos de madera de un lado de la iglesia estaban todos los miembros de mi familia, mi abuela, mi prima Esmeralda, todos mis demás primos e incluso los niños de la familia. Aunque mi última boda no salió como estaba previsto, todos estaban allí para presenciarla, lo que me emocionó mucho.

— Señor Sinti. — Mateo miró a mi padre mientras se acercaba un paso cuando nos detuvimos frente al altar.

— Bellucci. — Mi padre inclinó brevemente la cabeza. — Cuida bien de mi hija.

— Yo me encargo. — Mateo me tomó la mano y me la besó en el dorso. Una deliciosa conmoción me recorrió y evité retorcerme delante de todos.

Mi padre se alejó y Mateo se dio la vuelta, conduciéndome al altar, donde nos arrodillamos ante el sacerdote.

— Estamos aquí para celebrar la unión de Mateo Bellucci y Luize Santi ante los ojos de la iglesia y de Dios... — Comenzó la celebración, pero era difícil apartar los ojos de él.

Mateo ya me parecía un hombre muy lindo, pero ese día lo era aún más. Su traje bien confeccionado, su afeitado apurado y su pelo impecablemente peinado le hacían aún más

hermoso.

El sacerdote dijo unas palabras más sobre la unidad y una niña entró con nuestras alianzas, que llevaba en un cojín de terciopelo rojo que entregó al sacerdote. Los bendijo antes de pedirnos que nos pusiéramos de pie y uno frente al otro para pronunciar nuestros votos.

Mateo me agarró la mano izquierda mientras sus ojos se clavaban en los míos lo más profundamente posible y me dejaban completamente absorta.

— Yo, Mateo, te tomo a ti, Luize, como mi legítima esposa y prometo amarte y respetarte en la alegría y en la tristeza, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, todos los días de mi vida, hasta que la muerte nos separe.

Mi sonrisa se amplió aún más cuando deslizó el anillo en mi dedo antes de besarme cariñosamente las falanges.

— Luize — gritó el cura, haciéndome caer en la cuenta de que me había quedado completamente paralizada.

Tomé el anillo de la mano del celebrante y sostuve la de Mateo. Nos enfrentamos de nuevo y recité los votos:

— Yo, Luize, te tomo a ti, Mateo, como mi legítimo esposo y prometo amarte y respetarte en la alegría y en la tristeza, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, todos los días de mi vida, hasta que la muerte nos separe.

Le puse el anillo en la mano, sellando nuestro matrimonio. Me estaba convirtiendo en suya, pero Mateo también era mío, y eso era lo que más me alegraba.

— Que el hombre no separe lo que Dios ha unido. — Las palabras del sacerdote resonaron en mi mente. — Puedes besar a la novia.

Mateo me guiñó un ojo con una sonrisa pícara y mis mejillas se sonrojaron. Sabía que se refería al hecho de que su hermano ya no podía impedirle que me tomara por completo.

Mateo tiró de mi velo, plegándolo detrás de mi cabeza, y puso sus manos en mi cintura, acercándome y besándome con ternura, pero estaba segura de que solo se contenía porque estábamos delante de tanta gente.

Nos alejamos cuando oí a mi familia celebrándolo. Volví la vista hacia ellos y vi a mi madre, sentada con otras mujeres mayores, secándose los ojos con un pañuelo. Todas estaban emocionadas y, lo confieso, yo también.

— ¿Nos vamos, esposa? — Mateo me tendió la mano y no me lo pensé dos veces para

tomarla y dejar que me guiara fuera de la iglesia, donde muchos invitados nos esperaban en un túnel y nos bañaron en arroz.

Me escondí en su pecho para protegerme de los pequeños granos hasta que llegamos a la puerta abierta de la limusina, que nos estaba esperando.

— Por fin, mía — dijo mientras nos cerraban la puerta del coche.

— Parece que lo estabas deseando. — Dejé el ramo en el banco cuando jugaba con él.

— No tienes ni idea de cuánto. — Inclinó su cuerpo hacia el mío y tiró de mi barbilla para que nuestros labios se tocaran.

Ni siquiera tuve tiempo de pensar bien antes de sentirme completamente abrumada por su beso. A diferencia del que Mateo me había dado en la iglesia, éste no tenía nada de casto. Su lengua se zambulló en mi boca, abriéndose paso entre mis labios, persiguiendo desesperadamente los míos.

— Me mancharás el maquillaje antes de la fiesta. — Me alejé solo para decir eso.

— No me importa. — Me besó de nuevo.

Cuanto más intenso era el contacto, más lo deseaba. Subí mis manos por su nuca y le agarré el pelo, enredando mis dedos en él. Si a él no le importaba estropearme el maquillaje, yo tampoco iba a preocuparme por su pelo. Sus manos me rodearon la cintura, eran pesadas y firmes, haciéndome sentir toda la necesidad que tenía de tocarme. Me di cuenta de que bajaban cuando la falda del vestido empezó a subir.

— Cuánta tela — refunfuñó.

— Mateo, aquí no. — Le agarré de los hombros y rompí el beso.

— Ya estamos casados. Ya oíste al cura, lo que Dios ha unido, el hombre no lo puede separar.

— Pero el coche no es lugar para eso.

— Voy a hacerte descubrir que hay muchos sitios para eso. — Me mordisqueó la oreja y me recorrió un escalofrío.

Suspiré cuando su boca se acercó a mi cuello. Las sensaciones que me provocaba con cada beso, caricia y provocación eran imposibles de contener.

Estábamos en una limusina en movimiento, con hombres sentados en los asientos delanteros detrás de la mampara que nos cubría, y de camino a la recepción, pero a Mateo no parecía importarle eso en absoluto. Lo único que parecía querer era a mí, y no podía negar que

cada momento que pasábamos besándonos y tocándonos así, yo también lo deseaba.

— La gente es... — Me interrumpió un gemido que escapó de lo más profundo de mi garganta cuando Mateo por fin consiguió rodear la falda de mi vestido de novia y tocó directamente mis partes íntimas.

Me bajó el elástico de las bragas y deslizó su dedo entre mis labios mayores, haciendo que me retorciera sobre el asiento del coche.

— Digamos que estamos atrapados en un atasco de tránsito o cualquier otra excusa.

— Mateo...

Siguió moviendo el dedo, despertando mi deseo por él. Mordí su hombro para contener un gemido más enfático a medida que el placer se hacía aún mayor. No era justo, cada vez era más difícil resistirse y Mateo lo sabía.

— Nos lo tomaremos con calma esta noche, pero ahora ven y siéntate en mi regazo.

Entumecida, me limité a asentir y Mateo se acomodó de nuevo en el asiento de la limusina. Me subió a su regazo y yo me acomodé, doblando las piernas hacia el costado de su cuerpo, el volumen de la falda acumulándose a nuestro alrededor. Era demasiada tela, lo que hacía mucho más difícil que lo hiciéramos con la ropa puesta. Sin embargo, no era un imposible.

— Agárrate y levántate un poco. — Mateo me pasó la falda y yo puse la otra mano en el banco para levantarme.

Puso una de sus manos entre nuestros cuerpos, se bajó la cremallera del pantalón y sacó su miembro de su ropa interior antes de bajarme las bragas y deslizarlo dentro de mí sin mucha ceremonia.

— Siéntate. — Tiró de mi cintura hacia abajo.

Me mordí el labio para no gritar cuando entró por completo y bajó hasta el fondo. El beso burlón me había calentado por todas partes y su miembro se deslizó con facilidad. Sentí un poco de dolor, pero no era comparable a la primera vez, y pronto se disolvió cuando me acostumbré a la presencia de Mateo dentro de mí.

Tiró de mi cintura hacia delante y me hizo empezar a moverme. La fricción de nuestros cuerpos hacía que se deslizara cada vez más fácil. Estar conectado a Mateo de esa manera se sentía tan natural.

Oí un gemido escapar de sus labios e incliné la cabeza hacia la suya. Nuestras bocas se juntaron y las sensaciones se volvieron aún más deliciosas mientras él me sujetaba la cintura con

una mano y la nuca con la otra. Entrelazamos nuestras lenguas, besándonos y gimiendo mientras los movimientos de mis caderas se hacían más enfáticos.

Cuanto más rodaba sobre él, mayor era el placer que sentía. Podía sentir mi sexo apretándole, envolviéndole en función de lo mucho que estaba disfrutando. Agarré sus hombros, apretando la tela de su traje, haciéndola rodar entre mis dedos a medida que nuestro ritmo aumentaba.

— Mateo... — Gemí suavemente su nombre cuando ya no había lugar para el pensamiento racional en mí.

Bajó la mano de mi nuca, me acarició la cara y volvió a besarme, mientras su mano firme en mi cintura guiaba mis movimientos.

El roce entre nosotros no hacía sino aumentar aún más la tensión que sentía. Mi cuerpo en contacto con el suyo, nuestros besos e incluso el roce de mis partes íntimas con su pantalón aumentaban mi placer.

No pude contener el gemido de éxtasis al estallar la tensión que crecía allí donde nos hacíamos uno, bañando todo mi cuerpo como una ola cosquilleante que me dejó sin aliento.

— ¡Sal de mi regazo!

— ¿Mateo?

— Ahora, Luize. — Me apartó de él y me hizo sentarme de nuevo a su lado, luego sacó el pañuelo de su bolsillo y envolvió su miembro en él.

Con la respiración completamente descompasada, aún me estaba recuperando de la mecha mientras veía cómo sus músculos se ponían rígidos y una expresión de placer se apoderaba del rostro de Mateo.

— ¿Qué ha pasado? — pregunté, recuperándome.

— No quería ensuciarte el vestido. — Se limpió con el pañuelo y comprendí a qué se refería.

No tuve tiempo de comentar nada antes de oír que llamaban a la puerta del coche desde fuera.

— Señor, estamos aquí — dijo una voz masculina.

— Ya vamos a salir.

Me metí la mano en la falda, me ajusté las bragas e intenté recomponerme. Por mucho que a Mateo no pareciera importarle, no quería que mi familia o la suya supieran que estábamos

teniendo relaciones sexuales antes de llegar al banquete de bodas, sobre todo porque, a todos los efectos, no me quitarían la virginidad hasta esa noche.

Mateo terminó de limpiarse, tiró el pañuelo a una papelera de la limusina y se alisó los pantalones.

— ¿Nos vamos, esposa? — Esbozó una amplia sonrisa mientras me tomaba de la mano.

— Sí. — Entrelacé mis dedos con los suyos y dejé que me sacara del coche.

Entramos en el famoso *Palazzo Polli* y la Sala Dante ya estaba llena de los invitados que habían asistido a nuestra ceremonia eclesiástica. A muchos les habría parecido imposible, pero la mafia y los gitanos estaban en la misma sala en actitud festiva, celebrando no solo una alianza comercial, sino un matrimonio.

— Te has tomado tu tiempo. — Marco me miró seriamente mientras se acercaba a mí y a su hermano.

— ¿Llegamos tarde? — Mateo puso cara de perplejidad. — Habrá sido el tráfico.

El hermano mayor se limitó a sacudir la cabeza y reír.

— ¿Por qué estás así despeinado, hijo mío? — Rosimeire se detuvo delante de nosotros y alisó el pelo de su hijo, que yo había despeinado mientras hacíamos algo más que besarnos en el coche.

— Abrí la ventana. — Mateo se encogió de hombros y su madre no dijo nada más, aunque me pareció bastante obvio que aquella excusa tan poco convincente no engañaría a nadie.

— Me alegro mucho de que se casen. — Abrazó a su hijo y luego a mí. — Espero que sean muy felices.

— Gracias, señora Bellucci.

— Rosi — me corrigió después de hablar automáticamente. — Ahora tú también eres una señora Bellucci.

— Lo soy. — Su afirmación me hizo aún más feliz.

Marco y Laís llegaron poco después. Su abrazo fue modesto, porque llevaba a su hijo en brazos, pero su expresión demostraba que también estaba contenta por la boda. Luego nos saludaron Theo y su mujer.

Detrás de ellos había varios miembros de la mafia a los que no conocía. Algunos parecían contentos, otros no ocultaban su disgusto cuando me miraban, pero rápidamente intentaban disimular su expresión de prejuicio cuando se enfrentaban a la mirada de cualquiera de los

hombres Bellucci. Intuí que Mateo no era el único al que le costaría imponerse frente a los gitanos; a mí me podía resultar aún más difícil en la mafia, ya que había siglos de repulsión contra mi pueblo.

Quedó aún más claro que esta boda era mucho más que mi felicidad y la de Mateo, sino la unión de nuestros pueblos.

— ¡Hija! — Mi madre se detuvo delante de nosotros junto a mi padre.

— Mamá. — La abracé sin preocuparme demasiado por la expresión de mi cara.

— Eres una novia preciosa.

— Gracias.

— Que seas bendecida con toda la felicidad del mundo.

— Gracias, mamá.

Mateo y mi padre se miraron antes de que mi padre me abrazara.

— ¿Te das cuenta de lo pesadas que son ahora tus responsabilidades? — me preguntó suavemente sin dejar de rodearme con sus brazos.

— Lo sé.

— No olvides de dónde vienes ni a tu gente.

— No lo olvidaré.

Mi padre asintió y se marchó.

Otros miembros de mi familia vinieron a saludarnos y pensé que a Esmeralda le iba a dar un ataque cuando se encontrara cara a cara con Mateo.

— De cerca parece aún más alto.

— ¿Lo parezco? — Mateo frunció el ceño.

— La voz también es más gruesa.

— ¡Esmeralda!

— No dije gran cosa. — Ella se encogió de hombros y Mateo se rió. — Mira, tiene mejor sentido del humor que tú.

— ¿Ah, sí? — torcí los labios antes de acercarla y envolverla en un abrazo.

— Sé feliz, prima.

— Gracias.

— ¿No sabes si tienen algún primo soltero buscando esposa? Podríamos hacer más alianzas entre la mafia y los gitanos.

— ¡Esmeralda!

— De acuerdo. — Se apartó. — Voy a sentarme con mis padres junto a la mesa de la comida.

— Vamos. — Le di la vuelta y la empujé.

Mateo y yo recibimos más buenos deseos de unos gitanos antes de que la anfitriona nos dirigiera a una mesa. Un fotógrafo nos hizo muchas fotos mientras brindábamos con champán.

Me sirvieron algo de comer y lo agradecí, porque hacía horas que no comía nada y ni siquiera pensaba que un ayuno tan largo fuera recomendable para una embarazada.

Cuando nos llamaron a bailar, Mateo fue el primero en levantarse y me tendió la mano, esperando la mía. Se la di sin esperar y me besó el dorso, tirando de mí hacia el centro de la sala.

— Me muero de ganas de que estemos a solas. — Me dio la vuelta, me acercó y me estrechó entre sus brazos.

— ¡Mateo!

— No hagas muecas, no tienen por qué saber de qué estamos hablando.

— Realmente eres terrible, como dice tu hermano.

— Aún no has visto nada, amor. — Sus dos manos agarraron mi cintura con firmeza.

— Eso me gusta.

— ¿Yo pensando en ti sin ropa?

— ¡No! Cómo suena la palabra amor en tus labios cuando te refieres a mí.

— Es una forma cariñosa de llamarse entre marido y mujer. Me pareció apropiado.

— Sí, más que apropiado. — Le acaricié el hombro mientras nos mirábamos en medio del baile.

La forma en que Mateo me miraba me hizo darme cuenta de que era muy parecida a la forma en que yo le miraba. Nuestro matrimonio representaba mucho más que una simple unión entre hombre y mujer. La razón principal por la que nos casamos fue que nos habíamos elegido el uno al otro.

Tras el baile y algunos ritos más de la celebración de nuestra boda, Mateo y yo abandonamos por fin la fiesta y nos dirigimos a la casa donde me había alojado los últimos días y que ahora también era mía.

No volvió a provocarme sexualmente en el coche de camino a casa, esta vez tuvo un poco más de paciencia.

Cuando entramos en la mansión, una criada estaba en el salón y se acercó a nosotros al vernos.

— Señora, venga conmigo. Le ayudaré a quitarse el vestido.

Mateo me agarró de la muñeca antes de que yo, por reflejo, siguiera a la mujer.

— Yo mismo ayudo a mi mujer a quitarse el vestido.

Era imposible no ponerse roja como un tomate cuando la mujer me miraba fijamente.

— ¿Está seguro, señor? Suelo preparar a las novias para la primera noche.

— Luize y yo podremos hacerlo solos.

Antes de que la camarera pudiera decir nada más, Mateo me tomó en brazos y me levantó en el aire. Me agarré a su cuello por miedo a caerme y solté un gritito.

Me subió a sus brazos y me llevó directamente a su dormitorio. Me puso de pie junto a la enorme cama de matrimonio y se dio la vuelta para cerrar la puerta antes de volver a mirarme.

— Podrías haber dejado que me ayudara con este enorme vestido. — Pasé la mano por la falda, que estaba ligeramente arrugada, pero no era de extrañar teniendo en cuenta lo que habíamos hecho en el coche antes de llegar a la recepción.

— ¿Y no tener el placer de quitártelo yo mismo? En absoluto. Eres mi mujer, quiero cada momento.

— Tu mujer... — Repetí sus palabras. — Suena bien cuando lo dices.

— Ah, ¿sí? — Me tomó de la mano, me dio la vuelta para que me pusiera de espaldas a él y me besó el cuello.

— Sí. — Gemí mientras me encogía ante el escalofrío que me invadía.

— Mi mujer. — Abrió el primer botón del vestido en mi espalda, cerca de la nuca. — Toda mía. — Mordió la zona expuesta y yo me retorcí ante la nueva oleada de efectos que despertaron en mí sus provocativas caricias.

— Lo soy. — Me aparté los rizos sueltos del pelo y le dejé libre el acceso a la nuca.

Mateo me abrió el vestido hasta la cintura, dejando un rastro de besos, piel de gallina y mordiscos. Empujó los tirantes por mis hombros, y sus dedos deslizándose por mi piel la hicieron sentir aún más sensible. Era como si todas las terminaciones nerviosas se hubieran acumulado en la zona donde Mateo presionaba. Después de lo que habíamos hecho en el coche, me sorprendió lo mucho que mi cuerpo todavía quería más.

Yo no llevaba sujetador y cuando los tirantes del vestido se deslizaron, toda la parte

superior de mi cuerpo quedó a la vista, pero Mateo no se dio la vuelta antes de tirar del vestido hacia abajo y hacer que cayera al suelo.

— Ni siquiera estaba tan duro. — Acercó su boca a mi oreja, provocándome escalofríos.

Saqué los pies del vestido y me di la vuelta, mirando a Mateo. Miró mis pechos expuestos, mis pezones erectos, las pequeñas bragas blancas, las medias tres cuartos y el liguero. Por la sonrisa que se formó, estaba segura de que le gustaba lo que veía.

Deslicé las manos por las solapas de su chaqueta y abrí el primer y el segundo botón hasta dejar caer la prenda al suelo.

Le aflojé la corbata y Mateo no hizo ningún movimiento, dejando que le desnudara. Su actitud me dio más libertad para abrirle la camisa y, finalmente, mis dedos tocaron la hebilla de su cinturón, abriéndolo y bajando la cremallera.

Sus pantalones también cayeron y Mateo se quitó los zapatos y los calcetines, dejando solo un par de calzoncillos rojos.

— Me gusta. — Pasé el dedo por el exterior de la banda elástica.

— Pensé que te gustaría. — Sonrió mientras me levantaba la barbilla con la punta del dedo índice y bajaba la cara para juntar sus labios con los míos.

En cuanto nuestras lenguas volvieron a encontrarse, le rodeé el cuello con los brazos, acercando mi cuerpo al suyo todo lo posible. El deseo en mí creció aún más cuando mis sensibles pezones se encontraron con el espeso vello de su pecho.

Las manos firmes de Mateo se acercaron a mi cintura, rodeándola y bajando hasta mis nalgas, dejando un rastro excitante y cálido a su paso. Respiré hondo y gemí cuando su boca acabó en mi cuello, mordisqueándome. Eché la cabeza hacia atrás, cerré los párpados y dejé que mi cuerpo se hundiera en las intensas sensaciones que eran cada vez más fuertes. Era como si yo fuera un barco a la deriva que quisiera mantenerse a flote en medio de la tormenta, esperando que se hiciera más fuerte.

Me levantó de nuevo, me llevó a la cama, me acomodó sobre las suaves almohadas, pero sin dejar de besarme. Al mismo tiempo que sentía que me iba a quedar sin aliento, parecía que podía besarle durante toda la noche.

Mateo deslizó su lengua por mi cuello, mi esternón y por el valle de mis pechos, hasta que se detuvo allí, besando y lamiendo profundamente. Arqueé la espalda cuando por fin subió a uno de mis pechos y chupó el pezón.

Le agarré de los hombros y le clavé las uñas.

Con los ojos cerrados, sentí el poder de sus caricias aún más intensamente. Mateo me lamió el pezón, jugando con él con la punta de la lengua antes de volver a chuparlo. Luego movió su boca e hizo lo mismo con el otro pecho.

Estaba completamente envuelta por él, por el sabor de sus caricias y la forma en que me hacía sentir extasiada con solo acercar su boca a la mía.

Mientras alternaba entre un pecho y otro, sus manos bajaron hasta mi cintura y me bajaron las bragas, deslizándolas por mis muslos y dejando el camino libre para que me tomara una vez más.

Pensé que Mateo iba a penetrarme cuando se quitó los pantalones, pero en lugar de eso apoyó ambas manos en la cama y se encontró con mi mirada.

— ¿Quiere probar algo diferente?

— ¿Diferente? — Dudé, con una punzada de miedo.

— Va a ser genial.

Asentí con la cabeza. Mateo era mi marido y confiaba en él.

Se tumbó en la cama y tiró de mí hasta que estuve encima de él. Mi sexo palpitaba al tocar su erección, recordándome mi ansia por tenerlo dentro de mí. Sin embargo, en lugar de quedarse ahí, Mateo me hizo girar hasta que me senté sobre su cara. Su lengua acarició mi clítoris y di un exhalación profunda, mezcla de sorpresa y placer.

— Sujétame el pene — ordenó sin pudor.

— ¿Así? — Me incliné un poco hacia delante y le rodeé con la mano.

— Con ambas manos.

Mientras lo recorría, lo sentía palpitar entre mis dedos. Sentía el mismo deseo que hacía que mi sexo se contrajera por sí solo, ansioso.

— Póntelo en la boca.

Mis mejillas se sonrojaron, pero no vi motivo para tener reservas.

Bajé la cara hasta su miembro y besé la suave punta antes de abrir la boca y tragar poco a poco.

— Eso es… — gimió Mateo. — Chupa un poco más fuerte, pero cuidado con los dientes.

Me agarró de las nalgas y me movió para que su boca volviera a mi sexo. Su lengua comenzó a bailar sobre mi clítoris y era difícil mantener la concentración en la tarea de

corresponderle, ya que el impulso de gemir y retorcerme era demasiado grande. La única razón por la que no podía salir del alcance de su boca era porque Mateo me mantenía firme.

Salivé mientras lo chupaba. La sensación era afrodisíaca y el sabor extrañamente mágico. Parecía fácil, casi natural, y cuanto más continuaba, mayor era mi deseo de tenerlo en la boca.

Hice lo que pude, luchando contra el impulso de mantener la boca abierta y gemir locamente, con su lengua sacándome de mis casillas. Pero antes de que pudiera llegar al orgasmo, Mateo se detuvo. Me dio la vuelta en la cama y se puso encima de mí. Sus manos separaron mis muslos y mis ojos se pusieron en blanco mientras me penetraba.

Crucé mis piernas alrededor de su cintura y mis brazos alrededor de su cuello mientras él empezaba a moverse, empujando contra mí en un vaivén peligrosamente adictivo. Me froté contra él, frotando mi cuerpo, mis pechos, queriendo sentir todo lo posible y anhelando más.

Mateo me mordisqueó el labio inferior y tiró de él hasta que se agrietó, sumergiéndome en una nueva oleada de sensaciones aún más intensas.

Le pasé la mano por la nuca y volví a hundir los dedos en su pelo. Tiré de los mechones y volví a acercar su boca a la mía. Nuestras lenguas se encontraron, bailando e imitando los movimientos que se producían debajo.

Las manos de Mateo recorrieron todo mi cuerpo, desde mis pechos hasta mis muslos, presionando, apretando y manoseando, haciendo que cada sensación fuera aún mejor. Me hizo girar y me puso encima.

Apoyé mis manos abiertas en su pecho y, sin dejar de mirarnos, me di la vuelta, con la ayuda de sus manos en mi cintura, dictándome los movimientos.

Sus gemidos se hicieron más fuertes, al igual que los míos. Esta vez, Mateo no me pidió que me fuera y sentí su líquido brotando dentro de mí, pero no dejé de moverme. Quería encontrar mi propio clímax, pero cuando Mateo se recuperó, su pulgar presionó mi clítoris y trazó movimientos circulares. No dejé de revolverme y él no dejó de estimularme hasta que yo también llegué al orgasmo, desplomándome exhausta bajo su pecho.

Mateo me besó la cabeza y me acarició el pelo. Durante los siguientes minutos no me atreví a decir ni una palabra, porque temía que mi voz saliera entrecortada. Acaricié su pecho, mientras el mío se movía con frenesí.

No lo dije en voz alta, pero entendí la necesidad de Mateo de que volviéramos a hacerlo, parecía mejor cada vez que lo hacíamos. Afortunadamente, nadie más iba a impedirnos disfrutar

de las ventajas de ser marido y mujer.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO III

MATEO

Capítulo treinta y seis

No dormí mucho aquella noche, pero no me preocupé por ello. Era mi primera noche con mi mujer en la cama, y teníamos algo mucho más interesante que hacer. Ahora mi hermano no podía quejarse ni detenerme.

Me dí vuelta y ella abrió los ojos.

— ¡Buenos días! — Se estiró. — Estoy cansada. — Escondió la cara en la almohada, lo que me hizo reír.

— No eres la única.

— ¿Tenemos que levantarnos?

— Solo si quieres.

— Tus hermanos...

— Ya no tienen derecho a quejarse y saben que querremos pasar más tiempo en la cama.

— Me pones incómoda.

— Eres mi mujer. — Metí la cara debajo de la almohada y la besé. — Pronto le diremos a todo el mundo que estás embarazada. A todos los efectos, fue concebido esta noche.

— De acuerdo.

Me levanté de la cama y ella se removió, destapándose y mostrando parte de su cuerpo desnudo, lo que me dio aún más ganas de quedarme en la cama.

— ¿Adónde vas?

— A agarrar un cuchillo o una aguja.

— ¿Por qué?

— Necesito un poco de sangre.

Se sentó en la cama y tiró de la sábana, aterrorizada, lo que me hizo reír.

— Cálmate, Luize. Es solo para fingir que tu virginidad fue tomada en esa sábana y no en mi piso. Los empleados son chismosos y mi madre lo vigila todo.

— Pero tus hermanos sabrán que es mentira.

— No seré el primer Bellucci que lo haga. — Me encogí de hombros mientras me dirigía al armario y sacaba una pequeña navaja de punta afilada.

Hice un pequeño orificio en la punta del dedo y apliqué la gota de sangre en el centro de

la sábana.

— ¿No era una de ellas virgen también? — Luize se levantó sin preocuparse por la sábana. Su curiosidad era sin duda mayor que su pudor.

— Theo se despertó de muy mal humor. Nunca dijo nada, pero dudo que él y Tatiane hicieran algo en su primera noche juntos.

— ¿Por qué piensas eso? — Me sujetó por los hombros y me obligó a mirarla.

— El hermano de Tatiane mató a mi padre, y Theo mató a su hermano para vengarnos. Imagino que el matrimonio no fue fácil para ninguno de los dos.

— Hum.

— ¿Qué te pasa? — le sujeté la cara al ver la arruga pensativa que se le había formado entre las cejas.

— Ahora lo que me dijo ayer tiene más sentido.

— ¿Y qué dijo Theo?

— Solo para no poner en peligro nuestra relación.

— ¿Y tú lo harás? — La sujeté por la cintura.

— Creo que lo mejor es seguir su consejo.

— Mi mujer es muy lista.

— Puedes estar seguro de ello. — Me pasó la mano por la mejilla mientras me miraba fijamente.

Le sujeté la cara y le acaricié la mejilla mientras la miraba fijamente a los ojos. Sus ojos castaño claro eran penetrantes y desbordaban curiosidad, y sus labios delicados y suaves me invitaban a besarla siempre que estábamos lo bastante cerca.

Definitivamente no pensaba en el matrimonio cuando puse mis ojos en Luize por primera vez, pero en todo momento, con ella estuve seguro de que había tomado una buena decisión. Ahora ya no era tan diferente de mis hermanos, estaba casado y pronto sería padre.

Con la mano libre, alargué el brazo y toqué el vientre de Luize, que sonrió y puso sus manos sobre las mías.

— Estoy deseando decirle a mi familia que voy a ser mamá.

— Solo unas semanas más y lo anunciaremos a todo el mundo.

Movió la cabeza afirmativamente y se puso de puntillas para acercar su boca a la mía.

Solté su cara y su vientre para agarrarla por la cintura y tumbarla en la cama. Besé su

frente, la punta de su nariz y Luize se rió antes de juntar nuestros labios. Toqué sus suaves muslos, bordeando la tersa piel hasta llegar al interior de sus muslos y acomodarme entre ellos. Luize era una mujer hermosa que me atraía mucho, el aroma de su piel me embriagaba y el sabor de su boca y su cuerpo me enviciaba.

— Tengo hambre — dijo cuando dejé de besarla para morderle el cuello.

— Te traeré algo para desayunar en un momento.

— ¿No vamos a tomar café con los demás?

— ¿Crees que voy a dejar que te vistas hoy? — Froté mi miembro contra su entrada, pero sin penetrarla, y Luize se desperezó sobre la cama, dejando escapar un gemido.

— ¿Ah, sí?— deslizó sus tobillos alrededor de mis pantorrillas.

— Sí. — Le mordí la oreja y Luize se estremeció, poniendo los ojos en blanco.

Bajé la mano entre nuestros cuerpos y la toqué, introduciendo un dedo en su vagina y oyendo su enfático gemido. Volví a besarla mientras mi dedo se movía en su interior, extrayendo su néctar y haciendo que sus paredes se cerraran alrededor de mi dedo en suaves contracciones.

Tiré de ella hacia el centro de la cama y sustituí mi dedo por mi pene. Luize me rodeó con las piernas y me tiró del pelo, mientras me apretaba de la forma más deliciosa posible. Me costó no acabarle demasiado deprisa.

— ¡Mateo! — Theo dio un portazo con todas sus fuerzas.

Gruñí, molesto porque mi hermano se atrevió a interrumpirme en aquel momento. Si sus nupcias habían sido una porquería, no era culpa mía.

— Tu hermano... — Luize empezó a hablar, pero sellé sus labios con los míos.

— Déjalo. Concéntrate en nosotros dos. — Mordí su labio y empujé más profundo solo para hacerla gemir.

— ¡Mateo, maldita sea! Tenemos un problema, ya tendrás tiempo de tener sexo más tarde.

— Arréglenlo tú y Marco. Hoy es mi día libre.

— Es un problema con el gitano que has molestado.

— ¿Ramón? — Luize me empujó de los hombros y me bajé de ella.

Resoplé, enfadada con Theo por romper mi estado de ánimo. Tenía derecho a pasar el día con Luize.

— Voy a vestirme. — Mi mujer se dirigió al baño y me di cuenta de que difícilmente iba

a poder convencerla de que volviera a la cama.

— ¡Mateo! — insistió Theo desde el otro lado de la puerta.

— ¡Ya voy! — le grité.

Fui al baño antes de ponerme algo de ropa y salir de la habitación. Dejé que Luize se cambiara y ella no protestó, pues se dio cuenta de que era importante.

— ¿Qué ocurre? — Entré en el despacho y me enfrenté a mis hermanos, que estaban de pie en medio de la habitación.

— Ramón inició ayer una guerra en Monte Verde para apoderarse de la región.

— ¿Qué? ¿Se ha vuelto loco?

— Aprovechó la oportunidad que le daba tu boda y la posible fragilidad en el lugar, ya que el *capo* estaba en la fiesta. Y yo pensaba que el gitano irrumpiría en la boda. — Theo se metió las manos en los bolsillos.

— Me aseguré de que no tuviéramos ningún problema — dije.

— No muy bien — dijo Marco con expresión poco amistosa.

— Vamos, matémosle y problema resuelto. — Theo siempre lo solucionaba todo con derramamiento de sangre, pero cuando se trataba del ex prometido de mi mujer, yo también era partidario de utilizar los viejos métodos.

— Estoy de acuerdo con Theo.

— ¿Desde cuándo tienes sed de sangre, Mateo? — Marco se volvió hacia mí con expresión analítica.

— Desde el momento en que empezamos a tener problemas. — Me crucé de brazos y miré a mi hermano mayor con expresión seria.

Era mi primer día como hombre casado y había muchas cosas que hubiera preferido hacer antes que conocer a mis hermanos.

— Vayamos a Monte Verde y reunámonos con Mario del Toro antes de tomar una decisión sobre qué hacer — decidió Marco en tono inflexible.

Theo asintió y yo resoplé.

— Come algo. Nos vemos en el garaje en diez minutos. — Theo me dio una palmada en el hombro.

— Sabes muy bien lo que quería comer. — Puse los ojos en blanco.

— Tendrás tiempo de hacerlo más tarde, Mateo. Tu mujer no saldrá corriendo.

— Nunca se sabe. — Me encogí de hombros.

— Si le diste una mala noche, no es culpa nuestra — se burló Theo con una mirada desenfrenada.

— Habría sido mejor si no nos hubieras interrumpido.

— ¡Vamos, Mateo! Siempre disponible, ¿recuerdas? — Marco me empujó fuera del despacho y cerró la puerta.

Me pasé la mano por el pelo, echándomelo hacia atrás y asentí. No necesitaba que mi hermano mayor empezara a citar los mandamientos de la mafia que no paraba de recordarnos. Volví a mi habitación, me cambié y me despedí de Luize. Sin dar demasiadas explicaciones, le dije que iba a salir con mis hermanos.

Ni siquiera pasé por el comedor, pues sabía que mi madre estaría allí y no tendría tiempo de responder a sus preguntas. Tomé un par de rebanadas de pan de la cocina y una taza de café antes de dirigirme al garaje. Me puse los auriculares y llamé a Cristian en cuanto entré en el coche.

— ¿Señor?

— ¿Qué información tiene sobre lo que ocurrió ayer en Monte Verde?

— Los gitanos atacaron la zona con gran fuerza. Hubo enfrentamientos en algunos cafés, bares y edificios abandonados conocidos por el tráfico de drogas. También intentaron entrar en la casa de Mario Del Toro.

— ¿Por qué no me dijiste nada?

— Sabía que usted estaba ocupado, que no escucha y que no suele ser responsable de resolver este tipo de conflictos.

— Bien — dije unos minutos después, tras reflexionar.

Por mucho que quisiera actuar como Theo, ir por Ramón Bayo, matarle a él y a cualquiera que se interpusiera en mi camino, eso pondría en peligro la posición de Marco. Buscábamos una alianza con los gitanos, y matar al líder de una de sus principales familias en Roma no haría más que dificultarlo todo.

El coche se detuvo delante de un café y Luigi bajó primero. Yo me bajé enseguida. Miré a mi alrededor justo cuando mis hermanos salían de sus vehículos.

Las ventanas habían sido destruidas por la munición pesada, y las manchas de sangre que podían verse desde lejos eran señal de que había habido víctimas.

Caminamos hasta la entrada de la cafetería. Las puertas también habían sido destrozadas y había montones de fragmentos de cristal por todo el suelo. El local estaba vacío, solo había algunos cordones puestos por la policía, que probablemente vio el incidente como otro de los muchos conflictos entre delincuentes locales.

— No escatimó munición. — Theo también observó y se arrodilló para recoger un casquillo del suelo.

— Imagino que estará bastante enfadado. — Marco se acercó al mostrador y vio que los expositores de comida y las botellas de alcohol también habían sido destruidos. — Por eso no robamos a las mujeres de los demás.

— ¿Vas a sermonearme ahora? — Me crucé de brazos, pateando un puñado de fragmentos de cristal. — Como si tuviéramos la costumbre de respetar a los gitanos.

— Ahora la situación es diferente.

— Incluso antes de que yo me involucrara con Luize, Ramón Bayo no estaba a favor de nuestra alianza con los gitanos. Dejó clara su opinión a las demás familias. Puede que mi matrimonio con Luize solo fuera el detonante, pero en algún momento iba a ser una espina clavada.

— Finalmente llegaron...

Nos volvimos al oír la voz del *capo* encargado de la zona. Mario era un hombre de unos cincuenta años, con el pelo canoso y expresión severa, y sin duda estaba muy enfadado por lo ocurrido.

El hombre había estado a cargo de las operaciones en el lugar desde la época de mi padre y demostró ser un fiel servidor, pero se enfrentó a constantes problemas con Ramón y los gitanos que querían apoderarse del territorio.

— Ayer fue un día ajetreado para todos — dijo Marco mirándole.

— Y los gitanos aprovecharon nuestra distracción para pegarme con todo. Murieron casi veinte personas y unas ochenta fueron hospitalizadas. Siempre hemos ofrecido protección a los residentes locales y a los comerciantes, pero es difícil con los constantes ataques de los gitanos. Creía que lo estaban solucionando.

— Y lo estamos.

— No lo parecía. — Mario señaló hacia donde estábamos parados, haciéndonos mirar a nuestro alrededor una vez más. — Los gitanos solo parecen haber reafirmado el hecho de que

somos enemigos.

— Muchos han aceptado nuestras condiciones para la alianza, pero Ramón Bayo lamentablemente no está entre ellos.

— Siempre he confiado en tu criterio y no quiero que las calles de Monte Verde se conviertan en un escenario de guerra, pero si tenemos que ir con todas las fuerzas contra ellos, eso es lo que haremos.

— Declarar la guerra a los gitanos en este momento solo puede disminuir aún más nuestras posibilidades de alcanzar una alianza con ellos.

— No voy a quedarme aquí a que me disparen mientras tú juegas con los gitanos. Quieres acostarte con ellos, está bien — Mario se volvió hacia mí y supe que se refería a mi matrimonio con Luize —, pero no voy a tolerar más muertes y daños.

— Los ayudaremos con la reconstrucción y enviaremos más hombres para proteger los puntos principales — prometió Marco. — También me reuniré con los *capi* más cercanos para pedirles que colaboren con la reconstrucción.

— Estupendo.

— ¿Cómo está su familia?

— Afortunadamente, nadie resultó herido.

— Son buenas noticias.

— No quiero que les pase nada.

— Nosotros tampoco. Pueden estar tranquilos. Enviaremos soldados para cubrir tus bajas mientras no tengas nuevas, y haremos todo lo posible para compensar lo ocurrido aquí.

— Gracias, jefe.

— Te mantendré informado. Mantente alerta y avísame si vuelve a ocurrir algo. — El *capo* asintió, mínimamente satisfecho con las promesas de mi hermano.

Marco asintió y los tres salimos y nos reunimos cerca de los coches.

— Creo que es hora de que los tres hagamos una visita al Bayo.

— He estado esperando este momento. — Theo esbozó una sonrisa sombría mientras tocaba la pistola en su funda.

— Probemos primero con la política. — Hizo un gesto a Theo para que soltara el arma.

— ¿Después de matar a varios de los nuestros? — Theo movió la cabeza negativamente. — Estás siendo demasiado paciente con este hombre, hermano.

— La alianza con los gitanos es muy importante para que otros no volvamos a morir en conflictos innecesarios. Ya sabes que las guerras no son buenas para los negocios.

— Matamos a este y luego nos disculpamos, pero tenemos que asegurarnos de que no olviden quién manda.

— Creo que Dante te ablandó el corazón — bromeé.

— La culpa no es de mi hijo, es tuya, por empeorar un problema que te pedí que resolvieras. — Marco me miró con severidad.

— Vamos para allá. — Theo se entrometió en el intercambio de miradas antes de que se volviera peligroso. — Probaremos a la manera de Marco, y si no funciona, iremos a la mía y resolveremos el problema de una vez por todas.

Asentimos y me dirigí al coche donde Luigi me esperaba con la puerta abierta.

— ¿Adónde vamos, señor?

— A casa de Ramón Bayo.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO III

LUIZE

Capítulo treinta y siete

— ¿No te pones nerviosa cuando salen así? — Caminé de un lado a otro del comedor, frotándome las manos sudorosas en el lateral de la falda.

— Siempre — dijo Laís, poniendo una cucharada de papilla en la boca de su hijo, que se deleitaba con la comida.

— Todo el tiempo. — Tatiane suspiró, apoyando su mentón en las manos.

— ¿Y qué haces para sobrellevar la angustia? — Acerqué una silla y dejé caer mi cuerpo en ella, luego me froté el pecho donde me latía con fuerza el corazón.

— Respiramos hondo. — Laís intentó sonreír.

— No siempre es fácil, pero tenemos que confiar en ellos y creer que volverán a casa sanos y salvos día tras día — añadió Tatiane.

— Me gustaría ir con ellos.

— Sé que es angustiante. — Rosimeire se me acercó. — Pasé por esto durante años con mi marido, y aún sufro con mis hijos. He recibido la noticia que ninguna de ustedes quiere recibir, pero tenemos que mantenernos firmes, porque nos necesitan así. Ir con ellos, Luize, no es la mejor idea. Saben a lo que se enfrentan, fueron educados para ello, y podríamos convertirnos en otro punto débil. Eso no es lo que queremos.

Negué con la cabeza, dándole la razón.

— Esperaremos. Volverán a casa bien, como todos los días.

Por la forma en que Theo llamó a mi marido por la mañana me había dado cuenta de que no era un día como cualquier otro. Algo peligroso estaba pasando, pero preferí no seguir desahogando mi pánico. De nada serviría para que Mateo volviera a casa sano y salvo.

Lo único que podía hacer era rezar y esperar lo mejor.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO III

MATEO

Capítulo treinta y ocho

El portón metálico se abrió al acercarnos y los coches entraron en la entrada de la enorme casa. Aunque mis hermanos y yo seguíamos viviendo juntos después de casarnos, nada se comparaba con la forma en que se habían acumulado los gitanos. Todas las generaciones de la familia, con agregados, vivían bajo el mismo techo y solo podía imaginarme el desorden.

Aunque había muchos datos interesantes o mínimamente curiosos sobre su cultura, esto quedó a un lado cuando bajamos de los coches y nuestros numerosos soldados se colocaron a nuestro alrededor, dispuestos a protegernos con sus vidas si era necesario. Habíamos ido con todos los refuerzos necesarios para hacer frente a cualquier gitano que pudiera aparecer por el camino.

Estábamos allí para resolver los roces con Ramón Bayo, o con un acuerdo o con su cabeza. Sinceramente, yo prefería la segunda alternativa.

Los niños, que habían estado corriendo y jugando, entraron en la casa, asustados al vernos. Una mujer que estaba con ellos se acercó a nosotros. Era mayor, llevaba el pelo gris recogido en una trenza y nos miró a cada uno antes de hablar.

— ¿Señor Bellucci?

— ¿Dónde está Ramón Bayo? — Marco fue directo al grano. Parecía estar de acuerdo conmigo en que no habíamos venido hasta aquí para perder el tiempo.

— Mi hijo no está aquí. Dijo que necesitaba resolver algunos problemas y viajó.

— ¿Ha viajado? — Enarqué una ceja.

— Sí, ya han pasado tres días.

— ¿Adónde ha ido? — Theo dio un paso adelante, lo que hizo que la mujer retrocediera tres.

— No me informó. Solo dijo que tenía asuntos importantes que atender.

— ¿Qué temas?

— Tampoco lo sé.

— ¿Dónde están los otros hombres de la casa? — preguntó Marco, con la voz un poco más firme. No era el único que estaba perdiendo la paciencia.

— Algunos se fueron con él. Luiz, mi hijo menor, está a cargo por ahora.

— Manda a buscarlo.

— Ya lo hago. — La mujer asintió y entró en la casa, sin molestarse siquiera en invitarnos a acompañarla. No éramos bienvenidos y eso estaba cada vez más claro.

Pasaban los minutos y yo seguía mirando a mi alrededor, observando los movimientos de mujeres y niños en busca de cualquier comportamiento sospechoso que pudiera alarmarme. Sin embargo, lo que quedaba claro a cada paso era que el cobarde había huido y solo había dejado atrás a los frágiles.

— Los hermanos Bellucci. — Un chico apareció delante de nosotros, provocando la risa de Theo. De hecho, parecía un chiste. El chico apenas parecía haber dejado los pañales. Apostaría a que no tenía más de dieciocho años. Llevaba unos jeans y una camisa de flores demasiado llamativa para alguien que esperaba tener nuestro respeto. Por un momento me reí y al siguiente instante sentí pena por el pobre mocoso al que le había tocado hacer de piraña.

— ¿Dónde está tu hermano? — Marco le miró con severidad e hizo que el chico se encogiera.

— Fue a resolver un asunto importante. — Hinchó el pecho, tratando de parecer lo menos asustadizo posible, pero solo provocó aún más risas, que nos esforzábamos por contener.

— ¿Qué temas?

— No lo sé.

— Qué buen sustituto — me burlé.

— Mi hermano confía en mí.

— ¿De verdad confía en ti? — Theo le desafió. — No eres más que un mocoso. Si puedo deducirlo, imagino que eres el último hijo. ¿Cuántos hermanos mayores tienes? ¿Tres?

— Cuatro.

— ¿Y en lugar de que tu hermano eligiera a cualquiera de ellos, te eligió a ti?

— Confía en mi potencial.

Theo resopló y se echó a reír.

— El cobarde huyó y solo dejó niños y mujeres. Sabe muy bien lo que ha hecho y que vamos a por él con todo. — Theo sacó su pistola y apuntó a la cabeza del chico, haciéndole abrir los ojos de par en par y mojarse involuntariamente los pantalones de miedo. — Tu hermano no confía en tu potencial, chico. Es lo bastante listo como para saber que no haríamos nada contra mujeres y niños. Matar a alguien como tú sería demasiado vergonzoso incluso para alguien como

yo. — Theo guardó la pistola y el chico tragó saliva.

— ¿Por qué querrían matarnos? — Se armó de valor para decir.

— Tu hermano sabe muy bien la mierda que ha hecho. — Era mi turno de dar un paso adelante. — Si fuera lo suficientemente hombre, estaría aquí para enfrentarnos en vez de dejar a un niño.

— Mi hermano no hizo nada, pero tú le robaste a su mujer.

— Mi mujer.

— Mi hermano tiene razón, no debemos inclinar la cabeza ante ti o nunca nos tratarán con el respeto que merecemos.

— Tu hermano es un imbécil que solo cavó su propia tumba.

Antes de que pudiera atacar al chico, Theo me agarró del brazo y tiró de mí hacia atrás. Asentí al darme cuenta de que no ganaría nada golpeando al chico.

— Vámonos, aquí no llegaremos a ninguna parte. — Miré a mis dos hermanos, que asintieron, y volvimos a los coches.

— Hacia mi empresa — le dije a Luigi.

— Sí, señor.

— ¿Cristian? — llamé, poniéndome los auriculares.

— Sí, señor — respondió desde el otro lado.

— Empieza a escanear toda la ciudad con nuestro software de reconocimiento facial. Quiero que encuentres a Ramón Bayo. El cobarde abandonó su casa dejando al cuidado a mujeres y niños.

— ¿No cree que se fue de Roma? Si tuviera una diana en la espalda, sería lo primero que haría.

— Creo que puede ser tan estúpido como para creerse más listo que yo. Así que empieza por Roma y amplía la búsqueda a Italia.

— Sí, señor.

— Pronto estaré allí.

Me quité los auriculares y respiré hondo mientras dejaba caer mi cuerpo sobre la parte trasera del coche. Las hormigas podían ser realmente molestas si las subestimábamos. Ramón estaba resultando ser un verdadero grano en el culo, por insignificante que yo creyera que era.

Entramos en el aparcamiento de la empresa y mis hermanos aparcaron cerca. Fui el

primero en bajar y me siguieron hasta el ascensor. No dijimos nada hasta que estuvimos en el pasillo dirigiéndonos a la sala donde estaba mi equipo dedicado exclusivamente a los asuntos de la mafia.

— ¿Crees que tus juguetes podrán encontrarlo? — preguntó Theo mientras caminábamos uno al lado del otro.

— Es nuestra mejor apuesta.

— Eso significa que no tendremos alianza — se rindió Marco, con la decepción evidente en su mirada.

— Una de las ventajas de que los gitanos no estén organizados como nosotros es que Ramón no tiene influencia sobre todos. Podemos seguir haciendo alianzas con otras familias. Con Luize a mi lado, creo que es aún más fácil que nos acepten. — Intenté consolar a mi hermano, sobre todo porque no quería admitir, ni siquiera ante mí mismo, que parte de toda la confusión era culpa mía.

— Cuento con que tu princesa sea una buena diplomática.

— Lo será. — Abrí la puerta del salón y entramos los tres. — ¿Qué hay de nuevo, Cristian? — Miré alrededor de la habitación poco iluminada buscando a mi hombre.

— Tenemos las imágenes de él dirigiendo a los hombres ayer en Monte Verde, lo que confirma que fue el cerebro de lo ocurrido. — Cristian puso algunas imágenes en el televisor de la pared del fondo de la sala. Eran varias cámaras, que lo mostraban en un coche circulando por la zona y frente a la cafetería que estuvimos antes.

— Todo lo que necesito para dispararle en la cabeza. — Theo sonrió.

Marco no dijo nada, se limitó a observar las imágenes.

— ¿Dónde está ahora? — Me crucé de brazos y me enfrenté a Cristian.

— Lo estamos buscando.

— Eso no es suficiente. — Me mostré enojado.

Theo era el más sanguinario de los tres, pero creo que en ese momento compartíamos el mismo deseo.

— Seguimos sus huellas después de que saliera de su casa anoche, pero lo perdimos de vista en una gasolinera a unos kilómetros de la casa.

— ¿Cómo lo perdiste de vista?

— El coche volvió a la casa, pero él ya no estaba en él. Lo conducía una mujer.

— No muy lejos de donde desapareció hay una entrada a los túneles de la ciudad. — Cristian hizo aparecer un mapa subterráneo en la pantalla.

Un punto rojo mostraba la entrada que Ramón podría haber utilizado para acceder a la serie de caminos subterráneos, que se remontaban a una Roma de miles de años de antigüedad.

— No tenemos cámaras allí y podría haber ido a cualquier parte. Si salió de los túneles, se está cuidando mucho de que no le vean, porque el *software* aún no le ha identificado.

— Envía una sonda para buscar en los túneles.

— Hay kilómetros y kilómetros de túneles. ¿Crees que uno de tus pequeños robots será capaz de registrarlo todo? — preguntó Theo.

— ¿Tienes alguna idea mejor? A menos que quieras buscarla tú mismo.

Mi hermano no volvió a cuestionarlo.

— Enviaré la sonda. — Cristian movió la tableta para que la imagen del pequeño robot apareciera en la gran pantalla donde lo estábamos visualizando todo.

— Estupendo.

— Mientras tanto, realizaré una reunión con los demás *capi* de Roma y la región para advertirles de los peligros y pedir refuerzos para Mario.

Theo y yo asentimos.

— ¿Mateo? — gritó en tono de jefe.

— Sí.

— No olvides que aún tienes que arreglar la alianza con los gitanos.

— No hay problema, hermano.

Marco y Theo fueron los primeros en abandonar la sala y yo aún pasé algún tiempo con mis hombres. Me hice cargo de uno de los ordenadores, pero ni siquiera mis conocimientos informáticos fueron suficientes para obtener un resultado distinto al de ellos. Para nadie era una novedad que vigilábamos todo lo que se podía ver, y fue una jugada inteligente por parte de Ramón esconderse en los túneles. La forma más fácil de alejarse de la tecnología era ir a donde no existía, pero eso no significaba que no la fuera a encontrar.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO III

LUIZE

Capítulo treinta y nueve

— ¡Mateo! — Me lancé a los brazos de mi marido, siendo ya casi de noche cuando entró en casa.

Juro que hice todo lo posible por contener mi angustia y toda mi preocupación durante el día, pero en cuanto le vi, salí corriendo del sofá y fue como si hubiera liberado toda mi angustia de golpe y me hubiera desestabilizado.

Tenía el poder y el glamour de ser la mujer de un mafioso, pero no era suficiente para aliviar la agonía y la aprensión mientras ellos estaban fuera dirigiendo sus negocios. Imagino que esa era la preocupación más recurrente de mis cuñadas cuando sus maridos se iban de casa, no saber si volverían.

— ¿Cómo te encuentras? — Busqué sus ojos, recordando la última vez que le habían disparado delante de mí.

— Bien. — Mateo me tomó por los hombros y me apartó para poder verme mejor.

— Estaba preocupada.

— No hacía falta, no me enfrenté a nadie.

— ¿No? — Fruncí el ceño.

Sacudió la cabeza.

— Ramón la cagó ayer, pero no tuvo valor para enfrentarse a nosotros.

— ¿De qué estás hablando?

— Desapareció. Dejó a su hermano menor a cargo de la casa y desapareció con sus hombres. Yo llamo a eso cobardía.

— Tú... — Me estremecía pensar en lo que podría haber pasado. Por mucho que me enamorara cada vez más de mi marido, sabía que la mayor parte de lo que mi familia decía de él y de sus hermanos era cierto.

— No hay razón para hacer daño a mujeres y niños. Ellos no tienen la culpa de nada.

— Ah, gracias. — Esbocé una sonrisa espontánea.

— No tienes que agradecérmelo. — Me agarró un mechón de pelo y me lo puso detrás de la oreja. — ¿Por qué no subes conmigo y vamos a la cama? — Sus manos me rodearon la cintura y suspiré mientras enrojecía.

— ¿Otra vez a la cama?

— Si hubiera dependido de mí, no nos habríamos ido de ahí.

— ¿No quieres comer algo antes? Has estado fuera todo el día, debes estar hambriento.

— Mastiqué algo en la oficina. No tengo hambre. A menos que no quieras ir al dormitorio.

— Quiero ir. — Me daba aún más vergüenza admitirlo en voz alta.

— Después cenamos. — Mateo se agachó para levantarme y yo me agarré a sus hombros para no caerme.

Mateo subió las escaleras conmigo en brazos y subió a nuestra habitación. Cerró la puerta con el pie. Me colocó en el centro de la habitación y me agarré a la solapa de su chaqueta mientras lo miraba fijamente.

— ¿Qué te parece si empezamos con una ducha?

— ¿Juntos?

— Por supuesto. — Me levantó la cara y me dio un beso antes de que sus manos agarraran el dobladillo de mi blusa y tiraran de ella hacia arriba. Levanté los brazos y dejé que me la quitara. Abrí su chaqueta y no tuve reparos en quitársela y tirarla al suelo. Cuando toda nuestra ropa se había caído, Mateo me llevó al baño.

Mi marido abrió la compuerta antes de empujarme contra la pared de azulejos. Apenas tuve tiempo de gemir antes de que su boca cubriera la mía. Cada vez estaba más acostumbrada a las sensaciones que me provocaba y estaba desesperada por demás. Estaba aprendiendo cómo era una relación de pareja y ya me estaba arriesgando a tener un poco más de control.

Deslicé la mano por su pecho, palpando las hebras mojadas por las salpicaduras de agua y los músculos bien definidos. Bajé más la mano y toqué su abdomen, las ondas provocadas por el músculo de su vientre, hasta llegar al miembro expuesto por su desnudez. En cuanto me dejé llevar por la curiosidad y mis dedos lo tocaron, Mateo me agarró del pelo, me pasó la mano por la nuca y tiró de mi cabeza hacia atrás. Dejé escapar un gemido de sorpresa y excitación mientras miraba el techo de escayola.

— Mantén tu mano aquí. — Mateo apretó mis dedos con los suyos y me hizo rodear su miembro con mi mano.

Su boca acabó en mi cuello, chupándome, derramando una deliciosa secuencia de emociones cada vez más intensas. Me costaba concentrarme en tocarle, pues solo quería disfrutar

de las sensaciones. Me rozó la piel con los dientes y una nueva oleada de escalofríos me hizo tambalear contra la pared helada.

Mi mano subía y bajaba por su longitud, mis dedos rodeaban su glande y, por los gemidos que dejaba escapar Mateo, él también parecía estar disfrutando de lo que yo hacía, a pesar de mi falta de práctica.

Los besos se deslizaron por mi cuello y en mis pechos. Mateo mordió y chupó cada uno de ellos antes de continuar bajando hasta quedar arrodillado frente a mí. Bajé la cabeza para encontrarme con su mirada y él me miró fijamente durante unos segundos, mostrando el placer y la excitación que eran evidentes en su rostro antes de inclinar la cabeza hacia delante.

Cuando sus manos separaron mis piernas, poniendo suficiente distancia entre ellas para que él se acomodara, no protesté. Me limité a agarrarme a la pared lisa que tenía detrás, intentando estabilizar mi cuerpo clavando las uñas en las baldosas, ansiosa por lo que vendría después.

Su aliento caliente fue lo primero que sentí y bastó para encenderme antes de que su lengua se acercara. Me retorcí contra la pared y me estremecí cuando empezó a besarme, lamerme y provocarme.

Mi mano resbaló de la pared y la apoyé en su hombro por miedo a caer al suelo. Quería frotarme contra él, revolcarme en su cara, pero tuve que detenerme porque me costaba mucho mantener el equilibrio. Con la otra mano me eché el pelo mojado hacia atrás, apartándolo de mi vista para poder ver exactamente lo que Mateo me estaba haciendo. Parecía imposible pensar en la imagen de un Bellucci arrodillado, pero lo hacía solo para darme placer. Cuando un dedo me invadió, apreté las uñas contra sus hombros y no pude contener el gemido.

Me resultaba imposible no estremecerme, ya que los movimientos de mi cuerpo eran cada vez más involuntarios. Su dedo, que entraba y salía con agilidad y precisión, no era más enloquecedor que la presión de su lengua y el calor de sus labios acariciando mi clítoris.

No me molesté en contener mis gemidos, porque me parecía imposible. La sensación que crecía en mi sexo parecía a punto de estallar por todo mi cuerpo, y cada vez era más incontrolable. Tiré de la cabeza de Mateo y le hice empujar dentro de mí, aumentando la presión y el ritmo. Había una loca búsqueda de más placer.

Cuando la tensión estalló y me dejé llevar por el éxtasis, eché la cabeza hacia atrás, golpeándola contra la pared, pero el leve dolor no podía disminuir el placer que estaba sintiendo.

Llegó en oleadas, subiendo en espiral desde donde Mateo seguía jugando con su lengua y apoderándose de todo mi cuerpo.

Se levantó y resbalé contra la pared, pero antes de caer, me agarró de la cintura y volví a apoyar las manos en sus hombros.

Mateo inclinó su cabeza hacia la mía y nuestras bocas se encontraron. Mi sabor estaba en su lengua y podía sentirlo mientras nos besábamos hambrientos y ansiosos. Pasé mi mano sobre su cuerpo de nuevo, sintiendo sus músculos, líneas y pliegues. Cuanto más tiempo pasaba con Mateo, más hermoso me parecía.

— Date la vuelta. — Me mordisqueó la oreja antes de darme la vuelta para que me pusiera de cara a la pared.

Extendió las manos sobre la baldosa antes de utilizar una de ellas para tirar de mi pelo y dejar libre acceso a mi nuca. Mateo la mordió, tirando de mi piel y enviando una nueva oleada de calor y frío a través de mis células.

Pensé que iba a darme un baño cuando vi que extendía la mano y agarraba un poco de aceite corporal del estante del cuarto de baño. Se echó un poco en las manos y empezó a acariciarme las nalgas hasta que sentí que uno de sus dedos entraba en un lugar que yo creía prohibido.

— ¡Mateo!

— Mantén la calma. — Acercó de nuevo su boca a mi nuca, besándome de una forma que hacía imposible negarme a nada. — Iré muy despacio. — Movió el dedo, introduciéndolo un segundo y dejando que me acostumbrara.

— ¿Qué haces? — Escondí la cara en la pared, con una buena ración de vergüenza.

— Preparándote para tenerme aquí adentro. — Introdujo un tercer dedo y me retorcí contra la pared.

No hubo dolor como cuando me quitó la virginidad, pero sí una leve molestia, que fue disminuyendo a medida que me acostumbraba a sus dedos. Pronto Mateo sacó sus dedos y sujetó mis nalgas, abriéndolas de par en par y pronto llegó su miembro, pidiendo paso y acomodándose en mí.

— ¿Duele?

— Tengo un poco de molestia.

— Solo relájate y se te pasará. — Sujetó mi cintura y se movió dentro y fuera, igual que

cuando estaba dentro de mi vagina. — Pon la mano aquí. — La tomó y la guió hasta el centro de mis piernas, colocando mi dedo índice exactamente donde había estado su lengua hacía unos minutos. Mateo movió mi dedo y sentí como podía darme placer.

En cuanto retiró la mano, continué sola. Cambié el dedo índice por el dedo medio y la precisión fue aún mayor. Gemí al sentir placer de nuevo y él aprovechó para moverse con más fuerza, golpeando su pelvis contra mis nalgas.

No dejó de moverse hasta que sentí su líquido vertiéndose dentro de mí, pero solo aparté la mano cuando alcancé el orgasmo por segunda vez. Completamente extasiada, sentí que caminaba sobre las nubes.

Mateo me besó la nuca y me mordisqueó el hombro antes de apartarse.

— ¿Te encuentras bien? — Me dio la vuelta para que volviéramos a mirarnos a los ojos.

— En éxtasis.

Sus labios estaban morados de tanto besarme e imaginé que los míos estaban igual. Había fuego y pasión en la forma en que nos tocábamos y no quería que terminara nunca.

En ese momento, sintiendo aún los espasmos del orgasmo recorrer mi cuerpo, solo podía pensar en lo afortunada que había sido al casarme con el hombre que había elegido desde el primer momento en que puse mis ojos en él.

Terminamos de ducharnos. Me lavé el aceite y el semen mientras Mateo me tocaba y me robaba unos besos. Acabé con el pelo mojado, así que aproveché para lavármelo.

Cuando salimos del baño, ya me había recuperado un poco del frenesí y era capaz de mantener el equilibrio sobre mis propias piernas mientras me acercaba a la cama y me secaba el pelo con una toalla mullida.

— Estaba pensando en algo mientras estabas fuera.

— ¿En qué? — preguntó Mateo desde dentro del armario donde se estaba vistiendo.

— ¿Te importaría si hago algunos cambios en el dormitorio? Como poner una cortina, algunos cojines... — Me mordí el labio, temiendo lo que pudiera decir.

— ¿Estás pensando en redecorar mi habitación? — Salió en calzoncillos y se puso una camiseta blanca.

— Un detalle u otro. Algunas de nuestras fotos...

— Una cortina y unos cojines, me parece bien.

— ¿Y las fotos?

— Bueno, eso también. Pero hay un mejor lugar que puedes redecorar. — Se detuvo frente a mí y me puso las manos en los hombros.

— ¿La sala de estar? No creo que a tu madre le guste mucho.

— Desde luego que no. — Se rió. — Pero puedes redecorar mi departamento.

— ¿De verdad?

— Sí, pero por favor, con moderación. Recuerda que no soy gitano y mis gustos son mucho más moderados que los tuyos.

— Está bien. Gracias. — sonreí feliz.

— Será mejor que te acostumbres a ese lugar. Creo que acabaremos mudándonos allí tarde o temprano.

— ¿Por qué?

— Laís pronto volverá a estar embarazada, Theo tendrá un bebé y el nuestro tampoco tardará en llegar. — Me ha tocado el vientre. — Me encanta estar cerca de mis hermanos y de mamá, pero desde luego no quiero vivir en una casa como la de tus padres.

— Es bueno estar juntos y cuidarnos mutuamente.

— Podemos cuidarnos el uno al otro desde un poco más lejos. — Hizo una mueca y yo me reí.

— Está bien.

— Pero no te preocupes por eso ahora. Tengo mucho que resolver y, por ahora, la seguridad de esta casa es mejor que en cualquier otro lugar de Roma, sobre todo después de la invasión de Donatella.

— ¿Quién es Donatella? — Fruncí el ceño.

— Solo una loca con la que mi hermano tuvo una aventura antes de casarse con Laís.

— Debió ser lo suficientemente fuerte como para entrar aquí.

— Tenía poder, era la *capo* de Milán.

— Entiendo.

— Lo más importante es que te mantengas a salvo.

— Aquí me siento segura.

— Qué bien. — Sonrió mientras me daba un beso. — Pronto necesitaré que visites a unos gitanos conmigo. Vernos juntos podría facilitar la alianza que queremos forjar con tu pueblo.

— Por supuesto.

— Pensé en empezar por Sicilia. Es poco probable que Ramón tenga alguna influencia sobre la isla, lo que hace más seguro exponerte.

— Me encantaría ir a Sicilia. No conozco la isla. De hecho, solo he estado un par de veces con mi madre en Alemania para visitar a unos parientes.

— Te gustará. La cuñada de Tatiane es la *capo* de Palermo y formamos una fuerte alianza con ella después de la boda.

— ¿Otra mujer?

— Sí, nos estamos modernizando poco a poco. — Se rió. — Te gustará Ángela. Es inspiradora, por no decir dura.

— Ya tengo ganas de conocerla.

Me rugió el estómago y me lo tapé con las manos, un poco avergonzada.

— Ponte algo mientras me pongo unos pantalones cortos y bajamos a cenar. Ustedes dos necesitan comer algo.

Elegí un vestido largo y bajamos a reunirnos con el resto de la familia alrededor de la gran mesa del comedor. Mateo podría haber pensado que era demasiada gente, pero a mí me gustaba la casa llena y la sensación de que todos estuviéramos allí para los demás. Esperaba que quisiera tener muchos hijos conmigo, pero ése era un detalle que le preguntaría más tarde.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO III

MATEO

Capítulo cuarenta

El tiempo estaba nublado y la brisa era fresca cuando bajamos en el aeropuerto de Palermo. A pesar de las muchas nubes y del tiempo que anunciaba lluvia, el olor a mar invadió pronto el avión al abrir la puerta, recordándome que estábamos en una región costera. Aunque Ostia estaba en la costa de Roma, no era ni de lejos tan bonita y turística como Palermo.

— ¿Vamos, Luize? — Le tendí la mano a mi mujer, que seguía con los ojos pegados a la ventanilla del avión.

Desde el momento en que entramos en él, me sorprendió que tuviéramos nuestro propio avión. Por mucho que los gitanos presumieran mucho, no tenían ni de lejos los mismos recursos que nosotros.

— ¿Adónde vamos ahora? — Aceptó mi mano mientras se subía la larga falda azul marino con la otra.

Ya le había dicho que no veía nada malo en que enseñara un poco los tobillos, las rodillas e incluso los muslos, pero si quería seguir vistiéndose según su cultura, no iba a insistir. De todos modos, cuando estábamos solos, yo tenía derecho a verlo todo y me conformaba con eso.

— Te llevo a comer, imagino que tendrás hambre.

— Sí.

La llevé conmigo y bajamos las escaleras que conducían a la pista de aterrizaje, donde nuestros hombres, que se alojaban en la zona, ya nos esperaban con dos coches. Nos metimos en la parte trasera de uno. Luigi se sentó en el asiento de acompañante y los demás que habían venido conmigo en el otro coche.

Fuimos a un restaurante de lujo que teníamos en el paseo marítimo. Luize había conocido una versión modesta de la riqueza a lo largo de su vida, pero yo quería demostrarle lo que tenía casándose conmigo.

Asomada a la ventana, no apartaba la vista del exterior. Observó atentamente cada calle, edificio y persona que pasaba.

— ¿Disfrutando de la ciudad? — Me acerqué a ella y le hablé al oído, solo para verla retorcerse. Me encantaba ver los efectos que mis caricias y provocaciones tenían en ella.

— Sí, hay mucha gente diferente, como en Roma.

— También es una ciudad con muchos turistas.

— Me lo imaginaba, vi unos edificios preciosos al fondo y también una playa.

— Estoy seguro de que te gustará a dónde te llevo.

— ¿Vas a darle una sorpresa? — Se volvió hacia mí con una hermosa sonrisa que me hizo desear besarla aún más.

— He dicho que vamos a comer.

— Pero hay muchos sitios donde comer.

— Lo sabrás cuando lleguemos.

Luize volvió a asomarse a la ventanilla y yo envié un mensaje a Cristian para que me mantuviera informado de la ubicación de Ramón. Lo habíamos localizado en un punto al norte de Roma, pero pronto el cabrón volvió a desaparecer antes de que pudiéramos ponerle las manos encima. Era como si estuviera jugando a ser un topo, utilizando los túneles para esconderse. La verdad era que le había subestimado, pensando que no tenía capacidad para causar problemas, pero eso ya no volvería a ocurrir.

El coche se detuvo y volví a guardarme el móvil en el bolsillo.

— Creo que hemos llegado. — Mi mujer se volvió hacia mí.

Asentí y la tomé de la mano. Esperé a que Luigi abriera la puerta para bajar los dos.

Estábamos frente a una pequeña escalera de madera que subía a un puente y conducía a la entrada del restaurante, construido enteramente sobre el agua. Las puertas de cristal se abrieron nada más acercarnos y el suelo tenía una franja de cristal, armonizada con la madera, que permitía ver el agua, muy azul y cristalina, moviéndose al ritmo de las olas que rompían en la playa.

— Nunca he estado en un lugar tan hermoso.

— Pensé que te gustaría.

— ¡Wow! — suspiró Luize, observándolo todo con minucioso detalle.

— Señor Bellucci. — Una mujer bien vestida con un traje femenino se acercó a nosotros. — Señora Bellucci — habló cuando se fijó en el anillo de boda de la mano de Luize.

— ¡Hola!

— ¿En qué mesa les gustaría sentarse?

— La que tenga la mejor vista del mar. — Luize la eligió y yo no tenía intención de desafiarla. Quería verla feliz, porque a mí también me hacía feliz.

— Por favor, síganme. — Nos hizo un gesto para que la siguiéramos y Luize y yo caminamos codo con codo hasta llegar a una mesa frente a una pared de cristal, que nos daba la sensación de estar en medio del océano.

Le acerqué una silla a mi mujer y me senté a su lado. La mujer nos entregó los menús antes de marcharse.

— ¿Qué te parece el lugar? — Acaricié la mano de mi mujer sobre la mesa.

— Perfecto. — Le brillaban los ojos.

Me alegró verla encantada, con sus ojos curiosos repasando cada rincón del enorme salón con pocos clientes. Nunca imaginé que pudiera disfrutar tanto mimando a alguien.

Tras unos minutos observando el lugar, Luize bajó los ojos y miró el menú que había en una carpeta de cuero.

— Tomaré ensalada de vieiras como entrante y langosta con salsa blanca y aliño de hierbas como plato principal. — Luize le devolvió el menú.

— Podría ser el mismo entrante para mí y salmón con alcaparras para el plato principal.

— ¿Quieren tomar algo? — preguntó el camarero, que estaba junto a nuestra mesa esperando nuestros pedidos.

— Su mejor vino blanco y un zumo de uva entero. — Cerré el menú y se lo entregué.

— Me ocuparé de ello.

Luize me miró fijamente.

— ¿Qué te pasa? — Me incliné sobre la mesa para mirarla.

— Eres muy hermoso. — Extendió la mano para tocarme la cara y sonreí cuando sus delicados dedos se deslizaron por mi ceja, el lateral de mi cara y mi mejilla con los pelos de mi barba empezando a crecer.

— Tú también. — Le tomé la mano y le besé el dorso.

— Estoy contenta.

— Me gusta oírte decir eso.

— Más de lo que imaginé cuando me dijeron que me casaba. Ramón no parecía un mal hombre, pero estar contigo es diferente.

— Sabías que yo era mejor. — Sonreí.

— Tal vez. — Se rió.

— Tarde o temprano, yo también iba a tener que casarme y, a pesar de todo, creo que

tuve la suerte de poder elegir.

— ¿Me elegiste a mí?

— ¿No te parece?

— Simplemente, me convenciste. — Se encogió de hombros.

— Soy un Bellucci. Te puedo convencer.

Sonrió y bajó las manos, volviendo a observar el paisaje más allá de la pared de cristal. Seguí sus ojos y observé cómo el cielo se volvía cada vez más azul a medida que las nubes desaparecían y eran empujadas por el viento.

El camarero no tardó en colocarnos los entrantes delante, sirviéndonos el vino a mí y el zumo a ella.

— ¿Cuánto tiempo crees que estaremos aquí? — Sacudió la cabeza y volvió a mirarme.

— Un par de semanas. Hay muchas familias gitanas y tengo intención de visitarlas a todas, enseñártelas y hablar de nuestras condiciones para una alianza.

— Creo que aceptarán. Será bueno para todos.

— Eso es lo que espero.

— Cuando volvamos, ¿puedo decirles a tu madre y a mi familia que vamos a tener un bebé? — Se mordió el labio inferior de una forma tan sexy que me dieron ganas de besarla, y me miró avergonzada.

— ¿No quieres esperar un poco más?

— Estoy deseando contárselo pronto.

— De acuerdo, hablaremos con ellos. Se lo diremos.

— Gracias.

Alargué la mano y volví a acariciarle la cara. No lo admití en voz alta, pero debo confesar que, a pesar de mi conmoción inicial, me sentía muy feliz con la idea de ser padre. Había esperado que, como hombre, tendría muchas funciones importantes en la vida, pero ésta resultó ser esencial. Entendía cuando decían que todo el mundo había nacido para pasar por esa fase, solo esperaba poder tener pronto a mi hijo en brazos. Me había burlado de la cara de tonto que puso Marco los primeros días después de nacer Dante, pero imaginaba que haría lo mismo.

Luize clavó el tenedor en una vieira de mi plato y yo le lancé una mirada recriminatoria.

— ¡Oye! ¿Qué crees que estás haciendo?

— Creo que es romántico.

— ¿Robar comida de mi plato? — Rei.

— No, no. — Levantó su tenedor y lo acercó a mis labios. — Esto lo es.

Abrí la boca y dejé que me sirviera.

— ¿Así que te parece romántico meterme comida en la boca?

— ¿Verdad que sí? — Dejó el tenedor y se alejó, como si mi actitud le hubiera echado un cubo de agua fría encima

Sonreí e hice lo mismo. Tomé una porción de su plato con el tenedor y sujeté su mentón con la otra mano para que pudiera mirarme. Rodeé sus labios con el marisco y Luize los abrió para que se lo sirviera, pero tardé un poco más, observando cómo ponía los ojos en blanco y esperaba ansiosa mientras yo tocaba. Cuando por fin se lo puse en la lengua, cerró los labios sobre el tenedor mientras lo sacaba y empezó a masticar tras dejar escapar un suspiro.

— Me dan ganas de meterte otra cosa en la boca.

— ¡Mateo! — Sus mejillas se sonrojaron.

— No dije gran cosa. — Me encogí de hombros, fingiendo inocencia.

— Tus ojos te condenan.

— No saques conclusiones precipitadas, esposa.

— Entonces, ¿a qué te refieres? — Sorbió su zumo.

— A mi pene.

— ¿Lo ves? — Ocultó la cara con las manos y habló en voz baja, esperando que ninguna de las otras personas del restaurante escuchara nuestra conversación.

— Fuiste tú quien preguntó.

— Solo porque dijiste que no era inapropiado.

— Eso no es lo que he dicho. Solo dije que no era para tanto. Y no lo es. Estamos casados.

— Sí, así es. — Acarició mi mano sobre la mesa y me miró con una mirada apasionada que me hizo hundirme aún más en sus ojos.

— Te quiero, Mateo.

— Yo también te quiero, mi gitana. — La agarré de la barbilla y tiré de ella para darle un beso rápido antes de volver a comer.

A pesar de la finalidad política de aquel viaje para la mafia, estar allí con Luize me hizo darme cuenta de que aquel momento nos haría mucho bien a los dos.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO III

LUIZE

Capítulo cuarenta y uno

Terminamos de comer y salimos del precioso restaurante. Pensé que nos dirigiríamos a alguna cita importante, pero en lugar de subir al coche que nos esperaba fuera, Mateo se desvió un poco y bajamos por una escalera de madera que conducía a la playa.

Me soltó las manos para quitarse los zapatos.

— ¿Qué haces? — Incliné la cabeza para analizarlo mientras Mateo se quitaba los calcetines.

— Es mucho más fácil caminar descalzo por la arena.

— ¿Caminaremos?

— ¿Por qué no?

Mi respuesta fue agacharme y quitarme las sandalias, entrelazando mis dedos con los suyos mientras sujetaba los zapatos con la otra mano.

La arena era suave y caliente, tardé un rato en acostumbrar las plantas de mis pies, pero no me atreví a protestar en ningún momento. Tenía muchas ganas de ver el mar con mi marido. Caminamos hasta donde la arena estaba mojada y las olas rompían sobre nuestros pies en un toque agradable y refrescante. También era agradable la brisa que venía del océano y me echaba el pelo hacia atrás como un velo.

Mateo dejó caer sus zapatos en la arena y me levantó, haciéndome girar como una hoja al viento.

— ¡Ten cuidado! — Me agarré por reflejo a sus hombros para darme un poco más de estabilidad. — Me voy a caer.

— Nunca te dejaré caer, amor. — Me hizo girar como si fuera una muñeca de trapo y acabé agarrándome más fuerte a su cuello.

— Me voy a marear.

Se rió y me inclinó hacia atrás. Pensé que me iba a caer, pero bajé suavemente hasta que mi espalda descansó contra la arena y Mateo se tumbó encima de mí.

— ¿Así estás mejor? — Me miró con la nariz pegada a la mía, con una mirada firme que no pude apartar.

— Sí.

Giró la cabeza hasta que su boca encajó perfectamente con la mía y mis manos bajaron por su cuello, hasta sujetar sus hombros cubiertos por la chaqueta de su traje. Sabía que no era nada apropiado que estuviéramos tumbados en la arena besándonos así, pero fue un pensamiento que aparté rápidamente para que mi lengua pudiera conectar con la de Mateo.

Me mordisqueó el labio antes de arrastrar su boca por mi cuello, provocando escalofríos, pulsaciones y un torrente de otros efectos que me dejaron completamente a merced de sus caricias.

Apreté con más fuerza sus hombros cuando me mordió la garganta y dejé escapar un gemido de placer. Cerré los ojos por el fuerte sol y reprimí esa sensación, lo que me dejó aún más envuelta por las sensaciones que Mateo estaba provocando en mí.

Las manos de mi marido se deslizaron por el costado de mi cuerpo, recorriéndolo hasta llegar a mi cintura, y luego bajaron por mis muslos, donde empezó a subirme la falda, que de pronto no le pareció lo bastante larga.

— ¡Mateo!

— Te deseo, Luize. — Acercó su boca a mi oreja y tuve la certeza de que no estaba jugando limpio. — ¿Cuándo volveríamos a tener la oportunidad de tener sexo en la arena?

— ¿Y si alguien pasa?

— No te preocupes, mis hombres asegurarán nuestra privacidad.

— ¡Tus hombres! — Le di una palmada en los hombros.

— No te preocupes por ellos. — Me mordió la oreja y me pasó la lengua húmeda y caliente por el cuello, dejando un rastro húmedo que me produjo escalofríos y me erizó todos los pelos del cuerpo.

— Mateo... — Gemí su nombre cuando su mano subió por dentro de mi blusa y tocó directamente mi pecho.

Su pulgar presionó mi pezón y jugó con él, haciendo cada vez más difícil no ceder a la descabellada idea de practicar sexo en un lugar público.

Le pasé las uñas por la línea de la columna y le apreté la cintura cuando deslizó la otra mano dentro de mi sujetador y me agarró los dos pechos a la vez. Volví a gemir justo antes de que el peso de su boca silenciara mis sonidos.

Por reflejo, crucé las piernas sobre sus tobillos y Mateo bajó las manos, subiéndome la falda todo lo posible, antes de bajarse la cremallera de los pantalones, sacar su pene y acercarlo a

mis bragas. Esa fue la última carta contra la que no podría luchar, ya que todo mi cuerpo palpitaba. Lo deseaba, eso era innegable, y parecía que incluso la prudencia y los buenos modales podían dejarse de lado ante el deseo.

Sus dedos se deslizaron por la tela de mis bragas y me retorcí, hundiendo aún más la cabeza en la arena mientras no podía pensar en otra cosa que no fuera gemir. Le pasé una mano por la nuca y le agarré el pelo, enredando los dedos en él.

Mateo agarró el elástico de mi ropa interior y tiró, rasgándolo. Estaba tan absorta en el momento que ni siquiera protesté. Estaba completamente preparada para él y el grito que escapó de mi garganta fue de puro placer.

Subí las piernas hasta rodearle la cintura y lo apreté contra mí, haciéndole llegar aún más profundo. Nos besamos de nuevo y nuestras lenguas lucharon por tocarse mientras nuestros gemidos se hacían más fuertes.

Mi marido apartó ambas manos de mi cuerpo y las apoyó en la arena, dándome apoyo para moverme más deprisa. Con cada embestida, me retorcía, le tiraba del pelo y me echaba más y más arena encima.

Si había una pizca de pudor en mí, fue completamente expulsado por el placer. Nada parecía capaz de hacerme querer apartarle, al menos no antes de que llegáramos al clímax. Mateo levantó la cabeza para mirarme y pude ver cómo movía los labios mientras gemía. Le rodeé la cara, viendo cómo se le ponían los ojos en blanco, hasta que volví a atraerlo hacia mí, haciendo que me besara de nuevo.

Mi cuerpo quería más y más. Lo apreté con mis piernas. Me froté contra él, aumentando aún más el placer que me embargaba. No me había dado cuenta de lo delicioso que era el sexo hasta que Mateo me mostró el camino.

Mateo me mordisqueó el labio inferior y tiró de él hasta agrietarlo. Me di cuenta de que su respiración se hacía más urgente hasta que, en un instante, mi marido se giró de lado y se salió de mí. Le seguí con la mirada hasta que le vi tocarse el miembro mientras eyaculaba sobre la arena. Se quedó quieto unos minutos antes de volver a ponerse encima de mí.

Su mano encontró el camino hacia mi zona íntima. Clavé la mía en la arena y arqueé el cuerpo hacia arriba mientras su dedo empezaba a moverse sobre mi clítoris. Por más que intentaba mantener los labios cerrados, me parecía imposible contener los gemidos, que se hicieron aún más intensos a medida que alcanzaba el éxtasis.

Me desplomé sobre la arena, con el pecho subiendo y bajando frenéticamente y la sensación de que me habían succionado toda la fuerza del cuerpo. Tuve la impresión de que no podría levantarme en los minutos siguientes.

— No deberías haberme roto las bragas — protesté, con la voz entrecortada.

— Te quiero sin ella. — Se rió.

Nos quedamos mirando el mar y el cielo, suspirando y tocándonos cariñosamente mientras nuestros cuerpos se recuperaban de toda la experiencia.

Solo cuando me levanté, me di cuenta de que estaba completamente cubierta de arena. Me pasé las manos por el pelo y la ropa, pero no fue suficiente para deshacerme de todo.

Mateo me miró fijamente y, al ver mi desesperación por limpiarme, se echó a reír.

— Tú también estás sucio. — Señalé su chaqueta y sus pantalones, amarillos por las capas de arena.

— Es un efecto secundario de tumbarse en la arena. — Se sacudió el pelo como un perro y provocó que la arena volara por todas partes.

— ¡Ojo!

— Estoy intentando limpiarme yo también.

— Espero que no tengamos ninguna cita importante ahora. No puedo ir con arena y sin bragas.

— Pensar en ti sin bragas me excita mucho.

— ¡Mateo!

— Será mejor que vayamos al hotel y nos demos una ducha antes de ver a los Mancini.

— Estoy de acuerdo.

— Vamos. — Me tendió la mano.

— ¡Sujétame! Faltan mis zapatos. — Me agaché a recoger mis sandalias del suelo y Mateo recogió sus zapatos antes de dirigirnos al coche, que nos esperaba en el paseo marítimo, no muy lejos de donde estábamos.

Intenté no sentirme extremadamente avergonzada ante la posibilidad de que alguno de los hombres hubiera presenciado lo que acababa de ocurrir en la arena, por muy difícil que hubiera sido.

Nos acomodamos en el asiento trasero del coche, ensuciándolo todo, y Mateo dejó caer sus zapatos al suelo antes de acercarse a mí.

— Le puse el dedo sobre los labios, pero Mateo apartó la mano y me besó. Me reí cuando me subió a su regazo, haciendo que la arena volara por todo el coche. Sin embargo, mi risa fue acallada por sus besos, que duraron hasta que llegamos a la habitación del hotel, y se hicieron más intensos cuando estuvimos solos bajo la ducha.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO III

MATEO

Capítulo cuarenta y dos

Era última hora de la tarde cuando llegamos a la mansión Mancini. Tomé la mano de mi mujer y la conduje hasta la entrada de la casa de la playa, bien iluminada.

En el centro de la gran sala estaba la *capo*, con el heredero a su lado y otros dos hombres. Nuestras miradas se cruzaron y vi a una mujer aún más firme que la última vez. Imagino que no fue fácil para ella tomar la decisión que tomó, y fue aún más difícil mantener el control sobre todo y sobre todos siendo una mujer que, en teoría, no tenía derecho a estar allí.

— Ángela. — Sacudí la cabeza.

— Mateo, bienvenido.

— Gracias. — Me volví hacia Luize y la señalé. — Esta es mi mujer.

— La gitana. — Ángela la observó con minucioso detalle, lo que me incomodó un poco, pero no dije nada porque Luize seguía sonriendo y no parecía importarle.

— Sí, soy gitana. — Mi mujer hinchó el pecho, como si no se avergonzara en absoluto de sus orígenes. Si había algo que realmente admiraba de ella era su valentía, aunque a menudo me podía parecer una estupidez.

— Todo el mundo habla de ti.

— Me lo imagino. — Luize jugueteaba con su pelo rubio mojado. — No todos los días una gitana se une a la realeza mafiosa.

Ángela giró la cabeza para mirarme y sonrió, antes de presentar a Luca, el heredero de los Mancini, a Luize.

— Me gusta ella — dijo Ángela.

— Aún no has visto nada. — Me encogí de hombros mientras me metía las manos en los bolsillos.

— La mafia necesita otras mujeres valientes. Bienvenida a mi casa, Luize. — Ángela ofreció su mano a mi mujer, quien la abrazó.

— Gracias.

— ¿Así que has venido a hablar con los otros gitanos? — Ángela entabló conversación cuando nos sentamos frente a ella en el sofá del salón.

— Sí — respondí en tono más firme. — Queremos que se acabe la disputa, y será bueno

para todos reducir los conflictos.

— Como dice tu hermano, la guerra no es buena para los negocios.

Asentí con la cabeza.

— Estamos deseando que acabe el conflicto con los gitanos — continuó Ángela. — La semana pasada me reuní con otros *capi de la isla* y se ilusionaron mucho con la boda. No será la primera ni la última vez que resolvamos nuestros problemas de esta manera.

— Los matrimonios son símbolos muy importantes — continué. Aunque no fuera cierto, era mucho más plausible que estuviera con Luize en un acto para beneficiar a la mafia a que simplemente la hubiera elegido entre otras posibles mujeres que considerara más adecuadas.

— Yo seré la garantía de que los gitanos serán respetados a partir de ahora — Luize dijo algo que sonó a palabras vacías, pero conociéndola, sabía que no eran solo palabras.

— Estoy dispuesta a llegar a un acuerdo. — Ángela se cruzó de brazos. — Es bueno para la familia que los conflictos hayan terminado.

— Nos ocuparemos de ellos y respetaremos el territorio que ya tienen.

— Me parece bien.

— Mañana temprano, Luize y yo empezaremos a visitar a las familias más importantes de Palermo, las que tienen más influencia sobre las demás. Presentaremos el acuerdo y hablaremos de nuestras condiciones. Espero que en unas semanas todos los gitanos de Palermo me respondan.

— Parece muy ambicioso.

— Soy un Bellucci.

— Nunca lo olvidaré. — Ángela me dedicó una sonrisa forzada y me di cuenta de que probablemente estaba recordando la muerte de su marido. Aquel pasado fue doloroso para todos nosotros.

— Luego iremos a las otras ciudades, pero pretendo volver a Roma con la situación resuelta aquí en Sicilia.

— Será muy bueno para todos nosotros.

— Seguro que sí.

— ¿Por qué no te quedas a cenar con nosotros? — Señaló el interior de la casa.

— Quizá en otra ocasión. Quiero enseñarle a mi mujer algo de la ciudad antes de centrarnos en los negocios.

— Realmente hay muchos lugares hermosos que ver.

— Estoy encantada con la ciudad. — Luize sonrió.

— Estaría bien que vinieras más a menudo. La próxima vez, trae a mi cuñada. Estoy deseando volver a verla y saber de mi sobrina.

— Tal vez Theo y ella vuelvan aquí pronto. — Fui evasivo en mi respuesta.

— Eso espero.

— ¿Vamos? — Me levanté del sofá y tendí la mano a mi mujer.

— Fue un placer conocerte. — Luize sonrió a Ángela.

— El placer es mío. Bienvenida a Palermo.

— Gracias. — Luize la abrazó una vez más antes de alejarse.

— Los mantendré informados de los progresos.

— Gracias.

Luize y yo salimos de casa y volvimos al coche, donde nos esperaban mis hombres. Ella se acomodó en el asiento de cuero a mi lado y me miró con una sonrisa y aire alegre.

— ¿Qué te pasa? — Le toqué la cara y le pasé un mechón de pelo por detrás de la oreja.

— Es agradable conocer a una mujer *capo*. ¡Parece tan fuerte!

— Sí, creo que es uno de los muchos adjetivos para describirla. El matrimonio de Theo con Tatiane debía garantizar el poder de Ángela en Palermo y nuestra influencia en toda la isla.

— ¿Por qué se casó Marco con Laís?

— Para tener acceso a un puerto estratégico para traer drogas de América Latina.

— Así que todos piensan que te casaste conmigo para hacer una alianza con los gitanos.

— Si hay algo en lo que nuestro matrimonio no ayudó fue a forjar una alianza con tu ex prometido. — Me reí y ella también.

— No me importa lo que piensen los demás. — Me tocó la cara.

— ¿No?

— Soy feliz contigo y eso es lo único que importa.

— Sí. Eso es lo que importa. — La besé mientras Luigi maniobraba el coche para alejarnos de la casa de Ángela Mancini y llevarnos a otro de nuestros restaurantes.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO III

LUIZE

Capítulo cuarenta y tres

Aquella mañana me levanté temprano y me preparé para mi primera visita a una familia gitana, una de las muchas que haría con mi marido. Al igual que él, yo también deseaba esa alianza, sobre todo para que dejaran de considerarnos inferiores. Merecíamos respeto como cualquier otro pueblo, aunque tuviera un precio.

— Ponte esto. — Mateo entró en el cuarto de baño y colocó delante de mí una caja de terciopelo. Cuando la abrió, me sorprendió ver un precioso juego de plata con montones de esmeraldas en diferentes formas de hexágono y gota, formando un hermoso collar. Junto a él había un par de pendientes y una pulsera a juego.

— Mateo, ¡gracias! Es muy bonito.

— Sé lo mucho que te gustan las joyas y quiero que estés radiante.

— Muchas gracias. — Me di la vuelta para besarle.

— ¿Puedo ponértelo? — Mateo tomó el pesado collar del soporte.

— Sí. — Volví a girarme y aparté el pelo.

Mateo me lo colocó alrededor del cuello y me besó la nuca tras abrocharme la cremallera, provocándome un escalofrío.

— No hagas eso. — Gemí.

— No hice nada. — Se encogió de hombros.

— Tenemos que irnos.

— Pensé que podría convencerte de que volvieras a la cama. — Me empujó con su cuerpo contra el lavabo del baño.

— Sabes que tenemos una cita.

— Qué pena. — Se alejó haciendo pucheros.

— Más tarde volveremos a la cama. — Agarré la solapa de su chaqueta y Mateo sonrió.

— Eso me anima a hacer un buen trabajo y a volver pronto.

Me puse de puntillas y besé a mi marido antes de darme la vuelta para ponerme los pendientes y la pulsera.

— ¿Qué tal estoy? — señalé mi vestido largo y floreado.

— Hermosa. — Me tomó de la mano y me hizo girar. — ¿Lista para irnos?

— Sí.

Mateo se miró en el gran espejo del baño y jugueteó con su pelo, echándoselo hacia atrás antes de ofrecerme su mano para que pudiéramos salir juntos de la habitación.

Los hombres nos esperaban en el coche y sabían adónde íbamos sin que mi marido se lo dijera. Mateo sacó algo del bolsillo de su chaqueta y se lo puso en la oreja.

— Cristian, ¿alguna noticia sobre Bayo? — Hubo una pausa mientras Mateo recibía información a través de los auriculares. — Muy bien, mantenme informado.

— ¿Qué ha pasado? — pregunté, con una mezcla de curiosidad y miedo.

— No hay de qué preocuparse. Sabemos que Ramón se esconde en los túneles bajo la ciudad como la alimaña que es, pero aún no hemos encontrado el lugar concreto para enviar a nuestros hombres a deshacerse de él. Marco quería resolver el asunto pacíficamente, pero se ha dado cuenta de que no hay manera.

— ¿De verdad tienes que matarlo? — Tragué saliva, sintiendo que se me hacía un nudo en la garganta.

— Pensé que no te importaba.

— Lo que no significa que lo quiera muerto.

— Mató a varios de los nuestros y golpeó directamente la casa de un *capo*. No podemos cerrar los ojos y fingir que no ha pasado nada.

— Lo entiendo, pero sigue siendo algo malo.

— No quiero que tengas que preocuparte por eso. — Me acarició la mejilla y cerré los ojos para dejarme envolver por su calor.

— Creo que es bueno que yo entienda cómo funciona todo, así no tendrás que ocultarme nada.

— Si eso es lo que prefieres…

Afirmé con la cabeza.

— Espero que la alianza ponga fin a estos conflictos.

— Es lo que todos queremos. — Mateo envolvió mi mano entre las suyas y yo estiré mi cuerpo para darle un beso.

Me senté junto a mi marido en el asiento trasero del coche hasta que éste se detuvo frente a una casa de gitanos. Era evidente por los adornos del exterior, los numerosos vehículos de vivos colores y los niños con ropas vistosas que correteaban y jugaban a la pelota.

Tomados de la mano, nos dirigimos a la puerta, donde un hombre vestido con una blusa floreada y un sombrero blanco nos abrió y nos hizo pasar. Las paredes de la habitación eran de un color azul oscuro con adornos, las pantallas de las lámparas estaban bordadas con flecos y por toda la habitación había muchos colores brillantes y tonos dorados.

Nos guiaron hasta el centro de la sala, donde nos esperaba un hombre vestido con un traje negro y una camisa roja debajo. Puede que nunca le hubiera visto antes, pero me recordaba mucho a mi padre.

— Bienvenido a mi casa.

— Gracias. — Le dediqué una gran sonrisa.

— Luize Sinti se ha hecho muy famosa últimamente.

— Luize Bellucci. — Mateo le corrigió.

— Espero que no olvide sus orígenes. — El hombre miró a mi marido y lo único que yo no quería era que empezaran a intercambiar improperios. Al fin y al cabo, acabábamos de llegar.

— No lo olvidaré. — Mantuve mi postura mientras le aseguraba al hombre. — ¿Podemos sentarnos? — señalé el sofá que tenía delante.

— Por favor — nos animó.

Me llevé a mi marido conmigo y nos instalamos frente al jefe de la casa.

— Perdona que sea grosero, pero ¿cómo se llama?

— Santino... Santino Fiori.

— Es un placer conocerle, señor Fiori.

— Debo suponer que al menos ha oído rumores sobre nuestra llegada — dijo Mateo, poniendo fin al tono distendido de la conversación.

— Todos los gitanos hablan de la boda y del anillo.

— Bien. — Mateo volvió a cogerme la mano. — Mi matrimonio con Luize es la prueba de que estamos dispuestos a aceptar a los gitanos y tratarlos como iguales, además de proporcionarles bienes para que los vendan en las calles. A cambio, esperamos que no creen nuevos conflictos ni intenten invadir nuestras tierras.

— ¿Quién nos garantiza que seremos respetados si inclinamos la cabeza ante usted?

— Yo lo haré — dije, y ambos me miraron, tanto Santino como mi marido. No lo acordé con Mateo, pero él no me lo reprochó.

Conocía a los gitanos como nadie y sabía que necesitaban algo más que un puñado de

palabras mezcladas con un montón de amenazas.

— Lo siento, señora. — Me miró con dulzura. — Pero solo es una mujer.

— No, señor. No soy solo una mujer. Soy gitana y soy una Bellucci.

— ¿Y eso qué garantiza? — Inclinó su cuerpo hacia mí con una expresión claramente interrogante.

— Que sea escuchada por ambas partes. — Mateo volvió a tomarme la mano y dio crédito a lo que yo decía. — Es la mejor garantía que puedes tener.

— Podría ser. — Dio un paso atrás, alineando las cuentas contra el respaldo del sofá. — Pero he oído que persiguen a tu antiguo prometido y que probablemente acabe muerto.

— Mi hermano fue a Estados Unidos para matar a nuestro tío y vengar la muerte de nuestro padre. La mafia sigue siendo la mafia. Nuestras reglas de la ley y el honor se extenderán a ti. No significa que no haremos nada si planteas un problema. Actuaremos de la misma manera que lo haríamos con cualquier otra persona.

— Entiendo.

— Los gitanos han sido marginados durante mucho tiempo y ésta es una oportunidad para que empecemos a cambiar esa situación — continué mi discurso.

— Parece muy decidida.

— ¿Llegaremos a algún lado si no lo somos?

— Tienes razón.

— ¿Así que aceptas nuestras condiciones? — Mateo le miró fijamente y se hizo el silencio durante unos interminables minutos.

— Sí. — Santino le tendió la mano a mi marido, que se la estrechó.

— ¡Estupendo!

— ¿Cómo nos abastecerán?

— Ángela Mancini tratará directamente con usted, como hace con todos los responsables de la venta de los productos aquí en Palermo.

— Bien. — El hombre se volvió hacia mí antes de que me levantara con Mateo. — Que esta alianza sea duradera, por favor.

— Lo haré.

— Eso me tranquiliza.

— Gracias por dedicarnos parte de su tiempo. — Le sonreí y me levanté, seguida de mi

marido.

— ¿Bellucci? — Santino llamó a Mateo mientras caminábamos hacia la puerta.

— Sí. — Giró sobre sus tobillos para mirar al hombre detrás de nosotros.

— Fueron inteligentes, como siempre.

— No me extraña que nosotros pongamos las reglas. — Mateo sonrió antes de abrazarme y seguir llevándome fuera de la casa.

— ¿A qué se refería? — pregunté cuando volvimos al interior del coche.

— A nuestra boda.

— Ah. — Sonreí torpemente al recordar que todos pensaban que mi matrimonio con Mateo había sido simplemente una alianza, como siempre ocurría en la mafia.

— Debo felicitarte.

— ¿Por qué?

— Lo has hecho muy bien. No sabía que fueras tan ingeniosa. Después de todo, nunca has negociado con nadie antes.

— No sabes las negociaciones que tuvimos que hacer viviendo con tanta gente en la misma casa. — Me reí y él se rió conmigo. — Me alegro de no haber hablado demasiado ni haberte decepcionado.

— De hecho, me has sorprendido y ha estado muy bien. Si puedes hacerlo igual de bien con las otras familias gitanas que tenemos que visitar, estoy seguro de que podremos forjar esta alianza más rápido de lo que pensábamos.

— Solo tienen que entender que les escucharemos.

— ¿Y estás preparada para este papel?

— ¿Seguir conociéndolos en su negocio?

— No. Ser la diplomática.

— ¡Ah!

— Los gitanos necesitan liderazgo, Luize. La principal diferencia entre tu pueblo y el mío es que hemos aprendido a respetar la jerarquía y a trabajar juntos. Todo funciona mucho mejor así.

— ¿Cree que es posible que los gitanos se organicen como la mafia?

— No como la mafia, sino *con* la mafia y tú me ayudarás a hacerlo.

— Estoy preparada para el reto. — Hinché el pecho y sonreí.

— Por eso me gustas tanto. — Mateo me agarró la cara y me besó, pero antes de que pudiera subirme a su regazo, eché el cuerpo hacia atrás.

— Es mejor mantener la cremallera cerrada, aún nos queda mucho trabajo por hacer.

Cerró la cara y me reí.

Una princesa para la mafia y una reina para los gitanos. Siempre pensé que estaba destinada a más, pero esto fue una gran sorpresa.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO III

MATEO

Capítulo cuarenta y cuatro

— ¿Cómo fue el encuentro con los gitanos en Sicilia? — Marco se movió en su silla cuando entré en la habitación y ni siquiera se molestó en preguntarme cómo estaba.

— Mejor de lo que imaginaba.

— ¿Cuántos estuvieron de acuerdo? — Se levantó de su sillón de cuero y se inclinó sobre la mesa de madera oscura. La mirada analítica que lanzó en mi dirección no me asustó.

— Todos.

— ¿Sin roces ni amenazas?

— Sí.

— Qué sorpresa.

— Admiran a Luize y ven en ella una posibilidad real de que los veamos de otra manera. Dije que estaría bien casarse con una gitana.

— Tuvo que salir algo positivo, aunque la dejaras embarazada prematuramente.

— Hablando de eso, creo que ya es hora de que le contemos a nuestra madre lo del embarazo. Estará feliz de saber que tendrá otro nieto.

— El tiempo sigue siendo corto, solo si la has dejado embarazada la primera noche.

— En cierto modo, no es mentira. — Sonreí mientras me cruzaba de brazos y mi hermano mayor movía la cabeza negativamente.

— Bien, cuéntales a todos lo del embarazo. También podría ser una buena señal para los gitanos. No hay nada mejor para glorificar un matrimonio que los niños.

— Gracias.

— ¿Alguna información relevante sobre Ramón Bayo?

— Todavía no.

— Han pasado semanas. — Marco resopló.

— Sabes que soy la persona más interesada en capturar a ese hombre — le recordé. — Sigue escondido en los túneles de Roma, e imagino que se mueve con frecuencia para que las sondas que rastrean el lugar no lo encuentren. Ya debe de haberse convertido en un topo.

— Estaté atento.

— Lo estaré.

— Más tarde, habrá una fiesta para recaudar fondos para la ONG que dirigen Laís y Tatiane. Quiero que Luize y tú vengan. Es importante para ellas.

— Hablaré con mi mujer.

— ¿Hay algo más que quieras decirme?

— No.

— Hasta luego. — Señaló la puerta del despacho y me fui.

Me dirigí a mi habitación y al entrar vi a Luize de pie frente a un espejo con la mano en el estómago. Se miraba desde un ángulo y otro.

— ¿Has empezado a sentir algo? — Me apoyé en el marco de la puerta y se sobresaltó al verme allí de pie. Debía de estar tan distraída que no oyó abrirse la puerta.

— Todavía no. Solo me pregunto cuándo empezaré a sentirla a ella o a él.

— Imagino que tardarás unos meses, pero cuando menos te lo esperes, tu barriga irá tomando forma como la de Tatiane.

— Estoy deseando que llegue ese momento.

— No solo a ti. — Me detuve detrás de ella y puse mis dos manos sobre su estómago. — ¿Se lo decimos a mi madre?

— ¿Podemos? — Su sonrisa se ensanchó.

— Sí. Seguro que se alegrará mucho de saber que viene otro nieto en camino.

— O nieta.

— Sí. — Risas. — O nieta.

— Vamos a la biblioteca, imagino que estará allí. — Dejé que Luize me toma de la mano y me lleve por el pasillo hasta la habitación favorita de mi madre en la casa.

Como esperaba mi mujer, Rosimeire Bellucci estaba sentada en el sofá rojo y sumergida en uno de los muchos libros que llenaban la habitación.

— ¡Hola, hijo! — Levantó los ojos de la página y me miró. — ¡Luize! No sabía que habías llegado de Sicilia.

— Ha pasado poco más de una hora desde nuestra llegada.

— ¿Fue todo bien allí?

— Sí.

— Rosi, tenemos algo que decirte. — Luize se apresuró, parecía muy ansiosa después de haber guardado esa noticia durante tanto tiempo.

— ¿Qué pasa? — Mi madre arqueó las cejas y mostró una expresión tensa.

— Son buenas noticias, no hay por qué preocuparse.

— Ah, entonces dilo. No tengo el corazón para todo este suspenso.

— Estoy embarazada. — Luize saltó delante de mí.

— ¡Qué alegría! — Lo único que hizo mi madre fue lanzarnos el libro antes de acercarse a abrazarnos, envolviéndonos a mí y a mi mujer de golpe. — Es una noticia maravillosa. Estoy deseando que esta casa se llene de vida y de niños.

— ¡Yo también! — la animó Luize. Desde luego, mi mujer estaba más que acostumbrada a tener la casa llena de niños, pero yo no sabía si me gustaba tanto la idea, pero me ocuparía de un problema a la vez.

— He oído que estás embarazada. — Tatiane entró en la biblioteca acompañada de mi hermano. — ¡Felicidades!

— Gracias. — Ella y Luize se abrazaron.

— Mateo no perdió el tiempo. — Theo me dio una palmada en el hombro y me lanzó una mirada cómplice. Ambos sabíamos que en realidad no lo había perdido.

— Pronto tendré a mi bebé también. — Luize se acarició el vientre plano, que aún no mostraba señales de la nueva vida que allí crecía.

— Podemos hacer juntas la atención prenatal — sugirió Tatiane.

— Me encantaría tener compañía.

— Ah, mis hijas. — Mi madre suspiró emocionada.

— ¿No podías esperar un poco más? — Theo me llevó a un rincón de la biblioteca mientras las mujeres charlaban entre ellas.

— Luize estaba ansiosa por contárnoslo y yo también.

— Ya veo. Bueno, felicidades.

— Gracias.

— Tenemos que prepararnos para la fiesta — dijo Tatiane.

— ¿Fiesta? — Luize frunció el ceño mientras se llevaba la mano a la cintura.

— La recaudación de fondos para la ONG — explicó la mujer de mi hermano.

Luize me buscó con la mirada y yo me limité a negar con la cabeza, dándole a entender que estábamos tan enfrascados en otro tema que se me olvidó informarle.

— Vamos a prepararnos. — Tiró de mí y fuimos a nuestra habitación.

— No sé si tengo la ropa adecuada para una fiesta como esta. — Luize entró en el armario, registrando el lugar con la mirada.

— Siempre llevas la ropa adecuada. — La abracé por detrás y le besé el cuello. — Sobre todo cuando no tienes.

— ¡Mateo! — Se volvió hacia mí y me dio una palmada en el hombro.

— Creo que te quedará muy bien. Es más formal y más largo. — Señalé uno rojo que colgaba de una percha.

— Todavía no lo he usado, me lo regaló tu madre.

— Tiene muy buen gusto.

— Luego me lo pondré. — Tomó la percha y la llevó al dormitorio, dejando el vestido sobre la cama antes de empezar a desvestirse y entrar en el cuarto de baño.

No me lo pensé dos veces antes de ir tras ella y apretarla contra la pared de azulejos.

— No tenemos tiempo. — Habló con su boca sobre la mía.

— No necesito mucho. — Tiré de uno de sus muslos y lo puse alrededor de mi cintura.

Empecé a besarla suavemente, pero el contacto se hizo más profundo y abrasador. Le acaricié la cara y sentí que mi cuerpo se calentaba más mientras apretaba el suyo contra la baldosa helada. Froté mi erección contra su entrada, aumentando su lubricación natural hasta que encajé perfectamente.

Gemimos juntos y Luize me clavó las uñas en los hombros. Bajé mi boca de la suya, deslizándome hasta la base de su cuello, saboreando la suavidad y el perfume de su piel.

Sujeté su cintura con una mano y apoyé la otra en la pared, lo que me dio estabilidad para moverme. La presión que su canal ejercía sobre mi miembro con cada embestida era una auténtica delicia. Me moví con rapidez, haciendo que ella golpeara la pared con la espalda. Sabía que teníamos que irnos pronto, pero quería aprovechar al máximo el momento, aunque solo durara unos minutos.

Volví a acercar mi boca a la suya y capté algunos gemidos, mordisqueé sus labios y dejé que mi cuerpo se guiara únicamente por la insana necesidad de derramar mi semen.

Hundí los dedos en su cintura, marcando su piel, y Luize me rodeó el cuello con más fuerza, gimiendo en mi oído con cada embestida. No tardé en alcanzar el clímax, derramando mi semilla una vez más en su vientre ya fecundado.

Seguí moviéndome un poco más hasta que mi erección se calmó, disfrutando de sus

suaves gemidos hasta que me saqué de ella y sustituí mi miembro por mis dedos. Luize cerró los ojos y soltó un gemido aún más fuerte cuando toqué el punto de su cuerpo donde sentía más placer. No dejé de estimularla hasta que las señales de su cuerpo, su voz y sus ojos me dijeron que había llegado al orgasmo.

Le di un último beso antes de abrir la ducha. Nos duchamos y cuando salimos de la ducha ya nos habíamos recuperado de nuestro rápido pero intenso sexo. Entré en el armario para secarme y elegí uno de mis trajes y un pañuelo rojo a juego con el vestido de mi mujer. Ella se cambió, tomó un par de sandalias de tacón, un bolso del mismo color que su vestido, se recogió el pelo en un medio moño, que resaltaba aún más sus ojos, se puso el juego de rubíes que le regalé por nuestro compromiso y se maquilló ligeramente.

— ¿Qué aspecto tengo?

— Hermosa. — Le robé un beso, haciendo que se apartara.

— ¡Eh! Eso me quitará el pintalabios.

— Solo tienes que volver a aplicarlo.

— Si empiezas, sabes que no saldremos de la habitación.

— ¿Realmente lo necesitamos?

— ¡Mateo! Tus hermanos nos están esperando.

— Está bien. — Tomé una de sus manos y le besé el dorso antes de deslizarla por mi brazo, y nos alejamos por el pasillo tomados del brazo.

Cuando llegamos al salón, mis hermanos y sus esposas ya estaban preparados y esperándonos.

Nos dirigimos al lugar en tres coches, uno con cada pareja, acompañados de otros cinco vehículos, con casi cuarenta hombres para formar nuestro equipo de seguridad. Los mejores estaban allí para asegurarse de que nada se saliera de control, aparte de mis hombres, que nos seguían desde lejos a través de todas las cámaras de la ciudad.

La fiesta de recaudación de fondos para la ONG era una solemnidad que reunía a gente importante y muy adinerada de toda Italia. Al principio, la ONG se creó por Laís, pero no era más que una de las muchas formas que mi familia había encontrado para blanquear dinero. Para mantener la fachada, se llevaron a cabo muchas medidas para ayudar realmente a la población, como asistencia médica y jurídica para personas que no podían permitírsela, lo que acabó contribuyendo a la buena imagen de la mafia entre la población más humilde. Puede que el

gobierno no estuviera ahí para ellos, pero nosotros sí.

El acto se celebró en un precioso edificio de Roma, uno de los muchos edificios antiguos de la ciudad. La sala era preciosa, con un fresco en el techo y varias arañas de cristal que iluminaban a todos los presentes.

— ¡Qué lugar tan hermoso! — Luize me agarró más fuerte del brazo mientras movía la cabeza para mirar a un lado y a otro.

— Sí, muy bonito.

— ¿Has estado aquí antes?

— No, fueron Tatiane y Laís quienes decidieron todos los detalles de la fiesta. Quieren complacer a sus invitados para poder recibir generosas donaciones para la ONG.

— Pensé que era la mafia la que mantenía todo aquí.

— En la práctica, sí, pero para no llamar demasiado la atención, la ONG se comporta como cualquier otra y recibe donativos de cualquier persona interesada en ayudar a la causa.

— Interesante.

— Vamos a sentarnos. — Tomé a mi mujer del brazo y la conduje a una mesa redonda que ya estaba ocupada por mis hermanos mayores y sus esposas.

— ¿Se quedó Dante con Rosimeire? — preguntó Luize a Laís.

— Sí. Quería cuidar de su nieto. Dijo que ya no tenía ánimo para estas fiestas.

— Es bueno poder contar con ella.

— Sí, es una gran suegra.

— Es hora de tu discurso. — Tatiane llamó la atención de la mujer de mi hermano mayor.

— Voy para allá. — Laís le dio un beso rápido a Marcos antes de levantarse y dirigirse al pequeño escenario donde había un púlpito de cristal.

— Estoy encantada de darles la bienvenida. Esta es una velada única, que ayudará a la población necesitada de Roma, así como a los numerosos sin techo y refugiados que llegan cada día a la ciudad — comenzó Laís, diciendo muchas cosas que contribuían a la imagen de la organización que dirigía.

Miré a Luize y a mis hermanos en la mesa. Me alegré de haber venido, porque no recordaba la última vez que habíamos salido juntos de aquella manera que no fuera para resolver un gran problema de la mafia. Además, no creía que hubiera llegado el momento, al menos no

tan pronto, en que los tres estuviéramos felizmente casados.

Tras el discurso de Laís, le tocó el turno a Tatiane, que habló de la importancia de las donaciones y presentó todas las medidas sociales que la ONG pretende poner en marcha en los próximos seis meses. Al final de su discurso, se sucedieron algunas rondas de subastas y donaciones. Luego se abrió la pista de baile y Luize y yo nos pusimos a bailar. Ella se dejó llevar, solo parecía dispuesta a parar cuando le dolían los pies. Yo no estaba acostumbrado, pero intenté seguirle el ritmo.

Al final de la velada, cuando volvimos a casa, estaba seguro de que habíamos pasado juntos una noche muy agradable.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO III

LUIZE

Capítulo cuarenta y cinco

Me retorcí en la cama cuando me desperté por la mañana. Mis ojos se abrieron lentamente y vi que Mateo estaba acostado de lado, mirándome.

— ¿Cuánto tiempo llevas despierto?

— Solo unos minutos. Tengo que levantarme para ir a trabajar.

— ¿Para...? — Me giré para mirarle.

— Controlar la producción en determinados sectores y comprobar que todo está en orden con quienes se ocupan específicamente de la mafia.

— Entiendo.

— La ONG no es la única forma de blanquear dinero en la calle. Utilizo aplicaciones financieras y otras herramientas que hay que vigilar las veinticuatro horas del día.

— Imagino que tienes personal para ello.

— Sí, pero necesitan una vigilancia constante.

— Eres un hombre importante. — Tiré de su cara y le di un beso rápido.

— Muy importante — presumió.

— Mientras mi importantísimo marido va a la empresa, yo quiero ir con mis padres.

— ¿Qué quieres hacer allí? — Mateo enarcó una ceja, no muy contento con mi petición.

— Solo quiero verlos a ellos y al resto de mi familia.

— No creo que sea una buena idea.

— Mateo, por favor. Ellos son mi familia. No es porque me he convertido en una Bellucci que he dejado de ser una Sinti.

— No es por eso. Ramón sigue ahí fuera.

— Solo voy a casa de mis padres y vuelvo. Además, Ramón no es mal hombre y no creo que venga por mí. Se le habrá pasado el malestar de que me casé contigo y no con él.

— No pasa nada. — Respiró hondo. — No quiero impedir que veas a tu familia.

— Gracias. — Le di a mi marido un beso rápido.

— Pero debes tener cuidado y dejar que mis hombres te acompañen. Aunque se están forjando alianzas con los gitanos, no quiero que corras ningún riesgo.

— Es solo mi familia, Mateo. No es como si fueran a hacerme algo.

— Ramón no es el único en nuestra lista de enemigos. — Me miró con expresión seria y torció los labios.

— Esté bien, iré con tus hombres.

— ¡Genial! — Mi marido se levantó y fue al baño. — ¿Qué te parece si vamos a cenar a un restaurante esta noche?

— Me encanta esta idea.

— Más tarde, podríamos ir a una tienda de bebés. Ahora que toda la familia lo sabe, podemos comprar una cuna, ropa y otras cosas, incluso montar la habitación.

— ¡Sí! Y puedo pensar en la nueva decoración de nuestro piso.

— Decoración... — Hizo una larga pausa y me pregunté qué caras estaría poniendo, ya que mi marido estaba en el baño y no podía verle la cara. — Sí, está bien.

— Seré modesta.

— Estupendo.

Me levanté y me acerqué a él. Mateo se puso delante del lavabo y pude cepillarme los dientes mientras él se metía en la ducha para darse un baño rápido.

Nos vestimos y nos preparamos para salir. Bajamos a desayunar y, como de costumbre, toda la familia estaba reunida alrededor de la mesa del comedor.

— Me encantó la fiesta de ayer. — Me senté junto a Tatiane.

— ¡Qué bien! Si quieres, puedes darnos una mano en la ONG.

— Gracias. — Miré a Mateo que se limitó a asentir antes de tomar una rebanada de pan. — Pero no sé si podré, porque voy a dedicarme a la alianza entre la mafia y mi pueblo.

— Eso está bien.

— Sí — sonreí ampliamente. — Me alegra mucho ver que los gitanos y la mafia ya no son enemigos.

— Es un gran paso adelante para todos nosotros — comentó Marco.

— Por lo que a mí respecta, esta alianza durará muchos años — dije con seguridad, antes de que mi estómago rugiera y me recordara que tenía hambre.

Después de desayunar, caminé con mi marido hasta el garaje y él se inclinó para darme un beso rápido.

— Ten cuidado.

— Solo voy a visitar a mi familia.

— Nunca se es demasiado cuidadoso.

— No hay problema.

— Luigi se quedará contigo. Presta mucha atención a todo lo que dice. Él es responsable de tu vida. Si algo te pasa, lo mataré.

— No seas tan dramático. — Risas.

Mateo cerró los ojos y yo me encogí.

— Escucharé todo lo que me diga.

— Así está mejor. — Me dio otro beso, esta vez un poco más largo, y nuestros labios hicieron un pequeño chasquido al separarse. — Ten cuidado.

— Tú también. — Le acaricié la cara, sintiendo los pelos de su barba, que empezaban a crecer, antes de apartarme. — Hasta luego.

Mateo asintió y yo me dirigí al coche donde estaba Luigi. El hombre de confianza de mi marido, que siempre estaba con nosotros, era un hombre de pocas palabras. Esperó a que me acomodara en el asiento trasero del vehículo antes de darse la vuelta y sentarse a mi lado. Otro soldado subió al asiento del conductor y un tercero a la parte trasera, y entonces salimos del enorme garaje de los Bellucci camino de casa de mis padres.

Había pasado más de un mes desde la última vez que estuve allí.

No iba a volver a casa como la princesa de los gitanos, sino como la princesa de Italia, que contribuía a aportar un poco de luz y respeto a la cultura en la que había nacido. Estaba muy orgullosa de mí misma y feliz con los derroteros que había tomado mi vida. La felicidad que sentía al lado de Mateo era el gran brindis a todo. Era como si por fin hubiera encontrado mi lugar.

El coche aparcó y miré hacia fuera, viendo la imagen de la casa cariñosa y abarrotada donde había crecido.

— Señora. — Luigi abrió la puerta y me dejó salir.

— Gracias.

Entré con los tres hombres en la casa y mi padre se levantó del sofá en cuanto me vio entrar.

— ¡Luize!

— ¡Papi! — Corrí hacia él, que me abrazó y me dio un beso en la coronilla.

— ¡Luize está aquí! — gritó, y pronto la sala se llenó de todos los miembros de la

familia, desde los ancianos hasta los niños.

— ¡Luize!

— ¡Mamá! — Dejé un abrazo para ir a otro.

— ¿Cómo estás? — Me sujetó la cara con ambas manos para poder observarme con todo detalle.

— ¡Estoy bien!

— Estás un poco pálida.

— Es tu impresión. Tomé mucho el sol cuando estuve en Sicilia. — Tuve que luchar contra el rubor cuando recordé las semanas con mi marido en la isla y los lugares inapropiados a los que me había llevado.

— ¿Has estado en Sicilia? — Esmeralda apareció a mi lado, saltando de emoción.

— Sí, acompañé a mi marido a reuniones con las familias gitanas que viven allí.

— ¡Ah, me parece tan hermoso!

— Sí, pero he venido a decirles otra cosa.

— ¿Qué cosa? — Mi madre levantó una ceja.

— ¡Estoy embarazada! — Me puse las dos manos en la barriga, rebosante de alegría por poder confesarlo por fin sin ser juzgada.

— Bellucci no perdió el tiempo. — Mi padre frunció los labios, pero la emoción y los gritos de alegría de los demás miembros de la familia pronto borraron su breve momento de mal humor.

— ¡Qué noticia tan maravillosa! — Mi abuela me tomó de la mano y tiró de mí hacia el centro de la sala.

Vi a dos tías caminar hacia mí con un cuchillo y unas tijeras en las manos, antes de que mi madre sacara su pañuelo y lo utilizara para taparme los ojos. Me toqué la cara sin poder ver nada mientras me empujaban de un lado a otro de la habitación. Me sentí un poco mareada mientras me dirigían.

— ¿Qué tengo que hacer? — pregunté intentando quitarme la bufanda, pero mi madre no me dejó.

— Si agarras las tijeras, será una niña, pero si eliges el cuchillo, será un niño. Los objetos están debajo de los sillones. Elige uno de ellos y siéntate.

— Está bien. — Di un paso a un lado, luego al otro, buscando el equilibrio antes de

caminar en una dirección.

Mi pierna chocó contra el brazo de un sillón y lo rodeé antes de sentarme. Me quité la venda de la cara antes de deslizar la mano bajo el asiento del sillón y sacar un cuchillo.

— ¡Niño! — gritó mi abuela, emocionada, cuando levanté el cuchillo.

Me reí mientras todos lo celebraban, reían y gritaban mucho. Parecía una locura que el sexo de mi hijo se determinara en un juego de azar como aquel, pero al igual que jugar a las cartas, la videncia estaba muy presente en la vida de los gitanos.

Volví a acariciarme la barriga y sonreí dejándome llevar por la celebración. Aquel bebé era muy importante para mí, y la felicidad de saber que iba a ser mamá ya era enorme, pero me emocionaba aún más saber que representaría el eslabón físico de la alianza entre la mafia y los gitanos.

— Debes de estar muy contenta. — Esmeralda se apoyó a mi lado.

— Lo estoy.

— Subamos y hablemos. Tengo tantas cosas que preguntarte. — Me tomó de la mano y me arrastró.

— ¡Oye, cálmate!

— Ah, debes echar de menos tu habitación. Vámonos.

Esmeralda tiró de mí escaleras arriba y Luigi dio un paso para seguirme, pero le tendí la mano, indicándole que estaba bien. No tenía por qué preocuparse. Al igual que la casa de los Bellucci, la de mis padres era un lugar donde me sentía muy segura. Había crecido allí, nunca me pasaría nada malo.

Esmeralda abrió la puerta de mi antigua habitación y me invadió cierta nostalgia al ver que todo seguía exactamente como lo había dejado.

— Me tiré en la cama y me abracé a la almohada roja con flecos dorados.

— ¿Echas de menos estar aquí? — Esmeralda se sentó en el borde de la cama.

— No, pero tengo buenos recuerdos.

— ¿Cómo es la vida con la familia Bellucci?

— Mejor de lo que esperaba. Son muy amables conmigo y hacen todo lo posible para que me sienta bienvenida.

— ¿Y tu marido?

— Mateo... — Escondí la cara en la almohada.

— ¡Cuéntame! — Me dio una palmada en la espalda.

— Cuando estoy con él, no quiero que exista nada más. — Giré sobre la cama y levanté la vista con una mirada apasionada.

— Ya estás embarazada. Imagino que has hecho mucho.

— Bastante. — Me sentí avergonzada de nuevo.

— ¿Es bueno? A mi madre le aterroriza.

— Cuanto más lo quiero, mejor se pone.

Antes de que Esmeralda tuviera tiempo de hacer alguna pregunta sobre mis intimidades con mi marido, oímos unos golpes en la puerta que llamaron nuestra atención.

— ¿Quién podría ser? — Me senté a su lado.

— A lo mejor son los hombres de tu marido. — Esmeralda abrió la puerta y nos sorprendimos al ver a Ramón de pie en el pasillo.

Mi ex prometido tenía una espesa barba y una expresión demacrada. Era como si hubiera envejecido varios años en pocas semanas. El número de canas parecía haberse cuadruplicado.

— ¿Qué haces aquí? — Me tumbé en la cama cuando entró en la habitación.

— Tu hermano me dejó entrar.

— León no debería haber hecho eso.

— De hecho, a diferencia de tu padre, él es el único que ve quiénes son los verdaderos aliados y quiénes solo intentan manipularnos.

— Mateo no está tratando de manipular a nadie.

— Empezó a hacerlo contigo.

— Él me ama.

— ¡Yo te amaba a ti! — Gritó.

— Llamaré al tío Miro. — Esmeralda trató de pasar junto a Ramón, pero fue empujada de vuelta a la habitación. — Quédate tranquila aquí por el bien de ambas.

— Los hombres de mi marido están abajo y te atraparán antes de que puedas hacer algo.

— Están distraídos y van a seguir pensando que aquí arriba todo va bien, ¿no? — Ramón sacó una pistola y me apuntó.

Por reflejo, me acurruqué y me abracé el vientre. Solo llevaba poco más de dos meses embarazada, pero ya amaba al bebé que crecía dentro de mí más que a nada en el mundo.

— Solo vete. No hay necesidad de empeorar las cosas para ti.

— Estoy cansada de que los Bellucci den órdenes y siempre consigan todo lo que quieren. Deberías ser mía, Luize, no de él.

— Amo a Mateo.

— ¡No! Querías el poder.

Moví la cabeza negativamente.

— Ven conmigo. — Me tendió la mano.

— No voy a ninguna parte contigo.

— Es mejor no cuestionarlo. — Apuntó el arma de nuevo. — Los Bellucci pueden ser poderosos, pero aún no son dioses. Ni siquiera ellos, con todo su dinero, son capaces de resucitar a alguien.

— No te acerques a mi prima. — Esmeralda fue lo suficientemente valiente como para enfrentarlo, pero recibió un golpe que la hizo caer al suelo, inconsciente.

— No la mates, por favor. — Me levanté con las manos en alto.

— Ven conmigo.

Moví la cabeza afirmativamente y dejé que Ramón me condujera fuera de mi habitación hasta una escalera que bajaba directamente a la cocina, donde no pasaríamos por delante de los hombres de mi marido. Aparcado en la puerta trasera había un coche, al que me empujó. Apenas tuve tiempo de gritar antes de que me pusiera una cinta sobre los labios y me atara las muñecas.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO III

MATEO

Capítulo cuarenta y seis

— Sí, venda las acciones ahora. — Señalé una curva del gráfico que teníamos delante mientras me concentraba en los valores fluctuantes.

Segundos después, la curva empezó a caer y respiré aliviado por haber actuado a tiempo. Tras varios días fuera resolviendo asuntos relacionados con la alianza con los gitanos, decidí hacer una breve visita a todas las áreas de mi empresa para asegurarme de que todo iba según lo previsto.

La verdad era que me moría de ganas de llegar a casa, tener a Luize en mis brazos y amarla toda la noche, como había hecho varios días seguidos desde que nos casamos. Reconozco que había juzgado mal a Marco y Theo por disfrutar tanto de la vida de casados, pero yo iba por el mismo camino que ellos. Cuando nació mi hijo, estaba seguro de que no habría vuelta atrás y yo sería un hombre completamente cambiado.

Sonó mi móvil y lo saqué del bolsillo. Me sorprendió ver el número de Luigi.

— ¿Has llevado ya a Luize de vuelta a casa? Puedes ir con tu familia y descansar un poco, yo volveré con los hombres que están aquí conmigo.

— Señor, tenemos un problema.

— ¿Qué quieres decir? — Me tensé y todo mi cuerpo se puso rígido.

Si había algo que no me gustaba era oír la palabra *problema*. Siempre me gustó controlarlo todo, tener cada momento calculado y saber exactamente lo que iba a pasar, aunque no siempre fuera posible.

— ¿Algo en casa? ¿Está Luize bien?

— Desapareció.

— ¿Qué quieres decir? — grité, sobresaltando a los empleados que hacían el trabajo financiero en el local comercial.

— ¿Va todo bien, señor? — preguntó una mujer. Moví la cabeza negativamente y salí de la habitación en dirección al pasillo.

— Solo tenías una misión, Luigi: vigilar a mi mujer. No podría haber sido más simple.

— Subió al dormitorio con su prima, ordenándome que la esperara abajo, en el salón. La chica apareció sangrando un rato después, diciendo que Rámon había entrado y se había llevado

a su mujer a punta de pistola.

Di un paso atrás y apoyé la espalda contra la pared. Sentí una opresión incontrolable en el pecho. El dolor y el miedo no podían igualarse en ningún momento de mi vida. Solía pensar que mis hermanos eran demasiado exagerados por dejar a sus esposas prácticamente atrapadas en la mansión, pero me di cuenta de que era precisamente ese dolor lo que querían evitar. También recibí una dosis de lo que debió de sentir Theo cuando envié a Tatiane a Estados Unidos, dándome cuenta de por qué estaba tan enfadado conmigo.

— ¿Dónde estás? — pregunté a Luigi con voz airada. Le había confiado a aquel hombre la protección de mi posesión más preciada, y había fracasado.

— Con los gitanos. La estamos buscando.

— Avísame si tienes noticias. — Me contuve de gritar al teléfono.

Sabía que no serviría de nada. Todo lo que necesitaba ahora era encontrar a mi esposa y traerla a casa ilesa. Igual que nuestro hijo que llevaba en su vientre.

Volví mi atención al aparato que tenía entre los dedos y marqué a mi hermano.

— ¿Mateo?

— Necesito que vengas en tu versión más letal posible.

— ¿Qué ha pasado?

— Ramón secuestró a Luize.

— ¿Dónde estás?

— En la empresa.

— Voy para allá.

En cuanto mi hermano colgó la llamada, me metí de todos modos el móvil en el bolsillo, casi dejándolo caer, y corrí hacia el ascensor, pulsando varias veces el botón del sótano, como si mis prisas bastaran para que bajara más deprisa.

Abrí la puerta de la habitación con fuerza y los hombres que trabajaban allí se volvieron para mirarme.

— Cristian, activa el rastreador del anillo de boda de mi mujer, necesito saber dónde está.

— Sí, señor. — Sacudió la cabeza sin atreverse a preguntar, porque mi expresión de desesperación y pavor le bastó para darse cuenta de que ocurría algo urgente.

Cristian jugueteó con su tableta y reprodujo la imagen de un mapa en la pantalla, que estaba en la pared del fondo de la sala. Podía ver un punto rojo moviéndose por las calles de

Roma.

— Por la velocidad, está en un coche.

— ¿Puedes acceder al aparato y medir su temperatura corporal?

— Normal. Está viva, señor.

Las palabras de Cristian deberían haber bastado para aliviar mi preocupación y desesperación, pero mi corazón seguía acelerado y empecé a respirar con dificultad. Lo único que podía pensar en ese momento era que debería haberme ido con ella.

— Estamos aquí.

Me di la vuelta y vi a Theo y Marco entrando en la habitación. También jadeaban, señal de que habían llegado en el menor tiempo posible.

— ¡No debería haberla dejado sola!

— Tranquilízate. — Marco me apretó el hombro.

— Se mueven más despacio, es probable que ahora vayan a pie. — Cristian volvió a centrar mi atención en el marcador.

— ¿Qué es eso? — Theo señaló la pantalla.

— La posición de Luize.

— ¿Le pusiste un rastreador?

— El anillo que lleva es un dispositivo electrónico con muchas funcionalidades, pero no las describiré ahora.

— Genial, tenemos la posición. Solo tenemos que ir allí. — Tocó sus armas y sus bolsillos. — Necesitaré más munición.

— Puedo conseguirle — respondió Cristian.

— Gracias. Rómulo organizará a los otros hombres para que se reúnan con nosotros.

— Voy a llamar a algunos *capi* y les diré que necesitamos refuerzos. Los enviaré a nuestra casa para que nuestra madre, Tatiane, Laís y Dante estén a salvo. — Marco sacó el teléfono del bolsillo.

— Vamos a matar al gitano y llevar a Luize de vuelta a casa sana y salva. — Theo intentó tranquilizarme.

Yo solía ser el que no se desesperaba en esas situaciones y no quería que llegara mi momento, pero desgraciadamente tendría que enfrentarme a la angustia para recuperar a mi mujer.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO III

LUIZE

Capítulo cuarenta y siete

Ramón me tiraba del brazo por un terreno accidentado que se iba oscureciendo a medida que atravesábamos el túnel bajo la ciudad. El olor tampoco era el mejor, y tuve que detenerme varias veces para no vomitar. El embarazo me había sensibilizado el estómago, pero afortunadamente no había vomitado mucho, y las mujeres de mi familia decían que era otra señal de que iba a tener un niño. Sin embargo, no soportaba los olores fuertes y no sabía si sería capaz de contener las ansias durante mucho más tiempo.

Refunfuñé, intentando liberarme, pero con la cinta sobre la boca no podía pronunciar ni una sola palabra audible. Ramón ignoró todas mis protestas y solo dejó de arrastrarme cuando me arrojó a una silla.

Se encendió una luz y parpadeé varias veces hasta que mis ojos se acostumbraron al brillo puntual procedente del suelo.

Ramón me quitó la cinta de la boca y retrocedió unos pasos, permitiéndome verle mejor.

— No deberías haber hecho esto.

— ¿No? — Se rió. — No deberían haberse metido donde no les llamaban.

— Habría sido mucho más fácil si hubieras aceptado el trato con los Bellucci. Tú y tu familia estarían a salvo y viviríamos en paz.

— No voy a inclinar mi cabeza ante ellos como hizo tu débil padre.

— Mi padre no es débil. — Apreté los dientes.

— Ah, en realidad es muy listo, después de todo consiguió que su hija se casara con un Bellucci.

Le gruñí, pero mis expresiones amenazadoras no le afectaron.

— Estás cavando tu propia tumba.

— Sé que he llegado al final de la línea, pero no voy a morir sin llevarme a uno de ellos conmigo.

Me puse aún más pálida cuando le oí decir eso. Tenía muchas ganas de que Mateo viniera a rescatarme de inmediato, pero al mismo tiempo me aterrorizaba lo que pudiera pasarle a mi marido o a cualquier otra persona que le acompañara.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO III

MATEO

Capítulo cuarenta y ocho

Bajamos de los coches en la entrada de los túneles más cercana a la ubicación de Luize, que parpadeaba en la pantalla de mi teléfono móvil. Mis hermanos y yo íbamos con un pequeño ejército de casi cincuenta hombres. La determinación de nuestro personal y equipo era proporcional a mi desesperación.

— Ten cuidado cuando dispares — advertí en cuanto entramos en el túnel. — Mi esposa es una rehén y está embarazada. No quiero que ni un mechón de su pelo sea alcanzado en este enfrentamiento.

Miré a todos los hombres, que se limitaron a asentir.

Atravesamos el túnel en silencio. Rómulo, Luigi, Enzo, nuestros jefes de seguridad y otros hombres de confianza iban en cabeza, y mis hermanos y yo íbamos justo detrás. El lugar estaba oscuro, pero les había dado a todos gafas de visión nocturna. Mis hermanos podían quejarse de mi interés por la tecnología, pero realmente nos ayudaba a superar momentos como aquel.

Había poco ruido, lo que nos dificultaba aún más caminar en silencio. Nos detuvimos en una bifurcación y yo indiqué el camino que debíamos seguir según la ubicación de Luize, que, por suerte o por desgracia, acababa de moverse.

Oímos un disparo y Rómulo respondió con otros disparos.

— Tengan cuidado. — advirtió Theo.

Continuamos por unos metros más de túnel hasta que la señal de Luize se hizo aún más evidente.

— Está cerca — dije.

No tardamos en ver una luz. Al final de un largo pasillo de túneles había una cámara más grande donde estaban reunidos los hombres de Ramón. Eran unos quince, muchos menos que los que me acompañaban.

— Aléjate de ella. — Apunté con mi pistola al gitano que amenazaba a mi mujer, que tenía los ojos muy abiertos y expresión asustada.

— Aquí abajo no eres nadie para dar órdenes, Bellucci. — Ramón apretó los dientes cuando su mirada se cruzó con la mía.

— Podemos resolver esto de forma más rápida e indolora si guardas el arma — intentó negociar Marco.

— No pienso echarme atrás. — Ramón acercó aún más la pistola a la cabeza de Luize.

— Me quieres a mí, no a ella. — Caminé hacia él con los brazos en alto mientras salía de detrás de mis hombres.

— ¡Mateo! — me reprendió Marco.

— Ustedes son una mierda. — Ramón me apretó los dientes.

— Y tú eres un cobarde por amenazar a una mujer indefensa.

— Debería haberse casado conmigo.

— Es demasiado tarde para pensar en ello ahora, ¿no?

Continué caminando. Mis hermanos me miraron con expresión de miedo y preocupación, pero sabían lo de mi traje y que en cierto modo estaría protegido si empezaban a dispararme, pero quizá correría el mismo riesgo sin esa protección.

Los gitanos con Ramón se movían, pero no hacían nada porque esperaban una orden del jefe.

— Suéltala. — Me enfrenté a Ramón con firmeza cuando estaba a poco más de un metro de él.

En mi mente, estaba calculando todas las formas en que podría sacar a Luize de allí sin que ella resultara herida o yo recibiera un disparo en la cabeza.

— ¿Y que vivan felices para siempre?

— Sabes que nunca quise hacerle daño. Es solo una niña. Tu problema es conmigo. Yo te la robé.

— ¿Por qué una gitana y no cualquier otra mujer?

— Porque puedo tener a quien quiera. — Dejé que mi ego resonara en la cueva y provocara a Ramón hasta cegarlo.

— Eres un hijo de puta. — Ramón quitó la pistola de la cabeza de Luize y apuntó en dirección a mi pecho, aliviándome un poco.

— Soy un Bellucci y ya deberías haber aprendido cómo funciona eso.

Miré fijamente a mi mujer durante unos breves segundos y ella pareció aún más aterrorizada cuando vio la pistola apuntándome.

— Ve con mis hermanos.

— ¡Mateo!

— Ahora. — Giré sobre mí mismo y me coloqué entre Ramón y mi mujer.

Ramón disparó y la bala dio en el centro de mi pecho. El intenso dolor del impacto me dejó sin respiración durante unos segundos y sentí que me cambiaban los latidos del corazón.

— ¡Mateo! — Luize gritó aterrorizada por el disparo que le había hecho, pero antes de que pudiera correr hacia mí, Theo la tiró de la muñeca y la puso detrás de los hombres.

La bala cayó al suelo sin atravesar mi ropa y Ramón me miró desconcertado.

— ¿Cómo?

— Tengo mis trucos.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO III

LUIZE

Capítulo cuarenta y nueve

Quería correr hacia Mateo, aunque no sabía qué hacer para ayudarle, pero un hombre me agarró firmemente del brazo y me mantuvo detrás de los otros hombres Bellucci. Todo lo que podía hacer era forcejear.

En cuanto Mateo fue alcanzado por el disparo de Ramón y no cayó muerto como se esperaba, los gitanos se volvieron hacia nosotros y empezaron a disparar, pero antes de que pudieran hacer algún daño, vi cómo uno a uno caía con un disparo certero, la mayoría de los cuales parecían proceder de la pistola de Theo. Ramón volvió a disparar a Mateo y mi marido le dio un puñetazo, para luego tomar la pistola y dispararle en la pierna, haciendo que el hombre cayera de rodillas.

— Has ido demasiado lejos, gitano.

— Todavía no. — Ramón sonrió mientras sacaba algo de su bolsillo.

Estaba demasiado lejos para estar seguro, pero le vi pulsar un botón rojo justo antes de que Mateo le disparara en la cabeza.

Oí un estruendo y el hombre que me sujetaba me hizo retroceder aún más. Entonces las paredes se movieron demasiado deprisa y el túnel se llenó de una nube de polvo.

— ¡Mateo! — Grité mientras oía a los hombres moverse y no podía ver nada. — ¡Mateo!

Yo no era la única que estaba desesperada. Tardé en darme cuenta, pero Ramón había hecho estallar una bomba que hizo volar el túnel.

Estaba muy oscuro y apenas se podía respirar por el polvo. Solo pude ver algo cuando unos hombres encendieron unas linternas, revelando un montón de escombros entre nosotros y donde debería haber estado mi marido.

— ¡Mateo!

Me di cuenta de que mi desesperación no era irracional cuando sus hermanos empezaron a gritar conmigo.

— ¿Dónde está? — Agarré a Theo por el cuello de la camisa. Las lágrimas fluían cada vez más incontrolables. Apenas me había casado, era demasiado joven para ser viuda.

— ¡Allí! — Theo señaló la pared de escombros.

— Tenemos que sacarlo de ahí. — Corrí hacia el muro que se había formado entre

nosotros.

Antes de que pudiera acercarme y empezar a sacar los escombros con mis propias manos, oí otro estruendo y algunas piedras volaron hacia delante, como si algo las hubiera golpeado con fuerza desde el otro lado.

Una nueva nube de polvo llenó el túnel y tardó una eternidad en disiparse, pero en cuanto las linternas giraron todas en la misma dirección vi a Mateo emerger del montón de piedras. Un hilo de sangre le corría por un lado de la cabeza, pero estaba vivo.

— ¡Mateo! — Sus hermanos y yo corrimos hacia él y lo abrazamos.

— ¿Cómo saliste de allí? — preguntó Marco.

— Luego te quejas de mis juguetes. — Mateo se rió mientras se sacaba un puño inglés de la mano y se lo metía en el bolsillo.

— Te pudrirás en el infierno la próxima vez que me asustes así. — Marco apretó a su hermano.

Hundí la cabeza en su pecho y empecé a llorar.

— Hey, estoy bien. — Mateo me acarició.

— Nuestro hijo no puede crecer sin un padre.

— No lo hará.

Empezamos a oír algunos ruidos y crujidos.

— Salgamos de aquí. El túnel es inestable y otras secciones podrían derrumbarse.

Los hombres retrocedieron rápidamente y pronto estuvimos dentro de los coches. Oímos más estruendos y salía humo del túnel, lo que indicaba que se había derrumbado otra sección.

Mateo y yo nos sentamos en el asiento trasero y le rodeé el cuello, aún temblorosa, con los brazos. El coche ya se movía cuando aparté la cabeza de su pecho para mirarle a la cara. Tenía el pelo oscuro lleno de polvo. Tomé el pañuelo de su bolsillo y lo sacudí en el aire antes de pasarlo por el hilillo de sangre que le había corrido desde la frente hasta un lado de la cara.

— ¿Qué te ha pasado allí?

— Me golpeó una piedra.

— ¿Duele?

— Ya no.

— ¿Cómo tienes el pecho? — Dejé la bufanda a un lado para abrirle la chaqueta y la camisa, viendo una marca roja.

— Duele.

— Podrías haber muerto allí. — Empecé a llorar otra vez.

— No solo yo. — Me acarició la cara y me secó las lágrimas que corrían por mis mejillas sucias.

— Nunca más volveré a alejarme de tus hombres.

— Me alegro de no tener que hablar más.

— Lo siento.

— Ahora todo está bien. — Me besó cariñosamente.

Volví a apretarle los hombros y apoyé la cabeza en su pecho. Mateo siguió abrazándome hasta que llegamos a casa.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO III

MATEO

Capítulo cincuenta

Unos meses después...

— Todos los gitanos aceptaron nuestro trato. — Tomé a mi mujer de la mano mientras miraba fijamente a los *capi* que estaban reunidos en el viejo cobertizo de Ostia que utilizábamos para los negocios de la mafia.

— ¿Qué hace ella aquí? — Flavio Barbieri miró a mi mujer con indiferencia, pero su expresión no intimidó ni un ápice a mi mujer embarazada.

— Soy el puente con los gitanos. Me respetan y me responden. Así que soy una pieza clave de este acuerdo. — Sonreí al ver la mirada confiada de ella en sus ojos.

— Otra mujer en el negocio. — Otro *capo* se quejó.

— Sí, otra mujer en el negocio — dijo Marco sin preocuparse por el ceño fruncido de algunos de los hombres. — Nos estamos adaptando, por el bien de todos.

Ángela le guiñó un ojo a Luize, que le devolvió el guiño. Desde que habíamos vuelto de Sicilia, me había parecido que las dos se habían acercado, y con mi mujer haciéndose cargo del negocio gitano, sería bueno que estuvieran cerca y pudieran ayudarse mutuamente.

— Se respetarán los territorios de ambas partes y los gitanos serán tratados como miembros de la mafia — prosiguió Luize.

— Dudo que funcione — refunfuñó otro *capo*.

— Funcionará, si cada uno de nosotros pone de su parte.

— Los que no lo hagan serán castigados — añadió Theo. — No importa de qué lado.

— Hay que darse cuenta de que ésta es una nueva etapa que nos beneficiará a todos. Poner fin al conflicto con los gitanos es muy importante, y no nos ha sido fácil llegar a este acuerdo. Ahora depende de todos nosotros mantenerlo — dijo Marco.

Miré las expresiones de los rostros de los hombres y supe que no tenían más remedio que aceptar lo que les imponíamos.

— Eso es todo. — Marco los despidió y tomé de mi mujer hacia el coche que nos esperaba a la entrada del cobertizo.

— ¿Cómo lo hice? — Me agarró de la solapa del traje, obligándome a mirarla.

— Bien hecho. — La subí a mi regazo y le pasé la mano por debajo del pelo, por la nuca

y le acaricié la cara. — Mi reina de los gitanos.

Luize se rió y me tomó la otra mano, colocándola sobre el huevo que se había formado en su vientre.

— Tu príncipe no para de patalear.

— No veo la hora de tenerlo en mis brazos.

— Yo también. — Se inclinó y sus labios se acercaron a los míos.

A pesar de que su barriga crecía cada día más, aún era capaz de acomodarla perfectamente en mi regazo. Le subí un poco la falda mientras profundizábamos el beso, y Luize gimió contra mis labios cuando le sujeté directamente las nalgas.

— ¿Podemos irnos, señor? — Luigi resopló.

— Sí, podemos. — No aparté los labios de mi mujer.

Después de perderla de vista en aquel incidente, quise hacérselo pagar con su vida, pero Luize intercedió por él, y todo lo que Luigi ha hecho desde entonces es intentar demostrar que volvía a ser digno de mi confianza. Como tal, ha seguido siendo uno de mis principales hombres, y nunca ha quitado los ojos de mi esposa cuando le digo que cuide de ella.

Metí una mano entre nuestros cuerpos y me bajé la cremallera de los pantalones antes de apartar las bragas de Luize para meterme en ellas. Yo no era un gran fan de las faldas largas, pero con el tiempo empecé a darme cuenta de que eran mucho mejores que los pantalones o los shorts, ya que la falda facilitaba la penetración siempre que fuera posible y, además, el exceso de tela la dejaba tapada para que yo pudiera disfrutar de ella sin miedo a que mis hombres vislumbraran nada de su cuerpo.

Luize me mordió el cuello y yo me dejé llevar por el momento, sujetándola por la cintura y haciendo que se moviera aún más intensamente sobre mi regazo.

Mi hermano me había encomendado la misión de unificar al pueblo gitano bajo nuestras leyes, pero no cabía duda de que lo que realmente había conseguido era encontrar a una mujer que se había ganado el respeto de todo el mundo, especialmente el de mi corazón.



MAFIA BELLUCCI - LIBRO III

MATEO

Epílogo

Diez años después...

— ¿Es aquí donde encajo, papá? — Mi hijo sujetó los alicates y me miró, esperando mis instrucciones.

— Así es.

Ettore se mordió los labios antes de encajar perfectamente la pieza. Se le daban mejor los robots y los circuitos electrónicos que a mí a su edad.

— Deberías enseñar a este chico a disparar, no a montar juguetes. — Theo apareció en la puerta de la habitación donde estábamos mi hijo mayor y yo.

— ¿Puedo enseñárselo, papá? — Se despeinó el pelo rubio antes de cerrar la tapa metálica que protegía los componentes.

— Hazlo. — Me encogí de hombros.

Ettore tomó el mando y encendió el pequeño dron. Enrollé una bola de papel y la lancé al aire. Cuando tocó el suelo, había sido atravesada por un láser.

— Sabrá defenderse. — Le guiñé un ojo a mi hermano.

— Ah, un mini Batman. — Theo se rió.

— ¡Papi! — Una niña entró corriendo en la habitación y rodeó con sus brazos la cintura de mi hermano.

— ¿Qué pasa, Manuela? — Theo tomó a la niña en brazos.

— Lorenzo no para de tirarme del pelo y Tiago, en vez de defenderme, no para de reírse.

— Son hermanos. No pueden seguir peleando.

Theo y yo nos miramos.

— La verdad es que no — asentí, y recordé el breve momento en que nos peleamos.

— Los he encontrado. — Luize apareció en la puerta con nuestro hijo menor en brazos y los otros dos corrieron hacia la mesa donde estábamos Ettore y yo. Teníamos cuatro hijos, tres varones y una niña. A Luize le encantaba nuestro piso lleno de niños, y reconozco que a mí también. No me di cuenta de lo importante que era para mí una familia hasta que tuve una. — Tu madre te ha mandado llamar. El almuerzo está listo y se servirá en el jardín.

— Perfecto, vámonos. — Empujé a mis hijos hacia la puerta y le di un beso a mi mujer al pasar junto a ella.

— ¡Qué asco! — Ettore y Manuela hicieron una mueca mientras los demás se reían.

Llegamos al jardín y la hija de Theo corrió hacia su madre, que estaba ayudando a la mía con los últimos preparativos para nuestra comida del domingo.

— Tenemos que ir a la Toscana la próxima semana. El *capo local* murió... — Marco se acercó a mí, pero dejó de hablar cuando nuestra madre lo miró.

— Deja el asunto de la mafia para mañana, por favor. — Se cruzó de brazos e hizo una mueca. — Hoy es el día de prestar atención a la familia.

— De acuerdo, mamá. — Marco asintió y ella sonrió.

— Sentémonos. — Laís empujó a Dante y a las hijas gemelas.

Nos sentamos alrededor de la mesa. Mis hermanos, nuestros hijos y esposas, y nuestra madre.

— Antes de empezar a comer — mi madre llamó la atención de todos — quiero darles las gracias por otro domingo con todos ustedes aquí. Mis hijos, mis hijas y mis nietos. Agradezco cada día tenerlos y rezo para que, pase lo que pase, siempre estemos juntos.

— Así será, mamá — dijo Marco.

Theo y yo asentimos.

— Tengo hambre, ¿puedo comer? — preguntó el primogénito de Marco, provocando la risa de todos.

— Sí, Dante, puedes comer.

— Verás, mamá, hasta el futuro jefe de la mafia tiene hambre. — Me reí.

— Me gusta pensar que somos una familia como cualquier otra.

Me levanté de la silla y fui a abrazarla.

— Te amo, mamá.

— Yo también te amo, hijo mío. A todos ustedes los amo.

Le di un beso en la coronilla antes de volver a mi asiento.

Teníamos nuestra innumerable lista de pecados, muchos nos llamaban demonios, pero sin duda, cuando estábamos juntos, todo cambiaba y vivíamos nuestros momentos de felicidad.

Sobre la autora

Jéssica Macedo tiene 28 años y vive en Belo Horizonte con su hija, su marido y tres gatos, sus pasiones. Jéssica escribe desde los 9 años y publicó su primer libro a los 14. Empezó escribiendo fantasía, pero ahora escribe sobre diversos géneros, como novela romántica de época, contemporánea e infantil. Comenzó en el mundo de la fantasía, pero ahora escribe diversos géneros, como novela de época, contemporánea, infantil, policíaca y ciencia ficción. Con más de cincuenta libros publicados, es escritora, editora, *diseñadora* y cineasta. Sus ideas no dejan de surgir, y no le faltan nuevos proyectos.

Más información sobre otros libros del autor en las redes sociales.

https://www.autorajessicamacedo.com.br/es/

Facebook — www.facebook.com/autorajessicamacedo/

Instagram — www.instagram.com/autorajessicamacedo/

Página web del autor en Amazon — https://www.amazon.es/jessicamacedo

Otras obras de la autora



Link=> https://amzn.eu/d/2payduq

Héctor Borges es un hombre joven, guapo y rico que podía disfrutar de la vida como quisiera. El descarado director general coleccionaba conquistas y no podía "perdonar" a una mujer hermosa.

Alecsandra da Costa fue elegida para pasar desapercibida ante él y centrarse en su trabajo. Era una excelente secretaria y la mano derecha de su jefe. Conocía a las criadas con las que se relacionaba Héctor, pero estaba acostumbrada a sus modales.

Sólo tenía una cosa en mente: ser una buena empleada y conservar su trabajo. Lo que la joven secretaria no esperaba era acabar embarazada de su jefe siendo aún virgen, pero un incidente cambiará la vida de ambos.



Link=> https://amzn.eu/d/8ZgVuS8

Felipe Tavares ha logrado una encomiable carrera como cirujano, es guapo, inteligente y decidido, pero ha sufrido una terrible traición justo cuando estaba a punto de pedirle matrimonio a su novia.
Cristiane Duarte es la niña mimada de las redes sociales, simpática y popular desde la infancia, se ha hecho un nombre como influencer digital y vive en este mundo conectado.
Ambos se conocieron en la infancia y la adolescencia, estudiaron juntos y se odiaban. Pero tras graduarse, pensaron que nunca volverían a verse, hasta que acabaron bajo el mismo techo.
Sólo quería escapar del peor momento de su vida.
Prometió a sus seguidores una fiesta increíble.
Ninguno de los dos está dispuesto a abandonar el piso alquilado hasta el final de la Festa do Peão, pero durante este tiempo las burlas y chispas entre ellos podrían convertirse en un incendio.

¡Suscríbase a mi lista de correo!

Haga clic aquí para recibir noticias.